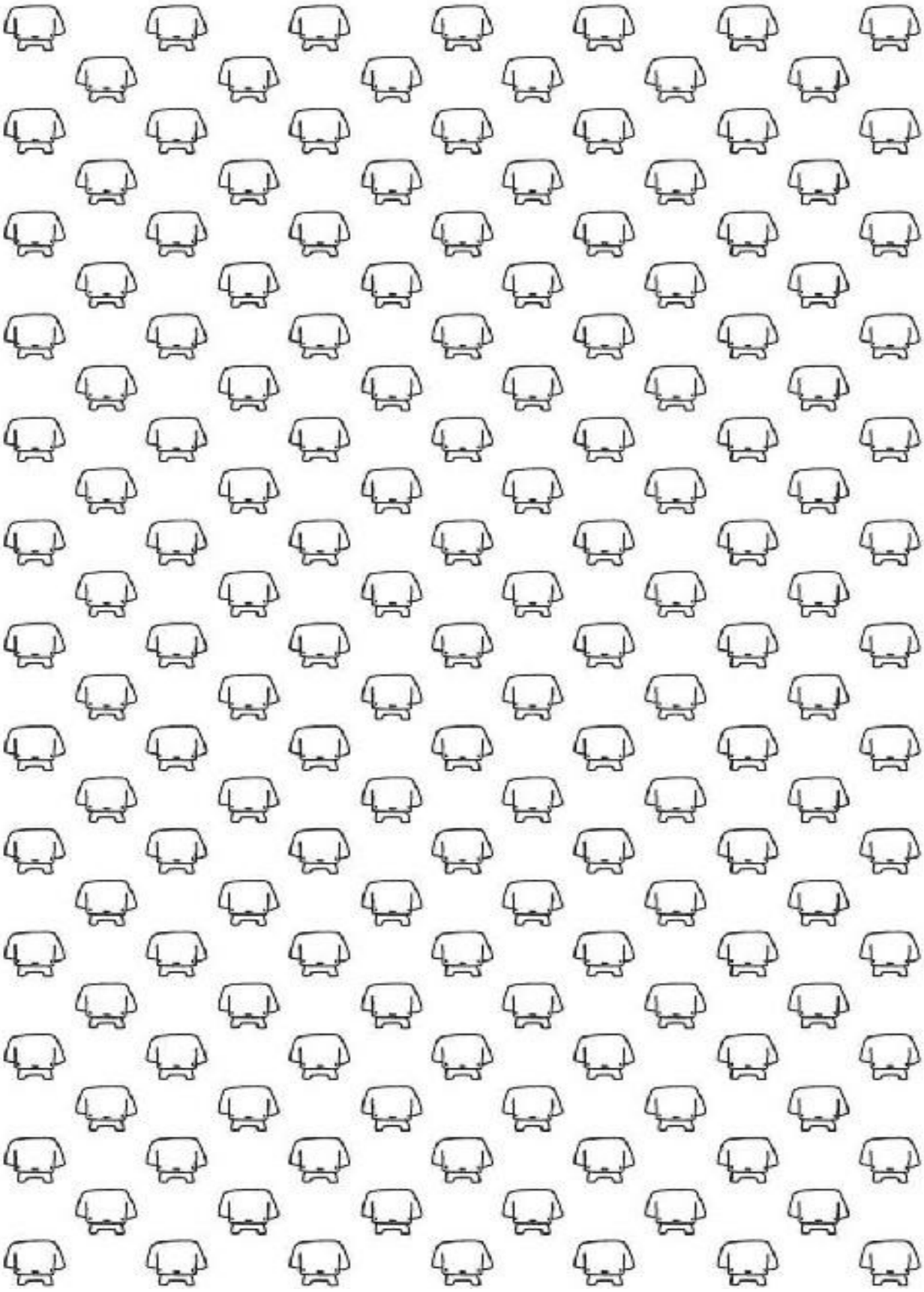

Taylor Jenkins Reid
Todos quieren a Daisy Jones
BLACKIE BOOKS



Si te comportas como una estrella del rock, te tratarán como una estrella del rock. Eso pensaba la perrita Blackie el día que se lanzó escaleras abajo con los ojos cerrados.

Resultado: fractura de patita y mucha incomprensión.

TAYLOR JENKINS REID

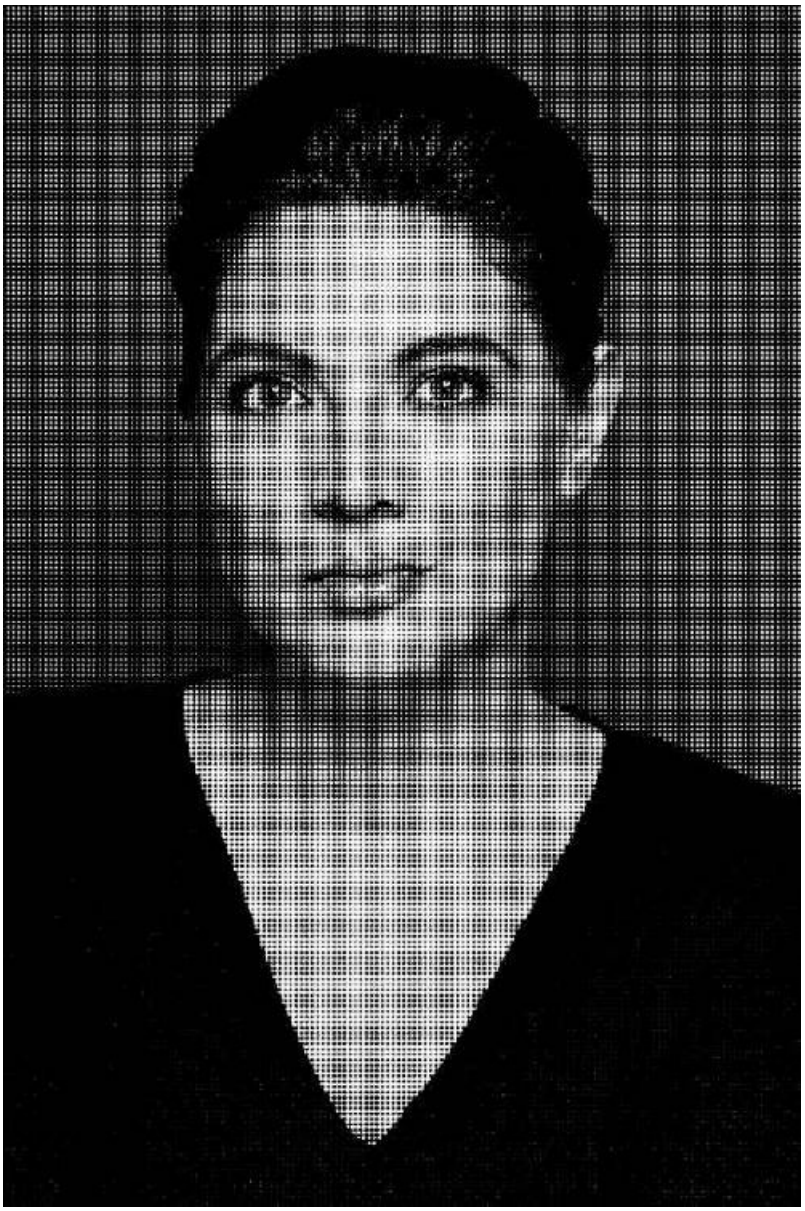
Todos quieren a Daisy Jones



Traducción de Lucía Barahona

Índice

Portada
Créditos
Todos quieren a Daisy Jones
Nota de la autora
La groupie Daisy Jones. 1965-1972
El ascenso de The Six. 1966-1972
It Girl. 1972-1974
Debut. 1973-1975
First. 1974-1975
SevenEightNine. 1975-1976
La gira Numbers. 1976-1977
Aurora. 1977-1978
Gira mundial Aurora. 1978-1979
Chicago Stadium. 12 de julio de 1979
Entonces y ahora. 1979-Presente
Una última cosa antes de irme. 5 de noviembre de 2012
Canciones
Agradecimientos



TAYLOR JENKINS REID es capaz de construir personajes tan memorables porque trabajó durante mucho tiempo para directores de casting que seleccionaban actores. Después de un periodo como profesora, comenzó a publicar sus propias historias en 2013. Desde entonces sus novelas han entrado en todas las listas de ventas y en miles de clubes de lectura, la gran prueba de hasta qué punto los lectores las adoran. *Todos quieren a Daisy Jones*, *bestseller* de *The New York Times*, cautivó a Reese Witherspoon, que la ha defendido en numerosas entrevistas y ha impulsado una miniserie sobre el libro. Fascinada tanto por *El gran Gatsby* como por *El principito*, también por los textos de Nora Ephron, Jenkins Reid escribe cada día acompañada de un té helado, de un refresco de cola y, sobre todo, de su perro.

Título original: *Daisy Jones & The Six*

Diseño de colección y cubierta: Setanta
www.setanta.es
© de la fotografía de la autora: Scott Witter

© del texto: Rabit Reid, Inc.|Taylor Jenkins Reid, 2019
www.taylorjenkinsreid.com
© de la traducción: Lucía Barahona, 2019
© de la edición: Blackie Books S.L.U.
Calle Església, 4-10
08024 Barcelona
www.blackiebooks.org
info@blackiebooks.org

Maquetación: Newcomlab

Primera edición digital: marzo de 2020
ISBN: 978-84-18187-50-6

Todos los derechos están reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación sin el permiso expreso de los titulares del copyright.

Para Bernard y Sally Hanes,
una historia de amor sincero donde las haya.

Todos quieren a Daisy Jones

Nota de la autora

Este libro tiene por objeto ofrecer un retrato claro del ascenso a la fama de Daisy Jones & The Six, el famoso grupo de rock de los setenta, así como de los motivos que los llevaron a su abrupta y tristemente célebre separación en plena gira, en Chicago, el 12 de julio de 1979.

A lo largo de los últimos ocho años he realizado entrevistas individuales a los miembros de la banda, así como a familiares, amigos y a la élite de la industria musical que los rodeaba en aquel momento. La reconstrucción que se presenta a continuación ha sido compilada y editada a partir de esas conversaciones, además de correos electrónicos, transcripciones y letras relevantes de las distintas canciones (al final del libro se puede consultar la letra de las canciones que conforman el álbum *Aurora*).

Pese a que mi objetivo ha sido el de ofrecer un enfoque completo, debo reconocer que ha sido imposible. No ha sido fácil localizar a varias de las personas potencialmente entrevistables; entre los entrevistados, unos se han mostrado más comunicativos que otros; y, por desgracia, algunas personas han fallecido.

Esta ha sido la primera y única ocasión en la que los miembros del grupo han accedido a hablar de su historia juntos. No obstante, cabe señalar que, independientemente de su importancia, las visiones de un mismo acontecimiento varían.

La verdad a menudo se encuentra, aunque nadie la reivindique, en el punto medio.

La *groupie* Daisy Jones

1965-1972

Daisy Jones nació en 1951 *en Hollywood Hills, Los Ángeles (California). Hija de Frank Jones, célebre pintor británico, y de la modelo francesa Jeanne LeFevre, Daisy empezó a labrarse un nombre propio a finales de la década de los sesenta en el Sunset Strip, cuando todavía era una adolescente.*

ELAINE CHANG (*biógrafa, autora de* Daisy Jones: flor salvaje): Lo que hacía que Daisy Jones resultase tan fascinante, incluso antes de convertirse en «Daisy Jones», era lo siguiente:

Chica blanca y rica que crece en Los Ángeles, incluso de niña ya era preciosa. Tiene unos ojos azules enormes y deslumbrantes (de un azul cobalto, oscuro); una de mis anécdotas favoritas es la de la empresa de lentillas de colores que, en los años ochenta, llegó a crear una tonalidad llamada Azul Daisy. Una buena melena ondulada rojo cobrizo. Los pómulos tan definidos que hasta parecen operados. Y a todo esto hay que añadir una voz increíble que no necesita educar, por lo que jamás toma ninguna clase de canto. Ha nacido con todo el dinero del mundo, tiene acceso a cuanto quiera, ya sean artistas, drogas, discotecas... Todo, absolutamente todo, está a su disposición.

Pero en Los Ángeles no tiene a nadie. No tiene hermanos ni cuenta con un círculo familiar. Sus padres están tan enfrascados en su propia existencia que apenas muestran interés en la de su hija. Eso sí, nunca se niegan a que pose para sus amigos artistas. Este es el motivo de que haya tantos cuadros y fotografías de cuando era niña: los artistas que iban a casa de sus padres la veían, advertían lo preciosa que era y querían capturar esa belleza. Resulta muy significativo que no exista ni un solo Frank Jones de Daisy. Su padre estaba demasiado ocupado con sus desnudos masculinos para prestarle atención a su hija. En líneas generales, la infancia de Daisy es más bien solitaria.

Sin embargo, en realidad es una chica muy sociable y extrovertida. Daisy solía pedir que la llevaran a cortarse el pelo porque le encantaba hablar con su peluquera, preguntaba a los vecinos si podía sacar a pasear a sus perros, incluso en la familia corría un chiste sobre la vez que había intentado preparar una tarta de cumpleaños al cartero. Es decir, es una chica que desea desesperadamente conectar con los demás, pero no hay nadie realmente interesado en conocerla, empezando por sus padres. Esto la rompe. Pero por esto mismo al crecer se convierte en un icono.

Nos encanta la gente que es hermosa y está rota. Y es difícil encontrar a alguien más roto y con una belleza más clásica que la de Daisy Jones.

Por eso es comprensible que Daisy empiece a encontrarse a sí misma en un lugar tan glamuroso y sórdido como el Sunset Strip de Los Ángeles.

DAISY JONES (*cantante, Daisy Jones & The Six*): Desde mi casa podía llegar caminando al Strip. Debía de tener unos catorce años y estaba harta de quedarme encerrada en casa sin saber qué hacer. No tenía la edad para entrar en ninguno de los bares o discotecas, pero iba de todas formas.

Me acuerdo de que cuando todavía era muy joven le gorroneé un cigarrillo a un *roadie* de los Byrds. Pronto aprendí que si no llevabas sujetador la gente creía que eras más mayor. Y a veces me ponía un pañuelo en la cabeza como los que llevaban las chicas guays. Quería encajar con las *groupies* que esperaban en la acera con sus porros, sus petacas y todo eso.

Así que una noche le gorroneé un cigarrillo a ese *roadie* fuera del Whisky a Go Go; era la primera vez que fumaba y traté de fingir que estaba superacostumbrada. Me aguanté la tos y me puse a tontear con él lo mejor que supe. Si pienso en ello ahora, en lo torpe que debí de ser, me muero de la vergüenza.

Al final aparece un tipo que le dice al *roadie*: «Tenemos que entrar a preparar los amplis». Y el *roadie* se vuelve hacia mí y me pregunta: «¿Vienes?». Y así es como me cuelo en el Whisky por primera vez.

Esa noche salí hasta las tres o cuatro de la mañana. Nunca había hecho nada parecido. Pero de repente era como si existiera, como si formase parte de algo. Esa noche pasé de cero a cien. Bebía y fumaba cualquier cosa que me ofrecieran.

Al llegar a casa, entré por la puerta, borracha y fumada, y me caí redonda en la cama. Estoy segurísima de que mis padres ni siquiera se dieron cuenta de que me había ido.

La noche siguiente volví a salir e hice lo mismo.

Al cabo de un tiempo, los porteros del Strip me reconocían y me dejaban entrar en todas partes: en el Whisky, en el London Fog, en la Riot House... A nadie le importaba lo joven que era.

GREG MCGUINNESS (*antiguo conserje del hotel Continental Hyatt House*): Oooh tío, no te sé decir cuánto tiempo llevaba Daisy frecuentando el Hyatt House antes de que me fijara en ella. Pero me acuerdo de la primera vez que la vi. Yo estaba al teléfono y de repente entra una chica altísima y delgadísima con flequillo. Y los ojos azules más enormes y redondos que te puedas imaginar. Y qué sonrisa. Era inmensa. Entró agarrada del brazo de algún tipo. No recuerdo quién.

Lo que quiero decir es que por aquel entonces muchas de las chicas del Strip eran jóvenes pero intentaban parecer mayores. Daisy era Daisy, no parecía que tratara de ser nada salvo ella misma.

A partir de ese momento, me di cuenta de que iba mucho por el hotel. Siempre se estaba riendo. Nunca parecía estar de bajón. Era como ver a Bambi aprendiendo a caminar. Era muy inocente y frágil, pero se notaba que tenía algo.

Si te digo la verdad, me preocupaba por ella, estaba intranquilo. A muchos hombres de aquel mundillo les gustaban las jovencitas. Estrellas del rock de treinta y pico que se acostaban con adolescentes. No digo que estuviera bien, tan solo lo que había. ¿Cuántos años tenía Lori Mattix cuando salía con Jimmy Page? ¿Catorce? ¿Y qué me dices de Iggy Pop y Sable Starr? Él cantaba sobre eso, tío. Presumía de ello.

En cuanto a Daisy... A ver, los cantantes, los guitarristas, los *roadies*..., todos la miraban. Cuando venía procuraba asegurarme de que estuviera bien, estar pendiente. Me gustaba de verdad. Daisy valía más que cualquiera de los que iban por allí.

DAISY: Aprendí qué eran el sexo y el amor por las malas. Descubrí que los hombres hacían lo que querían y no sentían que debieran nada a nadie, que algunas personas solo quieren un pedazo de ti.

A lo mejor había chicas de las que no se aprovecharan, como las Plaster Casters o algunas de las GTO, no lo sé. Pero, para mí, al principio fue una putada.

Perdí la virginidad con..., da igual. Era más mayor, batería de un grupo. Estábamos en el vestíbulo del Riot House y me invitó a subir a su habitación para meternos unas rayas. Me dijo que era la chica de sus sueños.

Me gustaba básicamente porque yo le gustaba. Quería que alguien me escogiera entre las demás, que me tratara de forma especial. Así de desesperada estaba por que alguien se interesara por mí.

Cuando quise darme cuenta ya estábamos en su cama. Me preguntó si sabía lo que estaba haciendo y le dije que sí, aunque obviamente no tenía ni la menor idea. Pero todo el mundo hablaba del amor libre y del sexo como algo bueno. Si molabas, si estabas en la onda, te gustaba el sexo.

Estuve todo el rato mirando al techo esperando a que él terminara. Sabía que supuestamente tenía que moverme, pero me quedé totalmente paralizada, aterrada. Lo único que podía oírse en la habitación era el sonido de nuestra ropa al rozar la colcha.

No sabía lo que estaba haciendo ni por qué lo hacía si no quería. A lo largo de mi vida he hecho mucha terapia, y cuando digo mucha quiero decir muchísima. Y ahora lo entiendo. Veo claramente cómo era entonces. Quería estar rodeada de todos esos hombres, de esas estrellas, porque no sabía de qué otra manera podía ser importante. Y suponía que, si quería formar parte de su mundo, debía complacerlos.

Cuando acabó, se levantó. Yo me bajé el vestido. Me dijo: «Si quieres volver abajo con tus amigos, me parece bien». En realidad yo no tenía amigos, pero entendía que quería que me largase. Así que me largué.

No volvió a dirigirme la palabra nunca más.

SIMONE JACKSON (*estrella de la música disco*): Recuerdo ver a Daisy una noche en la pista de baile del Whisky. Todos se fijaban en ella, era imposible no hacerlo. Daisy jugaba en otra liga.

DAISY: Simone se convirtió en mi mejor amiga.

SIMONE: Me la llevaba a todas partes. Nunca había tenido una hermana.

Recuerdo que... Fue en la época de los disturbios en el Sunset Strip, cuando todos fuimos al Pandora a protestar por el toque de queda y el control policial. Daisy y yo salimos, protestamos, nos encontramos con algunos actores y nos fuimos al Barney’s Beanery para continuar la fiesta.

Después fuimos a casa de alguien. Daisy perdió el conocimiento en el patio. No volvimos a casa hasta la tarde siguiente. Puede que Daisy tuviera quince años, yo debía de tener diecinueve. No dejaba de pensar: «¿Soy la única que se preocupa por esta chica?».

Por cierto, en aquella época todos nos metíamos *speed*, incluso Daisy, a pesar de lo joven que era. Pero si querías mantenerte delgada y aguantar de pie toda la noche, algo había que tomar. Bennies u otras anfetas.

DAISY: Las pastillas dietéticas eran una opción fácil. Ni siquiera las considerábamos una opción. No lo hacíamos para colocarnos, ni siquiera con la farlopa. Si había, te metías un tiro. La gente no lo veía como una adicción. Entonces no era así.

SIMONE: Mi productor me compró una casa en Laurel Canyon. Quería acostarse conmigo. Le rechacé pero me la compró de todas formas, así que le propuse a Daisy que se mudara conmigo.

Terminamos durmiendo en la misma cama durante seis meses, así que puedes creerme cuando te digo que nunca dormía. Podían ser las cuatro de la mañana, yo intentaba dormir pero Daisy quería dejar la luz encendida para leer.

DAISY: Durante muchos años tuve un insomnio terrible, incluso siendo una cría. A las once de la noche seguía despierta y decía que no estaba cansada. Mis padres me gritaban: «¡A la cama!». Por lo que a medianoche siempre estaba buscando cosas silenciosas que hacer. Mi madre dejaba novelas románticas tiradas por todas partes, así que las leía. Podían ser las dos de la mañana y mis padres estar dando una fiesta en la planta de abajo; yo me quedaba sentada en la cama con la lámpara encendida leyendo *Doctor Zhivago* o *Peyton Place*.

Al final se convirtió en un hábito. Leía todo lo que cayera en mis manos. No le hacía ascos a nada: novelas de suspense, de detectives, de ciencia ficción...

Un día, en la época en que me mudé con Simone, encontré una caja llena de biografías históricas a un lado de la carretera en Beachwood Canyon. Me las leí todas.

SIMONE: Por ella empecé a usar antifaz para dormir. [Ríe] Luego seguí haciéndolo porque me daba un aire chic.

DAISY: Llevaba más de dos semanas viviendo con Simone cuando fui a casa de mis padres a buscar algo de ropa.

—¿Te has cargado tú la cafetera? —me preguntó mi padre.

—Papá, ni siquiera vivo aquí —le respondí.

SIMONE: Le dije que la única condición para que viviera conmigo era que tenía que ir al instituto.

DAISY: El instituto no fue fácil. Sabía que para conseguir un sobresaliente tenías que hacer lo que te pedían. Pero también sabía que mucho de lo que nos enseñaban eran chorradas. Me acuerdo de que una vez tuve que hacer un trabajo sobre Cristóbal Colón y el descubrimiento de América, así que hice un trabajo sobre cómo Cristóbal Colón no había descubierto América. Porque no la descubrió. Me pusieron un muy deficiente.

—¡Pero si tengo razón! —le dije a la profesora.
—No era esto lo que había pedido.

SIMONE: Era tan brillante... Sin embargo, sus profesores no parecían darse cuenta.

DAISY: La gente dice que no me gradué, pero sí que lo hice. Cuando crucé el escenario para ir a recoger mi diploma, Simone me aplaudía entre el público. Estaba muy orgullosa de mí. Y yo también empecé a sentirme orgullosa de mí. Esa noche, saqué el diploma del estuche, lo doblé y lo usé como marcapáginas en mi ejemplar de *El valle de las muñecas*.

SIMONE: Cuando fracasó mi primer disco, la discográfica me cerró las puertas. Mi productor nos echó de aquella casa. Conseguí trabajo de camarera y me mudé con mi primo en Leimert Park. Daisy tuvo que volver a casa de sus padres.

DAISY: Recogí mis cosas, las metí en el coche y volví a casa de mis padres. Al entrar, mi madre estaba hablando por teléfono fumando un cigarrillo.
—He vuelto —saludé.
—Tenemos sofá nuevo —repuso, y siguió hablando por teléfono.

SIMONE: Daisy había heredado toda su belleza de su madre. Jeanne era preciosa. Recuerdo que en esa época la vi varias veces. Ojos grandes, labios muy carnosos. Rezumaba sensualidad por los cuatro costados. A Daisy le fastidiaba que la gente siempre le estuviera diciendo que era igual que su madre. Sí que se parecían, pero yo sabía que no le gustaba que se lo dijeran.
Creo que una vez se me escapó:
—Tu madre es muy guapa.

Y su respuesta fue:
—Sí, y eso es todo.

DAISY: Cuando nos echaron de casa de Simone... Ahí me di cuenta de que no quería vivir de nadie. Creo que debía de tener unos diecisiete años. Por primera vez me pregunté qué es lo que quería hacer yo en la vida.

SIMONE: A veces Daisy estaba en mi casa duchándose o fregando los platos. La oía cantar a Janis Joplin o a Johnny Cash. Le encantaba cantar «Mercedes Benz». Jamás había oído nada igual. Ahí estaba yo tratando de conseguir un nuevo contrato discográfico (siempre estaba tomando clases de canto, me lo curraba muchísimo) y para Daisy, en cambio, cantar era facilísimo. Quería odiarla por ello, pero no es nada fácil odiar a Daisy.

DAISY: Uno de mis recuerdos favoritos es... Simone y yo conduciendo por el bulevar La Cienaga, seguramente en mi BMW de entonces. Ahora hay un centro comercial inmenso, pero en esa época seguía estando el estudio de grabación Record Plant. No sé a dónde iríamos, probablemente a

Jan's a por un bocadillo. Pero estábamos escuchando *Tapestry*. Y entonces sonó «You've Got a Friend». Simone y yo nos desgañitábamos junto a Carol King. Pero mientras cantaba yo pensaba en la letra. La sentía de verdad. Esa canción siempre me hizo estar agradecida por tenerla a ella, a Simone.

Saber que hay una persona en el mundo que haría cualquier cosa por ti y por la que tú harías cualquier cosa te da esa paz de la que habla la canción. La primera vez que tuve esa sensación fue con ella. Aquel día en el coche se me saltaron las lágrimas. Me giré hacia Simone, abrí la boca para decir algo pero ella simplemente asintió y dijo: «Yo también».

SIMONE: Me propuse conseguir que Daisy hiciese algo con su voz, pero Daisy no estaba por la labor de hacer nada que no quisiera hacer. Para entonces ya había madurado. Cuando la conocí todavía era un poco niñata, pero [ríe] digamos que se había vuelto más dura.

DAISY: En aquel momento yo salía con un par de tíos, incluido Wyatt Stone, de los Breeze. Yo no sentía por él lo mismo que él sentía por mí.

Una noche estábamos fumando un porro subidos al tejado de su apartamento en Santa Mónica cuando de pronto Wyatt dijo:

—Te quiero muchísimo y no entiendo por qué tú no me quieres.

—Te quiero todo lo que estoy dispuesta a querer a alguien —le contesté.

Y era verdad. En ese momento no estaba dispuesta a mostrarme vulnerable ante nadie. Ya había tenido bastante de eso. Se acabó.

Esa noche, después de que Wyatt se fuera a la cama, no podía dormir. Entonces vi un papel con la canción que estaba escribiendo, que claramente iba sobre mí. Decía algo sobre una pelirroja y los pendientes de aro que siempre me ponía.

El estribillo decía que yo tenía un gran corazón pero que dentro no había amor. Me quedé mirando la letra y pensé: «Una mierda». Wyatt no me entendía un carajo. Estuve meditando sobre ello un buen rato hasta que cogí papel y boli y anoté varias cosas.

Cuando se despertó le dije:

—El estribillo debería ser algo más tipo: «Big eyes, big soul | big heart, no control | but all she got to give is tiny love».*

Wyatt enseguida quiso apuntarlo:

—¿Puedes repetirlo?

—Solo improvisaba. Escribe tú tus malditas canciones.

SIMONE: «Tiny Love» fue el mayor éxito de los Breeze. Y Wyatt iba por la vida como si la hubiese escrito él.

WYATT STONE (*cantante, The Breeze*): ¿Por qué me preguntas eso? Es agua pasada. ¿Quién se acuerda?

DAISY: Aquello se convirtió en una costumbre. Una vez estaba desayunando en el Barney's Beanery con un tío que era escritor y director. En aquella época siempre pedía champán para desayunar. Pero como no dormía lo suficiente solía estar cansada, así que también necesitaba

café. No podía pedir solo café porque me metía tantas pastillas que me habría puesto como una moto. Y no podía pedir solo champán porque me habría quedado sobada. ¿Solución? Pedía champán y café juntos. Y en los sitios donde los camareros me conocían lo llamaba un «arriba y abajo». Algo para mantenerme despierta y algo para mantenerme tranquila. Al tipo aquel le pareció tronchante. Dijo: «Algún día lo usaré en algo». Y lo apuntó en una servilleta que se guardó en el bolsillo trasero del pantalón. Pensé: «¿Qué demonios te hace pensar que algún día no vaya a usarlo yo en algo?». Pero, por supuesto, apareció en su siguiente película.

Así eran las cosas. Se suponía que yo no era más que la inspiración para la gran idea de algún hombre.

Pues a la mierda con eso.

Por eso empecé a escribir mis propias canciones.

SIMONE: Yo era la única que la animaba a hacer algo con su talento, los demás se limitaban a robárselo.

DAISY: No tenía el más mínimo interés en ser la musa de alguien.

No soy una musa.

Soy ese alguien.

Fin de la maldita historia.

El ascenso de The Six

1966-1972

The Six empezaron siendo un grupo de blues-rock llamado los Dunne Brothers a mediados de los sesenta en Pittsburgh (Pensilvania). Billy y Graham Dunne fueron criados por una madre soltera, Marlene Dunne, después de que su padre, William Dunne, los abandonara en 1954.

BILLY DUNNE (*cantante, The Six*): Cuando mi padre se fue yo tenía siete años y Graham, cinco. Uno de mis primeros recuerdos es el día que nos dijo que se mudaba a Georgia. Le pregunté si me podía ir con él y dijo que no.

No se llevó su vieja guitarra Silvertone. Graham y yo nos peleábamos por tocarla. No hacíamos otra cosa. Nadie nos enseñó, aprendimos nosotros solos.

Más tarde, cuando era un poco más mayor, a veces me quedaba en el colegio cuando todos se habían ido y trasteaba con el piano en la sala del coro.

Con el tiempo, tendría quince años o así, mamá ahorró y por Navidad nos compró una vieja Strat a Graham y a mí. Graham quería esa guitarra, así que dejé que se la quedara. Yo me quedé con la Silvertone.

GRAHAM DUNNE (*guitarra principal, The Six*): Una vez que Billy y yo tuvimos una guitarra cada uno, empezamos a escribir canciones juntos. Yo quería la Silvertone, pero vi que para Billy significaba más que para mí, así que me quedé con la Strat.

BILLY: Ahí empezó todo.

GRAHAM: Billy se centró en componer, en las letras. No hacía más que hablar de Bob Dylan. Yo era más de Roy Orbison. Esos eran nuestros referentes... Queríamos ser los Beatles. Todos querían ser los Beatles. Primero querías ser los Beatles y luego querías ser los Stones.

BILLY: Para mí estaban Dylan y Lennon. El *Freewheelin'* de Bob Dylan y el *Hard Day's Night*. Simplemente eran... Yo estaba... Ellos fueron mis guías.

En 1967*, cuando los hermanos eran adolescentes, se les sumaron el batería Warren Rhodes, el bajista Pete Loving y el guitarrista rítmico Chuck Williams.*

WARREN RHODES (*batería, The Six*): Un batería necesita un grupo. No es como ser cantante o guitarrista, no puedes tocar tú solo. Las chicas no vienen a decirte: «Warren, tócame el redoble de "Hey Joe"».

Y yo quería entrar en el grupo, tío. Escuchaba a los Who, a los Kinks, a los Yardbirds, cosas así. Quería ser Keith Moon y Ringo y Mitch Mitchell.

BILLY: Warren nos gustó desde el principio. Y Pete apareció como caído del cielo. Iba al colegio con nosotros, tocaba el bajo en un grupo de instituto que actuó en nuestro baile de fin de curso. Cuando se separaron, le dije: «Pete, vente con nosotros». Siempre fue un tío muy guay. Lo único que quería era tocar rock.

Y luego estaba Chuck. Era unos años mayor que los demás, vivía un poco lejos. Pero Pete lo conocía y respondía por él. Chuck era un tipo resultón: mandíbula afilada, pelo rubio y todo eso. Le hicimos una audición y resultó ser mejor que yo con la guitarra rítmica.

Yo quería ser líder y vocalista, y cuando tuvimos un grupo completo de cinco tíos por fin pude serlo.

GRAHAM: Mejoramos un montón, muy deprisa. No hacíamos otra cosa que ensayar.

WARREN: Día tras día. Me despertaba, agarraba las baquetas y me iba al garaje de Billy y Graham. Si al acostarme me sangraban los dedos, había sido un buen día.

GRAHAM: ¿Qué íbamos a hacer si no? Ninguno tenía novia, salvo Billy. Todas las chicas querían salir con él. Y, te lo juro, parecía que Billy se pillaba de una chica nueva cada semana. Siempre había sido así.

En primaria le pidió salir a su profesora. Mamá siempre decía que había nacido loco por las chicas. Solía bromear con que aquello iba a ser su perdición.

WARREN: Durante seis meses más o menos, puede que un poco más, tocamos en fiestas privadas y en algún que otro bar. Nos pagaban con cerveza, y como éramos menores no estaba tan mal.

GRAHAM: No siempre tocábamos en locales sofisticados, dejémoslo ahí. A veces la gente empezaba a pelearse y era un agobio quedarse ahí en medio. Una vez estábamos haciendo un bolo en un antro y un tío de las primeras filas empieza a alterarse un montón no se sabe por qué. Se pone a lanzar puñetazos a la gente. Yo estoy a lo mío, tocando mis *riffs*, ¡y de repente veo que viene a por mí!

Todo ocurrió a la velocidad del rayo. ¡Bum! De repente el tipo estaba en el suelo. Billy lo había derribado.

Un clásico: si algún chaval se abalanzaba sobre mí para quitarme la poca pasta que llevase encima, Billy llegaba corriendo y lo noqueaba sin pensárselo dos veces.

WARREN: Todos sabíamos que no te podías meter con Graham si Billy estaba cerca. A ver, cuando empezamos, Graham no era muy bueno. Recuerdo que una vez Pete y yo le dijimos a Billy:

—Tal vez deberíamos sustituir a Graham.

Y Billy dijo:

—Volved a decir eso y Graham y yo os sustituiremos a vosotros.

[Ríe] Me pareció genial, en serio. Pensé: «Muy bien, pues tema zanjado». En verdad nunca me molestó demasiado que Billy y Graham vieran el grupo como algo más suyo. A mí me gustaba considerarme un batería de alquiler. Lo único que quería era pasármelo bien tocando en una buena banda.

GRAHAM: Tocábamos lo bastante como para que nuestro nombre empezara a sonar un poco en la ciudad. Billy cada vez se tomaba más en serio lo de ser el cantante. Tenía ese aire, ¿sabes? Todos lo teníamos. Dejamos de cortarnos el pelo.

BILLY: Siempre llevaba vaqueros con cinturones de hebilla grande.

WARREN: Graham y Pete empezaron a llevar camisetas apretadas. Yo les decía: «Os puedo ver los pezones». Pero ellos se veían genial.

BILLY: Nos contrataron para tocar en una boda. Para nosotros era algo muy importante. Una boda significaba que nos escucharían unas cien personas. Creo que tenía diecinueve años.

Habíamos hecho una audición para la pareja, les habíamos tocado nuestro mejor tema. Era una canción lenta rollo folk que había escrito, se llamaba «Nevermore». Solo de pensar en ella me pongo malo. En serio. Entonces escribía sobre los Catonsville Nine, aquellos activistas católicos que protestaban contra la guerra de Vietnam, y cosas por el estilo. Me creía Dylan. Pero el caso es que nos contrataron.

De repente, a mitad del concierto, veo a un hombre de cincuenta y tantos tacos bailando con una chica de veintipocos y pienso: «¿Será consciente ese tipo del asco que da?».

Y entonces me doy cuenta de que es mi padre.

GRAHAM: Nuestro padre estaba allí con esa chica, que debía de tener nuestra edad. Creo que me di cuenta antes que Billy. Lo reconocí por las fotografías que nuestra madre guardaba en una caja de zapatos debajo de su cama.

BILLY: No me lo podía creer. A esas alturas ya llevaba diez años sin dar señales de vida. Se suponía que vivía en Georgia. El muy mamón estaba en mitad de la pista de baile y no tenía ni idea de que sus hijos estuvieran sobre el escenario. Llevaba tanto tiempo sin vernos que ni siquiera nos reconoció. Ni las caras, ni las voces, nada.

Cuando terminamos de tocar, lo vi alejarse. Ni siquiera nos miró. ¿Qué tipo de sociópata no reconoce a sus propios hijos si los tiene delante? ¿Cómo puede ser posible?

Según mi propia experiencia, la biología hace su parte. Ves a un chaval y sabes que es tuyo, y lo quieres. Así es como funciona, joder.

GRAHAM: Billy preguntó por él a un par de invitados a la boda. Resulta que nuestro padre había estado viviendo a muy pocos pueblos de distancia. Era amigo de la familia de la novia o algo así. Billy estaba furioso. Decía: «Ni siquiera nos ha reconocido». Yo siempre he pensado que es probable que sí que nos reconociera y simplemente no supiera qué decir.

BILLY: Cuando no le importas lo suficiente a tu propio padre como para que te salude, te jode. No lo digo en plan autocompasivo. No me quedé ahí sentado preguntándome: «¿Por qué no me quiere?». Fue más bien...: «Ah, pues muy bien, así de podrido puede llegar a estar el mundo. Algunos padres no quieren a sus hijos».

Fue una lección sobre en qué no convertirme, te lo aseguro.

GRAHAM: De todas formas parecía un gilipollas borracho, así que ¡a tomar por culo!

BILLY: Después de la boda, cuando todos estaban recogiendo, me había tomado unas cuantas cervezas de más... y vi a la chica que servía cócteles en el bar del hotel. [Sonríe] Una chica preciosa. Pelo castaño larguísimo, hasta la cintura, y unos ojos marrones enormes. Me pierden los ojos marrones. Recuerdo que llevaba un vestido azul diminuto. Era bajita. Y eso me gustaba.

Ahí estaba yo, de pie en el vestíbulo del hotel, de camino a la furgoneta. Y ella estaba sirviendo a un cliente en la barra. Solo con verla te dabas cuenta de que era el tipo de tía que no aguantaba tonterías de nadie.

CAMILA DUNNE (*mujer de Billy Dunne*): Dios mío, anda que no era guapo... Delgado pero fibroso, el tipo de chico que siempre me ha gustado. Tenía las pestañas largas. Y estaba tan seguro de sí mismo... Y esa gran sonrisa... Cuando lo vi en el vestíbulo, recuerdo que pensé: «¿Por qué no puedo conocer a un chico como ese?».

BILLY: Fui directo a la barra, con un ampli en una mano y una guitarra en la otra:

—Señorita, quisiera su número de teléfono, por favor.

Estaba de pie junto a la caja registradora. Tenía una mano apoyada en la cadera. Se rio de mí y me miró como de reojo. No recuerdo exactamente lo que dijo pero fue algo así como:

—¿Y qué pasa si no eres mi tipo?

Me incliné sobre la barra y le dije:

—Me llamo Billy Dunne. Soy el cantante de los Dunne Brothers, y si me das tu número escribiré una canción sobre ti.

Eso funcionó. No es algo que funcione con todas las mujeres, pero suele funcionar con las mejores.

CAMILA: Al llegar a casa le conté a mi madre que había conocido a alguien.

—¿Es un buen chico? —me preguntó.

—No sé decirte.

[Ríe] La verdad es que lo bueno nunca me había interesado mucho.

Durante el verano y el otoño de 1969, los Dunne Brothers consiguieron más conciertos en Pittsburgh y en los pueblos de alrededor.

GRAHAM: Admito que, cuando Camila apareció, no le di más importancia que a las otras. Pero debería haber sabido que ella era diferente. La primera vez que la vi había venido a vernos a un bolo y llevaba una camiseta de Tommy James. Vamos, que se veía que entendía de música.

WARREN: Los demás estábamos empezando a follar, tío. Y Billy va y se retira del mercado. Mientras nosotros nos íbamos por ahí con tías, él se quedaba fumando porros y bebiendo cerveza.

Una vez salí de la habitación de una chica subiéndome la cremallera y Billy estaba sentado en el sofá viendo el programa de Dick Cavett. Le dije: «Tío, tienes que dejar a tu novia». A ver, a todos nos caía bien Camila, era sexi y si tenía que decirte algo te lo decía a la cara, y eso me gustaba. ¡Pero venga hombre!

BILLY: No era la primera vez que me encaprichaba de una chica, me enamoraba o como queráis llamarlo. Pero cuando la conocí [a Camila] fue algo totalmente diferente. Ella hacía que el mundo tuviera sentido para mí. Incluso me hizo gustarme más a mí mismo.

Venía a vernos a los ensayos y escuchaba lo que componía y siempre le encantaba. Emanaba una serenidad que... nadie más tenía. Cuando estaba con ella sentía que todo estaba bien, lo sabía. Era como si estuviera siguiendo la Estrella del Norte.

Creo que Camila nació satisfecha. No era una persona resentida ni rencorosa como nos pasa a algunos. Yo solía decir que había nacido roto. Ella nació completa. De ahí viene la letra de «Born Broken».

CAMILA: El día que Billy fue a conocer a mis padres yo estaba un poco nerviosa. Solo se tiene una oportunidad para causar una primera impresión, sobre todo con ellos. Le elegí toda la ropa, hasta los calcetines. Le obligué a ponerse la única corbata que tenía.

Les gustó mucho. Dijeron que era encantador. Pero mi madre tenía el resquemor de que tocase en un grupo.

BILLY: Pete era el único que parecía entender que tuviera novia. Una vez, cuando nos preparábamos para un concierto, Chuck dijo: «Dile simplemente que no eres un tío de una sola mujer. Seguro que lo entiende». [Ríe] Con Camila eso no iba a funcionar.

WARREN: Chuck era muy guay, comprendía las cosas. Parecía que no hubiese tenido una idea buena en su vida pero luego te llevabas la sorpresa. Él fue quien me descubrió a Status Quo. Todavía los escucho.

El 1 de diciembre de 1969, el Sistema de Servicio Selectivo del Gobierno de los Estados Unidos llevó a cabo un sorteo para determinar el orden de reclutamiento de 1970. Billy y Graham Dunne, ambos nacidos en diciembre, quedaban muy por detrás de esa lista. Warren

había quedado fuera del corte. Pete Loving había caído hacia la mitad. Sin embargo, a Chuck Williams, nacido el 24 de abril de 1949, le fue asignado el número 2 en la lotería de reclutamiento forzoso.

GRAHAM: Chuck fue llamado a filas. Recuerdo estar sentados en la mesa de la cocina de Chuck y que nos dijera que se iba a Vietnam. Billy y yo intentábamos encontrar la forma de que se librase de ir, pero Chuck dijo que él no era ningún cobarde. La última vez que lo vi tocamos en un bar en la Universidad Duquesne. Le dije: «Cuando vuelvas, estarás dentro».

WARREN: Billy tocó las partes de Chuck durante un tiempo, pero nos enteramos de que Eddie Loving [el hermano pequeño de Pete] era un máquina a la guitarra. Le hicimos una audición.

BILLY: Nadie podía tocar como Chuck. Pero cada vez conseguíamos más conciertos y yo no quería seguir tocando la guitarra rítmica sobre el escenario. Así que invitamos a Eddie. Pensamos que podría echar una mano durante un tiempo.

EDDIE LOVING (*guitarra rítmica, The Six*): Me llevaba bien con todo el mundo, pero era consciente de que Billy y Graham solo querían que encajara en un molde, ¿sabes? Toca esto, haz lo otro.

GRAHAM: Nos enteramos por un vecino de Chuck.

BILLY: Chuck murió en Camboya. No creo ni que llevase seis meses allí, ¿te das cuenta?

A veces te pones a pensar en por qué no te tocó a ti, ¿qué es lo que te hace tan especial para estar a salvo? El mundo no tiene mucho sentido.

A finales de 1970, los Dunne Brothers tocaron en el Pint, en Baltimore. Al concierto asistió Rick Marks, líder y vocalista de los Winters. Se quedó impresionado con el sonido áspero del grupo y Billy le gustó mucho. Les ofreció hacer de teloneros en varios de sus conciertos en su gira por el noroeste.

Los Dunne Brothers se unieron a los Winters y rápidamente se vieron influenciados por su sonido. Además, la teclista, Karen Karen, les cautivó.

KAREN KAREN (*teclista, The Six*): El día que conocí a los Dunne Brothers, Graham me preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Karen.

—¿Cómo te apellidas?

Pero pensé que había repetido la pregunta porque no me había oído, así que respondí:

—Karen.

—¿Karen Karen? —preguntó riéndose.

Desde ese momento todos me llamaron Karen Karen. Me apellido Sirko, que conste. Pero Karen Karen cuajó.

BILLY: Karen añadía una capa más, le daba exuberancia a lo que hacían los Winters. Empecé a pensar que tal vez nosotros necesitábamos algo parecido.

GRAHAM: Billy y yo empezamos a pensar... Quizá no necesitamos a alguien como Karen. Quizá necesitamos a Karen.

KAREN: Me fui de los Winters porque estaba harta de que todos intentaran acostarse conmigo. Yo solo quería tocar.

Y Camila me caía bien. A veces aparecía por allí después de los conciertos, cuando venía a visitar a Billy. Me molaba que estuviera por ahí con Billy o que él siempre estuviera hablando por teléfono con ella. Básicamente, había mucho mejor ambiente.

CAMILA: En la gira con los Winters, los fines de semana iba en coche al concierto que tuvieran y me quedaba en el *backstage*. Después de pasar cuatro horas al volante y de llegar al garito donde se celebraba el concierto —solían ser sitios bastante chungos con chicles pegados por todas partes y el suelo tan pringoso que costaba caminar—, decía mi nombre en la puerta y me llevaban hasta la parte de atrás. Ahí estaba yo, en el ajo.

Entraba y Graham y Eddie y todos los demás se ponían a gritar: «¡Camila!». Y Billy se acercaba y me rodeaba con sus brazos. Cuando Karen apareció... todo fue más fácil. Sentía que ese era mi lugar.

GRAHAM: Karen Karen fue una gran incorporación al grupo. Lo mejoró todo. Y, además, era guapa. Me refiero a que era guapa además de tener muchísimo talento. Siempre pensé que tenía un aire a Ali MacGraw.

KAREN: Cuando digo que me molaba que los chicos de los Dunne Brothers no intentaran liarse conmigo, no estoy hablando de Graham Dunne. Yo sabía que le gustaba mi físico, pero también mi talento. Así que no me molestaba tanto. De hecho, me parecía mono. Además, Graham era un tío sexi, sobre todo en los setenta.

Nunca entendí que todas fuesen detrás de Billy. Es verdad que tenía el pelo oscuro, los ojos bonitos y los pómulos marcados. Pero a mí me gustan los hombres un poco menos guapos. Me gusta que parezcan un poco peligrosos pero que en el fondo sean dulces. Como Graham. Hombros anchos, pelo en el pecho, melena castaña como sucia. Era atractivo, pero también era un poco bruto.

Eso sí, admito que a Billy le quedaban los vaqueros que te cagas.

BILLY: Karen era simplemente increíble. Y no tengo nada más que decir. Siempre he dicho que da igual si eres hombre, mujer, blanco, negro, gay, hetero o lo que sea: si tocas bien, tocas bien. En ese sentido la música es el mejor ecualizador.

KAREN: Los hombres piensan que se merecen un aplauso por tratar a las mujeres como personas.

WARREN: Creo que eso fue cuando a Billy se le empezó a ir un poco de las manos el tema de la bebida. Salía de fiesta como todos, pero cuando los demás nos largábamos con alguna tía que hubiéramos conocido, él se quedaba despierto, bebiendo.

Por la mañana siempre tenía buena cara, y la verdad es que todos hacíamos bastante el loco. Salvo Pete, quizá. Había conocido a una chica en Boston que se llamaba Jenny y siempre estaba hablando por teléfono con ella.

GRAHAM: Cuando Billy hace algo se entrega totalmente. Ama al máximo. Bebe al máximo. Incluso su forma de gastar el dinero, como si le quemara en las manos. Era uno de los motivos por los que le decía que se tomara con calma lo de Camila.

BILLY: Camila casi nunca salía con nosotros. Todavía vivía con sus padres y yo la llamaba todas las noches desde la carretera.

CAMILA: Si Billy no tenía monedas para hacer la llamada, llamaba a cobro revertido y cuando yo contestaba, decía: «Billy Dunne quiere a Camila Martinez», y colgaba antes de que empezaran a cobrar. [Ríe] Mi madre siempre ponía los ojos en blanco pero yo pensaba que era muy dulce.

KAREN: Pocas semanas después de que me uniera al grupo, dije: «Necesitamos un nombre nuevo». El de Dunne Brothers ya no tenía ningún sentido.

EDDIE: Yo llevaba un tiempo diciendo que necesitábamos otro nombre.

BILLY: La peña nos conocía por ese nombre. Yo no quería cambiarlo.

WARREN: No nos poníamos de acuerdo sobre cómo llamarnos. Creo que alguien sugirió los Dipsticks. Yo quería que fuéramos Shaggin'.

EDDIE: Pete dijo:

—Nunca vamos a conseguir que seis personas se pongan de acuerdo sobre un mismo nombre.

—¿Qué os parece los Six? —propuse.

KAREN: Me llamó un programador de Filadelfia, mi ciudad natal. Me dijo que los Winters habían cancelado su actuación en un festival y nos propuso tocar en su lugar.

—De puta madre, pero ya no nos llamamos los Dunne Brothers —le dije.

—Vale, ¿entonces qué pongo en el *flyer*?

—Todavía no estoy segura, pero te aseguro que los seis estaremos allí.

Y me gustó cómo sonaba: «The Six».

WARREN: El nombre molaba porque sonaba a «The Sex», aunque no recuerdo que lo comentásemos. Era tan obvio que no hacía falta.

KAREN: A mí no me sonaba a nada, la verdad.

BILLY: «¿The Sex?». No, eso no tuvo nada que ver.

GRAHAM: Sonaba a sexo. Claro que tuvo que ver.

BILLY: Dimos un concierto como The Six en Filadelfia y nos ofrecieron otro. Otro en Harrisburg. Otro en Allentown. Nos pidieron que tocáramos en Nochevieja en un bar en Hartford.

No ganábamos mucho dinero, y yo me gastaba hasta el último dólar con Camila, siempre que volvía a casa. Íbamos a una pizzería que estaba a dos manzanas de la casa de sus padres o les pedía dinero a Graham o a Warren para llevarla a algún sitio bonito. Ella no quería que lo hiciese. Decía: «Si quisiera estar con un tío rico, no le habría dado mi número al cantante de un grupo que actúa en bodas».

CAMILA: Billy tenía carisma, por eso me enamoré de él. Siempre he sido así, me van los ardientes, los melancólicos. Muchas de mis amigas buscaban a tíos que pudieran permitirse un buen anillo, pero yo quería a alguien fascinante.

GRAHAM: En torno al setenta y uno conseguimos cerrar varios conciertos en Nueva York.

EDDIE: Nueva York era... Era ser alguien.

GRAHAM: Una noche estamos tocando en el Bowery y fuera, en la calle, hay un tío llamado Rod Reyes que se está fumando un pitillo.

ROD REYES (*mánager, The Six*): Billy Dunne era una estrella del rock, era evidente. Lo daba todo.

Hay personas que tienen calidad. Si coges a nueve tipos y a Mick Jagger y los pones en fila, alguien que nunca antes haya oído hablar de los Rolling Stones señalaría a Jagger y diría: «La estrella es él».

Billy tenía eso, y el grupo sonaba de puta madre.

BILLY: Cuando Rod se acercó a hablar con nosotros después del concierto en el Wreckage... ese fue el punto de inflexión.

ROD: Cuando empecé a trabajar con el grupo tenía algunas ideas. Unas fueron bien recibidas y otras... no tanto.

GRAHAM: Rod me dijo que tenía que suprimir la mitad de mis solos. Dijo que solo interesaban a los pirados de la guitarra, pero que para los demás era aburrido.

—¿Qué sentido tiene tocar para gente que no esté pirada por las guitarras? —le pregunté.

Su respuesta fue:

—Si queréis ser grandes, tenéis que tocar para todo el mundo.

BILLY: Rod me dijo que dejara de escribir sobre cosas que no conocía. Dijo: «No te empeñes en reinventar la rueda. Escribe sobre tu chica». Fue, sin lugar a duda, el mejor consejo que me han dado en toda mi carrera.

KAREN: Rod me dijo que empezara a llevar escote. Le dije: «Sigue soñando», y sanseacabó.

EDDIE: Nos consiguió bolos por toda la Costa Este. De Florida a Canadá.

WARREN: Te voy a decir qué es estar en la cresta de la ola. La gente piensa que es cuando estás en lo más alto, pero no. Ahí es cuando sientes la presión y las expectativas. Estás en la cresta cuando todos piensan que vas a toda velocidad a algún sitio, cuando eres todo potencial. El potencial es la puta felicidad.

GRAHAM: Cuanto más tiempo pasábamos en la carretera, más salvajes nos volvíamos. Y Billy... Mira, a Billy le gustaba que le prestaran atención, sobre todo las mujeres. Entonces era solo eso, necesidad de atención.

BILLY: Eran demasiadas cosas. Querer a alguien en tu ciudad, estar en la carretera. Las chicas venían al *backstage* y era a mí a quien querían conocer. Yo era... No tenía ni puta idea de relaciones.

CAMILA: Billy y yo empezamos a pelearnos. Admito que lo que yo quería era un poco imposible. Quería salir con una estrella del rock pero que siempre estuviera disponible. Cuando él no podía hacer exactamente lo que yo quería, me ponía furiosa. Era joven. Los dos lo éramos.

A veces las cosas se ponían tan feas que no nos hablábamos durante varios días. Hasta que uno de los dos llamaba al otro y se disculpaba y las cosas volvían a ser como antes. Le quería y sabía que él me quería, pero no fue fácil. Aunque, como me decía mi madre: «Nunca te ha interesado lo fácil».

GRAHAM: Una noche, Billy y yo estábamos en casa a punto de subir a la furgoneta para ir a tocar a Tennessee, a Kentucky o yo qué sé dónde. Camila vino a despedirse. Cuando Rod llegó con la furgoneta, Billy le estaba diciendo adiós.

Le retiró el pelo de la cara y le dio un beso en la frente. Me acuerdo de que ni siquiera la besó de verdad, simplemente la rozó con los labios. Y yo pensé: «Nunca me ha importado nadie de esa forma».

BILLY: Escribí «Señora» para Camila. A la gente le flipaba esa canción. Se levantaba del asiento para cantarla y bailarla.

CAMILA: No tuve el corazón de decirle que, técnicamente, yo era una «señorita». Hay que saber elegir las batallas. Además, cuando la escuché...: «Let me carry you | on my back | the road looks long | and the night looks black | but the two of us are bold explorers | me and my gold señora».*

Me encantaba. Adoraba esa canción.

BILLY: Preparamos una maqueta con «Señora» y «When the Sun Shines on You».

ROD: En aquel momento mis verdaderos contactos estaban en Los Ángeles. Le dije al grupo, puede que fuera el setenta y dos: «Nos largamos al Oeste».

EDDIE: Era en California donde se cortaba el bacalao, ¿sabes lo que quiero decir?

BILLY: Lo único que pensé fue que tenía que hacerlo.

WARREN: Yo estaba listo para irme. Dije: «Subámonos a la furgo».

BILLY: Fui a casa de los padres de Camila y la senté en el borde de la cama.

—¿Quieres venir con nosotros? —le pregunté.

—¿Y qué haría?

—No lo sé.

—¿Quieres que te siga a todas partes?

—Supongo.

Se quedó pensando un momento y luego dijo:

—No, gracias.

Le pregunté si podíamos seguir juntos y ella dijo:

—¿Vas a volver?

Le dije que no lo sabía.

—Entonces, no —me dijo.

Y me dejó.

CAMILA: Me puse furiosa. Porque se marchaba. Y lo pagué con él. No sabía de qué otra forma gestionarlo.

KAREN: Antes de irnos de gira, Camila me llamó. Me dijo que había roto con Billy.

—Creía que le querías —comenté.

—¡Ni siquiera ha intentado luchar por mí!

—Si le quieres, deberías decírselo.

—El que se marcha es él. Él es quien debería arreglarlo.

CAMILA: Amor y orgullo... Mala combinación.

BILLY: ¿Qué iba a hacer? Ella no quería venir conmigo y yo... No podía quedarme.

GRAHAM: Hicimos las maletas y nos despedimos de mamá. Por entonces ya se había casado con el cartero. Claro que sabía que se llamaba Dave, pero hasta el día de su muerte lo llamé *el cartero* porque eso es lo que hacía, distribuir el correo en la oficina de mi madre. Era el cartero.

Bueno, dejamos a mamá con el cartero y nos montamos en la furgoneta.

KAREN: De camino actuamos en todas partes, desde Pensilvania a California.
BILLY: Camila había tomado su decisión y una gran parte de mí se sentía en plan: «Muy bien, yo a mi rollo. A ver qué le parece».

GRAHAM: En aquel viaje Billy perdió totalmente la cabeza.

ROD: Si Billy me preocupaba créeme que no era por las mujeres, aunque hubo muchas. Después de los conciertos Billy se desmadraba tanto que a la tarde siguiente me tocaba despertarlo a bofetada limpia. Iba pasadísimo de vueltas.

CAMILA: Me sentía fatal sin él, me fustigaba por haberlo dejado. Todos los días me despertaba llorando. Mi madre no hacía más que decirme que fuera a buscarlo, que me tragara mis palabras. Pero me parecía que era demasiado tarde. Se había marchado sin mí para hacer realidad sus sueños. Como debía ser.

WARREN: Cuando llegamos a Los Ángeles, Rod nos reservó habitaciones en el Hyatt House.

GREG MCGUINNESS (*antiguo conserje del hotel Continental Hyatt House*): Ay, tío, me encantaría decirte que me acuerdo de los Six. Pero no me acuerdo. En aquella época pasaban tantas cosas, se alojaban en el hotel tantos grupos que es difícil acordarse de todos. Recuerdo conocer a Billy Dunne y a Warren Rhodes, pero mucho después.

WARREN: Rod se puso a reclamar favores y empezamos a hacer bolos más grandes.

EDDIE: Los Ángeles era una pasada. Miraras donde miraras, estabas rodeado de gente que amaba la música y a la que le gustaba ir de fiesta. Pensé: «¿Por qué demonios no hemos venido antes?». Las chicas eran preciosas y las drogas estaban tiradas de precio.

BILLY: Tocamos un par de veces en Hollywood. En el Whisky, en el Roxy, en el P. J.'s. Acababa de escribir una canción nueva que se llamaba «Farther From You». Hablaba de lo mucho que echaba de menos a Camila, de lo lejos que me sentía de ella.

Cuando llegamos al Strip, ya tocábamos a otro nivel.

GRAHAM: Todos empezamos a vestir un poco mejor. En Los Ángeles tenías que currártelo más. Empecé a llevar camisas desabrochadas hasta la mitad del pecho. Pensaba que estaba sexi a rabiar.

BILLY: Eso fue más o menos cuando me dio por... ¿Cómo lo llaman ahora? ¿El *smoking* canadiense? Casi cada día me ponía unos pantalones y una camisa vaqueros.

KAREN: Sentía que con minifalda, botas y todo ese rollo no me iba a concentrar en tocar. Es decir, la estética me gustaba, pero prefería llevaba vaqueros de cintura alta y cuellos altos.

GRAHAM: Karen estaba tremenda.

ROD: Una vez empezaron a llamar un poco la atención, les organicé un concierto en el Troubadour.

GRAHAM: «Farther From You» era una canción cojonuda. Y se notaba que Billy la sentía. Era transparente, si estaba dolido o si estaba alegre podías verlo.

Aquella noche, durante el bolo en el Troubadour, miré a Karen y estaba totalmente entregada, ¿sabes? Y luego miré a Billy, que cantaba con el corazón, y pensé: «Este es nuestro mejor concierto hasta la fecha».

ROD: Vi a Teddy Price de pie al fondo de la sala, escuchando. Nunca me lo habían presentado, pero sabía que era productor en la discográfica Runner Records. Teníamos un par de amigos en común. Después del concierto se me acercó y me dijo: «Mi ayudante os oyó en el P. J.s. Le dije que vendría a escucharos».

BILLY: Bajamos del escenario y veo que Rod se acerca con un tipo trajeado muy alto y gordo y dice:

—Billy, quiero que conozcas a Teddy Price.

Lo primero que Teddy dice, con ese acento británico pijo, es:

—Tienes un gran talento para escribir sobre esa chica.

KAREN: Ver a Billy con Teddy era un poco como ver a un perro que acabara de encontrar a su amo. Quería complacerlo, quería el contrato discográfico. Se notaba que cada poro de su piel lo deseaba.

WARREN: Teddy Price era más feo que pegar a un padre. Costaba hasta mirarle. [Ríe] Es broma. Pero era horroroso. Lo que molaba era que parecía que le daba igual.

KAREN: Esa es la ventaja de ser un hombre. Una cara fea no es tu ruina.

BILLY: Le di la mano a Teddy y me preguntó si tenía más canciones como las que había escuchado.

—Sí, señor —le dije.

—¿Dónde ves este grupo dentro de cinco años? ¿Y de diez?

—Seremos el grupo más importante del mundo.

WARREN: Esa noche firmé mi primer par de tetas. Se me acerca una chica, se desabrocha la camisa y dice: «Fírmame». Así que la firmo. Un recuerdo así es para toda la vida, te lo digo.

A la semana siguiente, Teddy fue a visitar al grupo a un local de ensayo en el Valle de San Fernando y escuchó las siete canciones que habían preparado. Poco después fueron invitados a las oficinas de Runner Records, donde les presentaron a Rich Palentino, el director general, y les ofrecieron un contrato de grabación y publicación. El propio Teddy Price les produciría el disco.

GRAHAM: Firmamos el contrato sobre las cuatro de la tarde y recuerdo que salimos y echamos a andar por Sunset Boulevard, los seis, con el sol cegándonos, y sentimos como si Los Ángeles hubiera abierto los brazos y nos hubiera dicho: «Venid aquí».

Hace un par de años vi una camiseta que ponía «Llevo las gafas de sol puestas por el futuro tan brillante que me espera», y pensé que el mierda que la llevaba no tenía ni puta idea. Nunca había estado en mitad de Sunset Boulevard con sus cinco mejores amigos, el sol cegándole y el contrato para un disco en el bolsillo.

BILLY: Esa noche, todos estaban de fiesta en el Rainbow y yo me alejé caminando, bajé la calle hasta una cabina telefónica. Imagina conseguir el mayor de tus sueños y sentirte vacío por dentro. No significaba nada a menos que pudiera compartirlo con Camila. Así que la llamé.

Mientras sonaba el teléfono sentí que el corazón se me salía del pecho. Me tomé el pulso y noté que me iba a mil por hora. Pero cuando Camila contestó, fue como tumbarse en la cama después de un día muy largo. Solo con oír su voz me sentí muchísimo mejor.

—Te echo de menos. Creo que no puedo vivir sin ti —le dije.

—Yo también te echo de menos.

—¿Por qué estamos haciendo esto? Se supone que debemos estar juntos.

—Ya lo sé.

Los dos nos quedamos callados hasta que yo dije:

—Si tuviera un contrato discográfico, ¿te casarías conmigo?

—¿Qué?

CAMILA: Estaba eufórica por él, por lo del contrato. Había trabajado muy duro para conseguirlo.

BILLY: Se lo volví a preguntar:

—Si tuviera un contrato discográfico, ¿te casarías conmigo?

—¿Tienes un contrato discográfico?

Fue entonces, en ese momento, cuando lo supe. Que Camila era mi alma gemela. Le importaba más el contrato discográfico que cualquier otra cosa.

—No has contestado a mi pregunta.

—¿Has conseguido un contrato, sí o no?

—¿Te casarás conmigo, sí o no?

Se quedó callada un rato, y luego dijo:

—Sí.

Y entonces yo dije:

—Sí.

Se puso a gritar muy emocionada.

—Ven aquí ahora mismo. ¡Vamos a casarnos! —le pedí.

It Girl

1972-1974

Resuelta a hacerse un nombre fuera del Sunset Strip, Daisy Jones empezó a escribir sus propias canciones. Armada con tan solo papel y boli, y sin ningún tipo de formación musical bajo el brazo, estrenó un cuaderno que no tardó en contener esbozos de más de cien canciones.

Una noche, en el verano del 72, Daisy asistió a un concierto de Mi Vida en el Ash Grove. En aquel momento salía con Jim Blades, el vocalista de Mi Vida. Hacia el final del set, Jim invitó a Daisy a subir al escenario para que cantara con ellos una versión de «Son of a Preacher Man».

SIMONE: Entonces Daisy llevaba el pelo larguísimo y sin flequillo. Siempre se ponía pendientes de aro y nunca llevaba zapatos. Deslumbraba.

Aquella noche, en el Ash Grove, las dos estábamos sentadas al fondo de la sala y Jim estaba empeñado en que Daisy subiera al escenario, pero ella no quería. Jim se pasó la mayor parte de la noche tratando de convencerla y, al final, Daisy subió.

DAISY: Fue surrealista. Toda esa gente me miraba esperando que pasara algo.

SIMONE: Me sorprendió que al empezar a cantar con Jim estaba cortadísima. Pero a medida que avanzaba la canción pude sentir que se iba relajando, hasta que en el segundo estribillo por fin se soltó. Sonreía. Se la veía feliz de estar allí arriba. Y la gente no podía apartar los ojos de ella. Jim había dejado de cantar antes de que llegaran al final de la canción y la dejó ir. La sala se vino arriba.

JIM BLADES (*líder y vocalista de Mi Vida*): Daisy tenía una voz increíble. Áspera pero no chirriante, como si tuviera piedras en la garganta y el sonido las atravesara. Eso hacía que todo lo que cantaba resultara complejo, interesante y un poco impredecible. Yo nunca había tenido demasiada voz. No hace falta tener una gran voz si tus canciones son lo bastante buenas. Pero Daisy lo tenía todo, tío.

Cantaba desde el fondo del estómago. La gente tarda años en aprender a cantar así, pero a Daisy le salía solo, lo hacía en el coche o doblando la colada. Llevaba un tiempo intentando convencerla para que cantara conmigo y, hasta esa noche en el Ash Grove, siempre se había negado.

Creo que si finalmente aceptó fue porque se moría de ganas. Le dije: «Lo mejor de tus canciones es que puedes cantarlas tú». Su mayor activo era que la gente no podía dejar de mirarla. Le dije que sacara provecho de eso.

DAISY: Básicamente, lo que Jim estaba diciendo era que a nadie le importaba qué canción cantara siempre y cuando pudieran repasarme con la mirada. Menudo imbécil.

JIM: Si la memoria no me falla, Daisy me lanzó su pintalabios. Pero luego, cuando se calmó, me preguntó dónde debía intentar tocar.

DAISY: Quería que la gente escuchase mis canciones. Así que empecé a cantar por Los Ángeles. Cantaba temas míos, colaboraba con Simone...

GREG MCGUINNESS: Daisy salía con todo el mundo.

Ay, tío, como la pelea que estalló entre Tick Yune y Larry Hapman fuera del Licorice Pizza; Tick le partió la ceja a Larry. Fue una locura. Yo estaba allí. Había ido a comprar el *Dark Side of the Moon*, así que, ¿qué año debía de ser? ¿Finales del setenta y dos? ¿Principios del setenta y tres? Miro por la ventana y veo que Tick está zurrando a Larry. Por lo visto se peleaban por Daisy.

Además, me habían llegado rumores de que tanto Dick Poller como Frankie Bates habían intentado que grabara una maqueta con ellos y los había rechazado a los dos.

DAISY: De repente todo el mundo quería que grabase una maqueta. Todos esos tipos querían ser mi mánager. Pero no era idiota. Los Ángeles está lleno de hombres esperando a que alguna chica ingenua se crea sus mierdas.

De todos ellos, el menos adulador era Hank Allen. Al menos podía soportarle.

Para entonces me había mudado de la casa de mis padres al hotel Chateau Marmont. Había alquilado una cabaña en la parte de atrás. Hank se pasaba el día en la puerta, me dejaba mensajes. Era el único que no solamente hablaba de mí, sino también de mis canciones.

Le dije: «De acuerdo, si quieres ser mi mánager, puedes serlo».

SIMONE: Cuando conocí a Daisy, yo era la mayor, la más sabia, la más sofisticada. Pero a principios de los setenta Daisy era lo más.

Una vez estaba en su habitación en el Marmont, me pongo a mirar en el armario y veo todos esos vestidos y trajes de Halston.

—¿Desde cuándo tienes todos esos Halstons?

—Ah, me los han enviado.

—¿Quién?

—Alguien de Halston.

Estamos hablando de una chica que no había publicado ni un solo tema. Ni un disco, ni un *single*. Pero salía en las revistas con las estrellas del rock. Todo el mundo la quería.

Me llevé algunos de aquellos Halstons.

DAISY: Fui a Larrabee Sound para grabar la maqueta que Hank quería que grabara. Creo que era una canción de Jackson Browne, y Hank quería que la cantara con mucha dulzura, pero ni de coña. La canté como me dio la gana. Un poco áspera, un poco susurrante.

—¿Podemos hacer una prueba en la que la cantes suave, en un tono más alto? —preguntó Hank.

—No —repuse. Agarré mi bolso y me largué.

SIMONE: Justo después de eso firmó un contrato con Runner Records.

DAISY: Lo único que me importaba era componer, nada más. Cantar estaba bien pero no quería ser una marioneta subida al escenario cantando las canciones de otros. Quería hacer lo mío. Quería cantar mis propias canciones.

SIMONE: Daisy no valora lo que le resulta fácil. Dinero, apariencia, incluso su voz. Quería que la gente la escuchara.

DAISY: Firmé el contrato con Runner Records, pero ni me leí el contrato.

Pasaba de quién tenía que pagar tanto a quién y qué era lo que se esperaba de mí y todas esas mierdas. Quería escribir canciones y colocarme.

SIMONE: La citaron para una reunión. Fui a su casa y le ayudé a escoger la ropa, revisamos su cuaderno de canciones para que todo saliera a la perfección. Cuando se marchó para ir a la discográfica, parecía que levitaba al caminar.

Sin embargo, cuando al cabo de muchas horas se presentó en mi casa, supe que algo había ido mal.

—¿Qué ha pasado?

Se limitó a sacudir la cabeza y pasó de largo. Fue a la cocina, agarró la botella de champán que habíamos comprado para celebrar, la descorchó y se metió en el cuarto de baño. La seguí y vi que se estaba preparando un baño. Se quitó toda la ropa y se metió en la bañera. Dio un trago directamente de la botella.

—Háblame. ¿Qué ha pasado?

—No les importo.

Supongo que en la reunión le habían entregado una lista de canciones que esperaban que cantara. Temas del catálogo: «Leaving on a Jet Plane» y cosas así.

—¿Y qué pasa con tus canciones?

—No les han gustado.

DAISY: Les enseñé todas mis canciones pero no encontraron ni una sola, ¡ni una!, que quisieran grabar.

Yo les iba diciendo: «¿Y qué tal esta? ¿Y esta? ¿Y esta?».

Estaba en la mesa de conferencias con Rich Palentino, pasando hojas desesperada. Estaba segura de que ni se las habían mirado. No dejaban de decir que las canciones aún no estaban listas, que yo no estaba preparada para ser una cantautora.

SIMONE: Se emborrachó en la bañera y lo único que pude hacer fue sacarla de allí cuando perdió el conocimiento y meterla en la cama.

DAISY: A la mañana siguiente me levanté y me fui a casa. Intenté olvidarme de todo en la piscina. Cuando eso no funcionó, me fumé un par de cigarrillos y me metí un par de rayas. Vino Hank y trató de tranquilizarme.

—Sácame de este lío —le dije.

Y él se empeñaba en decirme que en realidad yo no quería que me sacaran de aquel lío.

—¡Sí que quiero!

—No, no quieres.

Me puse tan furiosa que salí corriendo antes de que Hank pudiera alcanzarme. Me subí en el coche y conduje hasta Runner Records. En el aparcamiento me di cuenta de que iba con la parte de arriba de un bikini y vaqueros. Fui directa al despacho de Rich Palentino y rompí el contrato.

—Ha llamado Hank para avisar de que harías eso. Cariño, así no es como funcionan los contratos —me informó Rich riéndose.

SIMONE: Daisy era Carole King, era Laura Nyro. Joder, podría haber sido Joni Mitchell. Y querían que fuera Olivia NewtonJohn.

DAISY: Volví al Marmont. Había estado llorando; tenía toda la cara manchada de rímel. Hank estaba sentado en la escalera de entrada esperándome.

—¿Por qué no te echas un rato?

—No puedo dormir. Llevo encima demasiada coca y muchas dexies.

Me dijo que tenía algo para mí. Pensé que me iba a ofrecer un quaalude, como si eso fuera a servir de algo. Pero me dio un Seconal. Me quedé dormida en un santiamén y al despertar me sentí muchísimo mejor. Sin resaca ni nada. Por primera vez en mi vida dormí como un bebé.

A partir de ese momento, tomaba dexies por el día y Seconal por la noche. Y champán para bajarlo todo.

Vaya vidorra, ¿eh? Si no fuera porque la vidorra no tiene nada que ver con la buena vida. Pero me estoy adelantando.

Debut

1973-1975

The Six se adaptaron a su nueva vida en Los Ángeles. Alquilaron una casa en las colinas de Topanga Canyon. Se preparaban para empezar a grabar su álbum debut. Teddy y un equipo de técnicos, entre los que se incluía Artie Snyder como ingeniero jefe, se instalaron en un estudio de grabación en Van Nuys (California).

KAREN: La casa me pareció un estercolero cuando la vi. Era vieja y desvencijada, la puerta principal se había desprendido de las bisagras y los marcos de las ventanas estaban astillados. Me horrorizaba. Pero al cabo de una o dos semanas, Camila llegó a Los Ángeles. Condujo por el largo camino de entrada a través del bosque, salió del coche y dijo: «Guau. Este sitio es cojonudo».

CAMILA: La casa estaba rodeada de arbustos de romero. Eso me encantaba.

BILLY: Joder, qué bueno era volver a estar con Camila. Volver a abrazarla. Nos íbamos a casar, estaba en Los Ángeles y además iba a grabar un disco con mi hermano. Todo era perfecto.

WARREN: Graham y Karen tenían cada uno una habitación que daba a la cocina. Pete y Eddie se quedaron el garaje. Billy y Camila querían el *loft*. Así que yo me instalé en la única habitación con baño.

GRAHAM: La habitación de Warren tenía un retrete dentro. Decía que tenía su propio cuarto de baño, pero no era verdad. Su habitación tenía un retrete en un rincón.

BILLY: Teddy era un ave nocturna. Llegábamos al estudio por la tarde y nos quedábamos hasta bien entrada la noche, a veces hasta por la mañana.

Mientras grabábamos, el resto del mundo no existía para nosotros. Estás en un estudio a oscuras y solo piensas en la música.

Teddy y yo... estábamos superentregados. Acelerando tempos y grabando en claves distintas, probando todo lo que se nos ocurría. Yo trasteaba con instrumentos nuevos. Estar en el estudio era mi perdición. Pero luego volvía a casa y Camila dormía enredada entre las sábanas. Yo solía estar un poco borracho y me metía en la cama a su lado.

En aquella época siempre podía pasar las mañanas con ella. Igual que la mayoría de las parejas salen a cenar al final de un largo día, Camila y yo salíamos a desayunar. Algunas de mis mañanas favoritas eran esas en las que ni siquiera me molestaba en acostarme. Camila se despertaba y conducíamos hasta Malibú para desayunar en algún punto de la Pacific Coast Highway.

Todas las mañanas se pedía lo mismo: un té helado con tres rodajas de limón.

CAMILA: Té helado, tres limones. Agua con gas, dos limas. Martini con dos aceitunas y una cebolleta. Soy muy mía a la hora de beber. [Ríe] Bueno, soy muy mía con casi todo.

KAREN: La gente piensa que Camila era el perrito faldero de Billy, que siempre iba detrás de él, pero no era así. Era una tía de armas tomar. Conseguía lo que quería, casi siempre. Era persuasiva y un poco avasalladora, aunque realmente nunca te dabas cuenta de que te estuviera avasallando. Pero era testaruda y sabía cómo salirse con la suya.

Una mañana Billy y ella bajaron al salón, puede que un poco antes de las doce. Todos llevábamos aún la ropa del día anterior, te puedes imaginar. No teníamos que volver al estudio hasta mucho más tarde. Camila dijo:

—¿Queréis que os prepare un gran desayuno? ¿Tortitas, gofres, bacon, huevos, toda la pesca?

Billy nos había oído decir a Graham y a mí que íbamos a ir a por una hamburguesa, y quería venir con nosotros. Así que Camila propuso:

—Ya os hago yo las hamburguesas.

Dijimos que vale, así que mandó a Billy a por carne de hamburguesa y le dijo que trajera también bacon. Y huevos para el día siguiente.

Luego encendió la parrilla y vino para decirnos que las hamburguesas que Billy había traído no tenían muy buena pinta, así que solo iba a cocinar el bacon. Y ya que lo preparaba, también podía hacer los huevos, y ya que sacaba los huevos, también podía preparar algunas tortitas.

De repente era la una y media de la tarde y estábamos todos sentados a la mesa tomando un *brunch* y no había ni una sola hamburguesa. Todo estaba buenísimo y nadie se dio cuenta de lo que Camila había hecho, excepto yo.

Eso es lo que me encantaba de ella, que no era ningún florero. Para verlo solo hacía falta prestar atención.

EDDIE: Los demás siempre estábamos fuera, así que di por hecho que Camila se ocuparía un poco de la casa, que la limpiaría, ¿sabes lo que quiero decir? Una vez le dije: «A lo mejor, cuando no estemos, podías recoger un poco o algo».

CAMILA: Dije: «De acuerdo». Y acto seguido procedí a no limpiar ni un solo plato.

GRAHAM: Era una época muy ajetreada. Billy siempre estaba componiendo. El grupo siempre estaba trabajando en algo dentro y fuera del estudio, a veces hasta dormíamos allí.

Muchas veces Karen y yo nos quedábamos despiertos hasta que salía el sol trabajando en un *riff* o en una melodía.

WARREN: Fue en esa época cuando me dejé crecer el bigote. Verás, hay tíos que no pueden llevar bigote, pero no es mi caso. Me lo dejé crecer cuando grabamos nuestro primer disco y nunca me lo he afeitado.

Bueno, me lo afeité una vez y parecía un gato pelado, así que volví a dejármelo.

GRAHAM: Grabar un disco, sobre todo si es el de debut, es superexigente. Billy se obsesionó un poco. Creo que tal vez por eso, mientras que los demás nos metíamos una raya de vez en cuando, Billy empezó a meterse rayas a mansalva. Así siempre estaba a tope.

BILLY: Intentaba asegurarme de que aquel fuese el mejor álbum que nadie hubiese publicado desde el inicio de los tiempos. [Ríe] Digamos que no sabía dónde estaba el freno.

EDDIE: Billy asumió un control enorme en ese disco. Y Teddy dejó que lo hiciera.

Billy escribía las canciones y componía las partes de casi todos los instrumentos. Llegaba y sabía las guitarras, el teclado y la batería que quería. El único a quien daba un poco más de margen era a Pete, pero a los demás nos decía qué teníamos que tocar y sencillamente obedecíamos.

Yo miraba a los demás y me parecía increíble que nadie dijese nada. Todos callados, parecía que solo me importara a mí. Y cuando no estaba de acuerdo en algo, Teddy siempre se ponía de parte de Billy.

ARTIE SNYDER (*ingeniero jefe en los álbumes* The Six, SevenEightNine *y* Aurora): Teddy pensaba que el verdadero talento de los Six era Billy. Nunca me lo dijo directamente, pero pasamos mucho tiempo juntos en la sala de control y a veces, cuando el grupo se marchaba a casa, tomábamos unas copas o nos comíamos una hamburguesa. Teddy sabía comer. Le decías: «Vamos a tomar algo», y él te respondía: «Mejor vamos a comernos un buen chuletón». Lo que quiero decir es que lo conocía bien.

Y Billy era la niña de sus ojos. Le pedía su opinión, y te aseguro que no se la pedía a nadie. Cuando hablaba con todo el grupo, solo miraba a Billy.

No me malinterpretes: todos tenían talento. Una vez usé una de las pistas de Karen como ejemplo para que otro teclista entendiera lo que tenía que hacer. Y una vez escuché que Teddy le decía a otro productor que algún día Pete y Warren iban a ser la mejor sección rítmica de la escena rock. Es decir, tenía fe en todos ellos. Pero se concentró en Billy.

Una noche, de camino a nuestros respectivos coches, Teddy dijo que Billy era de los que tenían algo que no se podía enseñar. Y creo que es verdad. Aún lo creo.

GRAHAM: Billy siempre se estaba preguntando si deberíamos escuchar la maqueta una vez más, si deberíamos arreglar tal o cual cosa. Teddy decía que mejor dejarla lo más fresca posible. Intentó por todos los medios que Billy se tranquilizase.

BILLY: Teddy me dijo una vez:

—Tu sonido es como..., es un sentimiento. Eso es. Y eso es algo que está por encima de cualquier otra cosa.

Recuerdo que le pregunté:

—¿Qué sentimiento?

Escribía sobre el amor. Al cantar soltaba una especie de gruñido. En nuestras canciones había mucha guitarra, buenos bajos de blues. Por eso pensaba que Teddy diría algo como: «Conocer a una chica en un bar y llevártela a casa», «ir a toda velocidad con la capota bajada» o algo por el estilo. Algo divertido, quizás, o cualquier locura.

Pero lo único que dijo fue:

—Es indescriptible. Si pudiera definirlo, no sabría qué hacer con ello.

Eso se me quedó grabado.

KAREN: Grabar un disco en un estudio de verdad era un subidón. Había técnicos por todas partes que lo afinaban todo, gente que te traía comida, que te iba a pillar una papelina si se la pedías. El catering de la comida cambiaba a la hora de la cena, y era inmenso.

Un día estábamos grabando y aparece un tío con una docena de galletas de chocolate.

—Tenemos galletas de sobra —le dije.

—No de estas.

Llevaban marihuana. No tengo ni idea de quién pudo mandarlas.

EDDIE: «Just One More» se compuso y grabó en un solo día cuando alguien nos mandó un cargamento de galletas de marihuana. Toda la canción, escrita casi toda por Billy con mi ayuda, parece que va de querer dormir con una chica una vez más antes de ponerte en marcha. Pero en realidad iba de que nos habíamos terminado todas las galletas y queríamos una más.

WARREN: Cogí tres galletas pero me escondí una, y mientras Billy escribía esa canción sobre querer una más, yo pensaba: «¡Mierda! ¡Sabe que a mí me queda una!».

GRAHAM: Fue una época simplemente fantástica. Nos lo pasábamos genial.

BILLY: Es cierto que tenía esa sensación..., la de saber que estás en un momento de la vida que vas a recordar para siempre.

GRAHAM: La noche antes de terminar de grabar, volví a casa de no sé dónde y encontré a Karen sentada en la barandilla de la terraza contemplando el cañón. Warren estaba en una silla de jardín tallando lo que parecía un árbol de Navidad raquítico en una cuchara de plástico.

Karen se volvió hacia mí y dijo:

—Es una pena que me llegue el agua a los tobillos. Quería ir a dar un paseo.

Así que les dije:

—¿De qué vais puestos y os queda algo?

KAREN: Era mescalina.

WARREN: Esa noche, cuando Graham, Karen y yo le dimos al peyote, me acuerdo de que me dije a mí mismo que, si el disco al final era una mierda, yo iba a estar bien. Porque podía ganarme la vida tallando cucharas. Era una puta locura, pero el pensamiento se me quedó grabado: había que tener alternativas.

GRAHAM: Creo que terminamos de grabarlo todo en noviembre. EDDIE: Terminamos hacia marzo.

GRAHAM: Y luego Billy y Teddy estuvieron algo así como un mes, puede que dos, en el estudio revisando las mezclas.

Yo iba a veces a escuchar lo que estaban haciendo. Tenía algunas ideas y Billy y Teddy siempre me tenían en cuenta. Cuando nos enseñaron la mezcla final me quedé alucinado.

EDDIE: Los únicos que podía entrar en el estudio eran Teddy y Billy. Estuvieron meses trabajando en ese disco hasta que por fin nos dejaron escucharlo.

Era dinamita. Le dije a Pete: «Somos la puta hostia».

BILLY: Se lo enseñamos a Rich Palentino en la sala de conferencias de las oficinas de Runner. Yo no podía estar quieto, no dejaba de golpear el pie en el suelo de lo nervioso que estaba. Era nuestra oportunidad. No dejaba de pensar que, si por alguna razón a Rich no le gustaba, me iba a dar algo.

WARREN: En ese momento, para nosotros Rich era un viejales con traje y corbata. Pensé: «¿Me está juzgando este puto empresario vejestorio?». Parecía un pez gordo.

GRAHAM: Tuve que dejar de mirar a Rich y simplemente cerré los ojos y me puse a escuchar. Y al hacerlo, pensé: «Es imposible que a este tío no le molemos».

BILLY: Sonó la última nota de «When the Sun Shines on You» y yo tenía los ojos clavados en Rich. Graham y Teddy también le están mirando... Todos le miramos. Rich esboza una sonrisita y dice: «Tenéis un buen disco».

Y si a Rich le había gustado, no había más que hablar. Fue como si el último pedacito de mí que hasta ese momento había permanecido anclado en el suelo se soltase, como si alguien hubiera partido la cuerda y por fin volara.

NICK HARRIS (*crítico de rock*): El disco debut, el que lleva su nombre, supuso una entrada más que respetable en la escena rock. Era tradicional y sencillo, algo así como un disco de blues-rock sin adornos de un grupo que sabía componer una canción de amor decente y que realmente había perfeccionado el arte de hablar de la droga entre líneas. Un poco *folky*, muy pegadizo, mucho rollo, grandes *riffs*, baterías duras y el célebre gruñido suave de Billy Dunne.

Fue un comienzo esperanzador.

Después de una sesión de fotos para la portada del disco, eventos propios de la industria, una entrevista con la revista Creem *y el gran revuelo inicial que siguió al lanzamiento del disco, Runner Records y Rod Reyes comenzaron a planificar una gira por treinta ciudades.*

BILLY: Todo estaba ocurriendo muy deprisa. Y yo era... Llevas un montón de tiempo siendo un músico de segunda y de repente un día ya no lo eres. Y cuando empiezas a sentir el éxito de verdad, cuando empiezas a vivir a lo grande, tienes que frenar y preguntarte si crees que lo mereces.

Cualquiera que no sea un gilipollas integral te responderá que no. Porque está claro que no te lo mereces, cuando hay tíos que crecieron contigo que tienen tres trabajos. O que acaban muertos en el extranjero, como Chuck. Por supuesto que no te lo mereces. Tienes que aprender a conciliar estas dos cosas, tenerlo y no merecerlo. O haces lo que hice yo y pasas de pensar en ello.

De ahí mis ansias por salir a la carretera, de empezar la gira. Cuando estás en la carretera no tienes que lidiar con la vida real. Es casi como apretar el botón de pausa.

EDDIE: Íbamos a embarcarnos en una gran gira, ¿sabes a lo que me refiero? Nos iban a entrevistar en sitios increíbles, tendríamos nuestro propio autobús. Era genial. Alucinante.

BILLY: La noche antes de que nos subiéramos al autobús, Camila y yo estábamos tumbados en la cama, enredados entre las sábanas. Para entonces se había dejado el pelo todavía más largo. Dios, podía perderme en aquel pelo.

El pelo y las manos siempre le olían un poco a tierra, como a hierbas. Solía coger ramitas de romero, se las aplastaba en las manos y luego se las pasaba por el pelo. Cada vez que huelo romero, incluso ahora, es como si regresara a ese momento, como si volviera a ser joven y estúpido y viviera en una casa en el cañón con mi grupo y mi chica.

Y esa noche, la noche antes de marcharnos, no podía dejar de olerle el pelo. Y fue en ese momento, justo antes de que me fuera de gira por la mañana, cuando me lo dijo.

CAMILA: Estaba embarazada de siete semanas.

KAREN: Camila quería tener hijos. Yo siempre he sabido que no estaba predestinada a tenerlos. Creo que es una sensación que se tiene, lo llevas dentro o no lo llevas.

Y si no lo llevas, no puedes forzarlo.

Y si lo llevas, no lo puedes ignorar.

Y Camila lo llevaba dentro.

BILLY: Estaba feliz, al principio. O... [Hace una pausa] Intentaba con todas mis fuerzas sentirme feliz por ello. Creo que sabía que... estaba feliz. Pero estaba tan asustado que no era capaz de ver más allá del miedo.

Empecé a centrar mi atención en cualquier cosa que pudiera darle un sentido a aquello. Decidí que necesitábamos casarnos enseguida. Habíamos planeado la boda hasta después de la gira, pero decidí que necesitábamos hacerlo en ese momento. No sé por qué me importaba tanto... pero... [Hace una pausa]. En el instante en que supe que estaba embarazada, sentí que debíamos afianzar que éramos una familia de verdad.

CAMILA: Karen conocía a un pastor. Le pidió el número de teléfono a un amigo suyo y lo llamamos esa noche. Era muy tarde, pero vino enseguida.

EDDIE: Eran las cuatro de la mañana.

CAMILA: Karen decoró el porche trasero.

KAREN: Colgué tiras de papel de plata en todos los árboles. [Ríe] Un sacrilegio ahora, con toda la movida medioambiental. Pero en mi defensa diré que quedaba precioso. Se mecían con el viento y reflejaban la luz de la luna.

GRAHAM: Warren había colocado luces de navidad en la caja y el bombo de su batería, le pregunté si podía usarlas y me vino con alguna chorrada de que ya lo había empaquetado todo. Le dije: «Warren, dame tus luces ahora mismo antes de que le cuente a todos lo gilipollas que eres».

WARREN: No era mi problema que Billy y Camila hubieran decidido casarse en plena noche.

KAREN: Cuando Graham y yo terminamos de decorarlo, estaba precioso. El tipo de sitio donde habrías querido casarte si hubieras tenido todo el tiempo del mundo para planificar tu boda.

BILLY: Mientras Camila se vestía, fui al cuarto de baño y me miré en el espejo. No dejaba de repetirme que podía hacerlo. «Puedo hacerlo. Puedo hacerlo.» Bajé al patio y a continuación bajó Camila. Llevaba puesta una camiseta blanca de manga corta y unos vaqueros.

KAREN: Llevaba una parte de arriba amarilla de ganchillo. Estaba guapísima.

CAMILA: No estaba nada nerviosa.

EDDIE: Me quedaba una foto en la cámara Polaroid, así que la hice. Les corté las cabezas sin querer. Solo salen las piernas de Camila, parte de su pelo suelto y un poco del pecho de Billy. Están cogidos de la mano, uno frente al otro. Me puse furioso por no haber sacado las caras, pero he de reconocer que iba puesto hasta las cejas.

GRAHAM: Camila dijo algo sobre amar a Billy hiciera lo que hiciera, algo sobre los dos y sobre ellos con el bebé, sobre ser un equipo. Pero lo dijo como si fueran un equipo deportivo. Miré a mi alrededor y vi que Pete estaba llorando, intentaba que no se le notara pero era evidente. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Creo que le miré en plan: «¿En serio?». Y lo único que hizo fue encogerse de hombros.

WARREN: Pete se pasó toda la puta boda llorando. [Ríe] Me partía el culo.

BILLY: Camila dijo, y me acuerdo perfectamente de cómo lo dijo: «Somos nosotros, nuestro equipo, por siempre y para siempre. Y siempre estaré con nosotros». Pero una voz en mi cabeza me decía que no debería ser el padre de nadie. No podía silenciarla. No dejaba de..., de reverberar en mi cabeza. «Lo vas a joder todo. Lo vas a joder todo.»

GRAHAM: Mira, como hombre que ha crecido sin padre, te digo que no tienes ni puta idea de lo que se supone que debes hacer, y no tienes a nadie a quien preguntar.

Lo entendí más tarde, cuando tuve hijos. Es como ser el primero de la fila, el que va abriendo paso con un machete. Ya solo la palabra en sí: *papá*... para Billy y para mí significaba *puto vago*, *gilipollas*, *borrachuzo*. Cuando me tocó pasar por eso, por lo menos podía fijarme en Billy, pero Billy no tenía a nadie.

BILLY: La voz de mi cabeza no dejaba de repetir: «Si no tienes padre, ¿cómo pretendes convertirte en uno?».

Esa voz... [Pausa] Ahí empezó una época de mierda, una en la que no era yo. Bueno, a ver, en realidad no. No me gusta decirlo así, porque nunca dejas de ser tú mismo. Siempre eres tú. Es solo que, a veces, eres..., eres una persona de mierda.

KAREN: Se dieron un beso y me di cuenta de que Camila estaba a punto de derrumbarse. Billy la tomó en brazos y subió corriendo las escaleras. Todos nos reímos. Tuve que pagar al cura porque a Billy y a Camila se les había ido la olla y se olvidaron.

BILLY: Me acuerdo de estar tumbado en aquella cama con Camila, justo después de casarnos, y lo único que quería era marcharme. Estaba esperando a que fuera la hora de subir al autobús porque..., porque no podía mirarla a la cara. Sabía que si me miraba a los ojos sabría todo lo que se me pasaba por la cabeza.

No se me daba nada bien mentirle. No sé si eso es algo bueno o malo. La gente piensa que mentir está mal pero... no lo sé. A veces mentir sirve para proteger a las personas.

Me quedé allí tumbado hasta que salió el sol y oí que llegaba el autobús. Salté de la cama y me despedí de ella con un beso.

CAMILA: No quería que se fuera, pero tampoco hubiera dejado que se quedara.

GRAHAM: Cuando me levanté por la mañana, Billy ya estaba allí fuera junto al autobús, hablando con Rod.

BILLY: Nos subimos todos y el conductor arrancó. Camila bajó los escalones delanteros en camisón. Bajó corriendo para decir adiós. Yo también le decía adiós con la mano pero... me costó mucho trabajo mirarla.

GRAHAM: Esa mañana, en aquel viaje en autobús, era muy difícil saber en qué pensaba Billy.

BILLY: Aquella noche llegamos a Santa Rosa y empezamos a prepararnos para el concierto en el Inn of the Beggining. Yo no sabía ni dónde tenía la cabeza.

EDDIE: El primer bolo de nuestra gira salió de culo. Y todo porque no estuvimos lo sincronizados que deberíamos haber estado, ¿sabes? Billy cambió el orden en dos de los versos de «Born Broken», y luego Graham entró tarde en un puente.

KAREN: A mí no me preocupó demasiado, pero se notaba que Billy y Graham estaban encabronados por cómo había ido.

BILLY: Después del concierto volvimos al hotel. La habitación se empezó a llenar de chicas. Teníamos una barra llena hasta los topes solo para nosotros, así que bebí más de la cuenta. Tenía un vaso de tubo en una mano y una botella de Cuervo en la otra. No hacía más que servirme una copa tras otra. Y otra. Y otra. Y otra.

Recuerdo a Graham diciéndome que frenara un poco. Pero en mi interior había demasiadas cosas dando vueltas.

Iba a ser padre y me había casado y Camila se había quedado en Los Ángeles y acabábamos de dar un concierto espantoso y nuestro disco acababa de salir y no sabíamos cómo nos iba a ir.

El tequila silenciaba todo aquello.

Por eso, cuando Graham me dijo que parara, no quise escucharlo. Y, ya sabes, hay farlopa rulando por ahí. Y te metes rayas. Y alguien tiene quaaludes y pillas unos cuantos.

WARREN: Ocupábamos dos habitaciones contiguas en un motel y yo estaba montándomelo con una tía en una. Una tía guay, se había hecho la camiseta con una bufanda, y de repente pega un brinco y empieza a preguntar por su hermana. Ni siquiera sabía que su hermana estuviera con ella.

Alguien gritó: «¡Creo que está con Billy!».

BILLY: En algún momento, alrededor de las tres o las cuatro de la mañana, creo que perdí el conocimiento. Al despertar estaba en la bañera del hotel... y no estaba solo. [Hace una pausa] Había una... chica rubia tumbada encima de mí. Me da mucha vergüenza contarte esto, pero es la verdad.

Me levanté y vomité.

GRAHAM: Cuando me levanté vi a Billy de pie en el aparcamiento fumando un cigarrillo. Iba de un lado a otro y parecía que hablara consigo mismo, como desquiciado. Llegué hasta él y me dijo:

—La he jodido. Lo he jodido todo.

Sabía lo que había pasado. Había intentado detenerlo, pero había sido imposible.

—No lo vuelvas a hacer, tío. Ya está. Simplemente no lo vuelvas a hacer.

Asintió y dijo:

—Sí.

BILLY: Llamé a Camila solo para escuchar su voz. Sabía que no podía contarle lo que había hecho. Me dije que nunca iba a volver a pasar y que eso era lo importante.

CAMILA: Me preguntas si sabía que él iba a serme infiel como si pudiera saberse algo así. Y no. Tienes la sospecha y luego no la tienes. Luego la vuelves a tener. Luego te dices que estás loca. Luego te preguntas si la fidelidad es fundamental para ti.

Te lo digo de otra manera: he visto muchos matrimonios en los que todo el mundo es fiel y nadie es feliz.

BILLY: Al final de la llamada, Camila dijo que se tenía que ir y le dije:

—De acuerdo.

Y entonces ella dijo:

—Vale, cariño. Te queremos.

—¿Queremos?

—El bebé y yo.

Y solo eso..., creo que colgué el teléfono antes incluso de decirle adiós.

KAREN: Camila se había convertido en mi amiga. Odiaba a Billy por ponerme en la situación de tener que contarle a Camila lo que había pasado o mentirle.

BILLY: Beber, drogarse, dormir, acostarse con cualquiera, es todo lo mismo.

Hay unas líneas que decides no cruzar. Pero entonces vas y las cruzas. Y de repente te das cuenta de que el mundo no se acaba si la cagas.

Has borrado un poco la línea que prometiste no cruzar. Y a partir de ese momento, cada vez que la cruzas se va borrando un poco más hasta que un día miras a tu alrededor y piensas: «¿Aquí no había una línea?».

GRAHAM: Se convirtió en un patrón: llegar a una ciudad, prueba de sonido, tocar, fiestón, subir al autobús. Y cuanto mejor tocábamos, mayor era el fiestón. Hoteles, chicas, drogas. Una y otra vez. Hoteles, chicas, drogas. Para todos. Pero sobre todo para Billy.

WARREN: Entonces teníamos un sistema: cada uno tenía cinco cerillas, y con ellas invitábamos a la gente a venirse de fiesta con nosotros. Si tenían cerilla, podían entrar. Se las dábamos a cualquier chica que viéramos entre el público. Obviamente intentábamos evitar a las malrolleras.

ROD: Déjame que te diga en qué consiste gestionar un grupo de rock. Conducíamos a los lugares más remotos que te puedas echar a la cara, con los *roadies*, el equipo y toda la pesca. Y nadie, ni un solo miembro del grupo, se preguntaba cómo es que siempre teníamos gasolina.

A finales del setenta y tres estalla la crisis del petróleo, la gasolina escasea. El *tour manager* y yo nos dedicamos a sobornar a los empleados de las gasolineras como si nos fuera la vida en ello. Voy cambiando las matrículas.

Y nadie se da cuenta porque lo único que hacen es follar, beber y colocarse.

KAREN: En esa gira Billy estaba irreconocible. Perdía el conocimiento en el autobús con el brazo en los hombros de cualquier chica, las invitaba a venirse con nosotros de una ciudad a otra.

EDDIE: Billy hacía que uno de los *roadies* le llevara tequila y quaaludes a cualquier hora de la noche.

KAREN: El disco se estaba vendiendo bien y decidieron prolongar la gira. Estaba hablando sobre esto con Camila y de repente me pregunta:

—Karen, ¿crees que debería ir con vosotros?

No le pude responder más rápido:

—No —le dije—. No, quédate ahí.

WARREN: Te voy a resumir esa primera gira: yo follaba, Graham se drogaba, Eddie se emborrachaba, Karen se ponía de mala hostia, Pete hablaba por teléfono con su chica y Billy era nosotros cinco a la vez.

EDDIE: Estaba en el *backstage* después del bolo en Ottawa tomando birras con los tíos de Midnight Dawn. Graham y Karen estaban conmigo. Pete estaba esperando a Jenny, su chica, que iba a conducir desde Boston. Yo todavía no la había conocido porque Pete siempre fue una persona muy reservada. ¡Su novia del instituto no conocía a nuestros padres! Estaba emocionado porque por fin iba a conocer a Jenny y podría comprobar si era para tanto.

Y entonces aparece, increíblemente alta, pelo rubio largo, con un vestidito minúsculo y unos tacones superaltos; las piernas le llegan hasta el cuello. Pensé: «No me extraña que Pete esté obsesionado con esta chica».

Y justo detrás de ella, vi a Camila.

CAMILA: Quería darle una sorpresa. Le echaba de menos. Me aburría. Estaba... poniéndome nerviosa. Es decir, me había casado, estaba embarazada de seis meses y me pasaba la mayor parte del tiempo sola en una casa inmensa en Topanga Canyon. Fui a buscarle por un montón de razones.

Pero, sí, una de ella era para ver si las cosas andaban bien. Para ver qué hacía. Por supuesto que sí.

KAREN: Le había dicho que no viniera, pero no me hizo caso. Vino para darle una sorpresa a Billy.

Puede que estuviera de unos cinco meses, y ya empezaba a notársele. Llevaba un vestido largo hasta los tobillos y el pelo recogido en una coleta.

GRAHAM: Vi a Camila y pensé: «Oh, no». Caminé tranquilamente hasta la puerta y cuando ella ya no podía verme, eché a correr. Supuse que Billy estaría o en el autobús o en el hotel, una de dos. Así que tuve que jugármela. Corrí las dos manzanas hasta el hotel.

Debería haber elegido el autobús.

KAREN: Lo encontró en el autobús. Una parte de mí deseaba haber podido detenerla, pero otra se alegró de que por fin todo saliera a la luz.

EDDIE: Yo no estaba allí, pero por lo que oí entró en el autobús justo cuando le estaban haciendo..., no sé cómo decirlo..., sexo oral. Supongo que es el modo fino de decirlo. Era una *groupie*.

BILLY: Había estado jugando con fuego pero, aun así, me sorprendió quemarme.

Recuerdo la cara de Camila. Era..., no estaba furiosa ni dolida sino verdaderamente conmocionada. Se quedó helada, no reaccionaba. Me miraba fijamente mientras yo hacía esfuerzos por recomponerme.

La chica con la que estaba salió de allí por patas..., huyó del marrón.

Cuando la puerta del autobús se cerró, miré a Camila y le dije: «Lo siento». Fue lo primero que dije, y en realidad lo único. Camila finalmente pareció procesar lo que había pasado, lo que estaba pasando.

CAMILA: Creo que lo que le dije fue, y perdona mis palabras: «¿Quién cojones te crees que eres para engañarme? ¿Crees que existe alguna mujer mejor que la que tienes?».

WARREN: Estaba fuera hablando con alguno de los tíos del equipo y solo llegué a oír el final. Podía ver un poco a través del limpiaparabrisas. Me pareció que le pagaba. Creo que llevaba un bolso grande y que lo usó para golpearlo. Y entonces los dos salieron del autobús.

CAMILA: Le hice darse una ducha antes de volver a dirigirme la palabra.

BILLY: Quería que me dejara. [Hace una pausa] He pensado mucho sobre ello y... eso era lo que pretendía. Esperaba que me dejara.

Esa noche, Camila y yo estábamos sentados en mi habitación de hotel después de haberme pegado una ducha. Empezaba a pasárseme el colocón y eso era mala cosa. Me preparé una raya y recuerdo que Camila me miró y dijo:

—¿Qué es lo que pretendes?

No lo dijo enfadada, era una simple pregunta. «¿Qué era lo que pretendía?». No sabía cómo responderle. Me encogí de hombros y recuerdo lo estúpido que me sentí al encogerme de hombros de esa manera, ante una mujer como esa. Una mujer embarazada de mi hija. Y yo encogiéndome de hombros como un niño de diez años.

Se quedó mirándome, esperando a que dijera algo que se pareciera más a una respuesta, pero yo no tenía ninguna. Entonces dijo:

—Has perdido la cabeza si piensas que voy a dejar que arruines nuestra vida.

Y salió por la puerta.

GRAHAM: Camila me encontró y me dijo que se volvía a casa, que no estaba dispuesta a lidiar con las mierdas de mi hermano. Me pidió que vigilara a Billy toda la noche, y yo estaba empezando a hartarme de vigilar a Billy. Pero a una mujer como Camila no se le puede decir que no, sobre todo si está embarazada, así que le dije que lo haría.

Y entonces dijo:

—Dale esta carta cuando se despierte.

BILLY: Me levanté con el estómago fatal y un dolor de cabeza espantoso. Sentía que me sangraban los ojos. Y de repente tengo a Karen delante con un trozo de papel y cara de estar muy cabreada. Agarro el papel y lo leo. Era la letra de Camila. Decía: «Te doy hasta el 30 de noviembre, a partir de ese día vas a ser un tipo decente el resto de tu vida, ¿entendido?».

Estaba previsto que el bebé naciera el 1 de diciembre.

CAMILA: Creo que me negaba a aceptar que en verdad fuera tan hijo de puta como decía que era.

No estoy diciendo que negase lo que pasó, pues claro que pasó. Sabía que había pasado. Nunca en mi vida me he sentido tan perdida y asustada. Me sentía fatal todos los días. Y ni siquiera podría decirte qué parte de mí se sentía peor. Me dolía el corazón y parecía que se me iba a dar la vuelta el estómago y me palpitaba la cabeza.

Pero eso no significa que tuviera que aceptarlo.

ROD: No conocía a Camila, pero su decisión de permanecer al lado de Billy no es tan difícil de comprender. Se había liado con él cuando todavía era un buen tío. Y para cuando quiso darse cuenta de que él estaba deshecho, ya estaba demasiado implicada.

Si quería que su bebé tuviera un padre, tenía que traer de vuelta a Billy. ¿Qué es lo que no se entiende?

BILLY: Como un idiota, me dije: «Vale, me voy a tomar hasta el 30 de noviembre para quitarme toda esta mierda de encima. Voy a hacerlo ahora para no tener que volver a hacerlo nunca más».

A veces me pregunto si los adictos no serán personas normales pero más hábiles a la hora de mentirse. A mí se me daba genial mentirme.

KAREN: No dejó de hacer el gilipollas.

ROD: La gira volvió a prolongarse cuando conseguimos unos cuantos bolos como teloneros de Rick Yates. Eran buenas noticias. Tocar con él nos dio mucha publicidad. El álbum iba bien. «Señora» iba escalando puestos en las listas de éxitos.

Pero, sí, Billy estaba fuera de control. Después de que Camila lo pillara, duplicó la altura para lanzarse al vacío. La coca, las chicas, la bebida y todo lo demás.

Si te soy sincero, pensaba que era controlable. No era la situación ideal, pero sí controlable.

Suponía que siempre y cuando no le diera a los tranquilizantes fuertes, como el benzos o la heroína, todo iría bien.

GRAHAM: No sabía qué hacer. No sabía cómo ayudarlo ni si debía confiar en lo que me decía. Me sentía estúpido, sinceramente. Pensaba: soy su hermano, debería saber lo que anda haciendo. Debería ser capaz de saber en todo momento si está colocado y si me está mintiendo.

Pero no lo sabía. Y me sentía avergonzado de que me la colase todo el rato.

EDDIE: Contábamos los días, como quien dice. Sesenta días hasta que Billy tenga que desintoxicarse. Luego cuarenta. Luego veinte.

BILLY: Estábamos en Dallas tocando como teloneros de Rick Yates, y Rick le daba bien duro a lo de esnifar heroína. Pensé: «Necesito probar la heroína al menos una vez».

Para mí tenía todo el sentido del mundo, si probaba la heroína, estar limpio sería mucho más fácil. Y tampoco es que fuera a inyectármela, me la iba a esnifar. Y ya había tomado opio antes. Todos lo habíamos hecho. Así que cuando Rick y yo estábamos en el *backstage* del Texas Hall y me ofreció un chute... lo acepté.

ROD: Siempre pido a mis músicos que no se acerquen a la benzodiazepina ni a la heroína. La gente no muere de pie, muere cuando se va a dormir. Mira a Janis Joplin, a Jimi Hendrix, a Jim Morrison. Los tranquilizantes matan.

GRAHAM: A partir de ahí las cosas fueron a más. En cuanto Billy y Yates empezaron a esnifar heroína, el miedo se me metió en el cuerpo. Intentaba tenerlo vigilado. Seguía tratando de frenarlo.

ROD: Al enterarme de que estaba con Yates, llamé a Teddy y le dije: «Futuro cadáver a la vista». Teddy dijo que él se encargaría. GRAHAM: Por mucho que intentes dar consejos, sermones o detener a alguien, es imposible si la persona no quiere.

EDDIE: Cuando solo quedaban diez días y hasta se le olvidaban las letras en el escenario, pensé que nunca iba a volver a estar limpio.

BILLY: El veintiocho de noviembre Teddy se presentó en el concierto que dábamos en Hartford. Estaba en el *backstage* cuando terminamos el set.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Te vas a casa.

Entonces me cogió del brazo y no me soltó hasta que prácticamente estábamos en el avión. Resulta que Camila se había puesto de parto.

Aterrizamos, me arrastra hasta un coche y me lleva al hospital. Aparcamos en doble fila en una zona frente al vestíbulo donde estaba prohibido aparcar.

—Sube, Billy.

Después de aquel largo viaje lo único que tenía que hacer era atravesar la puerta doble... pero... no pude hacerlo. No podía conocer a mi hija en aquel estado.

Teddy salió del coche y subió él solo.

CAMILA: Estuve dieciocho horas de parto y solo mi madre estuvo a mi lado. Esperaba que mi marido entrara por la puerta e hiciera lo que tenía que hacer. Ahora entiendo que las cosas no funcionan así. Pero en aquel momento sí que esperaba que funcionaran así. No tenía ni idea.

Bueno, la puerta se abrió y el que apareció no fue Billy, sino Teddy Price.

Estaba muy cansada, sudaba a chorros por todas las hormonas que llevaba encima y tenía en brazos un bebé diminuto al que acababa de conocer, una niña que era clavada a Billy. Decidí llamarla Julia.

Mi madre estaba dispuesta a llevarnos a mi hija y a mí de vuelta a Pennsylvania, y reconozco que la idea me tentaba. En ese momento me parecía más fácil darme por vencida con Billy que tener fe. Quería decirle a Teddy: «Dile que voy a criar a este bebé yo sola». Pero tenía que seguir intentándolo por mí y por mi hija. De modo que le dije: «Dile que o empieza a hacer de padre ahora o se va de cabeza a un centro de desintoxicación».

Teddy asintió y se marchó.

BILLY: Tuve la impresión de estar esperando horas fuera del vestíbulo. Me puse a juguetear con el pomo de la puerta. Teddy apareció por fin.

—Tienes una niña y es igualita a ti. Se llama Julia.

No estaba seguro de qué contestar a eso. Y entonces Teddy volvió a hablar:

—Camila dice que tienes dos opciones. Puedes mover el culo, subir a verla ahora mismo y ser un buen marido y padre, o puedo llevarte a que te limpies. Esas son tus opciones.

Puse la mano en el pomo y pensé: «O puedo echar a correr». Pero creo que Teddy sabía lo que estaba pensando, porque dijo:

—Camila no te ha dado ninguna otra opción, Billy. No existen otras opciones. Hay gente capaz de controlar la bebida y la droga. Tú no puedes. Así que para ti se han acabado.

Me recordó que cuando era niño, puede que tuviera seis o siete años, empecé a coleccionar cochecitos Matchbox. Estaba obsesionado con ellos. Pero mi madre no tenía suficiente dinero para despilfarrarlo en juguetes, así que yo buscaba en las aceras por si algún chiquillo hubiera perdido alguno; encontré varios. Y cuando jugaba con otros niños del vecindario, a veces me agenciaba uno o dos que no eran míos. Otras los robaba directamente de la tienda. Mi madre encontró mi alijo, me sentó y dijo: «¿Por qué no puedes ser feliz jugando con los coches que tienes como todo el mundo?».

Nunca tuve una respuesta para eso.

Simplemente no es mi estilo.

Aquel día, en el hospital, recuerdo que miré la puerta del vestíbulo y vi salir a un hombre que empujaba una silla de ruedas donde iba sentada una mujer con un bebé encima. Lo miré y... parecía el tipo de hombre que yo jamás sabría ser.

No dejaba de darle vueltas a la idea de entrar en el hospital, ver a mi hija y que se enterara de que yo era el mierda que le había tocado como padre.

[Se atraganta] No es que no quisiera estar con ella. Me moría por estar con ella. No te puedes hacer una idea de cuánto lo deseaba. Es solo que... no quería que mi niña tuviera que conocerme.

No quería que... tan pronto en su vida..., no quería que mi hija tuviera que mirarme y ver a ese hombre, ese pedazo de mierda borracho y drogado, y que pensara: «¿Esto es mi padre?».

Así es como me sentía. Me daba vergüenza que mi bebé me viera.

De modo que hui. No estoy orgulloso de ello, pero esa es la verdad. Fui a desintoxicarme para no tener que conocer a mi propia hija.

CAMILA: Mi madre me dijo: «Cariño, espero que sepas lo que estás haciendo». Y creo que le pegué un grito, aunque por dentro pensaba: «Yo también lo espero».

¿Sabes? Lo he pensado mucho. Durante décadas. E hice lo que hice porque no me parecía justo que su yo más débil decidiera cómo iba a ser mi vida, mi familia.

Era algo que iba a decidir yo. Y lo que quería era una vida —una familia, un bonito matrimonio, un hogar— con él. Con el hombre que sabía que realmente era. Y lo iba a conseguir aunque me dejase la piel en ello.

Billy entró en un centro de desintoxicación en el invierno de 1974. *The Six cancelaron las pocas fechas que quedaban de la gira*.

Los demás se tomaron un descanso. Warren se compró un barco y lo atracó frente a la costa en Marina del Rey. Eddie, Graham y Karen se quedaron en la casa de Topanga Canyon mientras que Pete se trasladó temporalmente a la Costa Este para estar con Jenny Manes, su novia. Camila alquiló una casa en Eagle Rock y se instaló allí con Julia.

Tras pasar sesenta días en aquel centro, Billy Dunne finalmente conoció a su hija.

BILLY: No estoy seguro de que ingresase por las razones adecuadas. Vergüenza, bochorno, evitación y todo eso. Pero sé que me quedé por las razones adecuadas.

Me quedé porque en mi segundo día allí, el terapeuta de grupo me pidió que dejara de imaginarme a mi hija avergonzándose de mí. Me dijo que empezara a pensar en qué tenía que hacer para que eso no pasase. Y eso se me quedó grabado, te lo aseguro. No podía dejar de pensar en ello.

Poco a poco se convirtió en la luz que me llamaba al final de aquel túnel... imaginarme a mi hija... [Hace una pausa, adquiere serenidad] Imaginarme como un padre que mi hija se sintiera afortunada de tener.

Y me esforcé, día tras día, para estar más cerca de ser ese hombre.

GRAHAM: El día que Billy iba a salir del centro, recogí a Camila y al bebé y fuimos juntos en coche.

Julia era una bola. [Ríe] ¡Es verdad!

—¿Qué le das de comer? —pregunté a Camila—. ¿Batidos?

Mofletes enormes, barriga cervecera. No podía ser más mona.

En el exterior de las instalaciones había una mesita de pícnic y una sombrilla, y Camila se quedó allí sentada con Julia en el regazo. Yo entré a buscar a Billy. Llevaba la misma ropa que la última vez que lo había visto, en Hartford, pero había engordado un poco y tenía mejor cara.

—¿Estás listo?

—Sí.

Pero se le veía algo inseguro. Le pasé el brazo por el hombro y le dije lo que supuse que necesitaba escuchar:

—Vas a ser un padre fantástico.

Creo que debería habérselo dicho antes. No sé por qué no lo hice.

BILLY: Julia tenía sesenta y tres días cuando la conocí. Es duro, incluso ahora, no..., no odiarme por aquello. Pero desde el mismo instante en que la conocí, Dios mío. [Sonríe] Allí, en aquella mesa de jardín, con ellas, era como si alguien me hubiera pegado un hachazo y hubiera hecho añicos toda la corteza que me recubría. Me sentí completo. Como si de repente lo sintiese todo.

Había..., había construido una familia. Por accidente, inconscientemente y sin muchas de las cualidades que se deberían tener para merecer una familia, o así es como yo lo veo, pero el caso es que había construido una. Y ahí estaba aquella personita nueva que tenía mis ojos y que no sabía todo lo que yo había hecho, a quien solo le importaba quién era en ese momento.

Caí de rodillas. Estaba tan agradecido a Camila...

No..., no me podía creer por lo que la había hecho pasar y que estuviera allí de pie, dándome otra oportunidad. No la merecía. Y lo sabía.

Le dije que dedicaría el resto de nuestra vida juntos a ser la persona que ella merecía. Creo que nunca he hecho una promesa más sincera y llena de gratitud.

Sé que técnicamente llevábamos casi un año casados, pero ahí fue cuando me rendí a ella, en ese momento. Por siempre y para siempre. También a mi hija. Me dedicaría a ambas, a criar a esa niña con todo mi corazón.

Al entrar en el coche, Camila susurró: «Somos nosotros, por siempre y para siempre. Que no se te vuelva a olvidar, ¿de acuerdo?».

Asentí y ella me besó. Y Graham nos llevó a casa.

CAMILA: Creo que hay que tener fe en las personas antes de que se la ganen. De lo contrario, no sería fe, ¿no te parece?

First

1974-1975

En 1974, Daisy Jones se había negado a presentarse a ninguna de las sesiones de grabación en la Record Plant de West Hollywood, incumpliendo el contrato con Runner Records.

Mientras tanto, Simone Jackson, que había firmado un contrato con Supersight Records, triunfaba internacionalmente con sus éxitos de baile R&B, que llegarían a ser considerados clásicos que influirían más tarde en la música disco. Con sus canciones «The Love Drug» y «Make me Move», Simone encabezaba las listas de éxitos en las discotecas de Francia y Alemania.

En el verano de 1974, mientras Simone estaba de gira por Europa, Daisy cada vez estaba más desbocada.

DAISY: Por las mañanas tomaba el sol y por las noches me drogaba. Había dejado de componer canciones porque no le veía el sentido a hacerlo si nadie me dejaba grabarlas.

Hank venía todos los días para tenerme controlada. En realidad solo intentaba convencerme de que moviese el culo hasta el estudio, como si yo fuera un caballo de carreras que se negara a correr.

Entonces, un día, Teddy Price se presenta en mi casa. Supongo que los de la discográfica le pidieron que consiguiese que me presentara en el estudio. Debía de rondar los cuarenta o los cincuenta, un tipo británico, verdaderamente encantador, un poco paternal.

Abrí la puerta y me lo encontré ahí plantado. Ni siquiera me saludó.

—Vamos a dejarnos de gilipolleces, Daisy. Necesitas grabar este disco o Runner te va a llevar a juicio.

—Eso me da igual. Pueden pedirme que les devuelva el dinero o echarme a patadas de aquí si quieren, me iré a vivir a una caja de cartón.

Por aquel entonces yo era inaguantable, no tenía ni idea de lo que era pasarlo mal.

—Cariño, vete al estudio. ¿Por qué te cuesta tanto?

—Quiero componer mis propias canciones.

Creo que incluso me crucé de brazos, como una cría.

—He leído lo que has escrito. Hay partes muy buenas, pero no tienes ni un solo tema terminado. No tienes nada listo para ser grabado.

Dijo que tenía que cumplir el contrato con Runner y que él me ayudaría a mejorar mis canciones. Lo llamó «un objetivo hacia el que dirigirnos».

—Quiero sacar mi propio material ahora.

Y entonces fue cuando se puso de mal humor.

—¿Acaso quieres ser una *groupie* profesional? ¿Es eso lo que quieres? Porque desde que estás aquí se te está dando la oportunidad de hacer algo por tu cuenta, pero por lo visto prefieres terminar quedándote embarazada de Bowie.

Aprovecho esta oportunidad para dejar clara una cosa: nunca me acosté con David Bowie. Al menos estoy bastante segura de que no lo hice.

—Soy una artista —le dije—. Así que, o me dejáis grabar el disco que yo quiero, o no pienso ir a ninguna parte. Nunca.

—Daisy, un artista que se pone tiquismiquis con las condiciones no es un artista, es un imbécil.

Le cerré la puerta en las narices.

Y más tarde, ese mismo día, abrí mi cuaderno de canciones y me puse a leer. Odiaba admitirlo, pero entendía lo que Teddy había querido decir. Tenía frases buenas, pero nada que estuviera pulido de principio a fin.

Por aquel entonces mi forma de trabajar se limitaba a tener una melodía suelta en la cabeza y encontrarle alguna letra. Pero enseguida pasaba a un nuevo tema. No trabajaba mis canciones.

Estaba sentada en el salón de mi cabaña mirando por la ventana, con el cuaderno en el regazo, y me di cuenta de que si no me ponía en serio, es decir, si no estaba dispuesta a derramar sangre, sudor y lágrimas por aquello que quería, nunca iba a llegar a ninguna parte, nunca le iba a importar a nadie.

Al cabo de varios días llamé a Teddy.

—Grabaré tu disco. Lo haré.

—Es tu disco.

Y me di cuenta de que tenía razón. Para que el disco fuera mío no tenía que estar hecho exactamente a mi manera.

SIMONE: Cuando volví a la ciudad fui a casa de Daisy en el Marmont y en la cocina, pegada en la nevera, vi una hoja con algunas letras garabateadas.

—¿Qué es esto?

—Es la canción en la que estoy trabajando.

—¿No sueles tener montones de ellas?

Daisy sacudió la cabeza y dijo:

—Estoy tratando de conseguir una perfecta.

DAISY: Fue una lección muy importante para mí siendo aún muy joven: la diferencia entre que te regalaran cosas y ganártelas. Estaba tan acostumbrada a recibir que no sabía lo importante que es para el alma ganarte algo.

Si hay algo que puedo agradecer a Teddy Price, aunque si soy sincera hay muchísimas cosas por las que tengo que darle las gracias... pero, si tuviera que elegir una sola, es que hizo que me ganara algo.

Y eso es lo que hice. Me presenté en el estudio, traté de mantenerme relativamente sobria y canté las canciones que me pidieron que cantara. No siempre las canté como ellos querían; había veces en las que me negué a ceder. Y mira, creo sinceramente que el disco es mejor por haber mantenido algo de mi propio estilo. En cualquier caso, hice lo que me pidieron. Me adapté a su juego.

Y al terminar había diez baladas en un bonito estuche.

—¿Cómo te sientes? —me preguntó Teddy.

Le dije que tenía la impresión de haber hecho algo que no era exactamente lo que había imaginado, pero que tal vez no por eso dejaba de ser bueno. Dije que se parecía a mí pero que no se parecía a mí y que no tenía ni idea de si eso era genial u horrible o algo a medio camino entre ambos. Teddy se rio y dijo que empezaba a hablar como una artista, y eso me gustó.

Le pregunté cómo debíamos llamarlo, pero lo dejó en mis manos.

—Quiero que se titule *First*. Porque tengo en mente hacer muchos más como este.

NICK HARRIS: Daisy Jones sacó *First* a comienzos de 1975. La promocionaron como una aspirante a Dusty Springfield. En la cubierta aparece mirando un espejo colocado sobre un fondo amarillo pálido.

No puede decirse que fuera un material novedoso, pero era posible intuir lo que se iría abriendo paso bajo la superficie.

Su primer *single*, una versión de «One Fine Day», era más complejo que la mayoría de las interpretaciones que se habían hecho de esa canción, y el segundo, una grabación de «My Way Down», fue recibido con entusiasmo.

En líneas generales, el disco es bastante regular, pero cumplió su cometido. La gente sabía quién era. Daisy apareció en el programa de televisión *American Bandstand* y se publicó un extenso reportaje sobre ella en la revista *Circus*, donde salía con sus característicos pendientes de aro.

Era preciosa, honesta e interesante. Su música no terminaba de cuajar pero... era evidente que Daisy se dirigía a algún sitio. Su momento estaba llegando.

SevenEightNine

1975-1976

Recién salido del centro de desintoxicación y de vuelta en casa con Camila y su hija, Billy Dunne empezó de nuevo a escribir canciones. Una vez tuvo material suficiente, The Six volvieron a encerrarse en el estudio para grabar su segundo disco. De junio a diciembre de 1975, The Six grabaron las diez canciones que se convertirían en SevenEightNine. *Sin embargo, al terminar, Teddy les dijo que Rich Palentino no estaba seguro de que en el disco hubiera un número uno.*

BILLY: Fue humillante. Estábamos listos para despegar. Estábamos orgullosos de ese álbum.

EDDIE: Si te digo la verdad, me sorprendía que Teddy no hubiera sacado el tema antes. Escuché el máster del disco y me pareció bastante blandengue, las canciones eran flojísimas. Todo lo que Billy había escrito hablaba de su familia.

Pete lo expresó mejor que nadie: «El rock va de montárselo con una tía por primera vez, no de hacer el amor con tu mujer». ¡Y estamos hablando de Pete! De Pete, que estaba igual de pillado de su chica que Billy.

GRAHAM: Le dije a Teddy que teníamos un montón de canciones que podían ser buenos *singles*.

—¿Qué me dices de «Hold Your Breath»?

—Demasiado lenta.

—¿Y «Give In»?

—Demasiado *hard rock*.

Seguí nombrando canciones y Teddy continuó dándole la razón a Rich. Las canciones eran buenas pero necesitábamos algo que mezclase estilos. Dijo que teníamos que aspirar al número uno. Nuestro primer disco había ido bien, pero, si queríamos crecer, necesitábamos apuntar más alto.

—Claro, pero no se trata de llegar sí o sí al número uno. Eso es lo que quiere todo el mundo.

—Deberíais aspirar al número uno porque estáis haciendo la puta mejor música del mercado.

Me pareció un argumento razonable.

BILLY: No sé de quién fue la idea de hacer un dúo. Sé que a mí no se me habría ocurrido.

EDDIE: Cuando Teddy dijo que imaginaba «Honeycomb» como un dúo, flipé un poco. Quería coger la canción más tristona del disco, añadirle una voz femenina, ¿y eso iba a solucionar el problema? Así lo único que íbamos a conseguir era convertirla todavía más en carne del Top 40.

Le dije a Pete: «No pienso formar parte de un puto grupo de rock blando».

BILLY: «Honeycomb» es una canción romántica, pero también es un poco melancólica. La escribí pensando en la vida que le había prometido a Camila. Ella quería mudarse algún día a Carolina del Norte, cuando fuéramos viejos y decidiéramos echar raíces. Su madre había crecido allí. Quería que tuviéramos un hogar cerca del agua, una gran parcela de tierra y que nadie viviese a un kilómetro a la redonda.

Era una promesa que le había hecho: algún día le daría eso. Una gran casa de campo, un montón de críos. Un poco de paz y tranquilidad después de todos los tormentos por los que le había hecho pasar. De eso hablaba «Honeycomb». No tenía ningún sentido incluir a nadie más en la canción.

Teddy no estaba de acuerdo:

—Escribe una parte para una voz de mujer. Escribe lo que te respondería Camila.

GRAHAM: Yo pensaba que para el dúo había que darle una oportunidad a Karen. Tenía una voz fantástica.

KAREN: Yo no tengo voz para eso. Puedo echar un cable y acompañar en los coros, pero poco más.

WARREN: Graham siempre estaba dándose de tortas por hacerle un cumplido a Karen. Yo pensaba: «No va a pasar, tío. Supéralo».

BILLY: Teddy estaba empeñado en meter a alguna voz femenina de la música disco, y esa idea me horrorizaba.

KAREN: Teddy nombró a unas diez cantantes hasta que Billy al fin cedió. Yo estaba delante.

Billy repasaba la lista que Teddy había compilado y rechazaba una tras otra:

—No. No. No. ¿Tonya Reading? No. ¿Suzy Smith? No. —Y de repente preguntó—: ¿Quién es Daisy Jones?

Y entonces Teddy se vino arriba y dijo que esperaba que Billy le hiciera precisamente esa pregunta porque estaba convencido de que Daisy era la indicada.

GRAHAM: Había oído cantar a Daisy en el Golden Bear unos meses antes. Me había parecido muy pero que muy sexi. Tenía una voz ronca y fresca. Pero no creía que fuera a encajar en el disco. Era más joven, más pop.

—¿Por qué no nos consigues a Linda Ronstadt? —le pedí a Teddy.

En aquel momento era el no va más. Pero Teddy dijo que tenía que ser alguien de nuestro sello. Dijo que Daisy tenía un rollo más comercial del que podríamos salir beneficiados.

Tuve que admitir que veía a dónde quería ir a parar.

—Si la intención de Teddy es llegar a más público, Daisy tiene todo el sentido —le dije a Billy.

BILLY: Teddy no se daba por vencido. «Daisy, Daisy, Daisy». Incluso Graham empezó a insistirme. Al final no me quedó más opción que dar mi brazo a torcer:

—Bien. Si esta tal Daisy quiere hacerlo, vamos a probar.

ROD: Teddy era un buen productor. Sabía que Daisy Jones ya tenía fascinada a media ciudad. Si esta canción salía bien, teníamos muchas papeletas para triunfar.

DAISY: Había escuchado a los Six, obviamente, porque estábamos en el mismo sello y todo eso. Y había escuchado sus *singles* en la radio.

No me había molestado en prestarle demasiada atención a su disco debut, pero cuando Teddy me puso el SevenEightNine, me quedé impresionada. Me encantaba ese disco. Debí de escuchar «Hold Your Breath» unas diez veces seguidas.

La voz de Billy me encantaba. Era como un lamento, sonaba muy vulnerable. Pensé: «Esta es la voz de un hombre que ha visto mundo». Resultaba muy evocador. Yo no tenía nada de eso. Mientras que yo sonaba como unos vaqueros nuevos, Billy sonaba a los vaqueros que tienes desde hace años.

Veía lo mucho que podríamos complementarnos el uno al otro, así que volví a escuchar el corte que tenían de «Honeycomb» y sentí que le faltaba algo. Leí la letra y... pillé la canción de verdad.

Sentí que era mi oportunidad para ofrecer algo, para añadir algo. Estaba muy contenta de meterme en el estudio porque pensaba que realmente aportaba algo.

BILLY: Ese día estábamos todos en el estudio cuando llegó Daisy. Recuerdo que pensé que, menos Teddy y yo, era mejor que todos los demás se fuesen a casa.

DAISY: Iba a ponerme uno de mis Halstons, pero me quedé dormida, perdí las llaves, no encontraba el frasco de las pastillas y al final se me fue la mañana.

KAREN: Se presentó con una camisa de hombre abotonada a modo de vestido. No llevaba nada más. Recuerdo que pensé: «¿Dónde están sus pantalones?».

EDDIE: Daisy Jones era la mujer más espectacular que había visto en mi vida. Tenía unos ojos enormes y unos labios carnosísimos. Y era tan alta como yo. Parecía una gacela.

WARREN: Daisy no tenía ni culo ni tetas. El sueño de un carpintero, que dicen: lisas como una tabla, fáciles de clavar. Yo no sé si era fácil de clavar o no. Es probable que no. Teniendo en cuenta cómo reaccionaban los hombres ante ella... tenía la sartén por el mango y lo sabía. Cuando Pete la vio... la lengua casi le sale rodando de la boca.

KAREN: Era tan guapa que me preocupaba quedarme mirándola. Pero entonces pensé: «Al diablo, estará acostumbrada. Quizá piense que no hay otro modo de mirar más que embobado».

BILLY: La vi y me presenté. Le dije: «Me alegro de tenerte aquí. Gracias por venir a ayudarnos». Le pregunté si quería que comentáramos un poco la canción, ensayar su parte.

DAISY: Había estado toda la noche trabajando en la canción. Unos días antes había ido al estudio con Teddy y la habíamos escuchado una y otra vez. Tenía bastante claro lo que quería hacer con ella.

BILLY: Daisy se limitó a responder: «No, gracias». Como si nada de lo que yo le pudiera decir tuviera valor alguno.

ROD: Se fue directa a la cabina y empezó a prepararse.

KAREN: Dije: «Tíos, no hace falta que nos quedemos todos aquí mirándola». Pero nadie se movió.

DAISY: Al final tuve que decir: «¿Es posible un poco de espacio para respirar, por favor?».

BILLY: Finalmente todos empezaron a pirarse menos Teddy, Artie y yo.

ARTIE SNYDER: Le monté un micrófono en una de las cabinas insonorizadas. Hicimos un par de pruebas y el micro no funcionaba, vete a saber por qué.

Tardé unos cuarenta y cinco minutos en conseguir que funcionase. Ella estaba ahí de pie, cantando una y otra vez, repitiendo: «Probando, probando, un, dos, tres». Ayudándome. Me di cuenta de que Billy estaba cada vez más nervioso, pero Daisy, en cambio, se lo tomó con mucha calma.

—Siento todo esto —le dije.

—Tarda lo que tengas que tardar. Y cuando esté, estará.

En mi opinión, Daisy era la leche. Siempre me preguntaba cómo me iba el día y no todo el mundo hace eso.

DAISY: Me daba la impresión de haber leído la letra de la canción un millón de veces. Tenía mis propias ideas sobre cómo quería cantarla.

Billy la cantaba como suplicando, como si no estuviera seguro de creer en su propia promesa. Eso me encantaba. Hacía que la canción se volviera muy interesante. Así que mi plan era cantar mi parte como si quisiera creerle pero en el fondo no estaba segura de si le creía o no. Pensaba que de esa manera añadía varias lecturas a la canción.

Cuando por fin conseguimos que el micrófono funcionase, ya sabes, Artie me hace una señal para que empiece. Billy y Teddy me están mirando. Me acerco al micro y canto como si no creyera que Billy va a comprar una casa junto al panal de miel, como si supiese que en realidad eso nunca va a pasar. Así lo veía yo.

La letra original del estribillo era: «The life we want will wait for us |We will live to see the lights coming off the bay | And you will hold me, you will hold me, you will hold me|until that day».*

En la primera vuelta lo canté tal cual, pero la segunda vez lo cambié un poco. Dije: «Will the life we want wait for us? |Will we live to see the lights coming off the bay? |Will you hold me, will you hold me, will you hold me|until that day?».**

Canté esas frases como si fueran preguntas en lugar de afirmaciones.

Billy ni siquiera me dejó terminar. De repente apretó el *talkback*.

BILLY: Había cantado mal la letra. No tenía ningún sentido que continuara cantando lo que no era.

ARTIE SNYDER: Billy nunca habría permitido que alguien lo interrumpiera de ese modo. Me quedé realmente sorprendido de que hiciera lo que hizo.

BILLY: La canción hablaba de un final feliz tras una crisis. No creía que las dudas funcionaran en aquel contexto.

KAREN: Billy había escrito esa canción para convencerse a sí mismo de que su futuro con Camila era algo seguro. Pero tanto Camila como él sabían que Billy podía recaer en cualquier momento.

Un mes después de que saliera del centro de desintoxicación había engordado cuatro kilos y medio porque se inflaba a chocolatinas en mitad de la noche. Y después, cuando dejó de comer como si no hubiese un mañana, llegó lo de la carpintería. Ibas a su casa y Billy siempre estaba fabricando una mesa de caoba o cualquier otra cosa, había sillas de comedor mal clavadas por todas partes. Créeme que eran una mierda.

Y no me hagas hablar de las compras compulsivas. Ah, y tal vez lo peor de todo fue cuando le dio por correr. Se pasó aproximadamente dos meses corriendo no sé cuántos kilómetros al día. Iba por la calle con unos pantaloncitos diminutos y camisetas de esas que marcan músculo.

ROD: Billy se esforzaba. Era un tipo que hacía que muchas cosas parecieran fáciles. Pero intentaba con todas sus fuerzas mantenerse sobrio y era totalmente evidente que estaba contra las cuerdas.

KAREN: Billy intentaba escribir canciones para convencerse a sí mismo de que lo tenía todo bajo control, que sería capaz de mantener esa sobriedad, a su mujer y a su familia durante décadas.

Y Daisy había llegado y en apenas dos minutos lo había desmontado.

ROD: Daisy hizo unas cuantas tomas más y parecía que le resultara facilísimo. No tenía que esforzarse. No sudaba por llegar a ninguna nota.

Sin embargo, cuando Billy se marchó del estudio, advertí lo tenso que estaba.

—No te lleves el trabajo a casa.

Pero el problema no era que se llevara el trabajo a casa, sino que se había traído la casa al trabajo.

KAREN: «Honeycomb» era una canción que hablaba de seguridad y se convirtió en todo lo contrario.

BILLY: Aquella noche le conté a Camila cómo había cantado Daisy.

Camila estaba liadísima con Julia y yo iba y me ponía a comerle la oreja y a quejarme de la canción. Lo único que dijo fue: «No es la vida real, Billy. Es una canción. No te vuelvas loco». Para ella era así de simple. Lo único que yo tenía que hacer era superarlo.

Pero no podía superarlo. No me gustaba que Daisy convirtiera esas frases en preguntas, y no me gustaba que sintiera que tenía el derecho a hacerlo.

CAMILA: Cuando metes tu vida en tu música, no es posible ser objetivo.

GRAHAM: Creo que, para Billy, Daisy fue una especie de señal de peligro.

ARTIE SNYDER: Cuando editamos la versión con Daisy, sus voces juntas eran tan irresistibles que Teddy quería cargarse casi todo lo demás. Me pidió que suavizara un poco la batería, que amplificara el teclado, que cortara algunas de las florituras de Graham que más distraían.

Nos quedamos con una guitarra acústica expansiva y un piano que marcaba el ritmo. Casi toda la atención fue a parar a las voces. La canción pasó a ser una relación entre las voces. Lo que quiero decir es que... se movía..., seguía manteniendo el tempo y el ritmo... pero la voz lo eclipsaba todo. Las voces de Billy y Daisy te hipnotizaban.

EDDIE: Cogieron una canción rock y la convirtieron en una canción pop. ¡Y se quedaron tan anchos!

ROD: Teddy estaba loco de alegría con el resultado. A mí también me gustaba. Pero se podía ver lo irritado que estaba Billy.

BILLY: La nueva mezcla me gustó, pero no me gustaba cómo cantaba Daisy. Dije: «Usa la mezcla nueva pero sin la voz de Daisy. No hace falta que sea un dúo». Teddy me repetía una y otra vez que confiara en él. Me dijo que yo había compuesto un éxito pero que tenía que dejarle hacer su trabajo.

GRAHAM: Billy siempre estaba al mando, ¿sabes? Billy escribía la letra, Billy componía y hacía los arreglos de todas las canciones. Si Billy iba a rehabilitación, se acababa la gira. Si Billy estaba listo para volver al estudio, todos teníamos que volver al curro. Él dirigía el cotarro.

Por eso «Honeycomb» no fue nada fácil para él.

BILLY: Éramos un equipo.

EDDIE: Tío, no te puedes imaginar hasta qué punto Billy era una apisonadora. Y encima lo negaba. Siempre se salía con la suya y, cuando apareció Daisy, se le acabó el chollo.

DAISY: No entendía qué tenía en mi contra. Llegué e hice que la canción fuese un poquito mejor. ¿Qué era lo que le molestaba?

Varios días después me tropecé con él en el estudio (habíamos ido a escuchar la versión definitiva) y le sonreí. Lo saludé. Él se limitó a asentir con la cabeza, como si me estuviera haciendo un favor por el mero hecho de advertir mi presencia. Ni siquiera parecía respetarme

como artista.

KAREN: Era un mundo de hombres. El mundo entero era un mundo de hombres, pero la industria discográfica... Imagínate. Para hacer cualquier cosa necesitabas contar con la aprobación de algún tipo, y parecía que había dos formas de lograrla: o actuabas como uno de los chicos, que era la manera que yo había encontrado, o te dedicabas a coquetear y a pestañear. Eso les gustaba.

Sin embargo, desde el primer momento fue como si Daisy estuviera más allá de todo eso. Con ella las cosas eran: «O lo tomas o lo dejas». Y no había más que hablar.

DAISY: Me daba igual ser famosa o no. Me daba igual si al final cantaba o no en el disco de alguien. Lo único que quería era hacer algo interesante, original y bueno.

KAREN: Cuando empecé en la música, quise tocar la guitarra eléctrica, pero en vez de eso mi padre me apuntó a clases de piano. Con eso no pretendía decir nada, simplemente pensó que las chicas lo que tocan es el piano.

Pero siempre que yo intentaba hacer cualquier cosa pasaba lo mismo.

Cuando me presenté a una audición para tocar con los Winters, acababa de comprarme un minivestido que era realmente fantástico. Azul pálido con un cinturón precioso. Sentía que era un vestido de la suerte. Bueno, el día de la prueba no me lo puse porque sabía que verían a una chica, y yo quería que vieran a una teclista. Así que me puse unos vaqueros y una camiseta de la Universidad de Chicago que le pillé a mi hermano.

Daisy no era así. A Daisy nunca se le habría pasado por la cabeza semejante cosa.

DAISY: Yo llevaba lo que quería cuando quería. Hacía lo que quería con quien quería. Y si a alguien no le gustaba, se podía ir a la mierda.

KAREN: ¿Sabes cuando conoces a alguien que parece que vaya por la vida flotando? Pues era como si Daisy flotara por el mundo, ajena al funcionamiento real de las cosas.

Supongo que debería haberla odiado por ello, pero no lo hice. Si me encantaba era precisamente por eso. Porque no aceptaba la mierda que yo llevaba años tragando. Y con ella cerca, yo ya no tenía que tragar más.

DAISY: Karen tenía más talento en un solo dedo que la mayoría de la gente en todo el cuerpo, y los Six la estaban infravalorando. Pero las cosas cambiaron en el siguiente disco.

BILLY: Cuando el disco estaba punto de salir, le dije a Teddy:

—Me has hecho odiar mi propia canción.

—Pues vas a tener que solucionarlo. Y algo me dice que llegar a lo más alto de las listas va a hacer que la herida te escueza un poco menos.

NICK HARRIS (*crítico de rock*): En «Honeycomb», Billy y Daisy y la forma en que se enfrentaban entre ellos fue el germen de lo que funcionaba tan bien con Daisy Jones & The Six.

La química entre las voces..., la vulnerabilidad de él, la fragilidad de ella... te agarra y no te suelta. Era como si la voz profunda y suave de él y la voz más aguda y ronca de ella se unieran sin esfuerzo, como si llevaran muchos años cantando juntas. Creaban un juego de llamada y respuesta tremendamente conmovedor, el relato de un futuro romántico e idealizado que tal vez nunca llegara a suceder.

La canción es un poco moñas, pero el final echa por tierra mucha de esa dulzura. Es el tipo de canción que los adolescentes ponen en el baile de graduación, un testamento apasionado de que las cosas no siempre salen como nos gustaría.

SevenEightNine era un buen disco, en cierto modo un gran disco. Era más explícitamente romántico que el de debut, o al menos había menos alusiones al sexo o a las drogas. Las canciones seguían sacudiendo, seguían estando impulsadas por una sección rítmica, con esos *riffs* penetrantes.

Pero «Honeycomb» destacaba claramente por encima de todas las demás. «Honeycomb» mostraba al mundo que los Six podían producir una canción pop de primera liga. Supuso un giro, sin duda, pero fue el comienzo de su ascenso a lo más alto.

La gira *Numbers*

1976-1977

SevenEightNine *vio la luz el* 1 *de junio de* 1976. *«Honeycomb» debutó en el puesto* 86 *pero fue escalando puestos en las listas de éxitos a paso firme. El grupo tocaba en el Whisky —el local era una especie de residencia no oficial de The Six— y se preparaba para arrancar la gira nacional.*

GRAHAM: Pasamos algún tiempo en Los Ángeles perfeccionando el set. Las canciones se iban consolidando encima del escenario. Al decir esto no me refiero a «Honeycomb». Billy hacía una versión sin Daisy. Simplemente le arrebató su mitad y la cantaba tal y como había querido que sonara originalmente en el disco. Era buena, pero parecía que tuviera un agujero, como si le faltara algo. El resto del disco sonaba genial. Clavábamos cada canción, cada nota. Lo teníamos. Estábamos montando un conciertazo.

BILLY: A veces venía la misma gente a vernos dos o tres noches por semana. Y cuanto más tocábamos, más público teníamos.

ROD: Billy debería haber invitado a Daisy a alguno de esos conciertos que dábamos en Los Ángeles. Yo le pedí que lo hiciera. Pero a Billy las cosas le entraban por un oído y le salían por el otro.

SIMONE: A Daisy le frustraba sentirse excluida. Al menos esa era la impresión con la que yo me quedaba cada vez que hablábamos, aunque para entonces yo pasaba tanto tiempo de gira que ya no lo hacíamos con tanta frecuencia. Eso no quita para que todavía me asegurara de saber cómo le iban las cosas. Ella hacía lo mismo conmigo.

KAREN: Daisy conocía a todo el mundo en el Whisky. Tenía más contactos en el Strip que nosotros, por lo que fue solo cuestión de tiempo que apareciera por allí.

DAISY: No pretendía presentarme en una fiesta a la que no me habían invitado. Si Billy no quería que cantara con ellos, me parecía estupendo. Pero no iba a quedarme al margen solo porque estuvieran tocando mi *single* sin mí.

Además, había empezado a acostarme con Hank, una cagada por mi parte, pero, para ser sincera, pasé gran parte de aquella época borracha o colocada y en mi cabeza todo está un poco borroso. No creo que Hank me atrajera ni que me gustara tanto. Era bajito, tenía la mandíbula cuadrada, pero también una sonrisa bonita; supongo que fue eso. O que parecía que siempre estaba por ahí cerca.

El caso es que Hank y yo habíamos estado en el Rainbow, y ya en la calle nos encontramos con algunos de sus amigos fuera del Whisky, así que entramos.

KAREN: Graham me hizo un gesto con la cabeza y señaló con la mirada el punto de la pista donde se encontraba Daisy. Billy también la había visto.

EDDIE: Durante todo el tiempo que estuvimos tocando en el Whisky, casi cada noche Billy me soltaba algún tipo de pullita sobre cómo había tocado. Era un obseso del control. Pero que Daisy se presentara..., eso sí que no lo pudo controlar.

Y no veas lo guapa que estaba. Llevaba un vestido diminuto. En esa época las chicas no se ponían sujetador, y es una auténtica vergüenza que esa moda terminase.

BILLY: ¿Qué iba a hacer? ¿No invitarla a que subiera a cantar conmigo cuando estaba allí de pie? Me obligó a hacerlo.

GRAHAM: Billy se acercó al micro y dijo: «Damas y caballeros, Daisy Jones está con nosotros esta noche. ¿Qué os parece si os cantamos juntos una canción que se llama "Honeycomb"?».

DAISY: Fui hasta el micro mientras Billy estaba de cara al público y pensé: «¿No tiene más ropa en su armario que esa camisa vaquera?».

BILLY: Subió descalza al escenario y pensé: «¿Pero qué hace esta tía? Ponte unos zapatos».

DAISY: El grupo al completo empezó a tocar y yo me quedé junto al micro, esperando. La primera frase es de Billy, así que me puse a mirar a la gente del público mientras él cantaba. Miraba cómo le miraban. Era un verdadero *showman*.

No sé si ha tenido el suficiente reconocimiento por eso. Hoy en día la gente habla de lo buenos que éramos los dos juntos, pero yo he visto a Billy en solitario, y ese hombre tiene talento. Nació para estar delante de una multitud.

BILLY: Cuando llegó la parte de Daisy, me giré para verla cantar. No lo habíamos ensayado, nunca antes habíamos cantado juntos. La verdad es que medio esperaba que fuera un desastre pero, pasados uno o dos segundos, simplemente me quedé embobado.

Realmente tenía una voz explosiva. Sonreía cuando cantaba. Cuando la escuchas creo que te das cuenta enseguida, te llega. Daisy era fantástica en ese sentido. Podías escucharla sonreír en sus palabras.

DAISY: Pensé en volver a cambiar la letra. Sabía que Billy odiaba que hubiera transformado aquellas frases en preguntas. Pero, justo antes de empezar a cantar esa parte, pensé: «No estoy aquí para gustarle a Billy. Estoy aquí para hacer mi trabajo». Así que las canté tal y como sonaban en el disco.

BILLY: Me enfurecí al oírla.

KAREN: Daisy y Billy estaban uno al lado del otro, cantando en el mismo micro. Y... la forma en que Billy la miraba mientras ella cantaba... La forma en que ella lo miraba a él... Era todo muy intenso.

DAISY: Terminamos la canción armonizando juntos. En el disco no sonaba de esa forma, pero simplemente nos salió así.

BILLY: A medida que la cantábamos sabía que nos habíamos metido a todo el mundo en el bolsillo. Cuando la canción terminó, el público empezó a gritar. A gritar de verdad.

DAISY: En aquel concierto supe que teníamos algo muy especial. Lo supe, sin más.

Y daba igual lo imbécil que me pareciera Billy. Cuando puedes cantar así con alguien, hay una parte de ti que se siente conectada a esa persona. Algo así se te mete por debajo de la piel y no se te va fácilmente.

Billy era como una astilla. Eso era.

Después de aquel concierto sensacional en el Whisky, Runner anunció que Daisy Jones actuaría como telonera en la gira mundial de The Six, que llevaría por nombre Numbers.

Billy apeló a Rod, a Teddy y a Rich Palentino para que cambiaran de parecer y sacaran a Daisy del programa, pero finalmente se vio obligado a aceptarlo cuando Teddy le mostró la rapidez con la que se vendían las entradas. Al itinerario se añadieron fechas de reserva.

Cuando el grupo, junto con Daisy, partió de gira, «Honeycomb» acababa de alcanzar el Top 20.

BILLY: No me importaba una mierda quién nos teloneaba. Estaba centrado en mantenerme sobrio durante la gira. Era mi primera vez en la carretera desde mi paso por el centro de desintoxicación.

CAMILA: Billy me dijo que me llamaría tres veces al día y que iba a apuntar todo lo que hacía en un diario. Le dije que no quería que se justificase. Lo único que iba a conseguir con eso era añadir más presión, y era lo último que necesitaba. Necesitaba saber que creía en él. Le dije: «Dime qué puedo hacer para que todo esto te resulte más fácil, no más difícil».

BILLY: Decidí que Camila y Julia vinieran con nosotros. En aquel momento, Camila debía de estar embarazada de las gemelas, estaría de unos dos meses. Sabíamos que a medida que avanzara el embarazo dejaría de poder viajar tanto. Pero quería tenerla allí para empezar con buen pie.

DAISY: Estaba entusiasmada con la idea de estar en la carretera. Nunca antes había ido de gira. Mi disco se defendía bien, había sido bien recibido. Y, claro, «Honeycomb» ayudaba a que se vendiera un poco mejor.

GRAHAM: Todos estábamos felices y contentos de tener a Daisy con nosotros. Era un tía muy guay y muy relajada.

Estábamos en ese momento en el que grabas cuñas en la radio y haces sesiones de fotos y tus canciones llegan cada vez a puestos más altos y se venden mejor. Me reconocieron un par de veces. Hacía tiempo que la gente reconocía a Billy, pero ahora empezaba a pasarme a mí y también a Karen. Iba por la calle y veías a gente con camisetas de The Six.

Lo que quiero decir es que me daba igual el telonero que nos pusieran mientras las cosas mantuvieran ese ritmo.

BILLY: Dimos nuestro primer concierto en Nashville, en el Exit/In. Mi postura era incluir a Daisy igual que habría incluido a cualquier telonero. Estábamos acostumbrados a ser los teloneros y ahora éramos cabeza de cartel, de modo que quería ser tan inclusivo con ella como los otros

grupos lo habían sido con nosotros. Dejando a un lado los sentimientos personales.

KAREN: Estábamos todos en el *backstage* antes de nuestro primer concierto, antes de que a Daisy le tocara salir. Daisy se está metiendo unas cuantas rayas. Alguna *groupie* que no se sabe cómo había vuelto a viajar con nosotros está dando un masaje a Warren. No sé qué estarían haciendo Eddie y Pete. Billy está a lo suyo. Graham y yo estamos hablando. Creo que fue en ese concierto... Se había recortado la barba y podías ver lo guapo que estaba debajo de todo ese aspecto desaliñado.

Alguien llama a la puerta y entran Camila y Julia. Habían venido a dar las buenas noches a Billy.

En el instante en que Daisy las ve, guarda la droga en un cajón, se limpia la nariz y suelta el vaso de coñac, whisky o lo que sea que estuviera bebiendo. Fue la primera vez que le vi algo de conciencia, como si después de todo no viviera en otro planeta. Le dio la mano a Camila y saludó a Julia. Recuerdo que la llamó «pajarito».

Y entonces llegó la hora de que Daisy saliera al escenario, y dijo: «¡Deseadme suerte!».

Todos los demás estaban demasiado ocupados con sus cosas para prestarle atención, pero Camila no. Le deseó buena suerte, y lo dijo con total sinceridad.

CAMILA: La primera vez que vi en persona a Daisy Jones, no supe qué pensar de ella. Parecía realmente dispersa, pero también muy dulce. Sabía que a Billy no le caía bien, pero que él pensase una cosa no significaba que yo no pudiese tener mi opinión.

Era innegablemente preciosa. Tan bonita como en las revistas, o puede que incluso más.

DAISY: En aquel concierto en Nashville, fui la primera en salir al escenario. Estaba nerviosa. Normalmente no soy una persona nerviosa, pero esa vez podía sentir los nervios a flor de piel. Tal vez estaba demasiado enfarlopada. Salí al escenario pensando que toda esa gente esperaba a los Six, pero gran parte del público se mostró igual de emocionado al verme a mí. Habían ido allí por mí.

Llevaba un vestido negro con la espalda al aire, brazaletes dorados y pendientes de aro también dorados.

Salvo en los ensayos, esa fue la primera vez que subí al escenario yo sola, con la banda de acompañamiento que Hank había reunido. Era la primera vez que oía a una multitud tan grande rugir mi nombre. Todas esas personas a la vez, que parecían y sonaban como un único ser. Aquella cosa viva, estruendosa y expansiva.

En cuanto la caté, quise que esa sensación durara para siempre.

GRAHAM: Daisy dio un buen concierto. Tenía una voz fantástica y sus canciones no estaban mal. Era una de esas personas que saben congregar a la multitud. Y para cuando nos tocó salir a nosotros, el público ya estaba eufórico. Se lo estaban pasando fenomenal.

WARREN: Olía a hierba por todas partes. Apenas podías ver a la gente del fondo de todo el humo que había.

KAREN: Nada más poner un pie en el escenario nos dimos cuenta de que era un público distinto al de la primera gira. De entrada había mucha más gente. Los fans iniciales seguían allí, pero ahora había adolescentes y padres, había un montón de mujeres.

BILLY: Me quedé allí de pie frente a la muchedumbre, totalmente sobrio, absorbiendo su entusiasmo, consciente de que «Honeycomb» iba de cabeza al Top 10. Y sabía que tenía a todas esas personas en la palma de mi mano. Sabía que querían que les gustáramos, que ya les gustábamos. No tenía que ganármelos. Me quedé allí de pie en aquel escenario y... los teníamos en el bote.

EDDIE: Aquella noche lo dimos todo en el escenario.

BILLY: Al final del concierto dije: «¿Qué os parece si pido que vuelva Daisy Jones al escenario y tocamos “Honeycomb” para vosotros?».

DAISY: El público se volvió loco. El lugar empezó a retumbar.

BILLY: Sentía cómo vibraba el micrófono a causa de los gritos y del estrépito y pensé: «Hostia puta, somos estrellas del rock».

A finales de 1976, «Honeycomb» había alcanzado el tercer puesto más alto en el Billboard Hot 100. El grupo, junto con Daisy, la había tocado en los programas de televisión de Don Kirshner's Rock Concert y The Tonight Show Starring Johnny Carson. Habían concluido las fechas de su gira por Norteamérica y se preparaban para la etapa europea del tour, que era más corta. Camila Dunne, que para entonces estaba embarazada de seis meses, regresó a Los Ángeles con Julia.

BILLY: No podía obligar a Camila y Julia a que se quedaran de gira conmigo indefinidamente, tenía que controlarme yo solo.

CAMILA: Lo conocía lo suficientemente bien como para saber cuándo necesitaba que me quedase y cuándo podía marcharme.

BILLY: La primera noche sin ellas fue dura. Recuerdo estar sentado en el balcón de mi *suite* después del concierto. Podía oír todo el jaleo que había fuera, quería formar parte de él. Una voz en mi cabeza me decía: «No puedes hacerlo. No vas a poder mantenerte sobrio mucho más tiempo».

Al final llamé a Teddy. Era de madrugada, pero para él no era más que la hora de la cena. Me inventé una excusa para hablar de algo. [Ríe] Creo que terminamos hablando sobre si debía o no casarse con Yasmine. Le preocupaba ser demasiado mayor para ella. Le dije que fuera a por ello. Y al final de la llamada me sentí cansado. Sabía que podía irme a dormir, que viviría para ver un nuevo día. Antes de colgar, Teddy dijo:

—¿Te sientes mejor ahora, Billy?

—Sí, me siento mejor.

Después de tener controlada esa primera noche, todo fue un poco más fácil. Me aferraba a mi rutina. Me mantenía alejado de la fiesta. Una vez terminaba el concierto, volvía a la habitación del hotel y escuchaba discos o iba a una cafetería, me pedía un descafeinado y leía el periódico. A veces Pete o Graham venían conmigo, aunque la mayor parte del tiempo supongo que Graham debía de estar en alguna parte persiguiendo a Karen.

Seguí comportándome como lo había hecho cuando Camila y Julia estaban conmigo. Me ceñí a las normas.

GRAHAM: Cuando Camila estaba allí era lo mismo que cuando no estaba. Billy se juntaba con el grupo cuando había que trabajar. Y Daisy se juntaba con nosotros cuando había que ir de fiesta. Y los dos nunca se encontrarán, o como se diga.*

ROD: Justo antes de salir rumbo a Suecia, les dije a Billy y a Graham que Runner se planteaba prolongar la gira una vez concluyera la etapa europea. Les pregunté qué les parecía añadir un par de semanas más al calendario a su regreso a los Estados Unidos.

Pero era totalmente imposible. Camila iba a salir de cuentas en torno a esa fecha. Billy ya estaba suficientemente pillado de tiempo.

GRAHAM: La conversación duró poco más de dos segundos. ¿Me habría gustado continuar con la gira? Pues claro. ¿El hecho de que Billy tuviera que volver a casa nos ponía en una situación difícil? Sí. Pero tenía que irse a casa. No había vuelta de hoja.

WARREN: Todos queríamos hacer más fechas, pero no podíamos actuar sin Billy. Se podía enchufar a otros guitarristas para unos cuantos conciertos, o a un teclista. Pero no podíamos sustituir a Billy.

DAISY: Las entradas de los conciertos se agotaban, y en gran parte se debía a mí.

Mientras tanto, el disco de los Six se estaba vendiendo mucho mejor que el mío. El suyo era mucho mejor, así que tenía sentido que fuera así, pero si hablamos del directo, la verdad es que mucha gente venía a verme a mí. E incluso algunos de los que antes de ir al concierto no sabían quién era yo, se marchaban con una camiseta de Daisy Jones.

Causaba auténtica sensación. Y había estado trabajando en algunas canciones propias. Tenía una con una melodía supersimple, pero buena. Se llamaba «When You Fly Low». Hablaba de subestimarse a uno mismo, de cómo la gente trata de impedir que crezcas: «They want you humble | want to atrophy that muscle | want to stunt the hustle | get you to call uncle | to keep you flying low».*

Llevaba un tiempo diciéndole a Hank que era hora de hablar con Teddy para grabar un nuevo disco. Y Hank me repetía que debía tomármelo con calma. Creo que pensaba que yo pedía demasiado, que pensaba que merecía más de lo que realmente merecía.

Nuestra relación no pasaba por un buen momento. Nunca tendría que haber salido con un tipo así.

Eso es algo que nadie menciona cuando quiere que te mantengas alejada de las drogas. Nadie te dice: «Las drogas harán que te acuestes con auténticos gilipollas». Y debería.

Había dejado que Hank entrara en todos los rincones de mi vida: a menudo se interponía entre Teddy y yo, fue él quien contrató a la banda que me acompañaba, mi dinero pasaba a través de él. Y además estaba en mi cama.

KAREN: Cuando fuimos a Estocolmo, volamos en el jet privado de Runner.

DAISY: Hank y una parte del equipo habían volado un día antes, pero yo preferí retrasarme y viajar con el grupo. Hice ver como si quisiera estar con ellos en el avión, pero lo que en realidad pasaba era que no quería volar con Hank.

EDDIE: En el vuelo de ida fue cuando de rebote oí a Graham contarle a Karen que habían rechazado la prolongación de la gira. Tío, así es como me enteré. Nadie nos lo había dicho ni a Pete ni a mí.

Teníamos un éxito en las manos, estábamos agotando las entradas de los conciertos con Daisy de telonera. Mucha gente ganaba mucho dinero. El grupo, los *roadies*, todos los que trabajaban en la gira y en los recintos... ¿Y solo porque Billy hubiera dejado preñada a su mujer teníamos que hacer todos las maletas?

Y ni siquiera se sometía a votación. Tenemos que enterarnos a toro pasado.

KAREN: Fue un vuelo interesante. Creo que fue en ese vuelo cuando una azafata abofetéo a Warren. Yo solo oí la bofetada, no la vi.

WARREN: Le pregunté si era rubia natural. Aprendí la lección. No a todas las mujeres les parece gracioso.

KAREN: Daisy y yo estuvimos la mayor parte del vuelo a lo nuestro en la parte de atrás. Íbamos sentadas una frente a la otra, cada una con su cóctel, mirando por la ventana. Recuerdo que Daisy sacó un pastillero, se metió dos pastillas en la boca y se las tragó dando un sorbito a la copa.

Para entonces había empezado a llevar todos esos brazaletes, tantos como le cupieran en los brazos. Cada vez que se movía tintineaba. Bueno, pues cuando vuelve a meterse el pastillero en el bolsillo, los brazaletes empiezan a hacer ese sonido metálico y le digo de broma que ella misma es un instrumento musical maravilloso. A Daisy le pareció un comentario muy guay. Sacó un bolígrafo y se lo apuntó en la mano.

Y cuando fue a guardar el boli, volvió a sacar el pastillero, sacó otras dos pastillas y se las metió en la boca.

—Daisy, acabas de tomarte dos.

—¿De verdad?

—Sí.

Se encogió de hombros y se las tragó.

—Venga, Daisy, tú no.

DAISY: Eso me molestó. Le puse el pastillero en la mano.

—Si tanto te preocupan, quédatelas. Ni siquiera las necesito.

KAREN: Me dio las pastillas.

DAISY: Pero nada más darle el pastillero y ver que se lo guardaba en el bolsillo trasero, empezó a entrarme pánico. Una cosa eran las dexies. Esas me daban igual, podía esnifar coca si lo necesitaba.

Pero sin el Seconal no podía dormir.

KAREN: Me sorprendió lo fácil que era para ella. Darme las pastillas como si nada y dejar de tomarlas.

DAISY: Cuando llegamos al hotel, Hank ya estaba en mi habitación.

—Me he quedado sin pastillas rojas.

Hank asintió y levantó el auricular. Para cuando quise irme a dormir, tenía un nuevo frasco en la mano. Me deprimía lo fácil que era. No me malinterpretes, quería las pastillas. Las necesitaba. Pero simplemente me resultaba muy aburrido, muy repetitivo. Podía tener cualquier narcótico que necesitara en cualquier momento, nadie me impedía conseguirlo.

Esa noche, mientras me quedaba dormida (creo que aún tenía un vaso de coñac en la mano), me escuché decir:

—Hank, no quiero seguir contigo.

Primero pensé que había otra mujer en la habitación pronunciando esas palabras, pero entonces me di cuenta de que habían salido de mi boca. Hank me dijo que me fuera a dormir. Y lo cierto es que más que sentir que me quedaba dormida, sentí que desaparecía.

Al despertar por la mañana me acordé de lo que había pasado. Sentí vergüenza pero también cierto alivio por haberlo verbalizado.

—Deberíamos hablar de lo que dije anoche.

—Anoche no dijiste nada.

—Te dije que no quería estar contigo.

Hank se encogió de hombros.

—Sí, pero lo dices siempre que te quedas dormida.

Yo no tenía ni idea.

GRAHAM: Estaba bastante claro para todos que Daisy necesitaba deshacerse de Hank.

ROD: Hay un montón de mánagers babosos pululando por ahí que nos dan muy mala imagen a todos los demás. Hank se estaba aprovechando de Daisy, estaba tan claro como el agua. Necesitaba que alguien se preocupara por ella.

—Daisy, si necesitas ayuda, aquí estoy —le ofrecí.

GRAHAM: Creo que Daisy veía lo que Rod hacía por nosotros: se aseguraba de que todo estuviera bajo control; era el primero en asegurar que nos íbamos a comer el mundo; no nos decía que nos contentáramos con lo que teníamos y cerrásemos el pico. Y... no es por ser un idiota pero... no se acostaba con nosotros ni se aseguraba de que nos colocásemos hasta que no pudiéramos distinguir entre cara y cruz.

—Deja a Hank y confía en Rod. Él te cubrirá las espaldas —aconsejé a Daisy.

ROD: De todas formas ya estaba haciendo un montón por ella. Me había puesto en contacto con la *Rolling Stone* para que vinieran a un concierto. Iban a enviar a Jonah Berg a uno de nuestros bolos y después pasaría algo de tiempo con el grupo. Había opciones de conseguir una portada. Había insistido en incluir a Daisy en todo aquello. No tenía por qué haberlo hecho. Podría haberme empeñado en que el artículo se centrara exclusivamente en el grupo, pero... todos para uno y uno para todos.

KAREN: El día que iba a venir Jonah Berg tocábamos en Glasgow.

DAISY: Fui una estúpida. Ese día me peleé con Hank justo después de la prueba de sonido.

KAREN: Esa tarde, Graham había ido a mi habitación para traerme una de mis maletas. Por algún motivo mis cosas habían terminado mezcladas con las suyas. Ahí estaba, en el pasillo del hotel, junto a mi puerta, con una bolsa de lona llena de sujetadores y ropa interior.

—Creo que esto es tuyo.

Se la quité y puse los ojos en blanco.

—Apuesto a que te encantaría meter la mano en mis bragas.

Solo estaba bromeando, pero Graham sacudió la cabeza y dijo:

—Si consigo meter la mano en esas bragas, que sea porque me lo he ganado a la vieja usanza.

—Sal de aquí —me reí.

—Sí, señora.

Y volvió a su habitación. Pero cuando cerré la puerta... No sé.

DAISY: Se lo dije a Hank cuando estábamos él y yo solos en mi habitación del hotel. Él me quería abrazar pero yo ya estaba harta. No hacía más que gritarle. Me preguntó qué problema tenía, así que le dije la verdad:

—Creo que es hora de que nos separemos.

Hank intentó ignorarme un par de veces, decía que no sabía lo que estaba diciendo. Así que se lo dejé bien clarito:

—Hank, estás despedido. Deberías irte.

Vaya si me oyó esa vez.

GRAHAM: Billy y yo teníamos pensado salir a tomar algo... Me había apostado con él que no sería capaz de comer *haggis*.

DAISY: Hank plantó su cara delante de la mía. Estaba tan enfadado y tan cerca que cuando hablaba la saliva que salía despedida de su boca aterrizaba en mi hombro.

—Si yo no te hubiera encontrado seguirías follándote a cantantes.

Al quedarme callada, Hank me arrinconó contra la pared. No sabía lo que iba a hacer. No creo que lo supiera ni él.

Cuando estás en una situación como esa, cuando un hombre se abalanza sobre ti, es como si te pasaran por delante de los ojos todas las decisiones que has tomado y que te han conducido a ese momento, a estar a solas con un hombre en quien no confías.

Algo me dice que los hombres no hacen eso. Cuando están allí de pie amenazando a una mujer, dudo que hagan un recuento de todos los pasos equivocados que han dado para convertirse en el gilipollas que son. Pero deberían.

Yo estaba tiesa como un palo y, sorprendentemente, bastante sobria. Traté de ganar todo el espacio posible extendiendo los brazos. Hank me miraba fijamente. Creo que yo ni siquiera respiraba. Y entonces dio un puñetazo a la pared y salió de la habitación dando un portazo.

Cuando se marchó, cerré la puerta y di tres vueltas a la llave. Chilló algo en el pasillo pero no pude entender lo que decía. Me quedé sentada en la cama. Nunca volvió.

BILLY: Estaba saliendo de mi habitación para ir a reunirme con Graham cuando vi que Hank Allen salía del cuarto de Daisy murmurando: «La puta zorra esa». Parecía que intentaba tranquilizarse, así que decidí ignorarle. Entonces vi que se detenía y daba media vuelta, como si estuviera dispuesto a volver a entrar en la habitación de Daisy. Inmediatamente supe que no se traía nada bueno entre manos. Es algo que se puede intuir solo por el modo de andar de una persona, ¿sabes? Puños cerrados, mandíbula apretada y todo eso. Conseguí llamar su atención y me vio. Nos miramos durante un instante. Sacudí la cabeza como dando a entender: si lo haces te estarás equivocando. Siguió desafiándome hasta que finalmente bajó la mirada al suelo y se marchó.

Cuando se fue, llamé a la puerta de Daisy

—Soy Billy.

Tardó un momento en abrir, pero lo hizo. Llevaba puesto un vestido azul marino, de esos que tienen las mangas caídas. Sabía que la gente siempre hablaba de lo azules que eran los ojos de Daisy, pero esa fue la primera vez que realmente me di cuenta. Eran muy azules. ¿Sabes a qué se parecían? Eran como estar en medio del océano. No en la orilla, no eran de ese azul claro. Parecían el azul oscuro que hay en mitad del océano. Como aguas profundas.

—¿Estás bien?

Parecía triste, y nunca antes había visto triste a Daisy.

—Sí, gracias.

—Si necesitas hablar...

La verdad es que no estaba seguro de cómo podía ayudarle, pero supuse que de todas maneras debía ofrecérselo.

—No, no pasa nada.

DAISY: Hasta ese momento nunca me había dado cuenta de la gruesa coraza con la que Billy se cubría cuando estaba cerca de mí. De repente, la coraza había desaparecido. Como cuando no eres consciente de que estás oyendo el zumbido del motor de un coche hasta que se apaga.

Pero le miré a los ojos y vi al verdadero Billy.

Me di cuenta de que todo ese tiempo había estado viendo una versión reservada y fría de él. Pensé: «Tal vez sea bonito conocer a este Billy». Pero entonces, puf, desapareció. Un solo segundo de sinceridad y luego, tan pronto como había aparecido, se fue.

GRAHAM: Estaba esperando a Billy cuando de repente sonó el teléfono de mi cuarto.

KAREN: No sé por qué decidí hacerlo aquel día.

GRAHAM: —Hola.

—Hola —dijo simplemente Karen.

KAREN: Durante un segundo ninguno de los dos dijo nada. Y entonces le pregunté:

—¿Cómo es que nunca has intentado nada conmigo?

Le oí beber cerveza, dar un sorbo.

—No me la juego donde sé que voy a fallar.

—No creo que falles, Dunne. —Me salió sin más, antes de haberlo decidido.

Y nada más decirlo, el teléfono dio línea.

GRAHAM: Nunca en mi vida he corrido tan rápido como aquel día por ese pasillo hasta su habitación.

KAREN: Tres segundos después, y no exagero, llaman a la puerta. La abro y me encuentro a Graham sin aliento. Una carrera de unos diez metros y ya se había quedado sin aliento.

GRAHAM: La miré fijamente. Era tan guapa... Tenía las cejas gruesas. Siempre he sentido debilidad por las chicas que tienen las cejas gruesas.

—¿Qué me estás diciendo, Karen? KAREN: «Échale huevos, Graham».

GRAHAM: Entré en su habitación, cerré la puerta, agarré a aquella mujer y la besé como es debido.

Normalmente no te levantas por la mañana y piensas: «Este va a ser uno de los días más emocionantes de mi vida». Pero aquel día lo fue. Aquel día con Karen... fue uno de esos días.

WARREN: Hay una cosa que nunca le he contado a nadie. Ya verás, es bueno. Te va a gustar.

El día del concierto en Glasgow, poco después de la prueba de sonido, estaba haciendo una de mis siestas con cerveza, que es como llamo a tomar una cerveza y echarme la siesta, y de pronto me despierto ¡porque en la habitación de al lado Karen está echando un polvazo! Hacían tanto ruido que ni siquiera pude pegar ojo.

Nunca descubrí quién era, aunque sí que la vi coqueteando con nuestro técnico de sonido, así que, es igual, pero creo que Karen tuvo una historia con Huesos.

BILLY: Después de dejar a Daisy, fui a buscar a Graham para irnos a comer pero no lo encontré por ningún lado.

GRAHAM: Cuando llegó la hora de bajar a la sala de conciertos, Karen me hizo salir a hurtadillas de su habitación, ir a mi cuarto, cambiarme y volver a reunirme con ella en los ascensores.

KAREN: No quería que nadie supiera nada.

BILLY: Cuando llegamos al *backstage*, todo el mundo corría de un lado para otro como pollos sin cabeza porque la banda de Daisy no aparecía por ninguna parte.

EDDIE: Al parecer, Hank había pasado por el Apollo antes de marcharse de la ciudad y se había llevado a los cinco miembros de la banda de Daisy. Se habían pirado, tal cual.

KAREN: Fue un golpe bajo.

GRAHAM: Se suponía que nada era más importante que la música. Nuestro trabajo era salir al escenario y tocar para el público, independientemente de las mierdas personales que pudiera haber entre nosotros.

DAISY: Mi banda se había largado. Sin más. No sabía qué hacer.

HANK ALLEN (*exmánager, Daisy Jones*): Solo quiero decir que Daisy y yo mantuvimos una relación estrictamente profesional de 1974 a 1977, cuando terminó de mutuo acuerdo debido a diferencias de opinión acerca de la trayectoria de su carrera. Todavía le deseo lo mejor.

BILLY: Encuentro a Rod y veo que ya está en modo control de daños. Le pregunto: «¿De verdad es tan malo que Daisy no toque una noche?».

Y en ese instante, al decirlo, me doy cuenta de que probablemente él ya sea su mánager. Es decir, para él claro que eran malas noticias.

ROD: Jonah Berg, de *Rolling Stone*, está entre el público.

KAREN: Todo el mundo tratando de saber qué hacer y Graham empeñado en llamar mi atención siempre que no miraba nadie. Yo me reía por dentro pensando: «Se supone que estamos intentando solucionar un problema».

GRAHAM: No podía dejar de mirar a Karen.

KAREN: Graham siempre era el tío con el que hablaba de todo. Y esa noche me descubrí queriendo contarle lo brutal que había sido esa tarde. Era como si quisiera hablar con él de él.

DAISY: Le dije a Rod: «Tal vez debería salir yo sola». No quería rendirme. Tenía que hacer algo.

EDDIE: Rod sugirió que Graham saliera con Daisy y que los dos hicieran unas cuantas versiones acústicas de algunas de las canciones del disco de Daisy. Pero Graham no estaba prestando atención, así que dije: «Yo puedo hacerlo».

ROD: Envié a Daisy y a Eddie ahí fuera sin saber qué pasaría. Les vi llegar hasta el micro hechos un verdadero manojo de nervios.

DAISY: Eddie y yo tocamos un par de canciones. Todo muy simplificado. Él a la guitarra y yo a la voz. Creo que hicimos «One Fine Day» y «Until You're Home». Estuvo bien pero no deslumbramos a nadie. Y sabía que la *Rolling Stone* estaba allí y que necesitaba causar una buena impresión. Así que en la última canción decido salirme del guion.

EDDIE: Daisy se inclinó hacia mí, me dio un ritmo impreciso y un tono y me pidió que me inventara algo. Ya está, solo eso: «Invéntate algo». Hice lo que pude, ¿sabes lo que quiero decir? No puedes inventarte una canción sobre la marcha así como así.

DAISY: Intentaba que Eddie tocara algo que me ayudara a cantar mi nueva canción. Quería hacer «When You Fly Low». Empezó a tocar y canté un par de compases, trataba de entablar algún tipo de ritmo con él, pero no funcionaba. Al final dije: «Vale, olvídate de eso». Lo dije justo encima el micro. El público se reía conmigo. Me animaba. Podía sentirlo. Así que empecé a cantarla a capela. Mi voz y yo sobre el escenario cantando una canción escrita por mí.

Había trabajado en esa canción, la había pulido de principio a fin. No sobraba ni una sola palabra en toda la letra. Marcaba el ritmo únicamente con las pulseras de mis brazos y el zapateo de mis pies.

EDDIE: Yo estaba allí, detrás de ella, marcando el ritmo en la caja de la guitarra, ayudándola. El público estaba entregado. Pendientes de cada uno de nuestros movimientos.

DAISY: Cantar así fue un subidón de adrenalina. Cantar una canción que sentía como propia. Una letra que había escrito yo, que era toda mía.

Veía a la gente de las primeras filas y... me oían, me escuchaban. Esas personas de un país distinto, gente que no había conocido en mi vida, la conexión que sentí con ellos no la había sentido antes con nadie.

Esto es lo que siempre he amado de la música. No tanto el sonido de las multitudes ni los buenos ratos como las palabras, es decir, las emociones, las historias, la verdad, que se te escapa entre los labios.

La música puede llegar muy hondo ¿sabes? Puede removerte hasta lo más profundo. Esa noche, al cantar aquella canción, me reafirmé en que quería sacar un álbum con mis propias canciones.

BILLY: Estaba de pie en el *backstage* mirando a Daisy y a Eddie y de pronto ella empezó a cantar «When You Fly Low». Era buena. Mejor de..., mejor de lo que pensaba.
KAREN: Billy la miraba fijamente.

DAISY: Cuando acabé la canción, el público rompió a gritar y yo sentí que había salido y les había dado lo mejor de mí. Sentí que realmente le había dado la vuelta a la situación y les había ofrecido un buen espectáculo.

BILLY: Cuando terminó la canción, la oí despedirse del público y pensé: «Podríamos hacer "Honeycomb" ahora». Ella y yo solos.

GRAHAM: Me quedé muy sorprendido al ver salir a Billy.

DAISY: Me despedí de la forma habitual: «¡Esto es todo lo que tenía para esta noche! ¡Es hora de los Six! ¡Recibidlos con un fuerte aplauso!». Pero en mitad de la frase, Billy salió al escenario.

Billy verdaderamente brillaba en el escenario. Hay personas que desaparecen cuando se las baña con la luz de los focos. Pero otras resplandecen. Billy era una de ellas. Al contrario que fuera del escenario, donde era una persona sombría y sobria con un sentido del humor limitado. En aquel momento pensaba que era un poco muermo, si te soy sincera.

Sin embargo, cuando subía a un escenario parecía que no había ningún otro lugar donde prefiriera estar que allí, contigo.

EDDIE: Estaba ahí sentado con la guitarra y de repente aparece Billy.

—¿Qué quieres que toque?

Pero en vez de contestar, Billy alarga el brazo y me pide la guitarra. Yo soy el puto guitarrista y está tratando de arrebatarme mi instrumento.

—¿Me la prestas, tío?

Quería decirle: «No, no te la presto, tío». Pero ¿qué podía hacer? Estaba delante de miles de personas. Se la di y Billy fue con ella hasta el micrófono, donde estaba Daisy. Me quedé allí de pie, sin ningún motivo para estar en el escenario. Tuve que salir por patas.

BILLY: Saludé al público y dije: «¿Qué os ha parecido esta Daisy Jones?». El público la ovacionó. «¿Os importa que le haga una pregunta a Daisy?». Agarré el micro y dije: «¿Qué te parece si hacemos “Honeycomb” ahora, solos tú y yo?».

DAISY: Dije: «De acuerdo, hagámoslo». En el escenario solo había un micrófono, así que Billy se colocó a mi lado. Olía a desodorante Old Spice y la boca le olía a cigarrillos y a Binaca.

BILLY: Empecé a tocar la canción en acústico.

DAISY: Era algo más lenta que como la tocábamos normalmente. Le imprimía cierta ternura. Y entonces Billy empezó a cantar: «One day things will quiet down | we’ll pick it all up and move town | we’ll walk through the switchgrass down to the rocks|and the kids will come around».*

BILLY: Y Daisy cantó: «Oh, honey, I can wait | to call that home|I can wait for the blooms and the honeycomb».**

KAREN: ¿Sabes cuando a veces la gente para describir a alguien dice que te hace sentir como si fueras la única persona en la habitación? Tanto Billy como Daisy hacían eso. Y era como si de alguna forma lo hicieran el uno con el otro. Parecía que cada uno pensara que el otro era la única presencia en la habitación. Como si los demás estuviéramos viendo a dos personas que no se daban cuentan de que había miles mirándoles.

DAISY: Billy era un gran guitarrista. Había complejidad y delicadeza en su forma de tocar.

BILLY: Con aquel ritmo más lento, la canción poco a poco iba ganando intimidad. Era más dulce, más suave. Y en ese momento me quedé sorprendido de que Daisy pudiera acompañarme con tanta facilidad hasta donde yo quisiera llevarnos. Si tocaba más lento, ella le daba un toque de calidez. Si tocaba más rápido, le inyectaba energía. Con ella era muy fácil ser bueno.

DAISY: Al acabar, cogió la guitarra con una mano y con la otra agarró mi mano. Tenía las yemas llenas de callosidades. Te raspaba con solo tocarte.

BILLY: Daisy y yo saludamos al público, que se estaba dejando la voz.

DAISY: Y entonces Billy dijo: «Muy bien, damas y caballeros, ¡somos The Six!». Y el resto del grupo salió al escenario y se lanzaron directos al «Hold Your Breath».

EDDIE: Volví al escenario y vi que mi guitarra estaba apoyada en uno de los laterales. Tuve que ir a recogerla. Y eso me tocó las pelotas. No tiene bastante con decirme cómo hacer mi trabajo y controlar cuándo podemos ir de gira sino que encima se dedica a quitarme mi puto instrumento y a ocupar mi lugar en el escenario. ¡Y ni siquiera se molesta en devolvérmelo cuando vuelvo a salir! ¿Entiendes por dónde voy?

DAISY: Mientras los demás salían al escenario, le susurré a Billy al oído: «¿Debería marcharme?». Y él dijo que no con la cabeza. Así que me uní: entonaba cuando podía, agitaba los brazaletes. Fue muy divertido pasar todo un concierto allí con ellos.

BILLY: No recuerdo por qué se quedó Daisy con nosotros aquella noche. Creo que di por hecho que se marcharía, pero al no hacerlo, pensé: «Ah, pues muy bien. Supongo que se queda». La verdad es que toda la noche fue locura improvisada...

WARREN: Te juro que Karen se pasó toda la noche irradiando esa vibra de «acabo de follar». Y yo estaba convencido de que Huesos, al mando de los focos, la iluminaba de una forma especial.

BILLY: En mitad de una de las canciones me incliné hacia Eddie para darle las gracias por lo de antes, pero ni siquiera me miraba. No conseguía llamar su atención.

EDDIE: Estaba más que harto del numerito de chico bueno que se gastaba Billy. Era un imbécil. Un imbécil integral y totalmente egoísta. Siento decirlo, pero eso es lo que pensaba. Y, para serte sincero, aún lo pienso.

BILLY: Al final le di una palmadita en la espalda justo antes del gran final, y le dije: «Gracias, tío. Solo quería ofrecerles un buen concierto teniendo en cuenta que la *Rolling Stone* está ahí fuera».

EDDIE: Dijo que normalmente me hubiera dejado tocar a mí, pero que como estaba la *Rolling Stone* quería que saliera bien de verdad.

GRAHAM: Entre set y set, Pete me iba lanzando miraditas pero yo no tenía ni idea de cuál era el problema. Al final señaló a Eddie con la cabeza.

Mira, lo entiendo. Con Billy era fácil sentirse como un segundón. Pero cómo nos sintiéramos los demás no cambiaba el hecho de que la gente pagaba dinero por ver a Billy. Les gustaban sus canciones, su modo de escribirlas. Les gustaba verlo allí arriba. Billy hizo bien saliendo a aquel escenario y cogiendo la guitarra de Eddie. Quizá no fue un gesto muy respetuoso. Desde luego no fue nada halagador ni agradable, pero hizo que el concierto fuera aún mejor.

En líneas generales, el grupo era una meritocracia, aunque funcionase como una dictadura. Billy no estaba al mando porque fuera un déspota, estaba al mando porque era el que tenía más talento.

Ya se lo había dicho a Eddie en otras ocasiones: intentar competir con Billy es una batalla perdida. Por eso yo no lo hago. Pero Eddie no lo pillaba.

KAREN: Terminamos el concierto tocando «Around to You». Daisy entonó con Billy durante toda la canción. Era la primera vez que hacíamos una canción que era pura armonía vocal. Sonó increíble.

Parecía que Daisy y Billy compartieran una especie de lenguaje tácito, enseguida se pillaban.

BILLY: Cuando terminamos esa canción, pensé que había sido el mejor concierto que habíamos ofrecido nunca. Me giré hacia la banda y dije: «Buen trabajo a todos».
WARREN: Eddie se agarró un cabreo descomunal y le soltó: «Me alegro de que estés complacido, jefe».

BILLY: Debería haber sabido leer la situación y simplemente pasar. Pero no lo hice. No sé qué dije pero está claro que, fuera lo que fuera, no tendría que haberlo dicho.

EDDIE: Billy se acercó mucho a mí y me dijo:

—No te pongas gilipollas conmigo solo porque estés teniendo una mala noche.

Y eso bastó. ¿Sabes por qué? Porque estaba teniendo una noche fantástica. Esa noche toqué la hostia de bien.

Que le den por culo. Eso es lo que le dije:

—Que te den por culo, tío.

—Cálmate un poco, ¿estamos? —contestó.

BILLY: Debí de decirle que se tranquilizara o algo por el estilo.

EDDIE: Solo porque a Billy algo le dé igual no significa que a mí me tenga que dar igual. Y te aseguro que estaba hasta las narices de que la gente diera por hecho que tenía que hacer lo que Billy considerara oportuno.

BILLY: Miré hacia el público sin saber lo que iba a pasar, y dije: «¡Gracias a todos! ¡Somos The Six!».

KAREN: Justo antes de que se apagaran las luces, miré a Eddie y supe lo que iba a pasar.

DAISY: Eddie cogió su guitarra y la lanzó al aire.

GRAHAM: Se hizo añicos al caer.

EDDIE: Destrocé mi guitarra y me piré. Me arrepentí en el mismo instante. Era una Les Paul del sesenta y ocho.

WARREN: Se rompió el mástil, Eddie la dejó allí y se piró. Yo me planteé darle una patada al tambor solo por unirme a las risas, pero era un Ludwig. Los Ludwigs son sagrados.

ROD: Cuando bajaron del escenario, me sentí entre la espada y la pared. Por un lado, acababan de ofrecer un espectáculo de fuegos artificiales. Por otro, temía que Eddie pegara un puñetazo a Billy. Y Jonah Berg estaba a punto de entrar en el *backstage*.

Así que en cuanto vi a Eddie, me lo llevé a un lado, le di un vaso de agua y le dije que se tomara un descanso de cinco minutos.

EDDIE: Rod intentaba apartarme de allí. Le dije: «Aparta a Billy».

ROD: ¿Sabes? Hay días en los que solo intentas hacer tu trabajo. Y los músicos pueden hacer que tu trabajo sea muy divertido o un verdadero infierno.

Billy bajó del escenario mientras todos los demás se dispersaban. Le dije: «No empieces, ¿de acuerdo? Déjalo estar. Jonah Berg va a aparecer en cualquier momento y tienes que poner todo de tu parte».

DAISY: Fue un concierto fantástico. Fantástico. Después de aquel concierto me sentí pura dinamita.

JONAH BERG (*periodista de rock*, Rolling Stone, 1971-1983): La primera vez que fui entre bastidores a conocer a la banda después del concierto de Glasgow, me sorprendió el nivel de camaradería que había entre ellos. Salían al escenario, hacían rock, destrozaban guitarras. Sin embargo, en el *backstage* todo parecía muy tranquilo. Parecían personas completamente normales. Y eso es raro tratándose de estrellas del rock.

Pero los Six nunca eran lo que esperabas.

KAREN: ¡Nos merecimos el Oscar esa noche! A Billy y a Daisy les tocó fingir que habitualmente se juntaban después de los conciertos, cosa que nunca había sucedido. A Eddie le tocó fingir que no odiaba a muerte a Billy. A ver, esa noche obviamente todos teníamos otras preocupaciones en la cabeza, y todos tuvimos que aparcarlas para que Jonah Berg se divirtiera.

BILLY: Jonah era un tío guay, así como desgreñado. Estuvimos unos minutos en el *backstage* y le ofrecí una cerveza. Yo me tomé una Coca-Cola.

—¿Tú no bebes?

—Esta noche, no.

No quería que mi vida personal fuera asunto de ningún periodista. Era algo que protegía mucho. Después de todo por lo que le había hecho pasar a mi familia, no había ninguna necesidad de airear trapos sucios.

WARREN: Por algún motivo terminamos todos en un piano bar a un par de manzanas de la sala de conciertos. Era la primera vez que salíamos todos juntos. Nosotros seis y Daisy.

Daisy llevaba un abrigo sobre unos pantalones cortos y una camiseta. El abrigo era más largo que los pantalones y tenía unos bolsillos muy profundos. Cuando entramos en el bar, sacó un par de pastillas de uno de esos bolsillos y se las tragó con cerveza.

—¿Qué tienes ahí?

Jonah estaba en la barra pidiendo.

—No se lo digas a nadie. No quiero tener que volver a oír a Karen. Cree que lo he dejado.

—No lo preguntaba para chivarme, sino para que me dieras una.

Daisy sonrió, metió la mano en otro bolsillo y me dio una. Al ponérmela en la mano vi que tenía pelusa encima. No eran más que pastillas sueltas en los bolsillos. En aquella época, guardaba pastillas en todos los bolsillos.

BILLY: Estoy sentado con Jonah y empieza a hacerme preguntas sobre cómo empezó el grupo y cuál es nuestro próximo paso y todo eso.

JONAH BERG: Cuando entrevistas a una banda, te interesa hablar con todos, porque una buena historia puede venir de cualquiera de ellos. Pero al mismo tiempo eres plenamente consciente de que los lectores se van a interesar por gente como Billy y como Daisy, si acaso por Graham o por Karen...

EDDIE: Por supuesto, Billy va y arrincona a Jonah. Acapara su atención. Pete no hace más que decirme que me encienda un porro y me relaje.

KAREN: Cuando todos los demás estaban hablando con el tipo ese, empujé a Graham al cuarto de baño de mujeres.

GRAHAM: No pienso contarte quién hizo qué ni dónde en público.

BILLY: Me sorprendí de lo bien que lo estaba pasando. Quiero decir, sabía que Eddie me odiaba con toda su alma pero los demás estábamos de puta madre, era divertido volver a salir. Y acabábamos de dar un conciertazo.

DAISY: Algunas de mis mejores noches de esa época eran aquellas en las que me colocaba lo justo. Un poco de farlopa, pastillas en el momento preciso y el champán necesario para mantenerme alegre.

KAREN: Después de que Graham y yo nos reincorporásemos a la fiesta, me senté con Daisy y compartimos una botella de vino. ¿O tal vez cada una tenía su propia botella?

BILLY: Una cosa llevó a la otra.

JONAH BERG: Creo que fui yo el que sugirió que tocaran algo.

DAISY: Terminé subida encima del piano cantando «Mustang Sally».

GRAHAM: No has visto nada hasta que ves a Daisy Jones bailando subida a un piano con un abrigo de piel, descalza y cantando «Mustang Sally».

BILLY: No recuerdo cómo terminé subido al piano.

WARREN: Daisy tiró de Billy para que subiera al piano.

BILLY: Lo siguiente que sé es que estoy cantando con ella.

KAREN: ¿Habría accedido Billy a subirse a lo alto del piano si Jonah Berg no hubiera estado allí? [Se encoge de hombros]

EDDIE: No era un bar de esos sofisticados. Por aquel entonces, en la mayoría de los sitios si cantabas un par de compases de «Honeycomb» obtenías como respuesta un: «¡Qué fuerte tío! ¡Sois vosotros!». Esos tíos no tenían ni idea de quiénes éramos.

KAREN: Cuando terminó la canción, Billy quiso bajarse del piano pero Daisy le agarró la mano y le retuvo allí arriba. Le pregunté al pianista:

—¿Conoces «Jackie Wilson Said»? —Y al ver que sacudía la cabeza, dije—: ¿Puedo?

Se levantó, me cedió el asiento y empecé a tocar.

GRAHAM: Daisy y Billy la clavaron. Todo el bar estaba entusiasmado con ellos, bailando y cantando. Incluso el tío al que Karen había largado del piano los acompañaba en los coros: «Dang a lang a lang». Ya sabes.

JONAH BERG: Eran magnéticos. Esa es la única palabra para describirlos. *Magnéticos*.

BILLY: Cuando el bar empezó a echar el cierre, Daisy y yo nos bajamos del piano. Se acerca un tipo y nos dice:

—Vosotros dos deberíais hacer una gira con esto que tenéis, ¿lo sabíais?

Daisy y yo nos miramos y nos da la risa.

—Es una idea estupenda. Me lo voy a pensar.

KAREN: Volvimos al hotel caminando todos juntos.

DAISY: Yo iba un poco más retrasada que el resto porque estaba poniéndome los zapatos. Creí que me había quedado sola hasta que vi que Billy se había parado a esperarme. Estaba allí de pie con las manos metidas en los bolsillos, los hombros encorvados, mirándome mientras me ataba las sandalias.

—Quería dejar que los demás también pudieran hablar un poco con Johan —me explicó.

Echamos a andar algo más lentos y hablamos de lo mucho que nos gustaba Van Morrison.

BILLY: Llegamos al vestíbulo del hotel y me despedí de Jonah.

JONAH BERG: Me disculpé y volví a mi hotel. Tenía muy claro lo que quería escribir y estaba ansioso por ponerme a ello.

KAREN: Les dije a todos que me iba a la cama.

GRAHAM: Salí del ascensor, hice como que iba a mi habitación y me fui directo a la de Karen.

DAISY: Billy y yo volvimos a nuestras habitaciones todavía charlando.

KAREN: Dejé la puerta entreabierta para Graham.

EDDIE: Estaba feliz de quitarme de encima a Jonah y poder dejar de fingir que soportaba a Billy. Me fumé una pipa con Pete y me fui a la cama.

DAISY: Billy y yo íbamos caminando por el pasillo y, al llegar a la altura de mi puerta, le dije:

—¿Quieres pasar?

Simplemente estaba disfrutando de la conversación. Por fin nos empezábamos a conocer el uno al otro. Pero en cuanto dije aquello, Billy miró al suelo y dijo:

—No creo que sea una buena idea.

Tras cerrar la puerta, a solas en mi habitación, me sentí muy estúpida. Era obvio que él había dado por hecho que me estaba insinuando, y eso me puso muy triste.

BILLY: Al sacar la llave del bolsillo también sacó una bolsita de farlopa. Es decir, una vez cerrara la puerta de su habitación se iba a meter una raya, o varias... No quería estar cerca.

No podía entrar en esa habitación.

DAISY: Por un momento había creído que él y yo podríamos ser amigos, que Billy me podría ver como a una igual. En vez de eso, era una mujer con la que no debía estar a solas.

BILLY: Me conocía, y eso simplemente no era una opción. De modo que la noche debía terminar allí mismo.

Daisy y yo acabábamos de ofrecer un concierto brutal. Y habíamos pasado juntos una noche fantástica. Ella era una preciosidad. Sí que lo era. Eso era algo innegable. Tenía los ojos grandes y una voz maravillosa. Las piernas largas. Su sonrisa era... contagiosa. Veías su sonrisa y a continuación veías que aparecían sonrisas en las caras de la gente que tenía alrededor, como un virus que se expande.

Era divertido estar con ella. Pero era... [Hace una pausa] Mira, Daisy iba descalza cuando hacía frío, llevaba abrigo cuando hacía calor, sudaba hiciera la temperatura que hiciese. Nunca pensaba antes de hablar. Parecía delirar a ratos, estaba un poco chalada.

Y era una drogadicta. El tipo de adicto que piensa que los demás no saben que se mete, que probablemente sea el peor tipo de adicto que hay.

Bajo ningún concepto, independientemente de lo que estuviera pasando, incluso por mucho que hubiese querido, me podía permitir estar cerca de Daisy Jones.

DAISY: No sé por qué se empeñaba en rechazarme una y otra vez.

BILLY: Cuando la presencia de alguien te provoca sacudidas, cuando encabrona algo dentro de ti, como a mí me pasaba con Daisy, puedes transformar esa energía en lujuria, amor u odio.

Para mí lo más cómodo era odiarla. Era mi única opción.

JONAH BERG: Tenía claro que lo que hacía que ese grupo fuese una bomba era la combinación Daisy-Billy. El disco en solitario de Daisy no era nada comparado con lo que estaban haciendo los Six. Y los Six sin Daisy no eran nada ni remotamente parecido a lo que conseguían con ella.

Daisy era un parte ineludible, necesaria e integral de los Six. Su lugar estaba en la banda.

Así que eso fue lo que escribí.

DAISY: Rod nos trajo el artículo antes de que saliera y no sabes cuánto me emocioné al ver el titular. Me encantó.

JONAH BERG: Sabía cuál iba a ser el titular incluso antes de terminar de escribir el artículo: «Los Seis que deberían ser Siete».

ROD: La portada era fantástica. Una imagen nítida de todos ellos en el escenario, juntos. Billy y Daisy cantando en el mismo micro, Graham y Karen mirándose el uno al otro. Todos los demás rockeando de verdad. En primer plano salían unas cuatro o cinco personas del público sujetando mecheros. Y luego estaba el titular.

WARREN: Salimos en la portada de la *Rolling Stone*. La puta *Rolling Stone*. A ver, a medida que te vas haciendo famoso, te vas cansando de muchas cosas. Pero no de eso.

BILLY: Le arranqué el artículo de las manos a Rod.

GRAHAM: No creo que a Billy le hiciera mucha gracia.

BILLY: «Los Seis que deberían ser Siete».

ROD: Creo que sus palabras exactas fueron: «¿Estás de puta broma?».

BILLY: Vamos a ver, ¿estás de puta broma?

DAISY: Sabía que no debía decir una sola palabra sobre el artículo. Nadie decía ni mu, salvo Rod y yo cuando no escuchaba nadie. Rod me dijo que si quería unirme de forma oficial a los Six debía tener paciencia, que tenía que esperar a que la oportunidad se presentara por sí sola.

ROD: Billy se calmó al cabo de unos días. Cuando nos subimos al avión para regresar a Los Ángeles hasta se podía hablar con él.

BILLY: No es que estuviese ciego. Era consciente de que nuestro mayor éxito había sido con Daisy. Y Teddy ya había sugerido en alguna que otra ocasión la idea de hacer una o dos canciones más con Daisy de cara al futuro. Sabía que con ella éramos más populares, más comerciales. Tenía ojos en la cara, podía verlo. Pero la idea de que formara oficialmente parte del grupo me pilló por sorpresa... Igual que me había pillado por sorpresa que la sugerencia llegara de una forma tan pública.

GRAHAM: El artículo hablaba de lo buenos que éramos con Daisy. Es verdad, decía «con Daisy», pero para mí la clave estaba en «lo buenos que éramos».

EDDIE: Cuando salió el artículo, la gira ya había terminado. Nosotros siete, Rod, los ingenieros, los *roadies*... Todos volvíamos a casa.

WARREN: Tuvimos que volver a los Estados Unidos en un avión comercial. Me sentí como un indigente.

BILLY: Poco después del despegue, me levanté del asiento y fui a hablar con Graham y Karen.

—¿Qué pensáis que dirían si dejáramos que Daisy se uniera al grupo?

KAREN: Yo creía que el artículo tenía razón. Daisy era miembro de honor del grupo. ¿Por qué no hacerlo oficial? ¿Por qué no integrarla en todas nuestras canciones?

GRAHAM: Le dije a Billy que la dejara unirse.

BILLY: No fueron de ninguna ayuda.

WARREN: En algún momento del vuelo, Billy estaba sentado a mi lado haciendo una lista de pros y contras, ya sabes, sobre si Daisy debía unirse o no a la banda. Y veo que Karen sale del baño con cara de haber follado. Toda ruborizada y con el pelo revuelto. Así que me doy la vuelta y ¿quién ha desaparecido misteriosamente de su asiento? Huesos.

EDDIE: Iba sentado en la parte trasera del avión y veo que Graham se levanta, Karen da vueltas, Billy habla con ellos. Los miro intentando averiguar qué diablos pasa. Me giro hacia Daisy y le digo:

—¿Qué crees que están haciendo ahí delante?

Pero tiene la nariz metida en algún libro y me suelta:

—Cállate, estoy leyendo.

WARREN: Eché un vistazo a la lista de pros y contras de Billy y lo cierto es que no tenía muchos contras; parecía como si se estuviera estrujando los sesos para dar con alguno.

—Asegúrate de poner: «Te la pone dura y preferirías que no fuera así» en la columna de los contras.

Me dijo que no sabía de lo que hablaba.

—Entonces no quieres oír mi opinión.

—Sí que quiero.

Entonces le miro, y reconoce:

—Está bien, no me la des.

De modo que me recuesto, doy un sorbo a mi Bloody Mary y retomo la lectura de las instrucciones de la bolsa para potar.

KAREN: Billy volvió a donde estábamos Graham y yo con una lista. Había llegado a la conclusión de que quería que tuviésemos más éxitos y sabía que Daisy nos los proporcionaría.

—¿Has pensado en la posibilidad de que no esté interesada?

Ni a Billy ni a Graham se les había pasado por la cabeza tal cosa. Pero Daisy siempre tuvo un tirón muy superior al nuestro.

GRAHAM: Decidimos que grabaríamos un disco con Daisy. Ver qué tal se daba.

BILLY: Tenía que tomar una decisión que iba a afectar a mucha gente, y lo que era bueno para mí no tenía por qué ser bueno para los demás. Debía poner las cosas en un balanza. Warren, Graham, Karen, Rod... Todos querían hacerse más grandes, encabezar las listas musicales. Todos lo queríamos. Había que tener todo eso en cuenta.

No importaba lo mucho que personalmente hubiera preferido mantener una distancia saludable con ella.

WARREN: No me quedaba muy claro por qué Billy se estresaba tanto con todo eso. Al final iba a hacer lo que Teddy le dijera que hiciese.

KAREN: Hay quien dice que Billy no quería que Daisy se uniera al grupo porque no quería compartir el protagonismo, pero yo no creo que el problema fuera ese. Billy en realidad no tenía esa clase de inseguridades. De hecho, su problema era un poco ese, que no se sentía intimidado por el talento de nadie.

Creo que ella simplemente... le inquietaba. Puedes interpretarlo como quieras.

BILLY: Cuando aterrizamos en el aeropuerto de Los Ángeles ya había decidido que le plantearía aquella idea a Teddy. Si él pensaba que debíamos grabar un disco con Daisy, entonces hablaría con ella.

ROD: Una vez aterrizamos alcancé a Billy para ver qué pensaba. Dijo que quería hablar con Teddy de la posibilidad de que Daisy formara parte de los Six. Así que le arrastré a un teléfono de pago, llamé a Teddy y le dije: «Teddy, cuéntale a Billy lo que me has dicho esta mañana».

GRAHAM: ¡Por supuesto que Teddy estaba a favor de que Daisy se uniera al grupo!

BILLY: Teddy me recordó que el día que nos conocimos le había dicho que quería que fuéramos el grupo más importante del mundo. Me dijo: «Lo conseguirás si vosotros dos cantáis juntos».

EDDIE: Cuando aterrizamos, Pete y yo damos alcance a Graham y Karen y van y nos sueltan: «Vamos a pedirle a Daisy que se una al grupo». Yo no me lo podía creer.

Una puta vez más: nadie me había preguntado nada.

DAISY: Todos cuchicheaban en corrillo. Mi mirada se cruzó con la de Rod, me guiñó un ojo y lo supe.

BILLY: Colgué el teléfono y le dije a Rod: «Muy bien, dile que está dentro». Y entonces me metí en un taxi y me fui directo a casa para estar con mis chicas.

KAREN: Al salir del aeropuerto aquel día, cada uno se fue por un lado. Parecía el último día de colegio antes de las vacaciones de verano.

BILLY: En cuanto crucé la puerta de mi casa, fue como si Daisy, el grupo, la música, el equipo técnico, la gira..., como si nada de eso existiera. Estaba listo para ir a buscarle helado de fresa a Camila a cualquier hora de la noche y para jugar a todas las fiestas del té que Julia quisiera celebrar. Mi familia era lo único que me importaba.

CAMILA: Billy volvió a casa y necesitó uno o dos días para descomprimirse. Pero ahí estaba. Cuando estaba con nosotras, lo estaba de verdad. Y, además, feliz. Pensé: «Guau. Vale. Lo estamos resolviendo. Lo estamos haciendo bien».

ROD: Le di un par de días. Dejé que todo se asentara un poco. Quería asegurarme de que Billy no iba a cambiar de parecer. Y entonces llamé a Daisy.

DAISY: Me había vuelto a instalar en mi cabaña favorita en el Marmont.

SIMONE: Cuando Daisy volvió de la gira, yo también estaba de vuelta en Los Ángeles. Y me parece importante mencionar que después de esa gira Daisy estaba muy alterada. Lo que quiero decir es que se metía de todo a todas horas. Pensé: «¿Qué te ha pasado estando por ahí?». Apenas podía apañárselas sola. Siempre estaba llamando a gente para que fuera a su casa, siempre me rogaba que no colgara el teléfono. No le gustaba estar sola en casa. No le gustaba la tranquilidad.

DAISY: Cuando Rod me llamó yo estaba en casa con unos cuantos invitados. Era el día que me habían hecho las fotos para ser portada de la *Cosmopolitan*. Me habían entrevistado en Europa y la sesión de fotos había sido esa tarde. Algunas de las chicas que participaban en la sesión vinieron después a mi casa. Estábamos bebiendo champán rosado y a punto de meternos en la piscina cuando sonó el teléfono. Descolgué el auricular y dije: «Lola La Cava al habla».

ROD: El seudónimo de Daisy era siempre Lola La Cava. Eran muchos los hombres que intentaban localizarla, así que había hecho falta empezar a dar pistas falsas sobre su paradero.

DAISY: Me acuerdo perfectamente de la llamada. Yo tenía una botella de champán en la mano y había dos chicas en el sofá y una tercera haciéndose una raya sobre el tocador. Recuerdo que no me hacía ninguna gracia porque estaba pringando de coca el lomo de mi diario.

Pero entonces Rod dijo: «Es oficial».

ROD: Le dije: «El grupo quiere que grabes un disco entero con ellos».

DAISY: Estaba eufórica.

ROD: Mientras hablaba con ella oí que se metía una raya. Este fue siempre un tema peliagudo a la hora de tratar con mis músicos y jamás llegué a resolverlo. ¿Debía controlar su consumo de estupefacientes? ¿Era asunto mío? Si sabía que se metían, ¿era mi deber determinar cuánto era demasiado? Y, si era mi deber, ¿cuánto era demasiado?

Nunca supe cuál era la respuesta.

DAISY: Tras colgar me puse a pegar gritos por la habitación y una de las chicas preguntó que por qué estaba tan emocionada:

—¡Voy a formar parte de los Six!

Ninguna demostró demasiado interés. Cuando tienes droga para compartir y una bonita cabaña donde metértela lo más probable es que no atraigas a gente a la que le importas.

Pero esa noche estaba contentísima, bailaba por la habitación. Abrí otra botella de champán. Vino más gente. Y luego, cuando la fiesta se calmó sobre las tres de la mañana y estaba demasiado excitada para meterme en la cama, llamé a Simone y le conté el notición.

SIMONE: Me quedé preocupada. No estaba nada segura de que irse de gira con un grupo de rock le fuera a venir bien.

DAISY: Le dije a Simone que pasaría a buscarla y saldríamos a celebrarlo.

SIMONE: Era de madrugada. Su llamada me había despertado. Tenía el pelo envuelto en una redecilla y el antifaz de dormir puesto. No pensaba ir a ningún sitio.

DAISY: Me dijo que vendría a verme por la mañana y que saldríamos a desayunar, pero yo no dejaba de insistir. Al final me dijo que no parecía que estuviera en condiciones para conducir. Me puse furiosa y colgué.

SIMONE: Creí que se metería en la cama.

DAISY: Estaba demasiado eufórica. Intenté llamar a Karen, pero no me cogió el teléfono. Al final decidí que tenía que contárselo a mis padres. Por alguna razón pensé que estarían orgullosos de mí. No estoy segura de por qué pensé eso. Al fin y al cabo, hacía tan solo unos meses una canción en la que yo participaba había alcanzando el número tres de todo el país y ni siquiera se habían dignado a felicitarme. Ni siquiera sabían que había vuelto a la ciudad.

Huelga decir que ir a su casa a las cuatro de la mañana no fue una idea muy brillante. Pero no te pones hasta arriba para tener ideas brillantes.

Su casa no estaba lejos, a unos dos kilómetros, a un mundo de distancia, así que decidí ir a pie. Empecé a subir por Sunset Boulevard y por las colinas. Tardé como una hora en llegar. Allí estaba, frente a la casa donde había pasado mi infancia. Por algún motivo decidí que mi antigua habitación parecía solitaria, así que trepé por encima de la valla y por el canalón, rompí la ventana de mi cuarto y me metí en la que había sido mi cama.

Me despertaron unos agentes de policía.

ROD: La verdad es que me pregunto en qué me equivoqué con Daisy.

DAISY: Mis padres ni siquiera sabían que la que estaba en la cama era yo. Oyeron que entraba alguien y llamaron a la policía. Una vez todo estuvo aclarado, decidieron no presentar cargos, pero, llegados a ese punto, la bolsita de cocaína que tenía escondida en el sujetador, los porros en el monedero... La cosa no pintaba nada bien.

SIMONE: Por la mañana recibí una llamada de Daisy desde la cárcel. Fui a pagar su fianza y le dije: «Daisy, tienes que poner freno a todo esto». Pero le entró por un oído y le salió por el otro.

DAISY: No tardé en quedar libre.

ROD: La vi pasados unos días y tenía un corte en la mano derecha que iba desde le meñique hasta pasada la muñeca.

—¿Qué te ha pasado ahí?

Lo miró como si fuera la primera vez que lo veía.

—No tengo ni idea.

Empezó a hablar de otra cosa. Y de repente, al cabo de diez minutos, anuncia:

—¡Claro! Fijo que me lo hice al romper la ventana para colarme en casa de mis padres.

—Daisy —le dije—. ¿Estás bien?

—Sí, ¿por qué lo dices?

BILLY: Un par de semanas después de que finalizara la gira, me desperté a las cuatro de la mañana. Camila me sacudía los hombros y me dijo que se había puesto de parto. Saqué a Julia de la cama y llevé a Camila a toda prisa al hospital.

Mientras estaba tumbada en aquella cama, sudando y chillando, yo le sujetaba la mano, le ponía un trapo húmedo en la cabeza, le besaba las mejillas y le sostenía las piernas. Entonces nos enteramos de que tenían que hacerle una cesárea, y me quedé allí, todo lo cerca que me dejaron estar, y le sujeté la mano cuando la metieron en quirófano y le dije que no se asustara, que todo iba a salir bien.

Y después allí estaban. Mis niñas gemelas. Susana y Maria. Las caritas aplastadas, las cabezas llenas de pelo. Enseguida pude distinguirlas.

Al mirarlas me di cuenta... [Hace una pausa] Me di cuenta de que nunca había visto a un recién nacido. Nunca vi a Julia recién nacida.

Dejé que la madre de Camila cogiera a Maria, fui al cuarto de baño, cerré la puerta y me derrumbé. Necesitaba..., necesitaba un poco de tiempo para enfrentarme a mi propia vergüenza. Pero la encaré. No intenté sepultarla bajo otra cosa. Me metí en ese cuarto de baño, me miré en el espejo y le hice frente.

GRAHAM: Billy era un buen padre. Es verdad que se había puesto hasta el culo y se había perdido los primeros meses de la vida de su hija, y desde luego eso es vergonzoso. Pero se estaba recomponiendo por sus hijas. Estaba arreglando las cosas y cada día lo hacía mejor. Y eso era muchísimo más de lo que cualquier hombre de nuestra familia hubiera hecho nunca.

Estaba sobrio, sus hijas eran lo primero, estaba dispuesto a hacer y hacía cualquier cosa por su familia. Era un buen hombre.

Supongo que lo que estoy diciendo es que... si te redimes a ti mismo, entonces tienes que creer en tu propia redención.

BILLY: En el hospital hubo un momento en el que solo estábamos Camila, mis tres hijas y yo, y pensé: «¿Qué estoy haciendo yéndome de gira?».

Me dio la vena y empecé a soltarle un discurso larguísimo y grandioso a Camila, en plan: «Voy a renunciar a todo, cariño. Lo único que me importa es esta familia. Nosotros cinco. No necesito ni quiero nada más». Lo decía de verdad. Probablemente estuve dale que te pego durante diez minutos. Dije: «No necesito el rock. Solo os necesito a vosotras».

Y Camila, y no olvides que acababa de someterse a una cesárea, no me olvidaré nunca, dijo: «Cállate ya, Billy. Me he casado con un músico. Actúa como uno. Si quisiera conducir una camioneta y tener un pastel de carne listo a la hora de la cena, me habría casado con mi padre».

CAMILA: Billy a veces sentía la necesidad de hacer estas grandes proclamaciones. Y conseguía que sonaran bien, porque es un artista. Sabe vender. Pero la mayoría de las veces no eran más que fantasías, y a menudo era yo la que tenía que decirle: «¡Yuhu! ¡Hola, hola! Vuelve a bajar a la Tierra, por favor».

KAREN: Camila sabía quién era Billy mejor que él mismo. Otra le habría dicho: «Ya te has divertido, pero ahora tienes tres hijas». Camila quería a Billy tal y como era. Eso me molaba mucho de ella.

Y realmente pienso que Billy la quería de la misma forma que ella le quería a él. Lo creo de verdad. Cuando los veías juntos, te dabas cuenta de que él estaba igual de enamorado de ella. Se quedaba callado y dejaba que fuera ella la que hablara. Y cada vez que salíamos, siempre me fijaba en que él le exprimía la lima en la bebida antes de dársela. Cogía su propia lima y la exprimía en el vaso de ella. Exprimía dos gajos y luego los tiraba dentro, con el hielo. Me parecía algo muy bonito, tener a alguien que te diera su gajo de lima. A ver, a mí la lima me da mucho asco, pero entiendes lo que quiero decir.

GRAHAM: Karen odiaba todos los cítricos porque según ella los dientes se le quedaban pegajosos. Por eso también odiaba los refrescos.

BILLY: Teddy vino a vernos al hospital. Trajo un ramo de flores enorme para Camila y peluches para las niñas. Al marcharse, le acompañé a los ascensores y me dijo que estaba orgulloso de mí. Dijo que realmente había conseguido cambiar las cosas.

—Lo he hecho por Camila.

—Te creo.

CAMILA: Cuando las gemelas no tenían más que un par de semanas, una tarde mi madre se las llevó de paseo y Billy me pidió que me sentara. Dijo que me había escrito una nueva canción.

BILLY: Se llamaba «Aurora». Porque Camila..., ella era mi aurora. Era mi nuevo amanecer, mi alba, mi sol asomándose por el horizonte. Era todo eso.

En aquel momento no era más que una melodía de piano, pero ya tenía toda la letra. Así que me senté al piano y la toqué para ella.

CAMILA: La primera vez que la escuché, lloré. Quiero decir, ya conoces la canción. Era imposible no llorar. Me había escrito otras canciones antes, pero... esta... me encantó, y al escucharla me sentía amada.

Y, además, era una canción muy bonita. Me habría encantado aunque no hubiera hablado de mí. Así de buena era.

BILLY: Se puso a llorar y dijo: «Necesitas a Daisy en esta canción. Lo sabes, ¿verdad?».

¿Y sabes qué? Que lo sabía. Lo había sabido incluso mientras la escribía. La compuse para piano y armonía vocal. Antes incluso de que volviéramos al estudio, ya estaba escribiendo para Daisy.

GRAHAM: Ese periodo en el que Billy estaba con sus hijas y Daisy estaba a punto de incorporarse al grupo... Bueno, fue una gran oportunidad para que yo diera un paso adelante y me encargara de más cosas. Coordiné que nos reuniéramos para empezar a hablar sobre el nuevo álbum. Yo discutía sobre plazos con Rod y con Teddy. Era divertido.

En realidad no era tan divertido, es solo que estaba feliz. Cuando estás feliz, todo parece divertido.

KAREN: No dejaba de entrar dinero. Quería tomar decisiones inteligentes con él, así que un día me fui con un agente inmobiliario, encontré una casa en Laurel Canyon y la compré.

Enseguida Graham se instaló allí de forma no oficial. Pasamos la primavera y el verano los dos solos. Hacíamos barbacoas en el patio, salíamos todas las noches a algún concierto y dormíamos hasta tarde por las mañanas.

GRAHAM: Karen y yo pasábamos fines de semana enteros puestos hasta arriba, los bolsillos a rebosar de pasta, tocando juntos y sin decirle a nadie dónde estábamos ni a qué nos dedicábamos. Era nuestro pequeño secreto. Ni siquiera se lo conté a Billy.

La gente dice que la vida siempre avanza, pero no mencionan que a veces se detiene, solo para ti. Solo para ti y para tu chica. El mundo deja de girar y permite que los dos os quedéis allí tumbados. Por lo menos esa era la sensación que yo tenía. Si tienes suerte te sucede. Llámame romántico si quieres. Mejor eso que otra cosa.

BILLY: Confié en que Graham se encargaría de todo lo relativo al grupo. Sabía que estaba en buenas manos y así yo podía dedicarme a lo mío.

DAISY: Simone se marchó para empezar una nueva gira.

SIMONE: Me fui con el disco *Superstar*. Entre concierto y concierto, mi base iba a estar más en Nueva York que en Los Ángeles. La escena disco giraba alrededor del *hustle* en el Studio 54, así que me fui para allá.

DAISY: Simone parecía preocupada por mí. Le dije: «Vete. Te veré pronto». Estaba muy emocionada por todo lo que iba a pasar. Iba a formar parte de un grupo.

GRAHAM: Lo tenía todo organizado. Había hablado con Rod y con Teddy. Billy había dicho que estaba listo para empezar. Y había conseguido una fecha razonable para la entrega del nuevo disco. De modo que convoqué una reunión.

WARREN: Con todo el dinero que entraba, estaba empezando a vivir a lo grande. Por aquel entonces ya me había comprado el barco. Tenía un Gibson de un camarote atracado en Marina del Rey.

Siempre venían un montón de tías guays. La batería la tenía guardada en la casa de Topanga y me dedicaba a malgastar mis noches y fines de semana bebiendo cerveza en la cubierta.

EDDIE: Pete había vuelto a Boston para pasar el periodo de descanso con Jenny. Su relación iba cada vez más en serio.

A mí no me gustaba estar en casa. Me gustaba estar en la carretera, ¿sabes lo que quiero decir? Así que estaba deseando volver al trabajo. Ni siquiera me importaba mucho tener que lidiar con Billy, que ya es decir.

Cuando Graham llamó para decir que había llegado la hora de vernos las caras, me activé enseguida. Llamé a Pete y le dije: «Tienes que subirte en el primer vuelo que salga para acá. Se acabaron las vacaciones».

DAISY: Nos juntamos todos en el Rainbow: el grupo, Rod, Teddy y yo. Nos pusimos al día unos con otros. Warren hablaba de su barco, Pete hablaba de Jenny y Billy enseñaba fotografías de las gemelas. Todos se llevaban bien con todos. Es decir, parecía que incluso Eddie y Billy se soportaban. Rod se levantó, alzó su vaso de cerveza y pronunció unas palabras para celebrar mi entrada en el grupo.

ROD: Creo que dije: «Los siete vais a llegar cada vez más alto», o algo por el estilo.

BILLY: Yo pensaba: «Siete personas en un grupo son muchas».

DAISY: Todos aplaudían y Karen me abrazó y me sentí realmente bienvenida, de verdad. Así que me puse de pie mientras todos hablaban, cogí mi copa de coñac y la levanté para hacer un brindis: «Estoy muy contenta de que me hayáis invitado a unirme a vosotros en este álbum».

GRAHAM: Daisy empieza su discurso y me digo bah, no va a decir nada serio.

DAISY: No era fácil saber qué pensaba Billy. No me había llamado desde que me habían ofrecido un puesto en el grupo. La verdad es que casi no había hablado con nadie sobre qué pasaría ni sobre cómo se sentía Billy al respecto. Solo quería asegurarme de que todo estaba claro. Dije: «Subo a bordo de manera oficial porque quiero ser un miembro más de este equipo. Un miembro importante. Espero que todos veáis este disco tan mío como de cualquier otro: Graham, Warren, Pete, Eddie, Karen...».

KAREN: «O Billy», dijo. Miré directamente a Billy para ver su reacción. Bebía un refresco en una jarra de cerveza.

BILLY: Pensé: «¿Primer día y ya está con mierdas?».

DAISY: Dije: «Estoy aquí porque la música que hacemos juntos es mejor que la que hacemos por separado. Por eso quiero poder opinar en lo que hagamos. Quiero escribir este álbum contigo, Billy».

Teddy me había dicho que podría escribir mi segundo disco, y aquello me parecía una oportunidad. Quería ser clara desde el principio, ese era mi objetivo. Quería estar delante de un gran público igual que lo había hecho la noche que canté «When You Fly Low» a capela. Quería cantar canciones que me salieran de dentro y que llegaran a la gente.

Si los Six no estaban dispuestos a aceptar ese trato, pasaba del premio de consolación que estuvieran dispuestos a ofrecerme.

GRAHAM: Daisy no quería que a Billy le entrara una rabieta cada vez que ella quisiera contribuir con algo propio. Lo que hacía era establecer las leyes desde el inicio, como probablemente deberíamos haber hecho los demás si de entrada hubiéramos querido tener voz y voto.

Si Eddie hubiera tenido la mitad de huevos que Daisy, habría solucionado sus problemas con Billy hacía años. Estoy seguro.

BILLY: Le dije: «Eso está muy bien, Daisy. Estamos todos juntos en esto».

WARREN: Ni siquiera me molesté en mosquearme porque, ¿qué sentido habría tenido? Pero es cierto que Billy actuaba como si aquello fuera una gran comuna hippy en la que todos teníamos voz y voto. Y ni de coña.

KAREN: Billy era un experto en hacerte sentir como si no estuvieras bien de la cabeza por pensar que las cosas fueran injustas, cuando, en realidad, eran totalmente injustas. Ni siquiera era consciente de que todos nosotros dábamos vueltas a su alrededor.

ROD: Los elegidos nunca saben que son elegidos. Piensan que a todo el mundo se le saca una alfombra dorada a su paso.

GRAHAM: En un momento determinado intervino Pete: «Aprovecho que estamos poniendo las cartas sobre la mesa para anunciar que a partir de ahora yo decido mis líneas de bajo».

BILLY: Le dije a Pete que me parecía bien que escribiera sus propias líneas de bajo. Lo cierto es que ya llevaba un tiempo escribiendo la mayoría.

KAREN: Dije: «A mí me gustaría tener un poco más de visibilidad. Creo que podría completar más canciones. Incluso se podría hacer una canción que solo sea voz y teclado».

EDDIE: Yo quería decidir lo que tocaba. Todos intervenían como si Billy estuviera tratando de controlarlos, y lo hacía. Pero el que estaba jodido era yo. Así que dije: «A partir de ahora pienso hacer mis propios *riffs*».

BILLY: Pensé: «Obviamente Eddie se tiene que poner en plan orgulloso. Quise decir algo pero Teddy me interrumpió con un gesto, como diciendo: no hables ahora. Solo escúchalos».

Tanto Teddy como yo sabíamos que algunas personas necesitan sentirse oídas, tanto si se las escucha como si no.

EDDIE: Mira, Daisy me gustaba. Y me gustaba Karen, quería que pudiera contribuir más. Pero ¿una vocalista femenina en todo el disco y, además, más teclados? El teclado de Karen ya nos suavizaba demasiado tal y como estaba, en mi opinión.

—Quiero asegurarme de que seguimos siendo un grupo de rock —dije.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Graham.

—No quiero estar en un grupo de pop. Nosotros no somos los Sonny & Cher esos.

A Billy le hirvió la sangre al oír eso.

BILLY: Me pasé toda la noche tragando mierda. Y pensaba: «¿Se puede saber qué os he hecho yo aparte de llevaros a lo más alto?».

GRAHAM: Yo creo que Eddie tenía razón. ¿Cómo iba a cambiar nuestra música con la llegada de Daisy? Sobre todo si se ponía a componer canciones. Pero, claro está, la reacción de Billy fue sentirse atacado.

Cuando todo el pastel lo tienes tú y alguien consigue agenciarse un poco, sientes como si te estuvieran robando.

KAREN: Todo lo que se estaba hablando en verdad era muy impreciso. ¿Había pasado a ser Daisy una parte permanente de los Six? Ni idea. Ni Daisy lo sabía. Dudo hasta que Billy lo tuviera claro.

DAISY: Llevaba un tiempo dándole vueltas a eso, a cómo iba a funcionar el tema de los créditos y lo que yo sentía que merecía.

—Si todos os comprometéis a esto y queréis que me una como miembro de los Six, entonces seré miembro de los Six. Mi nombre no tiene que aparecer destacado. Pero, si es algo temporal, entonces tenemos que encontrar otro tipo de créditos.

GRAHAM: Era evidente que Daisy quería que le dijéramos que era miembro de los Six.

KAREN: Billy dijo: «¿Qué os parece The Six *con la colaboración de* Daisy Jones?».

ROD: Eso es lo que se había hecho con «Honeycomb», así que entendí enseguida por dónde iba Billy.

DAISY: Pensé: «Guau, vale, ni siquiera ha tenido que pensárselo».

BILLY: Me estaba dando dos opciones. Si no quería que tuviera dos opciones, no debería haberme dado dos opciones.

WARREN: Yo simplemente pensaba: «Deja que la chica se una al grupo, tío».
ROD: Teddy vio que la situación empezaba a ponerse tensa. Durante la mayor parte de la discusión había intentado permanecer callado, pero al final terció diciendo: «Vais a ser Daisy Jones & The Six». Y a nadie le hizo gracia, pero al menos era un descontento unánime.

DAISY: Creo que Teddy quería asegurarse de que mi nombre destacase. Yo hacía que la banda resultase más atractiva. Por eso mi nombre tenía que ir delante.

BILLY: Teddy intentaba proteger la independencia de los Six. No queríamos prometerle nada a Daisy.

DAISY: En realidad, no creo que Billy se sintiera ofendido por ninguna de mis peticiones. Todas eran razonables. Lo que le molestaba era que fuera consciente del poder que tenía. Hubiera preferido que no lo supiera o que no lo usara. Lo siento, pero ese no es mi estilo, y no debería ser el de nadie.

Billy había tenido una vida fácil, estaba convencido de que todo el mundo le iba a dejar hacer lo que él quisiera. Yo era la primera persona que había dicho: «Dependo de ti exactamente lo mismo que tú de mí». Y eso dio carta blanca a Pete y a Eddie y, bueno, a todos.

ROD: Teddy anunció al grupo que Runner quería el disco para principios del setenta y ocho. Ya estábamos en agosto. Dejando a un lado las diferencias creativas y los egos, había que volver al tajo.

KAREN: Cuando nos fuimos de allí aquella noche, pensé: «Hostia puta». Daisy acababa de unirse al grupo ocupando un primerísimo primer plano. Había hecho lo que ninguno de nosotros había tenido los cojones de hacer.
BILLY: La gente siempre actuaba como si yo fuera un tío imposible. Pero Daisy había pedido una voz y un protagonismo y le había concedido ambos. ¿Qué más quería?

Ni siquiera estaba seguro de que fuera lo que había que hacer. Pero lo había hecho para que estuviese contenta, para que todos estuviesen contentos.

GRAHAM: De repente éramos una democracia en vez de una autocracia. Una democracia suena estupendo, pero los grupos de música no son países.

BILLY: A decir verdad, pensé que Daisy se cansaría enseguida de intentar escribir un disco. Reconozco que la subestimé.

Pero déjame que te diga algo: nunca subestimes a Daisy Jones.

Aurora

1977-1978

En agosto de 1977, los siete miembros del grupo entraron en el Estudio 3 de Wally Heider para comenzar el proceso de grabación de su tercer disco.

GRAHAM: Esa mañana, Karen y yo salimos de su casa y nos dirigimos a Heider.

—¿No podemos ir en un solo coche? —le pregunté en la puerta.

Dijo que no quería que la gente pensara que nos estábamos acostando.

—Pero es que nos estamos acostando.

Aun así, nos hizo ir en dos coches.

KAREN: ¿Sabes lo fácil que es cagarla acostándote con alguien de tu grupo?

EDDIE: Pete y yo fuimos juntos en coche. Creo que ya solo quedábamos nosotros viviendo en la casa de Topanga Canyon. Antes de que Pete volviera de la Costa Este la había tenido para mí solo.

—Esto debería ser interesante —le dije a Pete de camino.

—No es más que rock. Nada de esto es importante.

DAISY: El primer día que todos nos reunimos en el estudio, llevé una cesta con pasteles que alguien había enviado a mi casa en el Marmont y mi cuaderno lleno de canciones. Estaba preparada.

EDDIE: Daisy apareció con una camiseta fina sin mangas y unos minúsculos pantalones cortos que apenas le cubrían nada.

DAISY: Soy una persona calurosa, siempre lo he sido. No me da la gana sudar como un cerdo solo para no incomodar a ningún tío. No es cosa mía si se ponen cachondos. No ser unos gilipollas es cosa suya.

BILLY: Ya tenía escritas unas diez o doce canciones. Y estaban bastante pulidas. Pero sabía que no podía entrar allí y decirles que ya había escrito el disco entero, como había hecho con los otros dos. No señor.

GRAHAM: Tenía su gracia ver a Billy fingiendo que le importaba una mierda lo que los demás quisieran hacer con el disco. Que Dios le bendiga. Se notaba que le costaba un triunfo. Hablaba despacio, se pensaba cada palabra.

DAISY: Estábamos todos sentados y yo saqué mi cuaderno.

—Aquí tengo buen material para empezar.

Pensé que tal vez todos podrían leerlas y ese podría ser el punto de partida.

BILLY: Imagínate. Me tenía que contener para no enseñarles las doce putas canciones brillantes que ya había compuesto, para que nadie me acusase de intentar controlar las cosas. Y Daisy, que acababa de unirse a un grupo, que era la nueva, esperando que todos se pongan a leer su diario de ideas.

DAISY: Ni siquiera le echó un vistazo.

BILLY: Si Daisy y yo íbamos a escribir un disco juntos, necesitábamos estar ella y yo solos. No tiene sentido tener a siete personas opinando. Alguien tenía que tomar las riendas y controlar el proceso.

Así que les dije: «Mirad, he escrito una canción que se titula "Aurora". De todas las canciones en las que he estado trabajando para este álbum, creo en esta más que en ninguna otra. Las demás dependen de todos. Daisy y yo escribiremos algunas canciones y todo el mundo probará distintos arreglos y, una vez tengamos una lista de buenas canciones que nos gusten a todos, las iremos reduciendo hasta que nos quedemos con las joyas».

KAREN: No sé cómo sonará esto, pero creo que cuando Billy tocó «Aurora» todos tuvimos claro que se podía construir un disco alrededor de esa canción.

GRAHAM: Todos coincidimos en que «Aurora» era un punto de partida fantástico... ¡Era una canción cojonuda! Después de escucharla, Daisy se puso a dar ideas.

WARREN: Yo pasaba de las letras, sentía que estaba perdiendo el tiempo allí. Todos sentaditos hablando sobre mierdas que me daban igual. Al final dije: «¿No creéis que Daisy y Billy deberían irse a escribir las canciones y volver cuando las tengan?».

KAREN: Teddy resultó determinante en todo aquel proceso. Entregó a Billy las llaves de su casa de invitados y le dijo: «Vosotros dos id a mi casa, instalaos en la de invitados y poneos a escribir. Los demás os pondréis a trabajar en el nuevo tema».

EDDIE: Billy no quería que arreglásemos esa canción sin él, pero tampoco quería que Daisy empezara a escribir canciones sin él. Tuvo que elegir entre marcharse con Daisy y ponerse a escribir o quedarse con nosotros y trabajar en su nueva canción.

Y escogió a Daisy.

BILLY: Llegué antes que Daisy a la casa de la piscina de Teddy, así que me instalé. Me preparé un café, me puse cómodo y empecé a revisar mis notas intentando decidir qué mostrarle a Daisy.

DAISY: Cuando quise abrir la puerta, Billy ya estaba dentro con el cuaderno en la mano. No me dijo ni hola, tan solo: «Toma, mi material».

BILLY: Le dije la verdad: «Ya he escrito gran parte del disco. ¿Quieres echarle un vistazo y ver dónde podemos hacer ajustes juntos? ¿Buscar algún hueco que podamos rellenar con algo nuevo o con algo del material que ya tienes escrito?».

DAISY: No debería haberme sorprendido. Las cosas con él nunca iban a ser fáciles, ¿verdad? Creo que cogí una de las botellas de vino que había por ahí, la abrí, me dejé caer en el sofá y me puse a beber.

—Billy, me parece fenomenal que ya tengas escritas un montón de canciones. Yo también tengo muchas. Pero vamos a escribir este disco juntos.

BILLY: La tía va y se pone a beber vino blanco cuando todavía no son ni las doce del mediodía y pretende sermonearme sobre cómo hay que hacer las cosas. Aún no se había molestado en leer mis canciones. Le entregué mi material y le pedí: «Léelo antes de decirme que lo tire a la basura».

DAISY: «Aplícate el cuento». Y le planté mi cuaderno en la cara. Sabía que no quería leer mis canciones, pero no le quedaba más remedio.

BILLY: Revisé su material y no estaba mal, pero no me parecía que encajara con lo que hacían los Six. Utilizaba muchísimas metáforas bíblicas. Así que cuando me pidió mi opinión, se la di:

—Deberíamos usar lo mío como eje central. Podemos depurarlo juntos.

Daisy estaba sentada en el sofá con los pies sobre la mesa, y eso me reventaba. Entonces dijo:

—No pienso cantar un disco entero sobre tu mujer, Billy.

DAISY: Camila me gustaba, de verdad. Pero «Señora» iba sobre ella. «Honeycomb» iba sobre ella. «Aurora» iba sobre ella. Era un coñazo.

BILLY: —Mira quién habla: escribes la misma canción una y otra vez. Los dos sabemos que todas las canciones que hay en este cuaderno van de lo mismo.

Eso le molestó. Puso los brazos en jarra y dijo:

—¿Qué intentas decirme?

—Todas estas canciones van de las pastillas que guardas en los bolsillos.

DAISY: Billy me miraba por encima del hombro... Lo hacía cuando se creía el más listo. Te lo juro, aún tengo pesadillas con esa maldita cara.

—Te crees que todo el mundo escribe sobre drogas porque tú no puedes tomarlas.

—Tú sigue tragando pastillas y escribiendo canciones sobre ello. A ver cómo acabas.

Le arrojé sus hojas a la cara.

—Siento no poder estar sobria y no escribir canciones tan bonitas como una patata caliente. Oh, mira, aquí hay una canción sobre lo mucho que amo a mi mujer. ¡Y aquí hay otra! ¡Y otra!

Intentó explicarme que me equivocaba, pero le dije:

—Todas estas canciones hablan de Camila. No puedes seguir escribiendo canciones de disculpas a tu mujer y hacer que el grupo las toque.

BILLY: Fue un comentario totalmente fuera de lugar.

DAISY: Le dije: «Me alegro de que hayas encontrado otra mierda a la que engancharte, pero no es mi problema, ni tampoco es problema del grupo. Y nadie quiere escucharlo». Se le notaba en la cara que sabía que yo tenía razón.

BILLY: Se creía muy lista porque se había dado cuenta de que había sustituido una adicción por otra. Como si yo no supiera que me aferraba a mi familia para mantenerme sobrio. Que Daisy pensara que me conocía mejor que yo me enfureció aún más.

—¿Quieres saber cuál es tu problema? Te crees que eres poeta pero, salvo hablar de colocarte, no tienes nada más que decir.

DAISY: Billy es una de esas personas con una lengua afiladísima. Para bien y para mal.

BILLY: Dijo: «No necesito esta mierda». Y se largó.

DAISY: Mientras me dirigía al coche sentía como la rabia me crecía dentro. Por aquel entonces tenía un Mercedes Benz rojo cereza. Me encantaba ese coche. Hasta que lo estrellé sin querer al dejarlo en punto muerto en una colina.

El caso es que voy directa al Benz con las llaves en la mano y estoy a punto de alejarme de él tanto como sea posible cuando de pronto me doy cuenta de que, si me voy, Billy tendrá vía libre para escribir él solo el disco. Así que doy media vuelta y digo: «No te lo crees ni tú, cabrón».

BILLY: Flipé cuando la vi volver.

DAISY: Volví a entrar en la casa de invitados, me senté en el sofá y dije:

—No pienso arruinar la oportunidad de escribir un disco fantástico solo porque estés tú. Así que esto es lo que vamos a hacer: tú odias mi material, yo odio el tuyo. Por lo tanto, lo descartamos todo y empezamos de cero.

—No pienso renunciar a «Aurora». Esa canción está dentro.

—Muy bien. —Entonces recogí una de las canciones que había tirado al suelo, la sacudí en el aire y dije—: Pero esta mierda, no.

BILLY: Creo que esa fue la primera vez que me di cuenta de que... De que nadie le pone más pasión al trabajo que Daisy. Se preocupaba más que nadie. Estaba dispuesta a poner toda su alma en ello, por muy difícil que yo intentara ponérselo. Y no se me iba de la cabeza lo que Teddy

había dicho sobre llenar estadios gracias a ella. Así que le tendí la mano y dije: «De acuerdo». Y sellamos el trato con un apretón.

DAISY: Simone decía que las drogas hacían que una persona pareciera vieja, pero al darle la mano vi que Billy empezaba a tener patas de gallo y la piel llena de pecas; se le veía muy curtido, aunque no creo que tuviera más de veintinueve o treinta años. Pensé: «Lo que te hace parecer viejo no son las drogas, sino dejarlas».

BILLY: Se me hacía muy cuesta arriba pensar en escribir juntos después de todo lo que nos habíamos dicho el uno al otro.

DAISY: Le dije a Billy que antes de nada quería ir a comer. No estaba dispuesta a soportarle con hambre. Le dije que me llevara al Apple Pan.

BILLY: Le quité las llaves cuando estaba a punto de meterse en su coche y le dije que no la iba a dejar coger el coche ni de coña. Ya estaba medio cogorza.

DAISY: Volví a coger mis llaves y le dije que podíamos ir en su coche si tanto le apetecía conducir.

BILLY: Subimos a mi Firebird.

—Vamos a El Carmen. Está más cerca —propuse.

—Yo voy a ir al Apple Pan. Tú puedes ir a El Carmen.

No me podía creer que estuviera siendo tan jodidamente difícil.

DAISY: Antes me solía importar que los hombres me llamasen difícil. Me preocupaba un montón. Hasta que empecé a pasar de todo. Y es mejor así.

BILLY: De camino encendí la radio. Daisy inmediatamente cambió de emisora. Volví a cambiarla. Ella la volvió a cambiar.

—Es mi coche, joder.

—Muy bien, pero son mis oídos.

Al final metí un ocho pistas de los Breeze, puse la canción «Tiny Love» y Daisy empezó a reírse.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

—¿Te gusta esta canción?

—¿Por qué iba a poner una canción si no me gustara?

DAISY: —¡No sabes nada de esta canción!

—¿De qué estás hablando?

Sabía que la había escrito Wyatt Stone, obviamente. Pero no conocía el resto de la historia.

—Hace tiempo estuve saliendo con Wyatt Stone. Esta canción es mía.

BILLY: «¿Tú eres Tiny Love?». Y entonces Daisy empezó a contarme su historia con Wyatt y cómo se le había ocurrido la parte que dice lo de «Big eyes, big soul| big heart, no control| but all she got to give is tiny love». Me encantaba el estribillo de esa canción. Siempre me había gustado.

DAISY: Billy me escuchó. Durante todo el trayecto al restaurante, mientras conducía, estaba escuchándome. Por primera vez desde que lo conocía.

BILLY: Si yo hubiera escrito un estribillo tan bueno como ese y alguien me lo hubiese robado, me habría cabreado muchísimo.

Después de eso, empecé a entender un poco a Daisy. Y, sinceramente, me costaba más decirme a mí mismo que no tenía talento, porque claramente lo tenía. Fue un baño de realidad, esa vocecita insistente que te susurra: «Te has portado como un auténtico gilipollas».

DAISY: Me hacía mucha gracia que creyese que necesitaba argumentos para estar a su altura. Le dije: «Guay, tío. Ahora que lo pillas, a lo mejor puedes dejar de ser tan gilipollas».

BILLY: Golpeaba bajo. Y, si te lo tomabas bien..., la verdad es que tenía su qué.

DAISY: Nos sentamos en la barra, pedí por los dos y después guardé los menús. Solo quería poner a Billy un poco en su sitio. Quería que asumiese que yo también estaba al mando. Pero, por supuesto, no pudo dejarlo pasar: «De todas formas yo también iba a pedir esa hamburguesa».

Creo que a lo largo de mi vida he puesto los ojos en blanco unas cinco mil veces por culpa de Billy Dunne.

BILLY: Después de pedir decidí poner en marcha un jueguecito: «¿Y si te hago una pregunta y luego tú me haces otra? Y no vale no contestar».

DAISY: Le dije que yo era un libro abierto.

BILLY: «¿Cuántas pastillas tomas al día?».

Miró a su alrededor y se puso a juguetear con la pajita.

—¿No vale no contestar? —preguntó.

—Tenemos que poder decirnos la verdad el uno al otro, ser totalmente sinceros. De lo contrario, ¿cómo vamos a escribir algo juntos?

DAISY: Estaba abierto a escribir conmigo. Me quedé con eso.

BILLY: Le repetí la pregunta:

—¿Cuántas pastillas tomas al día?

Miró hacia abajo y luego volvió a mirarme.

—No lo sé.

Me mostré escéptico pero ella puso las manos en alto y dijo:

—Lo digo en serio. Esa es la pura verdad. No lo sé. No llevo la cuenta.

—¿No crees que eso es un problema?

—Me toca a mí.

DAISY: —¿Qué es lo que tiene Camila para ser tan increíble, hasta el punto de que eres incapaz de escribir sobre nada que no sea ella?

Se quedó callado un buen rato.

—Venga, yo he tenido que contestar. No puedes escaquearte.

—Vale, vale, dame un minuto. No estoy intentando escaquearme. Estoy pensando lo que quiero decir.

Al cabo de uno o dos minutos, dijo:

—Creo que no soy la persona que Camila cree que soy. Pero quiero ser esa persona con todas mis fuerzas. Y si me quedo con ella, si me esfuerzo cada día en ser el tío que ella ve, tendré más oportunidades de parecerme a él.

BILLY: Daisy me miró y dijo:

—¡Por el amor de Dios!

—¿Se puede saber qué he hecho ahora?

—Tengo mil motivos para odiarte, y ahora de repente uno para no hacerlo. Me revienta.

DAISY: Entonces él dijo:

—Me toca.

—Vamos, dispara.

BILLY: «¿Cuándo vas a dejar las pastillas?».

DAISY: «¿Por qué estás tan obsesionado con las putas pastillas?».

BILLY: Le dije la verdad: «Mi padre era un borracho que nunca estuvo ahí ni para Graham ni para mí. Yo nunca quise ser así. Y entonces voy y lo primero que hago cuando tengo una hija es cagarla con la mierda con la que tú vas a cagarla. Lamento decir que incluso le daba a la heroína. Decepcioné a mi hija. Joder, me perdí su nacimiento. Me convertí en lo que siempre había odiado. De no haber sido por Camila, creo que seguiría así. Creo que habría hecho realidad todas mis pesadillas. Esa es la clase de tío que soy».

DAISY: «Es como si algunos fuéramos detrás de nuestras pesadillas igual que otros persiguen sus sueños».

—Ahí hay un canción —dijo.

BILLY: No la había superado. Mi adicción, digo. Seguía teniendo la esperanza de que llegase un día en que no tuviese que contenerme más. Pero espabila, eso no existe, al menos no para mí. Es una guerra que no se termina nunca, unas veces es más fácil y otras es jodidísima. Y Daisy hacía que fuese más difícil. Esa es la verdad.

DAISY: Me hacía pagar lo que no le gustaba de sí mismo.

BILLY: Dijo: —Si fuera abstemia te gustaría más, ¿verdad?

—Es probable que me gustara más estar contigo, sí.

—Pues ya te puedes ir olvidando. Yo no cambio por nadie.

DAISY: Me terminé la hamburguesa, dejé algo de dinero encima de la mesa y me puse de pie para marcharme.

—¿Qué estás haciendo?

—Vamos a volver a casa de Teddy. Vamos a escribir esa canción sobre perseguir nuestras pesadillas.

BILLY: Cogí mis llaves y salí tras ella.

DAISY: En el camino de vuelta a casa de Teddy, Billy se puso a cantar una melodía que tenía en la cabeza. Estábamos parados en un semáforo en rojo y daba golpecitos en el volante mientras tarareaba.

BILLY: Estaba pensando en un ritmo de Bo Diddley. Había algo que quería probar.

DAISY: Me dijo: «¿Puedes trabajar con eso?». Le contesté que podía trabajar con cualquier cosa. Así que cuando volvimos a la casa de la piscina, empecé a esbozar algunas ideas. Y él se puso a hacer lo mismo. Al cabo de una media hora ya podía enseñarle material, pero él dijo que necesitaba más tiempo. Me quedé pululando por allí esperando a que terminara.

BILLY: No hacía más que dar vueltas a mi alrededor. Quería enseñarme lo que había escrito. Al final tuve que decirle:

—¿Puedes pirarte de una puta vez?

Y... teniendo en cuenta lo borde que había sido con ella otras veces, me di cuenta de que necesitaba dejar claro que hubiese hablado igual a Graham o a Karen, ¿sabes?

—Por favor, ¿puedes irte a la mierda? Vete a por un dónut o algo.

—Me he zampado una hamburguesa.

Ahí fue cuando me di cuenta de que Daisy solo hacía una comida al día.

DAISY: Forcé la cerradura de la casa de Teddy, le cogí prestado un bañador a Yasmine, su novia, y me fui a la piscina. Estuve tanto tiempo en el agua que empecé a arrugarme, y luego entré otra vez en la casa, metí el bañador en la lavadora, me di una ducha y volví a la casa de invitados. Billy seguía escribiendo.

BILLY: Me contó lo que había hecho y le dije:

—Es un poco raro que le hayas cogido un bañador a Yasmine, Daisy.

—¿Hubieras preferido que me metiera desnuda? —repuso encogiéndose de hombros.

DAISY: Le quité sus hojas y le di las mías.

BILLY: Había un montón de imágenes relacionadas con la oscuridad: correr hacia la oscuridad, perseguir la oscuridad.

DAISY: En lo que respecta a la estructura de los versos, los suyos eran mejores que los míos. Pero él todavía no tenía un buen estribillo y yo sí. Le enseñé lo que más me gustaba de todo lo que había escrito y lo canté con la melodía que me había dado. Lo pude ver en su cara, sabía que sonaba bien.

BILLY: Le dimos un montón de vueltas a esa canción. Pasamos horas hablando sobre ella, jugando con las melodías en la guitarra.

DAISY: No creo que la versión final incluyera ninguna de las frases originales.

BILLY: Pero cuando la cantamos... después de resolver la letra, de decidir quién cantaría qué, de afinar la melodía de la voz y la interacción entre ambas... nos pusimos a cantarla juntos y a hacer ajustes. Y ¿sabes qué? Nos quedó una canción de puta madre, en serio.

DAISY: Teddy entró por la puerta y dijo: «¿Qué coño estáis haciendo aquí todavía? Son casi las doce».

BILLY: No me había dado cuenta de lo tarde que era.

DAISY: —Por cierto, ¿te has colado en mi casa y has usado un bañador de Yasmine? —preguntó Teddy.

—Sí.

—Te agradecería que no lo volvieras a hacer nunca más.

BILLY: Iba a marcharme pero pensé: «¿Sabes qué? Vamos a enseñarle a Teddy lo que hemos hecho». De modo que Teddy se acomoda en el sofá y nosotros nos sentamos delante.

Empecé a soltar excusas en plan: «No está terminada», «se nos acaba de ocurrir» y cosas por el estilo.

DAISY: «Para el carro, Billy. Es una buena canción. No te justifiques».

BILLY: La tocamos para Teddy y al acabar nos dijo:

—¿Esto es lo que se os ocurre cuando jugáis en el mismo equipo?

Nos miramos el uno al otro.

—Pues... sí.

—Vale, entonces soy un genio.

Se quedó allí sentado, riéndose, muy orgulloso de sí mismo.

DAISY: Lo de cuánto necesitaba Billy la aprobación de Teddy; igual que un hijo necesita la de su padre, entonces era un tema tabú.

BILLY: Esa noche, al salir de casa de Teddy, fui corriendo a la mía porque me sentía culpable por lo tarde que era. Al llegar, las niñas estaban durmiendo pero Camila estaba sentada en la mecedora viendo la televisión con el volumen bajito. Me miró y empecé a disculparme, pero lo único que dijo fue:

—¿Estás sobrio, verdad?

—Sí, por supuesto. Estaba componiendo y he perdido la noción del tiempo.

Y eso fue todo. A Camila no le importaba que no la hubiera llamado. Solo le importaba que no hubiera recaído. Nada más.

CAMILA: Es difícil de explicar porque creo que nadie le encontrará sentido. Pero lo conocía lo suficientemente bien como para saber que podía confiar en él. Y sabía que no importaba si él la cagaba, o si la cagaba yo, porque estaríamos bien.

Si me hubiesen dicho que se podía estar así de segura diez años atrás, no sé, seguramente no me lo hubiese creído. Pero estando tan segura de él, también lo estaba de mí. Porque decirle a alguien: «Da igual lo que hagas, que no hemos acabado...». No sé. De alguna forma me relajaba.

BILLY: Todas esas semanas en las que Daisy y yo estuvimos componiendo canciones juntos, me quedaba trabajando hasta tan tarde como hiciera falta. Me quedaba con Daisy todo el tiempo que fuera necesario. Y cada noche, al llegar a casa, Camila estaba en aquella silla. Se levantaba cuando yo entraba por la puerta y entonces yo ocupaba su lugar y ella se sentaba en mi regazo, apoyaba la cabeza en mi pecho y preguntaba:

—¿Qué tal el día?

Yo le contaba lo más importante y escuchaba cómo había sido su día y el de las niñas. Y nos mecía a los dos adelante y atrás hasta que nos íbamos a dormir. Una noche la levanté de la mecedora, la metí en la cama y le dije:

—No tienes que esperarme siempre despierta.

Estaba medio dormida, pero contestó:

—Quiero hacerlo. Me gusta.

Y, ¿sabes?..., ni los aplausos del público o las portadas de las revistas me hicieron sentir jamás tan importante como me hacía sentir Camila, ni de lejos. Y creo que a ella le pasaba lo mismo. Lo creo de verdad. Le gustaba tener un hombre que le escribiera canciones y que la llevara a la cama.

GRAHAM: El tiempo que Billy pasó fuera del estudio escribiendo las letras con Daisy fue la primera vez que los demás podíamos componer a nuestro aire.

KAREN: «Aurora» era una canción fantástica, con un gran eje central, y todos nos lo pasamos fenomenal perfeccionándola.

Billy solía preferir teclados más modositos, pero yo quería apostar por unos sonidos exuberantes, atmosféricos. Así que cuando empezamos a trabajar en «Aurora», llegué con esas tónicas sostenidas y quintas. Dejé algunos de los acordes melódicos un poco separados, para mantener el ritmo. Pero hacía muchas de las notas graves con un pedal. Pasaba de *staccato* a *legato*.

Y como el teclado había cambiado, Pete tuvo que cambiar un poco el bajo. Ahora era su bajo lo que te hacía mover el pie, y la guitarra rítmica la que te mantenía en marcha.

EDDIE: Yo quería hacer algo un poco más rápido, con algo más de potencia. Estaba entusiasmado con el nuevo disco de los Kinks y quería desplazarme más en aquella dirección. Pensé que Warren debía tocar más fuerte la batería, usar la batería y el bajo como contra-ritmos. Además, imaginaba un redoble simple para la intro.

Conseguimos que sonara que te cagas.

GRAHAM: Un día, Billy apareció en el estudio y dijo que quería escuchar lo que teníamos.

EDDIE: La tocamos para él. Es decir, todavía no estábamos instalados en el estudio. No habíamos grabado nada, pero entramos allí y la tocamos.

BILLY: Ni en un millón de años me habría imaginado semejante cosa. Yo creo que se me notó en la cara. Sonaba rara, todo mal. Me incomodaba como si me hubiese calzado los zapatos de otro.

Cada poro de mi piel gritaba: «Este no soy yo. Esto no está bien. No está nada bien. Necesito arreglarlo ahora mismo».

GRAHAM: Me di cuenta enseguida de que la odiaba.

KAREN: La odió, vaya si la odió. [Ríe] Sin ninguna duda.

ROD: Teddy se lo llevó a un aparte y fueron a dar una vuelta en coche.

BILLY: Teddy me hizo meterme en su coche y nos fuimos a comer o puede que a cenar. Yo estaba sumido en mis pensamientos y solo oía mi propia canción arruinada, en bucle.

Rompí a hablar en el mismo instante en que nos sentamos, pero Teddy levantó la mano para frenarme. Insistió en pedir primero la comida. Básicamente, pidió toda la fritanga que ofrecía el menú. Si estaba rebozado, Teddy se lo comía.

Una vez la camarera dio media vuelta, dijo:

—Venga, dale.

—¿Crees que suena bien?

—Sí, lo creo.

—¿No crees que debería ser un poco menos... excesiva?

—Son músicos con mucho talento, Billy. Igual que tú. Deja que te muestren lo que tú no puedes ver en tu propio material. Deja que hagan lo que tienen que hacer y ya desharemos tú y yo lo que haga falta más adelante. Podemos cambiar la canción entera si es necesario. Pero de momento sí, creo que están haciendo un gran trabajo.

Pensé en ello y sentí una opresión en el pecho. No obstante, dije:

—De acuerdo. Confío en ti.

—Me alegro mucho. Pero confía también en ellos.

ROD: Cuando Billy volvió, sus comentarios fueron muy simples. Todos buenos.

KAREN: Billy cambió una octava y quería que pasara de una repetición uno-cinco a uno-cuatro-cinco. Pero, en líneas generales, se mostró bastante tolerante.

GRAHAM: El primer corte de esa canción nunca habría existido si todo se hubiera hecho como Billy quería. Al estar todos implicados, nuestra música evolucionaba.

BILLY: Decidí dar solo las opiniones que consideraba realmente necesarias para cada una de las canciones del disco, porque más adelante, durante la mezcla, volvería sobre ellas con Teddy y las puliríamos de verdad.

DAISY: Fui al estudio para escucharles tocar «Aurora» por primera vez y me quedé impresionada. Estaba muy emocionada. Billy y yo jugamos un poco con las voces y logramos darle un buen equilibrio.

ARTIE SNYDER: Le pusimos micrófonos a todo. Debimos de cambiar la configuración mil veces para que quedara perfecta. Teníamos a Karen y a Graham en uno de los lados, Pete y Warren detrás, Eddie más tirando hacia delante. Billy y Daisy estaban cada uno en su cabina insonorizada pero podían ver a todo el mundo.

Teddy estaba conmigo en la sala de control. Fumaba un cigarrillo tras otro y dejaba que la ceniza cayera sobre mis aparatos. Yo venga a sacudirla y él a dejarla caer.

Cuando todo estuvo perfecto, dije:

—Muy bien. «Aurora», toma uno. Que alguien empiece a contar.

DAISY: La tocamos entera. Todos juntos. La tocamos una y otra vez. Como un grupo. Un auténtico grupo.

En un momento dado miré a Billy, nos sonreímos y pensé: «Está pasando». Formaba parte de un grupo. Era uno de ellos. Los siete, tocando.

BILLY: A mí me costó un poco entrar en calor, pero Daisy lo bordó desde el primer momento. Realmente era... Daisy tenía un talento natural. Enfrentarse a alguien como Daisy es un verdadero coñazo, pero, si está en tu equipo... Guau. La hostia.

ARTIE SNYDER: Aún estaba familiarizándome con el sonido que iba a tener el disco, y mi equipo seguía retocando la configuración. Las primeras tomas sonaron un poco metálicas y me centré en eso. Cuando empiezas a grabar un disco, con gente nueva y sonidos diferentes, en un estudio nuevo y todas esas cosas..., es muy importante que los niveles estén bien, los micrófonos, todo eso me obsesionaba. Hasta que no desapareció el sonido enlatado no pude concentrarme en otra cosa.

Pero, aun conociéndome, si echo la vista atrás... No me entra en la cabeza que no tuviera ni idea. Estábamos grabando un disco que iba a ser un éxito masivo y yo no tenía ni idea.

DAISY: Sabía que iba a ser enorme. De verdad, lo supe.

DAISY: Varios días después, en casa, me puse a hojear mi cuaderno. Puede que fuera fin de semana. Encontré una de las canciones de Billy allí traspapelada. Una de las que había escrito para el disco. Se llamaba «Midnights», aunque puede que en aquel momento se llamara «Memories». Debí de habérmela llevado por error al recoger mis cosas en casa de Teddy. Así que la releí. Debí de leerla unas diez veces seguidas, sin moverme del sitio.

Era tremendamente empalagosa. Iba sobre los recuerdos felices de Billy y Camila. Pero había un par de frases buenas, así que empecé a garabatear por encima, a desordenarla.

BILLY: Cuando volvimos a vernos en casa de Teddy, Daisy trajo «Midnights». La había escrito durante el verano, era bastante sencilla. Cuando me la devolvió estaba toda pintarrajeada y apenas era legible. Sostuve la hoja en una mano y dije: «¿Qué le has hecho a mi canción?».

DAISY: Le dije que en verdad era una gran canción. Y a continuación añadí: «Resulta que lo único que le faltaba era un poco de oscuridad».

BILLY: «Entiendo lo que quieres decir, pero esto no hay quien lo lea». Se puso furiosa y me arrancó la hoja de la mano.

DAISY: Tuve que leérsela. Empecé pero enseguida me di cuenta de que era una chorrada.

—Toca la canción tal y como la compusiste.

BILLY: Cogí la guitarra y empecé a tocar y a cantar la letra como la había escrito originalmente.

DAISY: Una vez capté la idea, le corté.

BILLY: Puso la mano en el mástil de la guitarra para hacerme callar:

—Sé por dónde vas. Empieza desde el principio. Escucha esto.

DAISY: Le canté su canción, esa vez con los cambios que le había hecho.

BILLY: Pasó de ser una canción sobre tus mejores recuerdos a una sobre lo que puedes y no puedes recordar. Tuve que admitir que era más sutil, más complicada. Mucho más abierta a la interpretación.

Era muy parecida a lo que tenía en mente al escribirla, pero... [ríe] era mejor que lo que yo había conseguido, francamente.

DAISY: En realidad no cambié tanto la canción. Simplemente añadí lo que no recordamos para dar más énfasis a lo que sí. Y luego incluí una segunda voz.

BILLY: Me dejó de piedra.

DAISY: Billy inmediatamente se puso en modo compositor. Cogió una hoja, agarró un boli y empezó a reordenar ligeramente las palabras. Por eso supe que le había gustado.

Al final, a partir de una canción que Billy tenía sobre Camila, conseguimos otra que hablara de muchas más cosas.

BILLY: La tocamos delante de todo el mundo en el estudio. Ella, la guitarra y yo. En la sala de descanso.

GRAHAM: La canción me gustó. Billy y yo empezamos a hablar de introducir un solo durante el puente. Estábamos en la misma onda.

EDDIE: Le dije a Billy:

—Está muy bien, me pongo con mi parte.

Y Billy dijo:

—En realidad tu parte ya está escrita. Toca la guitarra igual que lo he hecho yo.

—Prefiero jugar un poco.

—No hay nada con lo que jugar. Daisy y yo le hemos dado mil vueltas.

—No quiero tocarla como tú.

Me dio una palmadita en la espalda y dijo:

—Lo entiendo. Pero tócala igual que yo.

BILLY: La parte de la guitarra rítmica ya estaba hecha, pero le dije:

—De acuerdo, tío. Adelante, a ver qué se te ocurre.

Sabía que, para cuando la grabáramos, ya habría asumido que así estaba perfecta.

EDDIE: La cambié. No estaba perfecta ni de coña. Además, no hay una única forma de tocar esa canción. La aceleré un poco y quedaba mejor. Sabía cómo tocar mis propios *riffs*. Sabía qué funcionaba. Se supone que todos teníamos que probar cosas propias y eso es lo que hice.

BILLY: Es muy frustrante tener muy claro algo pero verte obligado a fingir que otra persona ha tenido una buena idea, cuando sabes que tienes razón. Pero ese es el precio que hay que pagar por hacer negocios con alguien como Eddie Loving. Necesita creer que todo es su idea o, si no, no está contento.

Y, mira, la culpa es mía. Les había dicho a todos que éramos iguales. Y no debería haberlo hecho, porque algo así no se sostiene. Mira a Springsteen. Springsteen sabía cómo hacerlo, pero ¿yo? Tenía que quedarme ahí sentado y fingir que gente como Eddie Loving sabía mejor que yo cómo había que tocar la guitarra en canciones que yo había compuesto con mi guitarra.

KAREN: No me enteré de la tensión que había entre Billy y Eddie. Más tarde los oí quejarse a cada uno por su lado, pero en aquel momento estaba... preocupada.

GRAHAM: ¿Sabes qué es la hostia? Montártelo con tu chica en el armario del estudio mientras todos los demás están grabando, vosotros dos calladitos porque se podría escuchar hasta un alfiler cayendo.

Eso es hacer el amor, tío. Sentía que era amor. Era como si fuésemos las únicas dos personas que importaban en el mundo entero. Karen y yo. Como si así pudiera demostrarle cuánto la quería, en aquel espacio apretado, sin decir nada.

WARREN: Cuando estábamos dando vueltas a esa canción, «Midnights», Daisy se acercó y me sugirió que aguantara la batería en el puente. Lo pensé un instante y dije:

—Sí, es una gran idea.

Daisy y yo siempre nos entendimos. Nada de chulerías entre nosotros, para variar.

Una vez le dije que pensaba que cantaba «Turn It Off» como si estuviera en celo. ¿Y qué me dijo?

—Joder, es cierto. La próxima vez me contendré un poco.

Y ya está.

Hay personas que, simplemente, no se sienten amenazadas entre ellas. Y otras que se sienten amenazadas todo el rato. Son cosas que pasan.

ROD: Empecé a darle vueltas. ¿Podríamos reemplazar a Eddie si fuese necesario? ¿Se marcharía Pete con él? ¿Qué significaría para nosotros? No te voy a mentir, me puse a tantear a otros guitarristas, me planteé si Billy podría hacerse cargo de las partes de Eddie. Podía ver las señales.

Al final resultó que no las estaba viendo del todo bien, pero algo vi.

WARREN: Predecir que Eddie iba a largarse era lo mismo que predecir que el sol saldría al día siguiente. Ya ves, tío. Menuda intuición.

DAISY: Al final de ese día, cuando Billy se preparaba para marcharse, me dijo:

—Gracias por lo que has hecho con esta canción.

Y yo dije algo en plan:

—Sí, claro.

Pero Billy se paró en seco, me puso una mano en el brazo e insistió:

—Lo digo en serio. Has mejorado la canción.

Y... eso significó mucho para mí. Un montón. Quizá demasiado.

BILLY: Tal y como me había asegurado Teddy, estaba descubriendo que, artísticamente, a veces es posible llegar a lugares más complejos cuando permites que contribuya más gente. A ver, no siempre es así, pero con Daisy y conmigo... sí que lo era.

Tuve que reconocerlo. Con ella, entonces, era cierto.

DAISY: Sentí que de verdad lo comprendía. Y creo que él me comprendía a mí. ¿Sabes? Una cosa así, ese tipo de conexión con alguien, es un poco como jugar con fuego. Porque sienta muy bien que te comprendan. Te sientes en sintonía con una persona, sientes que has llegado a donde nadie ha conseguido llegar.

KAREN: Creo que las personas que se parecen demasiado... no son una buena combinación. Antes pensaba que almas gemelas eran dos personas iguales, que debía buscar a alguien que fuese como yo.

Ya no creo en las almas gemelas, y no busco nada. Pero, si creyera en ellas, creería que tu alma gemela es alguien que tiene todo lo que a ti te falta, y que necesita todo lo que tú tienes. No alguien con quien compartes la misma mierda.

ROD: El grupo estaba grabando «Chasing the Night». Habían estado trabajando en ella por la mañana y por la tarde no necesitábamos más a Daisy, así que se fue a casa.

DAISY: Decidí invitar a algunas personas a la cabaña. Varias amigas actrices, un par de tíos del Strip. El plan era pasar el rato en la zona de la piscina. Solo eso.

ROD: Le había pedido a Daisy que volviera más tarde porque esa noche íbamos a grabar sus voces y las de Billy unas cuantas veces. Debería haber establecido límites sobre cuándo se estaba trabajando y cuándo no. Lo cierto es que no teníamos un horario establecido. Más bien era una especie de ley de la selva.

Pero se suponía que Daisy tenía que estar de vuelta en Heider a las nueve.

BILLY: Graham y yo estábamos trabajando en algunos punteos, fijando algunos y repasándolos para ver cuáles nos gustaban más.

ARTIE SNYDER: Era divertido trabajar con Billy y Graham cuando solo estaban ellos dos. A veces parecía que tuvieran un lenguaje propio. Sin embargo, yo sentía que entendía adónde querían llegar. Aunque en aquella época sí que me preguntaba... ¿cómo narices lo soportan? Si yo hubiera tenido que trabajar con mi hermano, me habría pegado un tiro.

BILLY: Graham era cojonudo a la guitarra. Tenía mucho talento, siempre aparecía con buenas ideas. Hacía que todo fuese fácil. La gente a menudo decía: «No sé cómo puedes trabajar con tu hermano». Pero yo nunca había sabido hacerlo de otra forma.

DAISY: Se hizo tarde y de repente apareció Mick Riva. También se alojaba en el Marmont. Creo que ya debía de rondar los cuarenta. Había estado casado no sé cuántas veces, tenía como cinco hijos. Pero se iba de fiesta como si tuviera diecinueve. Seguía en lo más alto de las listas de éxitos incluso entonces. Todo el mundo lo quería.

Había salido de fiesta con él unas cuantas veces. Siempre fue decente conmigo. Pero era un poco... En fin, que siempre había un montón de *groupies* con él. Las fiestas a menudo se le iban de las manos.

ROD: Billy y Graham terminaron y Graham se marchó sobre las ocho. Billy y yo decidimos ir a cenar algo, pero volvimos un poco después de las nueve. Daisy no estaba allí.

DAISY: Y de repente la casa estaba a reventar de gente. Por lo visto Mick había invitado a todo el mundo y había comprado bebida al bar del hotel.

Perdí la noción del tiempo. Me olvidé de lo que estaba haciendo. A saber qué me había metido. No recuerdo más que champán y cocaína. Era esa clase de fiesta. Esas son las mejores. Champán y cocaína y gente en bikini alrededor de la piscina. Todo eso fue antes de que nos diéramos cuenta de que las drogas nos estaban matando y de que el sexo también venía a por nosotros.

BILLY: La esperamos una hora antes de ponernos nerviosos. Estábamos hablando de Daisy, y llegar a la hora era algo que solo hacía por accidente.

SIMONE: Estaba en la ciudad para salir en *American Bandstand*. Daisy y yo habíamos quedado en vernos. Llegué a casa de Daisy alrededor de las diez. Estaba hasta arriba de gente. Mick Riva estaba allí enrollándose con dos chicas que no debían de tener más de dieciséis años. Daisy estaba repantigada en una tumbona como si estuviera tomando el sol, con un bikini blanco y gafas de sol a pesar de que era noche cerrada.

DAISY: No recuerdo nada de lo que pasó después de que llegara Simone.

ROD: Teddy y Artie decidieron irse a casa. No estaban demasiado preocupados, pero yo me sentía responsable de ella. Me parecía raro que se saltara una sesión.

SIMONE: Le dije: «Daisy, creo que es hora de poner fin a la noche». Pero apenas me oyó. Se incorporó a toda prisa, me miró y dijo:

—¿Te he enseñado el caftán que me ha enviado la gente de Thea Porter?

—No.

Se levantó y entró corriendo en la cabaña, que estaba llena de gente haciendo de todo. Pasando de Daisy. Vamos a su habitación y hay dos tíos enrollándose en su cama. Parecía que ni siquiera fuera su casa.

Pasa junto a ellos, abre el armario y saca un vestido, el caftán ese. Dorado y rosa, azul turquesa y gris. Era precioso. Te rompía el corazón lo bonito que era. Terciopelo, brocado, gasa y seda.

—Es impresionante.

Entonces va y se quita el bañador allí mismo, delante de todo el mundo.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunto.

Se lo pone, empieza a dar vueltas y dice:

—Me siento como un duendecillo. Como una ninfa del mar.

Y entonces... no sé cómo decirte. Un momento la tengo delante de mí y al siguiente ha salido de la cabaña, vuelve corriendo a la piscina y se empieza a meter, escalón a escalón, vestida con aquel caftán precioso. Casi la mato. Aquel vestido era una obra de arte.

Cuando conseguí llegar hasta ella, flotaba de espaldas en el agua, sola, mientras todos los demás la miraban. No sé quién hizo la foto, pero es mi favorita, creo. ¡Se parece tanto a ella misma! La forma de flotar, con los brazos extendidos y el vestido flotando con ella. Está muy oscuro pero la piscina está iluminada y tanto el vestido como ella resplandecen. Y tiene esa mirada, sonriendo a cámara. Siepre que veo esa foto me emociono.

ROD: Llamé unas diez veces al Marmont pero Daisy no cogía el teléfono, así que le dije a Billy:

—Voy a ir para allá. Quiero asegurarme de que está bien.

BILLY: A Daisy le flipaba grabar. Lo sabía, lo había visto con mis propios ojos. Si había faltado era porque estaba hasta arriba de todo.

Es doloroso preocuparte por alguien más de lo que esa persona se preocupa por sí misma. Es algo que conozco de primera mano, y desde ambos lados.

Así que Rod y yo fuimos para allá. Tardamos unos quince minutos en llegar a la cabaña del Marmont, no quedaba lejos. Y empezamos a preguntar por Lola La Cava (tenía un seudónimo... ¿cómo no iba a tenerlo?). Por fin alguien nos dice que miremos en la piscina.

Y cuando llegamos, Daisy lleva un vestido rosa y está sentada en el borde de un trampolín rodeada de gente, y está empapada. Lleva el pelo hacia atrás y el vestido se le pega al cuerpo.

Rod fue hasta ella y no sé qué es lo que le dijo pero, en cuanto lo vio cayó en la cuenta. Se había olvidado por completo. No nos habíamos equivocado: estaba como una cuba. Para ella lo único que iba por delante de su música eran las drogas.

Rod me señala y los ojos de Daisy siguen la dirección que le indica la mano y ella... Se puso triste al verme allí, mirándola.

A mi lado había un tipo, uno que habría jurado que era un pureta aunque es probable que solo tuviera cuarenta años. Podía oler el whisky en su vaso, ese aroma antiséptico, ahumado. Para mí siempre ha sido el olor. El olor a tequila, el olor a cerveza. Incluso con la coca. El olor de cualquiera de esas cosas me devuelve de inmediato al pasado, a esos momentos en los que la noche acaba de empezar, cuando sabes que estás a punto de meterte en un lío. Es una sensación estupenda, el principio de todo.

Ahí estaba esa voz de nuevo, dentro de mi cabeza, diciéndome que no iba a ser capaz de pasar el resto de mi vida sobrio. «¿Qué sentido tiene estar sobrio si sé que nunca lo superaré para siempre? Pase lo que pase, algún día fracasaré. ¿No debería dejar de intentarlo sin más? ¿Renunciar a mí mismo? ¿Renunciar a todos? Ahorrarle a Camila y a las niñas toda angustia futura y admitir quién soy realmente».

Miré a Daisy. Se estaba levantando del trampolín. Tenía una copa en la mano y se le cayó justo ahí, en el bordillo de la piscina. La vi pisar los cristales rotos sin darse cuenta de que estaban bajo sus pies.

ROD: Los pies de Daisy empezaron a sangrar.

SIMONE: En el bordillo había sangre mezclada con agua de la piscina. Y Daisy ni siquiera se daba cuenta. Seguía caminando, se puso a hablar con alguien.

DAISY: No sentía los cortes en los pies. La verdad es que creo que no sentía casi nada.

SIMONE: En aquel momento, pensé: «Va a ser la chica que sangra mientras lleva un vestido precioso hasta que se muera».

Me sentí... perdida, triste, deprimida, enferma. Estaba desesperada, pero también sabía que no tenía el lujo de rendirme. Sabía que iba a tener que luchar por ella y para ello luchar con ella, hasta que yo perdiera. Porque no se podía ganar. No veía la manera de ganar aquella guerra.

BILLY: No podía quedarme allí. No podía quedarme porque cuando miraba a Daisy, mojada, sangrando, totalmente ida y medio cayéndose, no pensaba: «Gracias a Dios que dejé de meterme». Pensaba: «Ella sí que sabe cómo divertirse».

ROD: Le estaba llevando una toalla a Daisy para que se secara cuando vi que Billy daba media vuelta y se marchaba. Habíamos ido en mi coche, así que no estaba muy seguro de adónde iba. Intenté que me mirara pero no lo hizo hasta el último momento, justo antes de doblar una esquina. Me asintió con la cabeza. Y entendí lo que quería decirme. Le agradecía que, de entrada, me hubiera acompañado.

Sabía cómo cuidar de sí mismo y eso era lo que estaba haciendo.

BILLY: Le dije a Rod que me iba y me aseguré de que podía coger un taxi para volver a casa porque habíamos ido en mi coche. Rod siempre fue un gran apoyo. Entendía perfectamente por qué necesitaba marcharme.

Al llegar a casa, me metí en la cama al lado de Camila. No sabes lo agradecido que estaba de tenerla allí. Pero no podía dormir. No dejaba de preguntarme qué podría haber estado haciendo en ese mismo momento si le hubiera arrancado el whisky a ese hombre. Si me lo hubiera bebido de un trago.

¿Estaría riéndome y tocando una canción para todo el mundo? ¿Estaría en pelotas dentro de la piscina junto a un puñado de desconocidos? ¿Estaría vomitando hasta la bilis o viendo cómo alguien se pinchaba heroína?

En lugar de eso, estaba tumbado en la oscuridad, en silencio, escuchando los ronquidos de mi mujer.

La cuestión es que soy una persona que sobrevive a pesar de su instinto. Mi instinto me decía que corriera hacia el caos, y el mejor de mis cerebros me dijo que volviera a casa con mi mujer.

DAISY: No recuerdo haber visto a Billy allí. Ni a Rod. No sé ni cómo llegué a la cama.

BILLY: Sabía que esa noche no iba a poder pegar ojo, así que me levanté de la cama y escribí una canción.

ROD: Billy llega al estudio al día siguiente. Los demás ya están allí, listos para empezar a grabar. Incluso había conseguido que viniera Daisy. Relativamente sobria, con su café.

DAISY: Me sentía mal. No había tenido intención de escaquearme de la sesión de grabación, obviamente.

¿Por qué me jodía a mí misma de esa forma?

No puedo explicarlo. Ojalá pudiera. Odiaba esa parte de mí. La odiaba pero seguía alimentándola y entonces me odiaba todavía más. No tengo ninguna respuesta decente para esto.

ROD: Llega Billy y nos enseña a todos la canción que ha compuesto: «Impossible Woman».

—¿La has compuesto esta noche?

—Sí.

BILLY: Daisy la lee y dice: «Guay».

GRAHAM: Estaba claro, por el ambiente que se respiraba, que nadie, ni siquiera Daisy o Billy, iba a decir en voz alta que la canción era sobre Daisy.

BILLY: No habla de Daisy. Habla de que cuando estás sobrio hay cosas que no puedes tocar, cosas que no puedes tener.

KAREN: Después de que Graham y yo le escucháramos tocarla por primera vez, le dije a Graham:

—Esa canción es...

—Sí.

DAISY: Era una canción increíble.

WARREN: Me dio igual entonces, imagínate ahora.

KAREN: «Dancing barefoot in the snow | cold can’t touch her, high or low».* Esa es Daisy Jones.

BILLY: Decidí escribir una canción sobre una mujer que era como la arena que se te escapa entre los dedos, como si nunca pudieras atraparla de verdad. Era una alegoría sobre las cosas que yo no podía tener ni hacer.

DAISY: —¿Esta canción es para que la cantemos juntos?

—No —dijo Billy—. Deberías probar tú sola. Está escrita para tu registro.

—Tiene más sentido que sea un hombre el que cante esto sobre una mujer.

—Es más interesante si la canta una mujer. Resulta inquietante.

—De acuerdo, voy a probar.

Me tomé un tiempo con la canción mientras los demás ajustaban sus partes. Volví al cabo de un par de días. Escuché las pistas que había preparado cada uno y pensé el modo de acceder.

Cuando llegó el momento, lo hice lo mejor que pude. Traté de imprimirle algo de tristeza, como si echara de menos a esa mujer. Pensaba: «Tal vez esa mujer es mi madre, tal vez es una hermana que he perdido, tal vez necesito algo de esa mujer». Ya sabes.

Pensaba: «Es nostálgica, es etérea». Ese tipo de cosas. Pero lo intenté varias veces y no funcionaba.

No hacía más que mirar a los demás pensando: «Que alguien me saque de aquí. Me estoy mareando». No sabía qué hacer. Y empecé a enfadarme.

KAREN: Daisy carece de cualquier tipo de formación académica. No conoce el nombre de los acordes, no conoce las diversas técnicas vocales. Si lo que Daisy hace naturalmente no funciona, entonces lo que hay que hacer es sacarla de la canción.

DAISY: Estoy esperando a que alguien me salve de mí misma. Digo que quiero descansar cinco minutos. Teddy me sugiere que vaya a dar un paseo para aclararme la cabeza. Doy una vuelta a la manzana, pero lo único que consigo es empeorar las cosas porque no dejo de pensar: «No puedo hacerlo» y «pues claro que no puedo, joder», en bucle. Y, al final, me rindo. Me meto en el coche y me largo de allí. No podía hacerle frente, así que me fui.

BILLY: Había escrito la canción para ella. Quiero decir que la había escrito para que la cantara ella. Así que eso me cabreó. Que se rindiera de esa forma.

Evidentemente, podía comprender su frustración. Vamos a ver, Daisy tiene un talento impresionante, de esos que, si te pilla, se te lleva por delante. Hablo de su talento. Pero no sabía cómo controlarlo. No podía invocarlo, ¿sabes? Solo podía confiar en que apareciera.

Sin embargo, rendirse no molaba, sobre todo después de haberlo intentado un par de horas como máximo. Ese es el problema de la gente que no tiene que esforzarse por las cosas: no saben cómo esforzarse para conseguirlas.

DAISY: Esa noche, alguien llama a mi puerta. Estaba con Simone preparando la cena. Abro y me encuentro a Billy Dunne.

BILLY: Fui allí con el objetivo expreso de conseguir que cantara la maldita canción. ¿Tenía ganas de volver al Chateau Marmont? No, claro que no. Pero era lo que tenía que hacer, así que lo hice.
DAISY: Me sienta y Simone está en la cocina preparando Harvey Wallbangers y le ofrece uno a Billy.

BILLY: Daisy inmediatamente me bloquea el paso y dice: «¡No!». Como si yo fuera a aceptar el cóctel que Simone tenía en la mano.

DAISY: Me avergonzaba que Simone se lo hubiera ofrecido porque sabía que a sus ojos yo ya era una borracha asquerosa y drogadicta. Y si Billy pensaba que iba a hacerle recaer, haría todo lo que estuviera en mi mano para asegurarme de que no fuera verdad.

BILLY: Eso... me sorprendió. Realmente me había escuchado.

DAISY: Billy me dijo: «Tienes que cantar esta canción». Le dije que mi voz no era la adecuada. Estuvimos discutiendo durante un buen rato sobre el significado de la canción y sobre si yo tenía cabida en ella y, al final, Billy dijo que iba sobre mí. Que la había escrito sobre mí. Que yo era la mujer imposible. «She’s blues dressed up like rock ’n’ roll | untouchable, she’ll never fold». Esa era yo. Y fue como si algo hiciera clic en mi cabeza.

BILLY: Jamás de los jamases le dije a Daisy que la canción tratara de ella. No podría haberlo hecho porque la canción no hablaba de ella.

DAISY: Sentí que aquello era un punto de inflexión, pero, aun así, le dije que no estaba segura de que mi sonido fuera el adecuado.

BILLY: Le dije que la canción necesitaba energía en estado puro. Necesitaba sentir que crepitaba bajo la aguja. Necesitaba sentirse eléctrica. Como si aquella mujer cantara para salvarse.

DAISY: Esa no es mi voz.

BILLY: «Tienes que volver al estudio mañana e intentarlo de nuevo. Prométeme que lo vas a volver a intentar».

Y dijo que sí.

DAISY: Así que al día siguiente me presento y veo que el lugar está totalmente despejado. Solo estaban Billy, Teddy, Rod y Artie a los mandos, nadie más. Entré y... supe que esa vez iba a ser diferente.

ROD: Salí a fumar un cigarrillo mientras Billy se metía en la cabina con ella y le soltaba una charla motivacional.

BILLY: Sabía cómo se suponía que debía sonar la canción e intentaba explicárselo. Al final me di cuenta de que el probelma de Daisy es la falta de esfuerzo. Y esa era una canción que tenía que sonar como si le doliera cantarla, tenía que esforzar todo su cuerpo. Quería que después de cantarla Daisy sintiera que acababa de correr un maratón.

DAISY: Mi voz es un poco áspera, pero no es una aspereza que salga desde lo más profundo de mis entrañas. Y eso es lo que Billy quería.

BILLY: Le dije algo así como: «Cántala con tanta fuerza, tan alto que no puedas controlar tu voz. Deja que se te rompa la voz. Pierde el control sobre ella». Le di permiso para que sonara mal. Piensa en cómo cantas cuando cantas a voz en grito con la radio puesta. Cuando no puedes escucharte, no te preocupa cantar a pleno pulmón porque, cuando se te desgarre la voz o desafines, no tendrás que avergonzarte. Daisy necesitaba esa libertad. Para eso hay que tener muchísima confianza. Ella siempre era buena. La confianza consiste en que no te preocupe ser malo, en que te preocupe ser bueno. Le dije: «Si cantas esta canción y consigues que suene bien en todo momento, entonces has perdido».

DAISY: Dijo: «No tiene que ser bonita. No la cantes como si lo fuera».

ROD: Vuelvo a entrar y veo que Billy tiene a Daisy metida en la cabina con las luces atenuadas, un inhalador Vicks, una taza de té humeante, pastillas para la tos y pañuelos de papel, una jarra de agua enorme y no sé cuántas cosas más, todo lo que se te ocurra.

Y entonces Daisy se sienta en una silla y Billy inmediatamente se levanta, sale de la sala de control y vuelve a entrar en la cabina. Le retira la silla y sube el micrófono.

—Tienes que estar de pie y cantar con tanta fuerza que te flaqueen las rodillas.

Daisy parecía aterrorizada.

DAISY: Quería que me soltase. Que estuviera dispuesta a patinar de forma estrepitosa delante de él... y de Teddy y de Artie. Pero yo sabía que no iba a ser capaz estando completamente sobria.

—¿Podemos traer algo de vino?

—No lo necesitas.

—No lo necesitarás tú.

BILLY: Rod le lleva enseguida una botella de coñac.

ROD: No iba a renunciar a lo fácil para ver cómo ella se estampaba contra lo difícil.

DAISY: Le di un par de tragos, miré a Billy por el cristal y dije:

—Vale. Quieres que suene un poco feo, ¿eh? —Billy asintió—. Y nadie me va a juzgar si termino sonando como un gato siendo sacrificado, ¿verdad?

Nunca lo olvidaré. Billy se inclinó sobre el botón y dijo:

—Si fueras un gato, tus chirridos harían que todos los demás gatos se precipitaran hacia ti, atraídos por tu sonido.

Y eso me gustó. La idea de que simplemente siendo yo misma lo estaría haciendo bien.

Así que abrí la boca, respiré hondo y me lancé.

BILLY: Ninguno de nosotros le dijo nada y... ni siquiera sé si contarlo ahora... pero sus dos primeras tomas fueron horrorosas. En serio, guau. Empecé a arrepentirme de lo que le había dicho. Pero seguimos animándola.

Cuando alguien salta desde un precipicio, sobre todo si eres tú el que la ha convencido para que salte, no mueves ni un dedo, para que no pierda el equilibrio. Así que dije:

—Genial, fantástico.

Y poco a poco, creo que después de la tercera toma, probé a decirle:

—Baja el tono una octava.

ROD: Era la cuarta o quinta toma de Daisy, creo que tal vez la quinta. Fue puta magia. Magia de veras. No es una palabra que utilice a la ligera. Tenías la impresión de estar presenciando algo que solo pasa muy pocas veces en la vida. Estaba desgarrada. La grabación que se escucha en el disco fue la toma número cinco de Daisy, desde el principio hasta el final.

BILLY: Ya en el primer verso se la veía segura. No tranquila, pero sí controlada. Nivelada: «Impossible woman| let her hold you|let her ease your soul».

Daisy hizo que se fuera cociendo a fuego lento. Aumentaba sutilmente la intensidad en la siguiente frase, ya sabes: «Sand through fingers | wild horse, but she's just a colt». Y al pronunciar «colt» es cuando de verdad sientes que va creciendo.

Pasó a otro verso y entonces, la primera vez que cantó el estribillo, pude verlo en sus ojos; tenía la mirada clavada en mí y podía sentir cómo se fraguaba en su pecho: «She'll have you running | in the wrong direction | have you coming | for the wrong obsessions|oh, she's gunning|for your redemption|have you headed | back to confession». Y fue al repetir «confession» cuando realmente echó a volar.

La voz se le rompe en mitad de la palabra, se quiebra un poco. Luego vuelve a cantar la mayoría de los versos y, cuando llega por segunda vez al estribillo, da rienda suelta a la voz. Es pedregosa, áspera y susurrante. Rebosa emoción. Es como si estuviera suplicando.

Y entonces se acerca al final: «Walk away from the impossible|you'll never touch her|never ease your soul». Y añadió varias frases que quedaron fantásticas. Fue perfecto: «You're one more impossible man | running from her | clutching what you stole».

Cantó toda la canción como un lamento desgarrador. La transformó en algo muy superior a lo que yo le había dado.

DAISY: Abrí los ojos después de esa toma y apenas recordaba haberla hecho. Solo pensaba: «Lo he conseguido».

Recuerdo que me di cuenta de que tenía incluso más poder del que había pensado. Tenía más para dar, más profundidad y menos límites de los que creía.

ROD: Durante todo el tiempo que estuvo cantando, miró fijamente a Billy. Y él la miraba fijamente a ella, asentía con ella. Al terminar la canción, Teddy rompió a aplaudir. Y la expresión en el rostro de Daisy, la alegría que sentía, era como ver a una niña el día de Navidad. Estaba muy orgullosa de sí misma.

Se quitó los auriculares, los tiró al suelo, salió corriendo de la cabina y —no te miento— fue directa a los brazos de Billy. Él la cogió al vuelo y la columpió adelante y atrás durante un instante. Y podría jurarte que antes de bajarla le olió el pelo.

DAISY: Una tarde estábamos todos en el estudio grabando cuando de repente apareció Camila con las niñas.

GRAHAM: Alguna vez le había dicho a Camila: «¿Por qué no venís a vernos más a menudo?». Camila se pasaba de vez en cuando para llevarle algo a Billy pero nunca se quedaba más de un minuto. Nunca se quedaba un rato con nosotros. En aquella época el estudio siempre estaba lleno de gente que se dejaba caer por allí.

Por supuesto, la vez que vino de visita, una de las gemelas se puso a llorar sin motivo aparente y no paraba. No recuerdo si era Susana o Maria. Billy la cogió en brazos para intentar calmarla, pero no se callaba. La cogí yo, la cogió Karen. Daba igual lo que hiciéramos.

Camila terminó llevándose a las gemelas fuera.

CAMILA: Los bebés y el rock no se llevan bien.

KAREN: Un día, en el estudio, me fui a dar un paseo con Camila y las niñas.

—¿Cómo va todo? —le pregunté.

Y ella simplemente... se abrió. Habló y habló como si las palabras le salieran solas: las gemelas no dormían y Julia estaba pasando por una fase de celos y Billy nunca estaba en casa. Y de pronto, mientras empujaba el carrito con las niñas, se detuvo en seco y dijo:

—¿Por qué me quejo? Adoro mi vida.

CAMILA: ¿Qué es eso que dicen? Los días son muy largos pero los años son muy cortos. Estoy convencida de que lo dijo una madre con tres hijos menores de tres años. Permanentemente cansada y de mal humor, y feliz de apoyar la cabeza en la almohada. Criar a los hijos es un trabajo duro, pero a mí me hacía feliz.

A todo el mundo se le da bien algo. A mí se me daba bien la maternidad.

KAREN: Ese día Camila me dijo algo así como: «Estoy viviendo la vida que quiero vivir». Y al decirlo parecía que le resultara facilísimo.

GRAHAM: Mientras Camila y las gemelas estaban fuera, Billy metió a Julia en la cabina de control. Se quedó allí dentro con Artie y con Teddy mientras nosotros trabajábamos en algo.

Se lo pasó fenomenal. Estaba preciosa con los cascos en las orejas y el vestidito. Aún era rubia. Tenía las piernas tan cortas que ni siquiera se le doblaban a la altura de la rodilla al sentarse, sino que apuntaban tiesas hacia fuera.

KAREN: Decidí hablarle de Graham. Necesitaba que me ayudara, que me dijera qué hacer.

Había... Nunca se lo dije, pero una mañana vi una carta de su madre en su mesilla de noche. No había tenido intención de entrometerme pero estaba delante de mis narices y unas cuantas frases captaron mi atención. Su madre le decía que, si de verdad amaba a esa chica, debía hacerlo oficial. Y aquello me asustó.

GRAHAM: Yo quería una familia. No en ese momento, pero sí, quería lo que mi hermano tenía.

KAREN: Le dije a Camila:

—¿Qué pensarías si me estuviera acostando con Graham?

Se quitó las gafas de sol y me miró a los ojos.

—¿Si te estuvieras acostando con Graham?

—Eso he dicho. Si lo estuviera haciendo.

CAMILA: Llevaba enamorado de ella desde hacía Dios sabe cuánto tiempo.

KAREN: Seguíamos hablando hipotéticamente. Camila dijo que debía tener en cuenta el hecho de que Graham llevara tanto tiempo sintiendo lo que sentía por mí. Y supongo que eso era algo que yo sabía pero que al mismo tiempo no sabía.

CAMILA: Le dije que si se estaba acostando con Graham y no sentía por él lo mismo que yo sabía que él sentía por ella... Bueno, creo que le dije que dejara de acostarse con él.

KAREN: Creo que lo que me dijo fue:

—Como hagas daño a Graham, te mato.

—¿No te preocupa que sea Graham el que me haga daño a mí?

—Si Graham te rompiera el corazón, también lo mataría. Y lo sabes. Pero tanto tú como yo sabemos que Graham no te va a romper el corazón. Las dos sabemos cómo va a acabar esto.

Me puse un poco a la defensiva, pero Camila en realidad nunca fue de las que se echan para atrás. Era una experta en saber lo que todo el mundo debía hacer y no tenía ningún problema en decírtelo. Era muy molesto, siempre tenía razón. Y entonces te decía: «Te lo dije». Hacías algo que ella te había dicho que no hicieras y te salía mal. Te dabas cuenta de que estabas resentida con ella, esperando el «te lo dije» que sin duda estaba a la vuelta de la esquina. Y siempre te lo soltaba cuando tenías las defensas bajas.

CAMILA: Si vienes a pedirme consejo y luego no lo sigues y te estalla en la cara tal y como te dije que pasaría, ¿qué esperas que diga?

KAREN: Graham es un adulto. Puede tomar sus propias decisiones, no me corresponde a mí tomarlas por él.

—Sí te corresponde.

—No.

CAMILA: «Sí».

KAREN: Y así seguimos un buen rato hasta que me di por vencida.

DAISY: Estábamos grabando y Julia estaba en la cabina. Ese día habían ido todas a visitar a Billy. A mi micrófono le pasaba algo y estaba esperando a que consiguieran arreglarlo.

Fui a la cabina de control y le pregunté a Julia si quería una galleta. Se quitó los auriculares y dijo:

—¿Mi papá me deja?

¡Me pareció tan dulce!

Teddy se inclinó sobre el botón del *talkback* y preguntó:

—A Julia le gustaría saber si puede comerse una galleta.

Billy se inclinó a su vez y dijo:

—Sí que puede. —Y enseguida añadió—: Pero asegúrate de que sea... de las normales.

Cogí a Julia de la mano, fuimos a la cocina y compartimos una galleta de mantequilla de cacahuete. Me dijo que le gustaba la piña. Lo recuerdo porque a mí me encanta la piña y se lo dije. Le gustó mucho que tuviéramos eso en común. Le dije que algún día podríamos compartir una piña. Y entonces Karen entró en la cocina y oí que Camila llamaba a Julia y regresamos a donde estaban todos. Julia me dijo adiós con la mano y Camila me dio las gracias por vigilarla.

CAMILA: Todo el camino de vuelta diciendo [Julia]: «¿Puede ser Daisy Jones mi mejor amiga?».

DAISY: En cuanto se marcharon, Eddie nos llamó a Karen y a mí para que volviéramos a entrar en la cabina. Y alguien, no recuerdo quién, dijo que se me daban bien los niños. Y entonces Eddie dijo: «Apuesto a que serías una tía estupenda».

No se te ocurre decirle a alguien que sería una tía estupenda si pensaras que va a ser una buena madre. Pero yo sabía tan bien como cualquier otro que no sería una buena madre. No tenía derecho a imaginarme siendo la madre de nadie.

Escribí «A Hope Like You» poco después de eso.

BILLY: Cuando Daisy me enseñó «A Hope Like You» pensé: «Esto podría funcionar como una balada al piano». Era una canción de amor muy triste. Hablaba de querer a alguien que no podías tener y saber que no puedes dejar de quererlo.

—¿Cómo crees que debería sonar?

Cantó un fragmento de la canción y... simplemente la oí. Oí cómo tenía que sonar.

DAISY: Billy dijo: «Esta es tu canción. No debería ser más que tu voz y el piano».

KAREN: Grabar aquella canción fue fantástico. Yo estaba muy orgullosa de ella. Daisy cantando y yo en los teclados. Ya está. Dos titis haciendo rock.

BILLY: Después de eso, Daisy y yo compusimos mucho material cojonudo. Trabajábamos en la sala de descanso en el estudio o, si necesitábamos un poco de paz y tranquilidad, volvíamos a la casa de la piscina de Teddy.

Yo llegaba con algo en lo que estuviera trabajando y Daisy me ayudaba a pulirlo. O viceversa: nos poníamos a trabajar en alguna de las ideas de Daisy.

ROD: Hubo un periodo de tiempo en el que parecía que Daisy y Billy trajeran material nuevo cada día.

GRAHAM: Es muy emocionante estar constantemente creando. Nosotros nos poníamos a trabajar en las pistas para «Midnights» o «Impossible Woman» y entonces aparecían Daisy y Billy con alguna canción nueva que nos entusiasmaba a todos.

KAREN: Fue una época un poco frenética. Tanta gente en el estudio, todas esas canciones que entraban y salían, grabar sin parar, tocar lo mismo miles de veces, siempre intentando mejorar hasta la última toma.

Había mucho que hacer, estábamos muy ocupados, pero por la mañana estábamos todos como un clavo en el estudio, aún con la resaca de la noche anterior. Éramos como zombis a las diez de la mañana, hasta que el café y la coca empezaban a hacer efecto.

ROD: Los primeros cortes sonaban increíbles.

ARTIE SNYDER: Cuando las canciones empezaron a cuajar, nos fuimos dando cuenta de que teníamos algo verdaderamente especial entre manos.

Billy y Teddy siempre se quedaban hasta tarde escuchando lo que teníamos. Lo escuchaban una y otra vez. Esas noches, en la sala de control flotaba una energía especial: el resto del estudio en completo silencio, la oscuridad de fuera, nosotros tres solos, escuchando cómo se hacía roncarol.

Me estaba divorciando, por lo que era feliz quedándome en el estudio hasta tan tarde como hiciera falta. A veces nos daban las tres de la mañana. Teddy y yo dormíamos allí si queríamos. Billy siempre se iba a casa, aunque tuviera que volver en menos de dos horas.

ROD: Empezaba a sonar realmente alucinante. Quería asegurarme de que Runner estaba preparado para respaldar a estos tíos con dinero de verdad. El disco merecía causar un enorme revuelo.

Presionaba a Teddy para que el número de copias fuese muy alto. Quería un *hit single* claro. Quería cobertura radiofónica de rock y de pop. Quería organizar una gira masiva. Me estaba volviendo muy ambicioso. Quería una gran apuesta desde el principio.

Todo el mundo sabía que una gira en la que Daisy y Billy promocionaran este álbum agotaría todas las entradas y se venderían miles de discos. Teddy quería estar seguro de que todos jugábamos en el mismo equipo.

DAISY: Billy y yo hicimos unas cuatro canciones en una o dos semanas de escritura frenética. En realidad hicimos siete canciones, pero solo cuatro de ellas se incluyeron en el disco.

ROD: Entregaron «Please», «Young Stars», «Turn It Off» y «This Could Get Ugly», todas en la misma semana.

BILLY: El concepto del disco fue tomando forma de manera natural. Daisy y yo nos dimos cuenta de que escribíamos sobre el tira y afloja entre sentirse atraído por las tentaciones y permanecer en el buen camino. Las canciones hablaban de drogas, de sexo, de amor, de negación y de todos esos líos.

De ahí salió «Turn It Off». Va sobre creer que tienes algo bien anclado que, sin embargo, se empeña en seguir asomando la cabeza.

DAISY: Hicimos «Turn It Off» en la casa de la piscina. Billy tenía la guitarra y yo lancé la frase: «I keep trying to turn it off|but, baby, you keep turning me on» y el resto salió rodado a partir de ahí.

Yo decía una frase, él decía otra. Cada uno garabateaba sobre lo que había apuntado el otro, reescribiéndolo. Todo para tratar de conseguir la mejor versión posible de la canción.

BILLY: Llegó un punto en el que Daisy y yo podíamos empeñarnos en trastear. Teníamos la fe suficiente para seguir trabajando en algo aunque no saliera con facilidad. Así fue como llegamos a «Young Stars», por ejemplo.

DAISY: Trabajamos en «Young Stars» a trompicones. La teníamos pero después la perdíamos y la retomábamos al cabo de varios días. Creo que fue Billy el que sugirió lo de: «We only look like young stars | because you can’t see old scars». Eso me bastó, y al final la construimos alrededor de eso.

BILLY: Utilizamos un montón de palabras que hacían referencia al sufrimiento físico: dolor, nudos, romper, golpear, etcétera. Empezó a encajar bien con el resto del disco, es decir, con lo doloroso que es luchar contra los propios instintos.

DAISY: «I’d tell you the truth just to watch you blush | but you can’t handle the hit so I’ll hold the punch». Esa canción terminó llegándome muy adentro en muchos sentidos. Quizá demasiado. «I believe you can break me | but I’m saved for the one who saved me».

BILLY: A veces es difícil saber de qué habla una canción. A veces ni siquiera sabes por qué escribiste tal o cual frase o cómo te vino a la cabeza, o incluso qué significa.

DAISY: Las canciones que estábamos escribiendo juntos... [Hace una pausa] Empecé a sentir como si muchas de las cosas sobre las que Billy escribía hablaran de cómo se sentía. Para mí estaba claro que había muchas cosas de las que no hablaba que salían a flote en nuestras canciones.

BILLY: Son canciones. Las sacas de donde puedes. A veces cambias el significado para que encaje en un momento u otro. Algunas canciones tienen más de ti que otras, supongo.

DAISY: Es muy extraño hasta qué punto el silencio de alguien, la insistencia de alguien en que algo no va a pasar pueda llegar a resultar tan sofocante. Pero puede llegar a serlo. Y *sofocante* es la palabra exacta, además. Sientes que no puedes respirar.

KAREN: Creo que Daisy me enseñó «Please» antes que a nadie, y me pareció una canción muy guay.

—¿Qué piensa Billy? —le pregunté.

—Aún no se la he enseñado. Quería que la vieras tú primero.

Me pareció raro.

BILLY: Daisy me dio la canción y vi que estaba un poco nerviosa, pero enseguida me gustó. Añadí un par de frases, eliminé otras.

DAISY: Un artista es una persona muy vulnerable. Contar la verdad de esa forma, como lo estamos haciendo ahora... Cuando vives tu vida, estás tan metida en tu cabeza, alimentándote de tu propio dolor, que no ves lo evidente que resulta para las personas que te rodean. Sentía que estaba escribiendo canciones codificadas, secretas, pero sospecho que no eran codificadas ni secretas para nadie.

BILLY: «This Could Get Ugly»... En esa tuvimos la canción antes de haber escrito la letra. A Graham y a mí se nos había ocurrido un *riff* de guitarra que nos gustaba y la canción brotó de ahí. De hecho, fui a ver a Daisy y le pregunté: «¿Tienes algo para esto?».

DAISY: Llevaba un tiempo dándole vueltas a la idea de «feo» como algo positivo. Quería escribir una canción sobre sentir que tienes calado a alguien, aunque esa persona no lo sepa.

BILLY: Daisy y yo nos reunimos en casa de Teddy una mañana. Volví a tocársela y ella eliminó algunas cosas. Hablaba de un tipo con el que estaba saliendo, no recuerdo quién. Y varias de sus frases realmente me calaron hondo. Me gustaba mucho la de: «Write a list of things you'll regret|I'd be on top smoking a cigarette». Esa frase me volvía loco.

—¿Qué te ha hecho este tío para que escribas una canción así?

DAISY: Incluso entonces no estaba segura de que Billy y yo estuviéramos teniendo la misma conversación.

BILLY: Era muy buena con los juegos de palabras, sabía dar la vuelta al significado de las cosas, minar la sensiblería. Me encantaba lo que estaba haciendo y se lo dije.

DAISY: Cuanto más me esforzaba en ser una cantautora, cuanto más tiempo le dedicaba, mejor lo hacía. No era una progresión lineal, sino más bien a base de serpenteos. Pero estaba mejorando, me estaba volviendo muy buena. Y lo sabía. Ya era consciente cuando le mostré aquella canción. Pero saber que eres buena solo te puede ayudar hasta cierto punto, en algún momento necesitas que alguien más lo vea. La apreciación por parte de gente a la que admiramos cambia la forma en la que nos vemos a nosotros mismos. Y Billy me veía tal como yo quería que me vieran. No hay nada más poderoso que eso. Lo creo de verdad.

Todos queremos que alguien sostenga el espejo en el que nos queremos mirar.

BILLY: «This Could Get Ugly» fue idea de ella, la ejecutó y fue... excelente.

Había escrito algo que sentía que podía haber escrito yo, aunque en realidad sabía que no habría podido hacerlo. Nunca se me habría ocurrido hacer algo así, y eso es lo que todos buscamos en el arte, ¿no? Cuando alguien localiza algo que parece que habite en nuestro interior. Cuando te arranca un trozo de corazón y te lo muestra. Es como si te estuvieran presentando a una parte de ti mismo. Y eso es lo que Daisy hizo con aquella canción. Al menos en mi caso.

Lo único que podía hacer era reconocérselo. No cambié ni una sola palabra.

EDDIE: Cuando llegaron al estudio con «This Could Get Ugly», pensé: «Genial, otra canción en la que ni pincho ni corto».

No me gustaba en quién me estaba convirtiendo todo aquello. No soy una persona amargada. En casi cualquier otra situación de mi vida, no soy ese tipo de tío, ¿sabes? Pero cada vez estaba más harto de ir a trabajar día tras día sintiéndome como un ciudadano de segunda clase. Algo así te afecta. Seas quien seas te afecta.

Le dije a Pete: «Ciudadano de segunda en una vida de primera».

KAREN: Formaron un club del que sin duda no formábamos parte. Daisy y Billy. Hasta la información que nos llegaba desde Runner Records era que había que tener contentos a Daisy y a Billy. Había que mantenerlos «estables».

WARREN: Daisy siempre se escaqueaba de las cosas que no quería hacer. A veces aparecía borracha. Pero todo el mundo actuaba como si fuera la gallina de los huevos de oro.

DAISY: Pensaba sinceramente que me lo estaba montando bien. No era verdad, pero yo pensaba que sí.

KAREN: Creía que tenía las pastillas bajo control, pero durante la grabación del disco me di cuenta de que simplemente había aprendido a esconderlas mejor.

ROD: Parecía que Billy y Daisy se llevaran a las mil maravillas, pero entonces Daisy llegaba tarde o se piraba con alguien y Billy se cabreaba.

EDDIE: Daisy y Billy salían a la calle, donde pensaban que nadie podía oírlos, y se plantaban en la acera a gritarse cosas el uno al otro.

KAREN: Billy se cabreaba un montón cuando Daisy aflojaba el ritmo.

BILLY: Daisy y yo nos peleábamos demasiado en aquella época. Puede que lo normal, igual que me peleaba con Graham o con Warren.

DAISY: Billy pensaba que sabía mejor que yo lo que tenía que hacer. No iba mal encaminado, eso es cierto, pero yo no estaba dispuesta a permitir que nadie me dijera lo que tenía que hacer.

Me vi atrapada en un remolino de mi propio ego. Por un lado, contaba con la aprobación que durante tanto tiempo había perseguido. Pero, por otro lado, me sentía tremendamente insatisfecha en muchos sentidos.

En esa época era increíblemente prepotente pero a la vez tenía la autoestima por los suelos. Me daba igual lo guapa que fuera o lo maravillosa que fuera mi voz o todas las portadas de revista en las que salía. Lo que quiero decir es que un montón de chicas adolescentes de mayores querían convertirse en la Daisy Jones de finales de los setenta. Era muy consciente de ello. Pero la única razón por la que la gente pensaba que yo lo tenía todo era porque tenía todo lo que se podía ver.

En cambio, carecía de todo lo que no se podía ver.

Cantidades ingentes de las mejores drogas pueden hacer que no sepas si eres o no feliz. Te pueden hacer creer que estar rodeada de gente es lo mismo que tener amigos.

Yo sabía que drogarme no era una solución a largo plazo, ¡pero es tan fácil! Es verdaderamente fácil.

Aunque, por supuesto, en realidad no es nada fácil, porque en un instante pasas de intentar curar una herida a intentar desesperadamente esconder el hecho de que ahora eres una persona miserable, que se sabotea a sí misma, vendida, y la herida que estabas curando se ha convertido en un tumor.

Pero era guapa y delgada, así que, qué más daba lo demás ¿verdad?

ROD: Teddy siempre estaba pendiente de que Billy y Daisy estuvieran tranquilos. Eran... Billy y Daisy juntos eran como alimentar una pequeña hoguera. Estupenda si está controlada; solo hay que mantener el queroseno lejos y todo irá bien.

EDDIE: Que Billy esté sobrio, que Daisy no se desmadre... Requiere mucho esfuerzo. Dudo mucho que Teddy Price hubiera perdido el culo para asegurarse de que yo no ponía un pie en un bar.

GRAHAM: Empezamos a llamarlos «los elegidos». No sé si llegaron a enterarse, pero... Es verdad, eso es lo que eran.

ROD: Estábamos grabando las canciones de Daisy y Billy que quedaban pendientes. Creo que para entonces ya tenían todas las canciones arregladas y se barajaba lo que podía encajar en el disco y lo que no.

Ahora ya nadie piensa en esto porque la tecnología es muy diferente, pero en aquella época la duración era reducida. La mayoría de las veces, en una cara cabían veintidós minutos.

KAREN: Graham escribió una canción que se llamaba «The Canyon».

GRAHAM: Había escrito una canción... Era la única que de verdad me gustaba de todas las que había hecho. Yo no era ningún cantautor, eso siempre fue cosa de Billy, pero de vez en cuando se me ocurría algo y lo apuntaba. Por fin había escrito una canción de la que estaba orgulloso.

Iba sobre cómo, a pesar de que para entonces Karen y yo hacía tiempo que vivíamos a lo grande, habría sido igual de feliz en una casa de mierda siempre y cuando estuviera con ella. Me basé en la vieja casa de Topanga Canyon en la que habíamos vivido todos juntos. Donde todavía vivían Pete y Eddie.

La calefacción apenas funcionaba, casi nunca había agua caliente, una de las ventanas estaba rota y todo eso. Pero, si estábamos juntos, lo demás daba igual: «There's no water in the sink | and the bathtub leaks | but I'll hold your warm body in a cold shower|stand there with you and waste the hours».

KAREN: Me dio un poco de mal rollo. Nunca le había prometido un futuro y me preocupaba que Graham imaginara uno. Por desgracia, al menos en aquel momento, tendía a evitar los problemas a los que no quería hacer frente.

WARREN: Graham había escrito una canción y le pidió a Billy que la considerase para el disco, pero Billy la rechazó.

BILLY: Cuando Graham vino con la canción que quería que grabásemos, Daisy y yo ya teníamos casi todo el disco terminado. Y las canciones eran complicadas, llenas de matices, un poco oscuras.

Daisy y yo habíamos hablado de escribir una o dos canciones más, y la idea era que al menos una de ellas fuese algo más dura, menos romántica.

Lo que Graham me había enseñado... Graham había escrito una canción de amor. Una cancioncita de amor simple. No tenía la complejidad que Daisy y yo buscábamos.

GRAHAM: Era la primera vez que componía en serio, y la había compuesto para la mujer a la que amaba. Pero Billy estaba tan metido en su propia mierda que ni siquiera sabía sobre quién la había escrito, ni me lo preguntó. Tardó unos treinta segundos en echar un vistazo a la canción y enseguida dijo:

—Tal vez en el próximo disco, tío. Este ya lo tenemos.

Yo siempre había apoyado a Billy. Siempre había estado ahí para él, en todo y para todo.

BILLY: Habíamos decidido que en aquel disco no le iba a decir a nadie cómo tenía que hacer su trabajo, así que no iba a permitir que nadie nos dijera a Daisy y a mí lo que teníamos que cantar. Cada uno que se ocupara de lo suyo.

KAREN: Graham se la vendió a los Stun Boys y triunfaron con ella. Me alegré mucho. No hubiera querido tener que tocar esa canción noche tras noche.

Nunca he entendido a la gente que hablan de sí mismos en canciones que van a tener que tocar de gira una y otra vez.

ROD: Eso fue más o menos cuando Daisy y Billy empezaron a grabar las voces. En la mayoría de las canciones compartían la misma cabina. Cantaban en el mismo micro y armonizaban juntos en tiempo real.

EDDIE: Billy y Daisy compartiendo micro en una de esas cabinitas... Cualquiera hubiera matado por estar tan cerca de Daisy.

ARTIE SNYDER: Para mí hubiera sido mucho más fácil que cantaran en dos cabinas distintas, porque así habría podido aislar las voces. Que cantaran en el mismo micrófono multiplicó mi trabajo por diez.

Si había una parte en la que Daisy sonaba suave, no podía sobregrabarla sin perder la parte de Billy. Cortar de un lado a otro entre tomas se volvió casi imposible.

Había que grabarlo todo una y otra vez hasta conseguir una toma en la que ambos sonaran bien al mismo tiempo. Por la noche, cuando los demás se iban a casa, Daisy, Billy, Teddy y yo nos quedábamos trabajando hasta muy tarde. Aquella forma de trabajar limitaba en gran medida lo pulidas que podían quedar las canciones. La verdad es que yo estaba bastante cabreado, pero Teddy no me respaldó.

ROD: En mi opinión, Teddy había tomado la decisión correcta. Es algo que puede apreciarse en las canciones, sientes que respiraban el mismo aire al cantar. Era..., a ver, no hay otra palabra para describirlo: era íntimo.

BILLY: Si a la música se le desatan todos los nudos y se le liman todas las asperezas... ¿qué mierdas le queda?

ROD: Me enteré indirectamente, me lo contó Teddy, por lo que no puedo garantizar hasta qué punto es cierto. Por lo visto, Billy y Daisy se quedaron toda una noche haciendo sobregrabaciones de «This Could Get Ugly».

Teddy me dijo que durante una de esas tomas, a las tantas de la madrugada, Billy no le quitó los ojos de encima a Daisy. Y que al acabarla, Billy se percató de que Teddy le estaba mirando. Apartó la mirada de inmediato e intentó fingir que no la había observado en ningún momento.

DAISY: ¿Hasta qué punto tenemos que ser sinceros? Ya sé que te dije que lo contaría todo, pero ¿hasta qué punto quieres saber todo lo que pasó?

BILLY: Estábamos en la casa de invitados de Teddy. Daisy llevaba un vestido negro, uno de esos que tienen las tiras finas. ¿Cómo se llaman?

Estábamos trabajando en una canción que se llamaba «For You». Al principio no teníamos gran cosa, pero iba sobre estar sobrio para Camila. Nunca declaré expresamente que hablara de eso porque sabía que si escribía sobre Camila, Daisy me echaría la bronca. Así que le dije que iba sobre renunciar a algo por alguien.

Daisy me había recordado que queríamos escribir algo un poco más duro y yo le dije que lo podíamos hacer más tarde, porque lo cierto es que esa idea me gustaba mucho. Pude haber dicho: «La verdad es que llevo un tiempo dándole vueltas a esta canción».

DAISY: No debían de ser más que las once de la mañana pero yo ya estaba achispada. Billy tocaba una canción al piano y me senté a su lado. Me estaba enseñando las notas y empecé a tocar con él. Tratábamos de dar con el tono adecuado. Las pocas frases que Billy ya tenía escritas... las recuerdo perfectamente: «Nothing I wouldn't do |to go back to the past and wait for you»*. Cantó aquello, sentado a mi lado.

BILLY: Daisy puso su mano sobre la mía para que dejara de tocar. La miré y dijo:

—Me gusta escribir contigo.

—A mí también me gusta escribir contigo.

Y entonces dije algo que no debería haber dicho.

DAISY: Dijo: «Hay muchas cosas de ti que me gustan».

BILLY: Cuando dije eso, Daisy sonrió, su rostro se iluminó. Una sonrisa amplia y una risa casi infantil. Sus ojos empezaron a llenarse de lágrimas, creo. O tal vez fueran imaginaciones mías. No lo sé. Hacer sonreír a Daisy... es algo que..., que te hace sentir muy bien. Es... [Hace una pausa] No sé. No sé lo que digo.

DAISY: «Hay muchas cosas de ti que me gustan».

BILLY: Era peligrosa, y yo lo sabía. Pero no creo que estuviera preparado para reconocer que, cuanto más seguro me sentía con ella, más peligrosa era.

DAISY: Antes de darme cuenta de lo que estaba haciendo, me incliné para besarlo. Lo tenía tan cerca que podía sentir su aliento. Y cuando abrí los ojos, vi que los suyos estaban cerrados. Y pensé: «Esto tiene sentido». Lo tenía y era genial que lo tuviese.

BILLY: Me sentí perdido, creo. Al menos durante un instante.

DAISY: Mis labios apenas rozaron los suyos. Pude sentirlos, pero solo porque todos mis sentidos estaban puestos en ellos. Y entonces se echó hacia atrás.

Me miró con dulzura y dijo:

—No puedo.

Mi corazón se hundió. No es una metáfora, realmente pude sentir que se hundía.

BILLY: Me estremezco al pensar en ello. En esa vez. En cómo ese pequeño error me habría hecho tirar toda mi vida por la borda.

DAISY: Después de que me rechazara, volvió a clavar la mirada en las teclas y me di cuenta de que estaba intentando hacer como si lo que acababa de pasar no hubiese pasado. Seguramente por mi bien. Aunque pienso que también lo hizo por el suyo. Era insoportable. Esa mentira que intentaba contarnos a los dos. Prefiero mil veces que alguien me grite a que se ponga tenso y se quede inmóvil.

BILLY: Cuando Graham y yo éramos unos críos, en verano nuestra madre nos llevaba a una piscina comunitaria. Una vez, Graham estaba sentado en el bordillo, cerca de la parte profunda. Eso fue antes de que supiera nadar.

Yo me puse a su lado y pensé: «Podría empujarlo al agua». Ese pensamiento me aterrorizó. No quería empujarlo. Nunca lo habría empujado pero... me dio miedo que lo único que se interponía entre aquel momento de calma y la mayor tragedia de mi vida fuera el que yo eligiera no hacerlo. Que la vida de todo el mundo fuera algo tan precario me dejó muy tocado. La ausencia de algún mecanismo todopoderoso que detuviera aquello que no debía pasar.

Eso es algo que siempre me ha dado miedo. Y así es como me sentía estando cerca de Daisy Jones.

DAISY: Dije: «Debería irme».

Y él dijo: «Daisy, no pasa nada».

BILLY: Nos quedamos allí como si no hubiera pasado nada. Confiaba desesperadamente en que alguno de los dos se levantara y se marchara.

DAISY: Agarré el abrigo y las llaves y dije: «Lo siento mucho». Y me fui.

BILLY: Al final me tuve que ir yo. Le dije a Daisy que lo retomaríamos en otro momento. Me metí en el coche y volví a casa, con Camila.

—Qué pronto has vuelto.

—Quería estar contigo.

DAISY: Fui a la playa. No sé por qué. Necesitaba conducir, así que conduje hasta que me quedé sin carretera, hasta que me di de bruces con la arena.

Aparqué el coche y me sentí muy avergonzada y abochornada y estúpida y sola y aislada y patética y sucia y horrible. Y luego me enfadé muchísimo.

Me cabreé por todo lo que había hecho él: por haberse echado para atrás, por haberme avergonzado, por no sentirse de la forma que yo quería que se sintiera. O tal vez porque sospechaba que sí se sentía de esa forma y no estaba dispuesto a admitirlo. El caso es que estaba enfadada. No era algo racional. ¿Hay algo que realmente lo sea? Sin embargo, por muy irracional que fuese, estaba furiosa, la rabia se agolpaba en mi pecho.

Estamos hablando del primer hombre que de verdad había visto quién era, que de verdad me comprendía, que tenía tanto en común conmigo... y, aun así, no me quería. Cuando encuentras a esa persona excepcional que sabe quién eres realmente y, aun así, no te quiere...

Estaba que echaba humo.

BILLY: Todavía quedaba mucho día por delante. Miré a Camila y propuse:

—¿Qué te parece si nos subimos en el coche y vamos a algún sitio?

—¿Adónde? —preguntó Camila.

Me giré hacia Julia:

—Si pudieras hacer cualquier cosa ahora mismo, ¿qué harías?

Lo tuvo clarísimo.

—¡Disneylandia! —gritó.

Así que nos metimos en el coche y llevamos a las niñas a Disneylandia.

DAISY: Había aparcado a un lado de la Pacific Coast Highway y me vino una palabra a la cabeza: «Laméntame».

Lo único que podía usar como papel era la parte de atrás de los papeles del coche y una servilleta que había cogido en una gasolinera. Busqué por todas partes algo con lo que poder escribir. No había nada en el compartimento de la puerta ni en la guantera. Salí del coche, busqué por debajo de los asientos y bajo el asiento del copiloto encontré un lápiz de ojos.

Empecé a escribir. Rápida como un rayo, puede que durante unos diez minutos. Al final saqué una canción entera: «Regret Me».

BILLY: Julia había subido en las tazas locas con Camila y las veo dar vueltas y más vueltas. Las gemelas están dormidas en el carrito. Intento olvidarme de la mañana que he tenido, pero estoy perdiendo la cabeza porque..., bueno, era complicado, evidentemente.

Y entonces, ¿sabes de lo que me di cuenta? ¡De que lo que yo sintiera por Daisy no era tan importante! La historia es lo que haces, no lo que casi haces, ni lo que piensas en hacer. Y estaba orgulloso de lo que había hecho.

DAISY: ¿Justificaba el comportamiento de Billy aquella canción? Probablemente no. Es decir, claro que no. Pero esa es precisamente la cuestión: el arte no le debe nada a nadie.

Las canciones hablan de sentimientos, no de hechos. Expresarse tiene que ver con lo que se siente al vivir, no con tener o no derecho a reclamar una u otra emoción en un momento dado. ¿Tenía derecho a estar cabreada con él? ¿Había hecho él algo mal? ¡Qué más da! Yo estaba dolida. Así que escribí sobre eso.

BILLY: Nos fuimos muy tarde de Disneylandia. Básicamente, cuando nos cerraron el parque.

Julia se quedó dormida en el viaje de vuelta. Las gemelas llevaban un buen rato durmiendo. Mientras volvíamos por la 405, sintonicé la KRLA a bajo volumen y Camila apoyó los pies en el salpicadero y la cabeza en mi hombro. Ese gesto me hizo sentir muy bien. Mantuve la espalda recta y no me moví ni un ápice para que ella no se moviera.

En aquella época, entre Camila y yo había una especie de acuerdo tácito.

Quiero decir... ella sabía que Daisy era... Sabía que las cosas eran... [hace una pausa], supongo que lo que estoy diciendo es que algunos matrimonios no necesitan decirse todo lo que sienten. Creo que decir todo lo que piensas y sientes..., bueno, hay gente que es así. Camila y yo no lo éramos. Camila y yo... ambos confiábamos el uno en el otro para manejar la situación.

A ver si me explico, porque, al decirlo ahora, me parece una locura que Camila y yo nunca habláramos del tema. Que no tuviéramos una conversación franca sobre Daisy. Porque es evidente que ella era un elemento importante en nuestras vidas.

Habrá quien piense que no confiábamos el uno en el otro: o bien yo no confiaba en ella para decirle lo que estaba pasando con Daisy, o bien ella no confiaba lo bastante en mí para pensar que podía gestionarlo. Pero en verdad es justo al revés.

Más o menos en esa misma época, un par de años arriba o abajo, no recuerdo bien, Camila recibió una llamada de un antiguo compañero de instituto. Un tío que jugaba en el equipo de béisbol y que la había llevado al baile de fin de curso y todo eso. Creo que se llamaba Greg Egan o Gary Egan. Algo así.

—Voy a ir a comer con Gary Egan —anunció.

—Vale.

Y se fue a comer con él y estuvo cuatro horas fuera. Nadie se tira cuatro horas comiendo.

Cuando volvió me dio un beso y se puso a hacer la colada o alguna otra cosa.

—¿Qué tal la comida con Greg Egan? —le pregunté.

—Bien.

Y eso es todo lo que dijo.

En aquel momento supe que lo que hubiera pasado entre Gary Egan y ella, si ella aún sentía algo por él, lo que él sintiera por ella, lo que sea que pudiera haber pasado, nada de eso era de mi incumbencia. No era algo que ella quisiera compartir. Fue un momento especial para ella y no tuvo nada que ver conmigo.

No estoy diciendo que no me importara. Me importaba, y mucho. Lo que estoy diciendo es que cuando de verdad amas a alguien, a veces aquello que esa persona necesita puede dolerte pero, aun así, hay personas por las que merece la pena pasarlo mal.

Yo le había hecho daño a Camila. Joder si se lo había hecho. Pero amar a alguien no es ser perfecto, pasar solo buenos ratos y hacer el amor. Amar es perdonar, ser paciente, tener fe y, cada tanto, llevarte una buena hostia. Por eso es peligroso amar a la persona equivocada, amar a quien no lo merece. Tienes que estar con alguien que se merezca tu fe y tienes que ser merecedor de la fe de alguien. Eso es algo sagrado.

Detesto a la gente que malgasta la fe que otras personas han depositado en ellas. La detesto profundamente. Camila y yo prometimos poner nuestro matrimonio y nuestra familia por delante de cualquier otra cosa. Y prometimos confiar el uno en el otro para encontrar la mejor forma de hacerlo. ¿Sabes qué es lo que haces con ese nivel de confianza? ¿Cuando alguien te dice «confío

tanto en ti que puedo tolerar que tengas secretos»? Lo cuidas como oro en paño. Te recuerdas todos los días lo afortunado que eres de que te hayan entregado esa confianza. Y cuando piensas: «Quiero hacer algo que rompería esa confianza», da igual el qué: querer a una mujer que no deberías querer, tomarte una cerveza que no deberías tomar..., ¿sabes lo que haces?

Levantas el culo, te pones de pie y te llevas a tus hijas a Disneylandia con su madre.

CAMILA: Si ha dado la impresión de que creo que la confianza es algo fácil (con tu esposo, con tus hijos, con cualquiera que te importe) me he expresado mal. Es lo más difícil que he tenido que hacer en mi vida.

Pero sin eso no tienes nada. Me refiero a nada que merezca la pena. Por eso yo he elegido hacerlo así una y otra vez, incluso cuando me salió rana. Y lo seguiré eligiendo hasta el día en que me muera.

DAISY: Esa noche, al llegar a casa, llamé a Simone. Estaba en Nueva York. Debía de llevar como un mes sin verla, puede que algo más.

Era una de las primeras noches en ni se sabe cuánto tiempo que pasaba sola, sin salir con nadie o sin irme de fiesta a algún sitio. Estaba sola en mi cabaña. Había tanto silencio que me dolían los oídos.

La llamé y le dije:

—No tengo a nadie.

SIMONE: Detecté una profunda tristeza en su voz. Y eso, en Daisy, era raro, aunque solo fuera porque por lo general iba colocada. ¿Te das cuenta de lo triste que tienes que estar para estarlo a pesar de haberte puesto hasta el culo de coca o dexies? Pensé que no se sentiría tan sola si le decía cuánto pensaba en ella.

DAISY: Simone dijo:

—Hazme un favor. Imagina un mapa del mundo.

Yo no estaba de humor.

—Solo imagínatelo.

Así que lo hice.

—Tú estás en Los Ángeles. Eres una luz parpadeante. ¿Hasta aquí bien?

—Claro.

—Y sabes que tu parpadeo es más brillante que el de los demás. Lo pillas, ¿verdad?

—Claro. —Solo lo decía para seguirle la corriente. Pero añadió:

—Y entonces, hoy en Nueva York, el jueves en Londres y la semana que viene en Barcelona, hay otra luz que parpadea.

—¿Y esa eres tú?

—Esa soy yo. Y no importa dónde estemos, no importa la hora que sea, el mundo está oscuro y nosotras somos dos luces parpadeantes que brillan a la vez. Ninguna de las dos brilla sola.

GRAHAM: Una noche, Billy me llamó a las tres de la mañana. Karen estaba conmigo. Solo contesté porque supuse que si llamaban a esas horas era porque debía de haberse muerto alguien. Billy ni siquiera me saludó, sino que directamente dijo:

—Creo que esto no va a funcionar.

—¿De qué estás hablando?

—Daisy se tiene que ir.

—No. Daisy no se va a ir.

—Te lo estoy pidiendo por favor.

—No, Billy. Venga ya, tío. Casi hemos terminado el disco.

Colgó el auricular y eso fue todo.

CAMILA: Una noche, de madrugada, escuché que Billy se levantaba y descolgaba el teléfono. Estaba bastante segura de que hablaba con Teddy, aunque no del todo. Le oí decir:

—Daisy tiene que irse.

Y lo supe. Por supuesto que lo supe.

GRAHAM: Supuse que estaba flipando en colores porque ya no era la estrella del disco. A ver, yo sabía que entre Billy y Daisy las cosas estaban delicadas. Pero en esa época pensaba que la música iba simplemente de eso, de música.

Pero la música nunca va de música. Si fuera así, estaríamos escribiendo canciones sobre guitarras. Pero no lo hacemos. Escribimos canciones sobre mujeres.

Las mujeres te aplastan, ¿sabes? Supongo que todo el mundo hace daño a todo el mundo, pero ¿te has dado cuenta de que las mujeres parecen volver a levantarse? Las mujeres siempre están en pie.

ROD: Daisy no tenía que venir ese día.

KAREN: Estábamos ultimando «Young Stars». Yo estaba en la sala de descanso cuando vi entrar a Daisy. Se notaba que estaba hecha mierda.

DAISY: Estaba borracha. En mi defensa diré que eran las cinco de la tarde. ¿No es esa la hora internacional de beber? Ya sé que no, pero confía un poco en mí. Sé lo loca que estoy.

BILLY: Yo estaba en la sala de control escuchando los *overdubs* de Eddie, intentando que ralentizara un poco su parte cuando, de repente, Daisy abre la puerta de par en par y anuncia que necesita hablar conmigo.

DAISY: Fingió no tener ni idea de por qué quería hablar con él.

BILLY: De modo que digo que vale, salgo de la sala y entro en la cocina con ella. Me entrega una servilleta y la parte de atrás de un recibo o algo parecido lleno de garabatos y manchurrones negros.

DAISY: El lápiz de ojos se emborrona con facilidad.

BILLY: —¿Qué es esto?

—Nuestra nueva canción.

Volví a mirar los papeles pero no era capaz de saber qué era lo que estaba mirando.

—Empieza en la hoja y sigue en la servilleta.

DAISY: La lee una sola vez y dice:

—No vamos a grabar esto.

—¿Por qué no?

Estábamos de pie junto a una ventana abierta y Billy se inclinó para cerrarla de golpe.

—Porque no.

BILLY: Cuando escribes una canción que puede ir sobre alguien pero también no ir, nadie pregunta. Porque nadie quiere quedar como un idiota.

DAISY: Le dije: «Dame una buena razón por la que no debamos grabar esta canción».

Quiso empezar a hablar pero lo interrumpí:

—Te voy a dar cinco buenas razones por las que sí que deberíamos grabarla.

BILLY: Cerró el puño y empezó a sacar los dedos uno a uno enumerándolas:

—Uno: sabes que es buena. Dos: el otro día decías que necesitamos algo duro, algo menos romántico. Esto lo es. Tres: nos falta por lo menos una canción más. ¿Querías que escribiéramos otra juntos? Porque te lo digo desde ya: a mí no me apetece que escribamos nada más juntos. Cuatro: está escrita para la melodía de ese blues *shuffle* en la que has estado trabajando, por lo que ya está medio terminada. Y, por último, cinco: he vuelto a mirar la lista de las canciones. Este disco va sobre la tensión y, si temáticamente quieres que tenga movimiento, necesitas que algo rompa esa tensión. Así que aquí lo tienes. Ya está rota del todo.

DAISY: Había ensayado el discurso de camino al estudio.

BILLY: Era difícil exponer un argumento en contra, pero, aun así, lo intenté.

DAISY: Le dije que no había ninguna razón para que no grabásemos la canción, a menos que fuese otra cosa lo que le molestara.

BILLY: No hay nada que me moleste, pero la respuesta es no.

DAISY: No eres el jefe de este grupo, Billy.

BILLY: Le dije que escribíamos juntos, y que no pensaba escribir esta canción con ella.

Daisy agarró el recibo y la servilleta y salió de la habitación hecha una furia. Pensé que todo quedaría ahí.

DAISY: Metí a todo el mundo en la sala de descanso. Todos estaban allí.

KAREN: Daisy literalmente me arrastró de la manga.

WARREN: Estoy de pie en la puerta trasera con un porro en la mano, noto la mano de Daisy en el hombro y me hace volver al estudio.

EDDIE: Pete estaba en la cabina con Teddy. Yo había ido al baño. Al salir vi que Pete también estaba fuera, había salido para ver qué pasaba.

GRAHAM: Pete y yo estábamos sentados en la sala de descanso trabajando en algo y, de pronto, tenemos a todos allí delante.

DAISY: Les dije que les iba a cantar una canción.

BILLY: Todos estaban reunidos en la sala de descanso. Pensé: «¿Qué cojones pasa aquí?».

DAISY: Y que después todos íbamos a votar si entraba en el disco o no.

BILLY: Estaba tan enfadado que era como si hubiera sobrepasado la fase de acaloramiento y hubiera alacanzado el frío. Estaba petrificado, anonadado. Sentía que me quedaba sin sangre en las venas, como si alguien hubiera quitado el tapón en una bañera.

DAISY: Me lancé. Sin ningún tipo de acompañamiento. Canté la canción tal y como la había escuchado en mi cabeza: «When you look in the mirror | take stock of your soul | and when you hear my voice, remember|you ruined me whole».

KAREN: Era una voz gutural. En parte se debía a que estaba borracha, colocada o ambas. Es decir, su voz ya de por sí sonaba rasposa, pero la combinación de ambas cosas... Era una canción de cabreo. Y la cantaba cabreada.

EDDIE: ¡Era rock! Era rabia, tío. Te golpeaba. Cuando le cuento a la gente en qué consiste hacer un disco de rock, les hablo de aquel día. De tener delante a la tía más buena que has visto en tu vida y ver que se pone a vomitar hasta las entrañas. Todos tuvimos la sensación de que estaba a punto de chalarse, en el buen sentido.

WARREN: ¿Sabes cuándo me subí al carro? ¿Cuándo supe que esa canción era una puta maravilla? Cuando cantó lo de: «When you think of me, I hope it ruins rock ’n’ roll».

BILLY: Cuando terminó, nadie abrió la boca, y pensé: «Vale, bien. No les ha gustado».

DAISY: Dije: «Quien crea que la canción debería formar parte del disco, que levante la mano». Y Karen la levantó de inmediato.

KAREN: Quería tocar en aquella canción. Quería hacer rock en el escenario con una canción como esa.

EDDIE: Es la canción de una mujer despechada, pero era muy buena. Levanté la mano hasta que me dolió. Y Pete también. Creo que lo que le gustaba era que sonaba un poco peligrosa, ¿sabes por dónde voy? Porque el resto de canciones del disco eran bastante moñas.

WARREN: «Apúntame en la columna sí», dije. Me llevé el porro a la boca y volví al aparcamiento.

GRAHAM: Si a Billy le hubiera gustado la canción, no habría hecho falta votar, ¿no crees?

Mi instinto era respaldarlo. Pero era una gran canción.

DAISY: Todos tienen la mano levantada menos Graham y Billy. Y entonces Graham también alza la suya.

Miré a Billy, que estaba de pie al fondo de la sala.

—Seis contra uno.

Asintió mirándome a mí y luego al resto, y se marchó.

EDDIE: La grabamos sin él.

ROD: Había llegado la hora de empezar a pensar en cómo íbamos a comercializar el disco, así que junté a la banda con Freddie Mendoza, un fotógrafo amigo mío. Un tío de mucho talento. Le enseñé un par de cortes iniciales para que se hiciera una idea de lo que buscábamos.

—Me lo imagino en las montañas del desierto.

KAREN: Por alguna razón, recuerdo que Billy quería que la portada fuera una foto de nosotros subidos en un barco.

BILLY: Pensaba que debíamos fotografiar un amanecer. Ya habíamos decidido que el disco tenía que llamarse *Aurora*, o eso creo.

DAISY: Billy había decidido que el disco se llamaría *Aurora* y parecía que nadie pudiera discutírselo. Pero yo pensaba que el disco en el que me había dejado la piel se llamaba así por Camila.

WARREN: Pensé que sería muy guay hacer la foto de la portada en mi barco.

FREDDIE MENDOZA (*fotógrafo*): Me dijeron que sacara una foto del grupo al completo en la que Billy y Daisy fueran el centro de todas las miradas. Es decir, una sesión de fotos como la de cualquier otro grupo, ¿no te parece? Tienes que ser muy consciente de a quién estás mostrando y cómo hacer que parezca natural.

ROD: Freddie quería un ambiente desértico. A Billy le pareció bien. Y no hubo más que hablar.

GRAHAM: Nos convocaron a todos al amanecer, en un punto concreto de las montañas de Santa Mónica.

WARREN: Pete llegó como una hora tarde.

BILLY: Quise echarnos un vistazo a todos juntos mientras esperábamos a que el fotógrafo preparara el plano. Fue un poco como salir de mí mismo. Intentaba vernos tal y como nos vería la gente.

A ver, Graham siempre había sido un tío atractivo. Más grande y fuerte que yo. A lo largo de los años que llevábamos viviendo a cuerpo de rey había ganado algunos kilillos, pero le sentaban bien. Eddie y Pete eran algo desgarbados pero vestían bien. Y Warren tenía ese pedazo de bigote que entonces molaba. Karen era muy guapa de una forma discreta. Y luego estaba Daisy.

KAREN: Vamos apareciendo uno tras otro y casi todos llevamos vaqueros y una camiseta. Eso es lo que Rod había dicho: «Poneos lo que llevaríais normalmente». Y entonces llega Daisy con unos vaqueros cortísimos, una camiseta sin mangas y sin sujetador. Por supuesto, no faltan los grandes pendientes de aro y los brazos llenos de brazaletes. Era una camiseta fina y blanca, y se le veían los pezones clarísimamente. Y ella lo sabía. De repente lo vi cristalino: «La portada va a girar en torno al pecho de Daisy».

DAISY: No me pienso disculpar por ninguna estupidez relacionada con la portada del disco. Yo me pongo lo que me da la gana. Llevo la ropa que me resulta cómoda. Cómo se sientan los demás al respecto no es mi problema. Se lo dije a Rod, y ya se lo había dicho antes a Billy. Tuve muchas conversaciones sobre esto con Karen. [Ríe] Ella y yo acordamos estar en desacuerdo.

KAREN: Si queremos que nos tomen en serio como músicos, ¿por qué usamos nuestros cuerpos?

DAISY: Si quiero ir por la vida en *topless*, eso es cosa mía y de nadie más. Y déjame que te diga que, si tuvieras mi edad, tú también te alegrarías de haberles sacado una buena foto.

GRAHAM: Billy y Daisy no habían hablado, que yo supiera, desde lo de «Regret Me».

BILLY: No tenía nada que decirle.

DAISY: Me debía una disculpa.

FREDDIE MENDOZA: Billy iba vestido con vaqueros y camisa vaquera. Era su estilo. Y Daisy llevaba una camiseta que apenas era una camiseta. Inmediatamente supe la foto sería esa: la camisa vaquera de él y la parte de arriba sin mangas de ella.

Coloqué a todos lo largo de la carretera, apoyados en el quitamiedos que había entre la calzada y la abrupta pendiente del cañón. Tras ellos, a unos treinta metros, se elevaba una montaña enorme y amenazante. El sol había empezado a salir por el horizonte.

Con los siete allí de pie, cada uno en una postura diferente, sabía que la foto sería brutal. Rezumaba *Americana* por todas partes: la carretera, el polvo y la arena; el grupo en un precipicio..., algunos desaliñados y otros arreglados; el desierto y el bosque de las montañas de Santa Mónica, con unos pocos árboles creciendo en el suelo pálido y tostado; y el sol brillando por encima de todo aquello.

Y, además, estaban Billy y Daisy.

Se habían colocado en extremos opuestos, aunque yo intentaba acercarlos un poco. Y, en un momento dado, vi que Daisy se inclinaba hacia delante y que miraba a Billy. Seguí haciendo fotos. Siempre intento no decir nada, me mantengo en un segundo plano y dejo que la gente haga lo que quiera. De modo que seguí disparando una foto tras otra mientras Daisy miraba a Billy. Todos los demás me miraban a mí, a la cámara. Y entonces, durante una fracción de segundo, ¡bam!, Billy se gira y mira a Daisy justo cuando ella lo está mirando a él. Sus miradas se cruzaron un solo instante. Y lo atrapé.

Pensé: «Es lo bastante buena para ser la portada de un disco». En cuanto pienso que tengo algo bueno, inmediatamente me siento más libre, ¿sabes? Me atrevo a probar cosas y a mover a la gente. Siento que puedo empujarlos un poco más porque, si se enfadan y se piran, no supone ningún problema. Así que les dije:

—Genial, chicos. Ahora vamos a subir a lo alto de la montaña.

BILLY: Para entonces ya llevábamos una o dos horas bajo el sol haciéndonos fotos. Me quería ir.

GRAHAM: «Subamos en coche, a pata no». El fotógrafo y yo negociamos un rato y al final se decidió que yo tenía razón.

FREDDIE MENDOZA: Terminamos en el lugar perfecto. Billy y Daisy bajaron del coche y se quedaron en lo alto de la montaña. Tras ellos solo se veía un cielo azul claro. El resto del grupo fueron formando una fila entre Billy y Daisy hasta que les pedí:

—Vamos a colocarnos en este orden: Billy, Daisy, Graham...

Por fin tuve a Billy y a Daisy juntos, uno al lado del otro, y su lenguaje corporal decía a gritos que no querían que ni un solo átomo de sus cuerpos estuviera en contacto con el del otro. Traté de darles conversación para que se relajaran.

—¿Cómo llegó Daisy al grupo?

No conocía la historia y supuse que sería un tema fácil.

Billy y Daisy empezaron a hablar a la vez y entonces volvieron a mirarse. Saqué varias fotos y luego hice zoom a los torsos de ambos, a sus pechos, como si estuvieran hablando entre ellos. Estaban en ángulo y había tanto... Daba la sensación de que el espacio negativo que había entre ellos estuviera... vivo. Era eléctrico. El empeño por no tocarse era exageradísimo.

Me di cuenta mientras miraba a través del visor. Era una foto increíble.

DAISY: Cuando estábamos allí arriba, en alto de aquella montaña, el tipo nos puso a Billy a mí uno junto al otro y nos hizo alguna pregunta estúpida y, de inmediato —y no olvides que Billy y yo apenas nos habíamos dirigido la palabra desde hacía días—, lo primero que suelta Billy es una indirecta contra mí.

BILLY: Menudo morro. Entras en mi grupo, estás en el centro de la portada de mi disco y encima me interrumpes cuando estoy intentando contestar la pregunta del tipo aquel.

KAREN: Los demás estábamos allí de pie, posando, y era evidente que ni siquiera nos estaba enfocando. El tío ese ni siquiera fingía estar haciéndonos fotos. ¿Sabes lo estúpida que te sientes posando para una fotografía que nadie está sacando?

WARREN: Me senté sin querer en una roca que estaba medio suelta y salió dando tumbos colina abajo. Por poco no aplasta a Eddie. Tuvo que saltar para quitarse de en medio.

EDDIE: Fue un día muy largo. Cada vez estaba más harto de esa puta gente.

GRAHAM: Estaba en lo alto de una montaña, con la mujer a la que amaba, mientras nos sacaban fotos para la portada de un disco que todos sabíamos que iba a ser un bombazo. Te juro que a veces, cuando estoy un poco deprimido, pienso en aquel día. Pienso en él para recordarme que nunca sabes qué tipo de canela fina te espera a la vuelta de la esquina. Pero claro, también te espera un montón de mierda.

FREDDIE MENDOZA: Cuando revelé las imágenes, sabía que la del grupo, apoyados en el quitamiedos, esa en la que Billy y Daisy salían mirándose el uno al otro..., sabía que esa era genial. Pero después revelé las que hice a los torsos de Billy y Daisy y nada más verla fue como: «Joder, a tope». Había una que, en cuanto la ves, es imposible que no te provoque algún tipo de reacción emocional.

Él vestía camisa vaquera, a ella se le podía ver el pecho. Sabías quiénes eran incluso sin verles la cara. Cualquiera era capaz de rellenar los huecos. Con el cielo azul claro entre ambos, enmarcado por una línea más o menos recta en el lado de Billy y curvilínea en el de Daisy, porque se desvanecía y fluía con su cuerpo... Era masculino y femenino al mismo tiempo.

Y, si te fijabas bien, veías que en el bolsillo de ella había algo. No estaba seguro de lo que era. Parecía una especie de vial (di por hecho que sería para guardar pastillas o polvo). Lo unificaba todo. Era América. Eran tetas. Era sexo. Eran drogas. Era verano. Era angustia. Era roncanrol.

De modo que ahí la tenía: Billy y Daisy, sus torsos en la parte delantera. Y la banda al completo, con Billy y Daisy mirándose el uno al otro, en la parte trasera. Una portada de disco jodidamente alucinante, si se me permite decirlo.

DAISY: Lo que había en mi bolsillo era coca. ¿Qué otra cosa iba a ser? Pues claro que era coca.

BILLY: ¿Sabes cuando no puedes dejar de preguntarte dónde está alguien? ¿Incluso cuando te dices a ti mismo que esa persona te da igual? Yo solo... sentía como si siempre estuviera intentando no mirarla. [Ríe] Te juro que el tipo me pilló las dos únicas veces que la miré. Me pilló para la portada y para la contraportada.

GRAHAM: Cuando Teddy nos enseñó el esbozo completo para la carátula del disco, con Billy y Daisy delante y luego mirándose el uno al otro en la contra... A ninguno nos debería haber sorprendido. Pero sí que duele un poco saber que tú no eres la atracción principal. Lo que quiero decir es que llevaba viviendo a la sombra de mi hermano básicamente desde que había nacido. Empezaba a preguntarme cuánto tiempo más iba a tener que hacerlo.

EDDIE: Billy y Daisy pensaban que eran las personas más interesantes del planeta. Y la portada de ese disco se lo terminó de confirmar.

BILLY: Es una portada fantástica.

DAISY: Es emblemática.

KAREN: La grabación empezaba a perder fuelle. Volvimos a encerrarnos en el estudio para hacer los últimos retoques.

EDDIE: Creo que fue poco después de que termináramos los *overdubs* en «This Could Get Ugly». Yo estaba en el estudio escuchando algunas de las canciones junto a los demás. Bueno, no estaban ni Warren, ni Pete ni Billy. Teddy también se había pirado. Y Rod lo mismo. Creo que hasta Artie se había marchado. Di la jornada por terminada y fui al coche para irme a casa cuando de pronto me di cuenta de que había olvidado las llaves, así que volví corriendo al estudio. Entonces escuché a dos personas follando y pensé: «¿Quién diablos se está corriendo en el baño?».

En ese momento oí la voz de Graham y, a través de una rendija en la puerta, distinguí el pelo de Karen. Salí pitando de allí. Me metí en el coche y me fui a casa. Pero al llegar me di cuenta de que aún sonreía. Estaba feliz por ellos. Tenía todo el sentido del mundo que estuvieran juntos. Pensé: «Apuesto a que estos se casan». Nunca había pensado eso de nadie.

WARREN: Creo que terminé mis últimas pistas en torno a diciembre. Recuerdo que estaba deseando que el disco estuviese terminado para así poder volver a la carretera. Echaba de menos las multitudes, los aplausos, las *groupies* y las drogas. Y, además, y esto es algo que no te dicen cuando te compras una casa flotante..., es muy fácil que te entre claustrofobia. Vivir en un barco debería ser más bien una cosa de fin de semana.

KAREN: A medida que íbamos terminando nuestras partes en el disco, empezamos a marcharnos. Nos aguardaba un descanso más que necesario. Cuando Graham y yo finiquitamos todo lo que se suponía que teníamos que hacer, alquilamos una casa en Carmel durante varias semanas. Nosotros dos solos, una cabaña, la playa y los árboles.

Bueno, y setas.

GRAHAM: Creo que Eddie y Pete volvieron a la Costa Este para el cumpleaños de su madre o algo.

EDDIE: Necesitaba desquitarme un poco. Después de la fiesta de aniversario de nuestros padres, Pete y Jenny se quedaron con ellos y yo me fui a pasar dos semanas a Nueva York.

DAISY: No me quedaba nada por hacer. Ya había grabado mis voces. La portada del disco estaba lista. Aún no se habían programado las fechas de la gira. Me dije: «Que le den, me voy a Phuket». Necesitaba irme de viaje y aclararme la cabeza.

BILLY: Me tomé un pequeño descanso pero luego volví a encerrarme en el estudio con Teddy y revisamos el disco segundo a segundo, pista por pista, y lo mezclamos, remezclamos y volvimos a mezclar hasta que quedó perfecto. Teddy, Artie y yo debimos de estar algo así como veinte

horas al día en la sala de control durante unas tres semanas.

Cuando sentíamos que un *riff* no estaba del todo ajustado o queríamos añadir un piano preparado, un dobro o escobillas en la batería, me metía en la cabina y volvíamos a grabar los instrumentos que hiciesen falta.

ARTIE SNYDER: Cuando todos se marcharon había un disco y, al volver, se encontraron con... Era un disco diferente. Tenía muchos más matices, más capas, era más innovador. Teddy y Billy llenaron todo el aire que había quedado libre. Añadieron sonidos de cencerros, cocteleras, clavijas y raspadores. Creo que en un momento dado incluso llegamos a grabar el sonido del puño de Billy golpeando el lateral del brazo de una silla porque nos gustaba el sonido hueco que hacía.

Teddy y Billy eran unos auténticos visionarios. Tenían desarrollado un sentido especial para entender cómo se construyen las canciones, y Teddy siempre sabía cazar el momento.

Coges una canción como «Regret Me», que de entrada consistía únicamente en una voz y una mezcla muy simple. Teddy prácticamente obligó a Billy a meterse en la cabina para grabar toda una segunda capa vocal. Al principio Billy no quería hacerlo, pero al final dejó una gran marca en esa canción. Reescribió y volvió a grabar el *riff* principal, Teddy y él aguantaron la batería de Warren hasta el preestribillo. Es decir, la transformaron en una canción nueva.

En el caso de «Aurora», Billy la ralentizó, disminuyó los teclados de Karen y potenció a Graham. La canción se volvió mucho más limpia.

Teddy y Billy, y yo también, claro, nos entendíamos a las mil maravillas. Lo pasamos muy bien trabajando en ese disco, y creo que se puede apreciar. Se nota en el corte final. La mezcla final de ese disco es pura dinamita.

BILLY: Cuando dejamos las canciones como queríamos que sonasen, Teddy y yo empezamos a darle una y mil vueltas al orden en el que se escucharían. A la gente le gusta que le pongan triste, o eso creo yo. Pero odian quedarse con una sensación de tristeza. Los grandes discos son montañas rusas que terminan en lo más alto. Tienes que dejar que la gente se marche con algo de esperanza. Por eso dedicamos tanto tiempo a pensar el *tracklist*, porque tenía que ser perfecto. Lo ordenamos temática e instrumentalmente.

Empiezas a lo grande y con osadía: «Chasing the Night».

La cosa empieza a ponerse más intensa con «This Could Get Ugly».

A continuación, «Impossible Woman» es un tema salvaje y oscuro. Resulta inquietante.

«Turn It Off» echa a correr. Es un himno.

«Please» es desesperada, hay urgencia y súplica.

Vuelta a la cara B.

«Young Stars», torturada pero con un ritmo acelerado. Es un poco peligrosa pero se puede bailar.

Y entonces vas directo a «Regret Me», que es dura, rápida y cruda.

Y vuelves a descender con «Midnights», que se vuelve un poco más dulce.

A continuación se da paso a «A Hope Like You». Lenta, tierna, melancólica y espartana.

Y después, ya sabes, al final sale el sol. Pones el broche de oro. Te despides con una explosión. «Aurora». Un desparrame exuberante y contundente.

El disco entero es..., es un gran viaje. De principio a fin.

SIMONE: Estaba en Manhattan cuando recibí una postal de Daisy desde Tailandia.

DAISY: Durante mis primeros días en Tailandia, mi único objetivo era relajarme. Había decidido irme de viaje sola para, tal vez, reflexionar un poco sobre mí misma. Obviamente, eso no pasó. Al cabo de un par de días me estaba subiendo por las paredes. Estuve a punto de adelantar cinco días la vuelta.

SIMONE: Todo lo que decía la postal era: «Ven a Phuket. Trae farlopa y pintalabios».

DAISY: Pero entonces conocí a Nicky. Estaba tumbada junto a la piscina mirando al agua, puesta hasta el culo. Y, de repente, sale un hombre increíblemente guapo, alto y elegante que se está fumando un cigarrillo.

—¿Te importaría apagarlo, por favor?

Odiaba el olor a tabaco a menos que yo también estuviera fumando.

—¿Crees que porque eres preciosa puedes conseguir lo que quieras? —Lo preguntó con aquel acento italiano fabuloso.

—Sí.

—Está bien. Tienes razón.

Y apagó el cigarrillo.

—Me llamo Niccolo Argento.

Me pareció un nombre genial. No podía dejar de repetirlo. «Niccolo Argento. Niccolo Argento». Me invitó a una copa y después yo le invité a otra. Y luego nos hicimos una o dos rayas en el bordillo de la piscina, «que es como se hace», y entonces me di cuenta de que él no tenía ni idea de quién era yo. La verdad es que, en aquel momento, eso era algo bastante raro. La mayoría de la gente por lo menos conocía «Honeycomb». Así que le hablé del grupo y él me habló de sí mismo. Me contó que viajaba de un lado a otro sin quedarse mucho tiempo en ninguna parte. Se consideraba un «aventurero» que iba en busca de una «vida llena de experiencias». Y entonces salió a relucir que era un príncipe. Un príncipe italiano.

Lo siguiente que sé es que son las cuatro de la mañana y estamos en mi habitación escuchando discos a todo volumen y el personal del hotel nos pide que no hagamos tanto ruido y Niccolo tiene LSD y me dice que me quiere y yo le digo que sé que parece una locura pero que creo que yo también le quiero.

SIMONE: Quería verla, tenía un par de semanas libres entre bolos y estaba un poco preocupada por ella, aunque para entonces eso era lo normal. Así que compré un billete de avión.

DAISY: Le conté todo a Nicky. Le desnudé mi alma. Le encantaba la misma música que a mí. Y las mismas pastillas que a mí. Me hacía sentir como si él fuera la única persona en el mundo capaz de comprenderme. Le conté lo sola que estaba y lo duro que había sido trabajar en aquel

disco. Y lo que sentía por Billy. No le oculté nada. Le abrí mi corazón.

—Debes de pensar que estoy loca —dije en un determinado momento.

—Mi Daisy, todo lo que tú hagas o digas tiene sentido para mí.

Era como si no hubiera nada, ninguna verdad que pudiera contarle sobre mí que él no estuviera dispuesto a aceptar. La aceptación es una droga poderosa. Y sé de lo que hablo porque las he probado todas.

SIMONE: Aterricé en Tailandia. Agotada y con jetlag. Me subí a un autobús tambaleante para ir al hotel. Me registré. Le pregunté al conserje en qué habitación se hospedaba Lola La Cava y... había dejado el hotel. Se había marchado.

DAISY: Nicky y yo estábamos de fiesta en una discoteca en Patong y de repente tuvo la idea de que hiciéramos las maletas y nos fuéramos a Italia. «Tengo que enseñarte mi país», me dijo. Debí de llamar a alguien y comprar dos billetes a Florencia en algún momento, porque una mañana aparecieron los billetes en la puerta.

Nicky y yo volamos a Italia, y te juro que hasta que no estuvimos a mitad de camino no me acordé de que Simone iba a viajar a Tailandia para reunirse conmigo.

SIMONE: La localicé llamando a su banco y haciéndome pasar por ella.

DAISY: Nicky y yo estábamos en Florencia, en el Jardín de Bóboli, y de repente se le ocurrió: «Casémonos». Así que volamos a Roma y un amigo de su familia que era cura nos casó. Le dijimos que yo era católica. Le mentí a un cura católico. Pero llevaba un vestido de encaje de algodón de color marfil que dejaba los hombros al aire y que tenía unas mangas de campana inmensas.

Me arrepiento de aquel matrimonio, pero no me arrepiento de aquel vestido.

SIMONE: Finalmente logré dar con Daisy en Roma, en una habitación de hotel descomunal y maravillosa con vistas a la Ciudad del Vaticano. ¡En Roma! Para dar con ella había tenido que volar al otro lado mundo para después volver. Y cuando la encontré, estaba como una cuba, desnuda a excepción de la ropa interior y llevaba el pelo revuelto cortado por encima de los hombros.

DAISY: Era un peinado fantástico.

SIMONE: Era un peinado realmente fantástico.

DAISY: Siempre lo he dicho: «Los italianos entienden de pelo».

SIMONE: Ni siquiera parecía muy sorprendida de verme, lo que de inmediato me dejó claro lo mal que estaba. Lo primero que veo cuando se sienta es un inmenso anillo de diamantes en su dedo.

Y entonces aparece este tipo descamisado..., delgado, pelo rizado grueso.

—Simone, este es mi marido, Niccolo —anuncia Daisy.

DAISY: Técnicamente, el haberme casarme con Niccolo me convertía en una princesa. No podemos olvidarnos de esto. Me gustaba la idea de pertenecer a una gran casa real. Está claro que mi vida con Nicky no tuvo nada que ver con eso. Debería haber sabido que estar con Nicky no saldría como él había dicho. Esta es una lección para cualquier persona, te doy mi palabra: los hombres atractivos que te dicen lo que tú quieres oír casi siempre son unos mentirosos.

SIMONE: Intenté convencerla de que volviera a casa, pero Daisy no estaba dispuesta a ceder, porque cada vez que yo le recordaba las cosas que tenía que hacer: tienes que prepararte para la gira de tu disco, deberías dejar de drogarte tanto, deberías tratar de pasar un tiempo sobria..., ahí estaba Nicky diciéndole que no tenía que hacer nada que no quisiera hacer. Potenciaba todos sus malos instintos. Todo el tiempo. Era como un pájaro gorjeando en su oído, validando cada impulso.

KAREN: Cuando el grupo se volvió a reunir en enero, Daisy no aparecía por ningún lado.

GRAHAM: Estábamos sentados en el despacho de Teddy en Runner con Rich Palentino. Íbamos a escuchar todos juntos la mezcla final. Esperábamos que... Bueno, todos creíamos saber lo que habíamos grabado, más o menos.

WARREN: Tenía resaca y no había café en ninguna de las cafeteras de Runner.

—¿Qué quieres decir con que no hay café? —pregunté a la recepcionista.

—La máquina está rota.

—Pues me sobaré.

—¡Eres de lo que no hay!

Y entonces pareció un poco enfadada, como si yo no la estuviera entendiendo. Pero es que tenía mucha resaca.

—Espera, no me he acostado contigo, ¿verdad?

No, no lo había hecho.

KAREN: El álbum empieza a sonar, estamos todos sentados alrededor de la mesa...
EDDIE: Primera canción, «Chasing the Night», y enseguida me doy cuenta de que ha cambiado mi puto punteo. El muy cabrón había cambiado mi puto punteo.

BILLY: Creo que no fui consciente hasta que lo escuchamos ese día todos juntos... Solo entonces me di cuenta de todos los cambios que Teddy y yo habíamos introducido.

EDDIE: A partir de ahí solo fue a peor. Había cambiado la afinación en «Please». La había cambiado completamente y la había vuelto a grabar. Como si yo no fuera a darme cuenta de que había pasado a ser una afinación tipo Nashville. Como si yo no fuera a darme cuenta de que habría que tocar la canción con otra puta guitarra. ¡Y los demás también se dieron cuenta! Podían ver lo que había hecho. Pero nadie iba a decir nada, claro, ¿sabes por dónde voy? Porque Teddy y Runner estaban tan contentos con el disco que hablaban de reservar estadios, de prensar más de cien másters y toda esa mierda. Decían que quería lanzar «Turn It Off» lo antes posible y estaban convencidos de que podía alcanzar el número uno. Así que todos tenían símbolos de dólar en los ojos y nadie le dijo nada a Billy. O a Teddy.

KAREN: Había eliminado mis teclados en dos canciones. Yo estaba furiosa, claro que lo estaba. Pero ¿qué iba a hacer? Rich Palentino estaba tan emocionado con el disco que hasta escupía al hablar.

WARREN: Si Billy no hubiera tratado de fingir que no estaba produciendo el disco con Teddy no me habría cabreado tanto. No me gusta que me engañen. No me gusta que se diga una cosa y luego se haga otra.

Pero, al mismo tiempo, tocaba la batería en un grupo de rock hiperfamoso, y todos decían que íbamos enfilados a lo más alto de las listas. Siempre he tenido un buen sentido de la perspectiva, digámoslo así.

ROD: Ahí es cuando empezaron los susurros. Dejaron de hablarse y empezaron a susurrarme a mí.

—Ha eliminado mis teclados y ni siquiera me lo ha consultado —decía Karen.

—Tienes que hablarlo con él.

Pero no lo hacía. Y Pete venía a decirme que el nuevo sonido del disco era demasiado flojo y que era vergonzoso.

—Háblalo con Billy —le aconsejaba.

A Billy le decía:

—Tienes que hablar con el grupo.

—Si quieren hablar conmigo, que vengan.

Y mientras tanto, todo el mundo preguntándose cuándo volvería Daisy, pero solo yo me iba a dignar a intentar localizarla.

GRAHAM: Era un extraño recordatorio de que las cosas estaban cambiando. Ya no éramos el mismo grupo de hacía unos años. Antes, si Billy hubiera querido volver a grabar las pistas de Eddie, me lo habría comentado. Habría querido saber mi opinión. Pero ahora hablaba con Teddy y no conmigo. En cualquier caso, esto se podía aplicar a muchas cuestiones entre nosotros. Yo tenía a Karen. Él tenía a Camila y a sus hijas. Y cuando él quería hablar de ideas..., bueno, al menos durante la grabación de *Aurora*... había tenido a Daisy. No voy a decir que me sintiera como si ya no me necesitara más. Eso sería demasiado dramático. Pero creo que habíamos dejado de ser un equipo, que eso había quedado atrás.

Creo que era a través de mi relación de él como me veía a mí mismo. Durante toda mi vida, siempre, hasta ese momento, me había sentido como el hermano pequeño de Billy Dunne. Y ahí fue cuando tomé conciencia de que Billy probablemente nunca se había definido a sí mismo como el hermano mayor de Graham Dunne. Qué va.

BILLY: En retrospectiva, entiendo por qué se cabrearon. Pero no me arrepiento de nada de lo que hice en ese disco. El trabajo habla por sí solo.

KAREN: Es muy complicado. ¿Fue nuestro mejor disco porque Billy se vio obligado a dejarnos participar en la composición y en los arreglos desde el primer momento? Yo creo que sí. ¿Fue el mejor porque Billy a la postre volvió a estar al mando? ¿Porque Teddy sabía cuándo dejar que Billy escuchara otras ideas y cuándo devolverle las riendas? ¿Fue el mejor solo porque estaba Daisy? No tengo ni idea. Le he dado muchas vueltas y no tengo ni idea.

Pero cuando formas parte de algo tan grande como acabó siendo ese disco... quieres saber si formaste parte, creer que no podrían haberlo hecho sin ti. Billy nunca se esmeró demasiado en hacer que todos nos sintiéramos así.

BILLY: Todos los grupos tienen problemas con esto. ¿Sabes lo difícil que es conseguir poner de acuerdo a tanta gente en algo así de subjetivo?

ARTIE SNYDER: Me llegaron quejas. Al parecer, algunos miembros del grupo no estaban contentos con los cambios. O, quizás, con el modo en que se habían gestionado los cambios. Pero lo que me pareció un poco raro es que todos se enfadaran con Billy como si él estuviera al mando. El que estaba al mando era Teddy. Si Billy rehacía las pistas de Eddie, lo hacía porque Teddy pensaba que Billy debía rehacer esas pistas. Nunca, ni una sola vez, vi que Billy hiciera algo que Teddy no respaldara.

Incluso, en cierto momento en que Teddy estaba fuera de la sala, hice una broma sobre eso. Billy quería eliminar el dobro en una canción, pero Teddy quería mantenerlo. Cuando Teddy se fue, dije:

—¿Y si lo quitamos y a ver si se da cuenta?

Billy sacudió la cabeza muy serio y dijo:

—Nuestro mayor éxito era una canción que yo odiaba. Teddy es el único que la salvó. Si todo se reduce a su opinión o la mía, haremos lo que él diga.

SIMONE: Al final convencí a Daisy para que comprara un billete de avión y volviera a Los Ángeles a tiempo para los ensayos.

DAISY: Cuando le dije a Nicky que había llegado el momento de volver a Los Ángeles, no se mostró muy comprensivo. El grupo tenía que participar en historias de prensa y en el prelanzamiento. Teníamos que prepararnos para salir de gira. Y él lo sabía. Se lo había explicado todo nada más conocernos. Pero dijo:

—No te vayas. Quédate aquí. El grupo no significa nada.

Y eso me dolió, porque para mí el grupo lo era todo. Sentía que toda mi valía estaba ahí... y él lo trataba como si no fuera nada. Me avergüenza decir que estuvo a punto de convencerme. Estuve a punto de no ir al aeropuerto.

Simone llamó a la puerta.

—No abras —dijo Nicky.

—Es Simone. Tengo que abrir.

Estaba allí de pie con una expresión furiosa en el rostro. Nunca olvidaré lo que dijo:

—Coge la puta maleta y métete en el taxi. Ahora.

Nunca la había visto así. Y dentro de mí algo hizo clic.

Hay que tener a alguien en tu vida que jamás permitiría que fueses por el mal camino. A veces puede no estar de acuerdo contigo. Incluso, de tanto en tanto, puede romperte el corazón. Pero por lo menos tienes que tener a una persona que sepas que siempre te dirá la verdad.

Necesitas a una persona que, cuando la mierda empiece a salpicar, agarre tus cosas, las meta de cualquier manera en una maleta y te aleje del príncipe italiano.

SIMONE: Tuve que llevármela a rastras a casa.

KAREN: Daisy vuelve de sus vacaciones de un mes y, aunque parezca imposible, ha perdido casi cinco kilos, aunque no sé muy bien de dónde. Y se ha cortado el pelo, luce un anillo de diamantes y es una princesa.

BILLY: Cuando apareció casada, me quedé flipando, te lo aseguro. No daba crédito.

DAISY: ¿Y a él qué más le daba? En serio, ¿qué más le daba? Eso era lo que yo pensaba. Él estaba casado. ¿No podía estarlo yo?

WARREN: Vamos a no sacar las cosas de quicio. Se había casado con el hijo de un príncipe. Cuando volvió le pregunté que cuánta gente tenía que morirse para que este tío fuese rey, y dijo: «Bueno, técnicamente, los italianos ya no tienen una monarquía». Es decir..., a mí eso no me suena mucho a príncipe.

ROD: El lanzamiento del disco estaba anunciado para verano. A medida que se iba acercando la fecha, empezamos a enviar el disco ya terminado a la crítica y a las revistas. Nos llegaron un montón de peticiones para entrevistas.

Queríamos salir a lo grande en la portada de una revista y que esta llegara a los quioscos coincidiendo con la publicación del disco. Evidentemente, queríamos que fuese la *Rolling Stone*. Y Daisy en concreto quería que el periodista encargado volviera a ser Jonah Berg. Así que hice la llamada y él accedió.

JONAH BERG: El plan era pasar algo de tiempo con ellos durante los ensayos.

Lo cierto es que de alguna forma me sentía conectado al grupo, porque sabía que había sido mi artículo lo que los había empujado a grabar un disco juntos. Por eso, si el disco me parecía malísimo, habría sido un poco bochornoso. Pero me quedé realmente asombrado al escucharlo. Las letras eran increíbles. Billy y Daisy aparecían acreditados por igual. Y algunas de las canciones más fascinantes eran precisamente aquellas que habían compuesto juntos. Lo que quiero decir con todo esto es que llegué allí dando por hecho que la situación de partida era que Billy y Daisy tenían una química de la leche.

KAREN: Durante los primeros ensayos fue muy sutil, pero, si prestabas atención, te dabas cuenta de que Billy y Daisy nunca se dirigían la palabra.

GRAHAM: Mientras hablábamos de la estructura del set, todos estábamos sentados alrededor del escenario, pero Billy y Daisy no se comunicaban directamente entre ellos. Recuerdo que Billy sugirió que dejáramos de tocar «Honeycomb», a pesar de que para nosotros era un gran éxito. Sugirió que nos ciñéramos a *Aurora*... y tal vez una o dos canciones más.

Daisy me miró y me preguntó:

—¿Tú qué piensas, Graham? Creo que la gente espera que la toquemos. No queremos decepcionarlos.

No entendía por qué me lo preguntaba a mí.

No obstante, antes de que me diera tiempo a contestar, Billy me miró y dijo:

—Pero es lenta. Hay que tener en cuenta que vamos a tocar en sitios más grandes. Necesitamos material que funcione con grandes multitudes.

Estaba a punto de preguntarle a Billy si eso quería decir que tampoco quería que tocásemos «A Hope Like You», porque esa también era lenta. Pero antes de poder abrir la boca, Billy dijo:

—Pues asunto resuelto.

—Bueno, ¿qué pensáis los demás? —preguntó Daisy.

Sus miradas no se cruzaron en ningún momento. Estábamos todos allí de pie y los veíamos hablar uno al lado del otro.

BILLY: El primer día que ensayamos, entré en el estudio de buen humor. Me dije: «Es alguien con quien necesito trabajar. Olvídate de todo el jaleo. Es una relación profesional». Intenté dejar a un lado mis problemas con ella y, ¿sabes qué? Seguía furioso por lo del voto para decidir si «Regret Me» debía o no formar parte del disco. ¡Vaya si lo estaba! Pero era agua pasada. Tenía que serlo. Por eso me aseguré de ser amable y me maté a trabajar.

DAISY: Estaba dispuesta a olvidar toda la mierda que había entre Billy y yo. Ahora estaba casada. Trataba de centrarme en Nicky, me esforzaba para que funcionara.

Cuando comenzaron los ensayos, Nicky por fin había accedido a reunirse conmigo. Voló desde Roma y se instaló en mi casa en el Marmont.

Incluso fuimos a cenar con mis padres. Casi nunca cenaba con ellos, pero les pregunté si querían conocerlo y nos invitaron a Chez Jay. Se mostró increíblemente educado y dulce y los dejó muy impresionados. Hizo todo el paripé del «Sí, señora Jones. No, señor Jones» y eso les gustó. Después, en el instante en que volvimos a mi coche, dijo:

—¿Cómo soportas a esta gente?

Y sonreí con ganas.

Me gustaba estar casada. Me gustaba la idea de que él y yo fuéramos un equipo, de estar atada a una persona. Tener a alguien que me preguntara qué tal había ido el día, cada noche.

SIMONE: En teoría, para Daisy el matrimonio tenía mucho sentido. Entonces necesitaba estabilidad. Quiero decir, siempre ha sido mi mejor amiga y siempre lo será. Pero ella quería a alguien con quien compartir su vida, alguien que la quisiera, se preocupara por ella y la venerara. Quería alguien que se preocupase si era tarde y ella no había vuelto a casa. Así que... entendía lo que intentaba hacer. Yo también quería eso para ella.

Simplemente escogió a la persona equivocada por las razones equivocadas.

DAISY: Obviamente, había muchas señales de que me había equivocado. Niccolo estaba más enganchado a las drogas que yo. Era yo la que le decía que frenara un poco. Era yo la que rechazaba la heroína. Era yo la que me daba cuenta de todo lo que cargábamos en mis tarjetas de crédito. Y él se sentía muy amenazado por Billy. Tenía celos de cualquiera con el que hubiera salido antes, de cualquiera por el que hubiera sentido algo o de cualquiera que él percibiera como alguien con quien podría acostarme. En aquel momento lo atribuí a los típicos problemas de recién casados.

Dicen que el primer año de matrimonio es el más duro, y yo me lo tomé al pie de la letra. Ojalá alguien me hubiera dicho que el amor no es una tortura. Porque yo creía que el amor era algo que se suponía que te partía en dos, que te rompía el corazón y que te lo aceleraba para mal. Creía que el amor era munición y lágrimas y sangre. No sabía que se suponía que te hacía sentir más ligera en vez de añadirte peso. Que te convierte en alguien cariñoso. Creía que el amor era la guerra. No sabía que se suponía que... era paz. Y ¿sabes qué? Incluso si lo hubiera sabido, no sé si habría estado preparada para aceptarlo o valorarlo. Entonces pensaba que ese amor... era para otro tipo de gente. Si te soy sincera, pensaba que ese tipo de amor no existía para mujeres como yo. Esa clase de amor era para mujeres como Camila. Recuerdo con total claridad haber pensado eso.

SIMONE: Niccolo tenía cosas buenas. Es cierto. Se preocupaba por ella. Le ofrecía seguridad, a su manera. La hacía reír. Tenían bromas privadas que yo nunca pillaba; algo sobre el juego del Monopoly. No sé. Pero la hacía reír de verdad. Daisy tenía una sonrisa maravillosa y en los últimos tiempos no había sido muy feliz.

Pero era posesivo. No se puede poseer a nadie, y menos a alguien como Daisy.

WARREN: En cuanto conocí a Niccolo pensé: «Ah, vale. Este tío es un estafador».

EDDIE: A mí Niccolo me caía bien. Siempre fue muy majo con Pete y conmigo.

BILLY: Niccolo venía mucho por el estudio para oírnos ensayar. Un día, Daisy y yo estábamos ensayando las armonías vocales y la cosa no fluía. Paramos un momento y le dije:

—A lo mejor necesitamos cambiar el tono.

Era mucho más de lo que le había dicho en no sé cuánto tiempo. Pero Daisy dijo que estaba bien así.

—Si no puedes dar con la nota exacta, habrá que cambiar algo.

Puso los ojos en blanco. Yo me disculpé. Lo hice para no montar una escena.

—Vale, perdona.

Supuse que terminaría resolviéndose por sí solo. Pero ella dijo:

—No necesito tus disculpas, ¿de acuerdo?

—Solo intento ser amable.

—Tu amabilidad no me interesa.

Entonces vi que temblaba. En el estudio hacía frío y ella iba prácticamente desnuda. Me parecía que tenía frío.

—Daisy, lo siento. En paz, ¿vale? Toma, ponte mi camisa.

Llevaba puesta una camiseta y encima una camisa de botones. O tal vez llevara una chaqueta. El caso es que me la quité y se la puse alrededor de los brazos.

Se la quitó y dijo:

—No necesito tu puta chaqueta.

DAISY: Billy siempre sabe más que nadie. Sabe cuándo no estás cantando bien y cómo deberías solucionarlo. Sabe lo que deberías llevar puesto. Estaba más que harta de que Billy me dijera cómo iban a ir las cosas.

BILLY: Estaba hasta las narices de que me tratara como si su problema fuese yo. El único problema aquí era ella. Lo único que yo había hecho era intentar prestarle mi chaqueta.

DAISY: No quería su abrigo. ¿Para qué iba a querer su abrigo?

GRAHAM: Daisy alzó un poco la voz. Y, en cuanto lo hizo, Niccolo llegó corriendo hasta donde estaban.

KAREN: Estaba en los sillones junto al enfriador de cervezas. Siempre llevaba una americana encima de la camiseta.

WARREN: El muy cabrón se bebía las birras buenas.

BILLY: Vino corriendo y me agarró de la camisa.

—¿Qué pasa aquí?

Me solté de un manotazo y, por la expresión de su cara, supe que no era trigo limpio.

GRAHAM: Veía lo que estaba pasando, la pelea que se avecinaba, y pensé: «¿En qué momento debería intervenir?».

Me preocupaba que Billy le pegara.

KAREN: Niccolo era tan zalamero que a primera vista no parecía un tipo duro. Y tampoco estaba cachas ni nada. Y supuestamente era un príncipe o qué sé yo. Pero vi que hinchaba un poco el pecho y, mira, Billy es un tipo formidable, pero tuve la sensación de que Niccolo estaba bastante loco.

WARREN: Cuando dos hombres deciden resolver algo a base de puñetazos, existe un código: no se golpean los huevos. No se dan patadas. Nunca se muerde. Niccolo habría mordido. Se notaba.

BILLY: ¿Podría haberlo machacado? Tal vez. Pero creo que él tenía las mismas pocas ganas de pelear que yo.

DAISY: No sabía muy bien qué hacer. Creo que simplemente me quedé esperando a ver qué pasaba.

BILLY: Me avisó:

—Mantente alejado de ella, ¿entendido? Trabajáis juntos y ya está. No hables con ella, no la toques, ni siquiera la mires.

Eso me pareció una gilipollez. Es decir, claro que este tío puede intentar decirme lo que tengo que hacer, pero no debería decirle a Daisy lo que tiene que hacer. Me doy la vuelta, miro a Daisy y le pregunto:

—¿Es esto lo que quieres?

Apartó un instante la mirada y luego volvió a posarla en mí. —Sí, es lo que quiero.

DAISY: Ay..., ¡la de veces que la he liado en mi vida!

BILLY: No me lo podía creer. Que ella pudiera... Había confiado en ella cuando todas las señales me habían advertido que no debía. Y estaba harto de hacerlo. Harto hasta decir basta. Ella era exactamente quien había sospechado que era. Y me sentí como un idiota por haber pensado de otra manera. Puse las manos en alto y dije: «Muy bien, tío. No volverás a oírme decir ni pío».

EDDIE: No me lo podía creer. Alguien había puesto a Billy Dunne en su sitio.

KAREN: Fue esa tarde o tal vez al día siguiente cuando Jonah Berg vino por primera vez a un ensayo. Yo estaba acojonada. Creo que todos lo estábamos. Porque Billy y Daisy ni se miraban. Nos pasamos toda la tarde ensayando «Young Stars». Incluso cuando cantaban juntos no se miraban.

JONAH BERG: Supuse que al llegar me encontraría con un ambiente cálido. A ver, estamos hablando de un grupo que acaba de producir un disco increíble. Uno donde claramente todos comparten la misma visión y trabajan juntos a la perfección. O eso es lo que yo pensaba. Sin embargo, llegué justo en mitad de una canción, y Daisy y Billy estaban todo lo alejados que pueden estar dos personas que comparten un mismo escenario. Y aquello chirriaba mucho. No eres consciente de lo cerca que suelen estar los vocalistas entre sí hasta que ves a dos personas mirando hacia delante, separados por una distancia de casi cinco metros y sin intercambiar una sola mirada.

GRAHAM: Yo no dejaba de pensar: «Tíos, cortaos un poco mientras este tipo esté por aquí».

KAREN: Creo que era Daisy la que tenía que dar su brazo a torcer, pero sabía que no lo iba a hacer.

JONAH BERG: Sin embargo, a pesar de la tensión que se palpa en el ambiente, el grupo sonaba genial. Y las canciones que tocaban eran muy buenas. Esto es algo que los Six siempre han sabido hacer, y, cuando se les unió Daisy, lo hicieron aún mejor. La música que hacían... Podía ser la primera vez que escuchabas una canción pero enseguida te ponías a seguir el ritmo con los pies, igual que ellos. Esto es un tributo al trabajo de Warren Rhodes y Pete Loving. Daisy Jones & The Six gozan de un gran reconocimiento por el misterio que suscitan sus letras, y ciertamente todo el mundo presta atención a Billy y a Daisy, como debería ser, ¡pero vaya una sección rítmica que tenían!

BILLY: En cierto momento, le pregunté a Rod si era posible que Jonah volviese otro día.

ROD: Era demasiado tarde para reprogramar a Jonah. Ya estaba allí viéndolos ensayar.

DAISY: No entendía por qué Billy le daba tanta importancia. No nos habría costado nada mostrarnos amables delante de Jonah Berg.

JONAH BERG: Después de varias canciones hacen un descanso y se acercan a saludarme. Compartí un cigarrillo con Warren en la calle y supuse que él sería mi mejor baza para informarme:

—Sé sincero conmigo, Warren. Ahí dentro pasa algo.

—No pasa nada.

Se encogió de hombros como si no tuviera ni idea de lo que hablaba. Y me fie de él. Acepté que no estuviera pasando nada fuera de lo común, sino que esa era su manera de trabajar juntos. La cuestión era que Billy y Daisy en realidad no se llevaban bien, y seguramente nunca lo habían hecho.

BILLY: Creo que esa fue la noche en la que Jonah quería que saliésemos a tomar una cerveza, pero yo le había dicho a Camila que volvería a tiempo para ayudar a bañar a las niñas, así que le pregunté a Jonah si le iba bien dejarlo para la noche siguiente. Dijo que sin problema.

EDDIE: Se supone que todos debíamos poner al grupo por encima de todo, y Billy va y falta la primera noche que teníamos que salir con los de la *Rolling Stone*.

DAISY: Que Billy se fuera a casa me pareció una buena noticia. De esa manera podría agarrar aquella entrevista por los cuernos sin preocuparme de que él estuviera por los alrededores.

JONAH BERG: Agradecí que Daisy se mostrara tan dispuesta. Solía pasar que algunos miembros del grupo no te hablasen. Daisy hacía que conseguir una historia fuese fácil.

ROD: Daisy no quería irse a casa. ¿Sabes cuando estás con alguien y es evidente que quiere seguir ahí, de fiesta toda la noche, trabajando toda la noche, haciendo lo que sea toda la noche con tal de no volver a casa y enfrentarse a lo que sea que le esté esperando?

Así era Daisy el tiempo que estuvo casada con Niccolo.

JONAH BERG: Salimos todos juntos aquella noche, bueno, todos menos Billy. Primero nos dirigimos al espectáculo de los Bad Breakers en el Strip. Enseguida me parece más que obvio que Karen y Graham deben de estar acostándose. Y les pregunto:

—¿Sois pareja?

Graham dice que sí y Karen dice que no.

GRAHAM: No lo entendía. Simplemente, no entendía a Karen.

KAREN: Graham y yo nunca habríamos podido funcionar, nunca fue... Yo necesitaba existir en un vacío en el que la vida real diera igual, en el que el futuro diera igual, donde lo único que importara fuera, ya sabes, cómo te sentías ese día.

JONAH BERG: A Warren se le veía ocupado entrando a cualquier mujer que se le pusiera a tiro. Y Eddie Loving me estaba taladrando el oído hablando sobre afinaciones o algo así. Pete se había marchado con la chica con la que salía, así que decidí centrarme en Daisy. De todos modos, era con quien más quería hablar.

Voy a decir una cosa: en aquel momento mucha gente se metía cualquier cosa que pudiera conseguir. No era nada nuevo. No había muchos temas tabú en la revista, desde luego no en una como *Rolling Stone*. Podías publicar todo tipo de insinuaciones sobre qué hacía quién. Sin

embargo, ciertas personas no parecían esnifar por diversión. Algunas personas se drogaban porque no podían pasar sin ello. Y para mí esto era algo así como una... zona vedada. Mucha gente en mi misma posición pensaba de otra forma, escribían de otra forma.

Está claro que viví algunas situaciones a lo largo de los años en las que me sentí presionado (o más bien debería decir que me presionaron) para exponer a personas adictas en aras de vender ejemplares. De modo que, si pensaba que algún entrevistado tenía un problema de drogadicción serio, tendía a ni siquiera anotar lo que observaba, y tampoco le contaba a nadie lo que veía. Prefería hacer la vista gorda.

Aquella noche, Daisy y yo nos quedamos al fondo de la sala. La miro y veo que se está frotando las encías. En un primer momento pensé que sería coca, pero enseguida me doy cuenta de que está esnifando anfetas. Lo que quiero decir es que no me parecía que se drogara para pasar el rato. Y entre la Daisy que había conocido de gira hacía un año y la Daisy de aquel momento parecía haber un abismo. Estaba más frenética, menos elocuente. Más triste, tal vez. O menos alegre.

—¿Quieres que salgamos? —me preguntó.

Asentí, fuimos al aparcamiento y nos sentamos en el capó de mi coche.

—De acuerdo, Jonah —dijo Daisy—. Pregunta lo que quieras.

—Si no quieres que encienda la grabadora ahora porque no estás... en el estado mental óptimo, necesito que me lo digas —le pedí.

—No. Vamos a hablar.

Le había ofrecido explícitamente una salida, y ella la rechazó. No me sentí obligado a hacer nada más, así que le pregunté:

—¿Qué está pasando entre Billy y tú?

Y entonces se puso a hablar y sacó todo lo que tenía dentro.

DAISY: No debería haber dicho lo que dije. Igual que Billy no debería haber hecho lo que hizo después.

BILLY: Llego al local del ensayo al día siguiente y me encuentro a todos hablando y haciendo el tonto. Jonah me dice:

—¿Cuándo podríamos sacar un rato para hablar?

—Deja que le pregunte a Daisy cuándo le va bien a ella.

Y me dice:

—Bueno, la verdad es que me gustaría hablar contigo a solas, si te parece bien.

Ahí es cuando empecé a preocuparme. Por la forma en que lo dijo... Tuve la impresión de que había pasado algo, en plan: «¿Qué ha hecho?». La miré y estaba junto al micrófono hablando con alguien. Y otra vez se ha puesto unos pantaloncitos minúsculos con el frío que hace en el estudio. Y pensé: «Ponte unos putos pantalones». Eso es lo que estaba pensando. «Tienes frío. Deja de vestirte como si aquí dentro hiciese calor. Sabes que todos los días hace frío». Pero claro que tenía calor, sudaba a mares a causa de toda la mierda que llevaba encima, era consciente.

DAISY: Creo que si hubiera ido a hablar con Jonah aquel día, después de haberme entrevistado con él la noche anterior, y hubiera intentado retractarme de todo, me hubiera dejado. Me planteé hacerlo. De veras que sí.

JONAH BERG: Ni de coña hubiese borrado lo que había dicho Daisy. Y no habría sido la primera en pedírmelo, pero siempre me he negado. Por eso soy tan claro desde el principio, cuando empiezo a grabar. Me aseguro de que la gente entienda lo que está aceptando si decide hablar conmigo.

A Daisy le había ofrecido numerosas salidas, pero ella había optado por seguir adelante. Llegados a ese punto, la cuestión de la integridad deja de ser mi problema y pasa a ser el suyo.

BILLY: Nos ponemos a ensayar esa mañana y Daisy y yo no conseguimos dar con la armonía adecuada en el último verso de la canción, pero no quiero pelearme con ella delante de Jonah. Pero me jode cagarla así con él allí presente. Lo último que quiero es un artículo diciendo que no somos capaces de ofrecer un buen directo. Así que cuando nos tomamos un descanso, le pido a Graham que hable con ella y él accede. Y por lo menos durante el resto de esa sesión, Daisy y yo nos medio comunicamos a través de Graham.

GRAHAM: ¿Cómo se supone que debía lidiar con sus gilipolleces, con quién no se habla con quién, cuándo y por qué maldito motivo? Yo tenía mis propios problemas. Mi corazón se está rompiendo en pedazos, tío. Estoy enamorado de una mujer pero creo que ella no me quiere, y no se lo he contado a nadie pero no voy por ahí pidiendo intermediarios que me saquen de mi propia mierda, ¿no te parece?

BILLY: Después de terminar el ensayo de aquel día, me voy con Jonah y ahí estoy, apretando el bote de kétchup, cuando va y me dice: «Según Daisy, te pasaste tu primera gira poniendo los cuernos a tu mujer y lidiando con tu alcoholismo y tu adicción a las drogas, es posible que

incluso estuvieras enganchado a la heroína. Dice que ahora estás en proceso de recuperación pero que te perdiste el nacimiento de tu primera hija porque estabas en un centro de desintoxicación».

WARREN: No me considero una persona maravillosa pero no se me ocurriría ir por ahí contando la mierda de otros.

DAISY: Por aquel entonces hice muchas cosas estúpidas. Básicamente, me pasé todos los setenta haciendo estupideces. Cosas que hicieron daño a otra gente, o a mí. Pero esa en particular siempre ha sido una de las que más me arrepiento. No solo por Billy, aunque sí que me sentí mal por haber difundido algo que él me había contado en confianza. Me arrepiento sobre todo porque podría haber hecho daño a su familia.

Y yo... [hace una pausa] Nunca hubiera querido hacer eso. De verdad.

BILLY: ¿Sabes? Una de las cosas que aprendes en rehabilitación es que el único control que tenemos es el autocontrol. Lo único que puedes hacer es asegurarte de que tus propias acciones sean sensatas, porque no puedes controlar las acciones de los demás. Por eso no hice lo que hubiera querido hacer, que era coger el bote de kétchup y lanzarlo contra la ventana. Tampoco me abalancé sobre la mesa para retorcerle el cuello a Jonah Berg. Ni me metí en el coche para ir tras Daisy y gritarle de todo. No hice nada de eso.

Le miré a los ojos y sentí que me ardía la boca y que mi pecho se expandía arriba y abajo. Me sentí como un león, como una bestia capaz de destrozarlo. Pero cerré los ojos, respiré hondo y le dije: «Por favor, no publiques eso».

JONAH BERG: Eso me confirmó que era verdad. Pero le dije:

—Si me das alguna otra cosa sobre la que pueda escribir, no lo haré.

Ya te lo he dicho: no me gusta publicar secretos cuando son penosos. Me metí en el mundo del periodismo para contar historias de rock, no para contar historias deprimentes. Dame estrellas del rock que se acuestan con *groupies*, dame todas las imbecilidades que hiciste cuando te metiste polvo de ángel. Pero nunca me ha gustado publicar mierda deprimente. Familias que se desmoronan y todo eso.

—Dame algo de rock —le pedí.

De esa manera, todos saldríamos ganando.

—A ver qué te parece esto: no soporto a Daisy Jones.

BILLY: Te voy a decir cuáles fueron mis palabras exactas. Está ahí mismo, en el artículo. Dije: «Es una mimada egoísta que siempre ha tenido todo lo que ha querido y piensa que es porque lo merece».

JONAH BERG: Cuando dijo lo de: «Un talento como el de Daisy es un desperdicio en gente como Daisy», pensé: «Hala, guau. Vale. Aquí hay un gran artículo». Era una historia mucho más interesante. ¿Qué va a vender más copias? ¿Que Billy Dunne tuviera un pasado alcohólico y

ahora estuviera reformado o que los dos cantantes principales de este grupo tan de moda no pudieran ni verse?

No había ni punto de comparación. El mundo estaba lleno de Billy Dunnes. Son muchos los hombres que se han perdido el nacimiento de sus hijas o que han dejado a sus esposas o lo que sea que hayan hecho. Siento decirlo, pero este es el mundo en el que vivimos. Pero no hay mucha gente que tenga tal sincronía creativa con alguien a quien desprecie. Aquello era fascinante.

A mi editor le encantó la idea. Estaba entusiasmado.

Le dije al fotógrafo lo que quería para la portada y pensó que no sería difícil ensamblarla a partir de las fotos que ya había tomado. De modo que volví a Nueva York y escribí aquel artículo en cuarenta y ocho horas. Nunca escribo los artículos tan rápido, pero ese fue tan fácil... Y estos artículos son siempre los mejores: los que jurarías que se han escrito solos.

GRAHAM: El objetivo de tener a Jonah Berg allí con nosotros era que pudiera escribir un artículo sobre lo inteligente que había sido la decisión de que Daisy se uniera al grupo. Y, en lugar de eso, va y escribe sobre lo mucho que se odian Billy y Daisy.

EDDIE: Esos dos estúpidos permitían que su propia basura personal pringara al grupo, la música y nuestro trabajo.

ROD: Todo estaba saliendo a pedir de boca. El grupo simplemente no se daba cuenta. No veían lo fantástico que era.

Lanzamos «Turn It Off» como primer *single*. Programamos al grupo en el programa televisivo *Midnight Special*. Los enviamos a participar en programas de radio por todo el país antes de que saliera el disco. Y entonces, en la misma semana que *Aurora* aterriza en las estanterías, aparece también la portada de la *Rolling Stone*.

La foto de perfil de Billy a un lado y la de Daisy al otro, con sus narices casi tocándose. El titular reza: «Daisy Jones & The Six: ¿Son Billy Dunne y Daisy Jones los mayores enemigos en el rock?».

WARREN: Lo vi y me entró un ataque de risa. Jonah Berg siempre cree que va un paso por delante cuando en realidad va dos por detrás.

KAREN: Si había alguna opción de que Billy y Daisy se dejaran de tanto odio y se pusieran a remar juntos, juntos de verdad, durante la gira, creo que aquella entrevista la aniquiló. Aquello era el punto final para ellos.

ROD: ¿Existe algún titular que te haga tener aún más ganas de asistir a una actuación en directo de Daisy Jones & The Six?

BILLY: Me daba igual que Daisy estuviera enfadada conmigo. No podía importarme menos.

DAISY: Los dos hicimos cosas que no debimos hacer. Cuando alguien le dice a un periodista lo inútil que es que alguien como tú tenga talento, y eres plenamente consciente de que eso se va a publicar, te importa una mierda mejorar las cosas.

BILLY: No puedes reclamar ningún tipo de superioridad moral cuando te dedicas a apuñalar por la espalda a los demás y a sus familias.

ROD: Sin ese artículo de la *Rolling Stone* no habría habido disco de diamante. Ese artículo fue el primer paso para que su música trascendiera los límites de la propia música. Fue el primer paso para que *Aurora* no fuera un simple disco, sino un acontecimiento. Fue el último puntapié que

necesitó para despegar y llegar hasta lo más alto.

KAREN: «Turn It Off» debutó en el número 8 en las listas de Billboard.

ROD: *Aurora* vio la luz el 13 de junio de 1978. Y no hicimos algo de ruido: el disco tuvo el impacto de una bola de cañón.

NICK HARRIS (*crítico de rock*): Era el álbum que la gente había estado esperando. Querían saber qué pasaría al juntar a Billy Dunne y a Daisy Jones a lo largo de todo un disco.

Y entonces lanzaron *Aurora*.

CAMILA: El día que el disco llegó a las tiendas, llevamos a las niñas a Tower Records. Dejamos que Julia comprara una copia. Yo no estaba muy de acuerdo, si te soy sincera. No es que fuera muy apropiado para niños. Pero era el disco de su padre y se le permitió tener su propia copia. Al salir de la tienda, Billy le preguntó:

—¿Quién es tu favorito del grupo?

—Ay, Billy... —dije yo. Entonces Julia va y dice:

—¡Daisy Jones!

JIM BLADES: El día que salió *Aurora*, tocaba en el Cow Palace. Pedí a un *roadie* que fuera a la tienda de discos y lo pillara para poder escucharlo. Recuerdo estar allí sentado, antes de salir, escuchando «This Could Get Ugly», fumando un cigarrillo y pensando: «¿Por qué no se me ocurrió pedirle que se uniera a mi grupo?».

Era evidente que nos iban a eclipsar a todos los demás.

Y además con esa portada. Era una portada perfecta que hablaba de California, del verano y de rock.

ELAINE CHANG (*biógrafa, autora de* Daisy Jones: flor salvaje): Para cualquier chica adolescente de finales de los setenta, aquella portada lo era todo. La forma de comportarse de Daisy, el control total de su propia sexualidad, la forma en que enseñaba el pecho a través de la camiseta (al parecer por decisión propia)... Fue un momento trascendental en la vida de muchísimas adolescentes. Para los chicos también lo fue, según tengo entendido. Pero me interesa mucho más lo que significó para las chicas.

Cuando se habla de imágenes en las que una mujer está desnuda, el subtexto lo es todo. Y en el caso de aquella foto: la forma en que el pecho de ella no está dirigido a Billy ni al espectador, la forma en que su postura indica seguridad sin ser evidente... El subtexto no es que Daisy esté tratando de complacerte a ti o al hombre con el que aparece. El subtexto no es «mi cuerpo es para ti», como pasa en tantas fotografías de desnudos o para lo que se usan tantas imágenes de desnudos femeninos. El subtexto de su cuerpo en esa imagen es estar en posesión de uno mismo. El subtexto es: «Hago lo que me da la gana».

La portada de aquel disco es el motivo de que, siendo una chica joven, me enamorara de Daisy Jones. ¡Parecía ir a por todas!

FREDDIE MENDOZA: Tiene gracia. Saqué la foto de la portada del disco, y me lo tomé como un simple curro más. Y ahora, después de todos estos años, es lo único por lo que la gente pregunta. Eso es lo que pasa cuando creas algo legendario, ¿verdad? En fin.

GREG MCGUINNESS (*antiguo conserje del hotel Continental Hyatt House*): Cuando salió «Turn It Off», en la ciudad solo se hablaba de ese disco.

ARTIE SNYDER: La semana que se publicó, la misma semana que salió a la venta, me llegaron tres ofertas de trabajo. La gente compraba el disco, lo escuchaba, flipaban y querían saber quién lo había mezclado.

SIMONE: Daisy lo reventó. Pasó de ser bastante conocida a convertirse en una absoluta sensación. Era única.

JONAH BERG: *Aurora* era un álbum perfecto. Era exactamente lo que todos habíamos querido que fuese, pero mejor de lo que anticipábamos. Un grupo apasionante que saca un disco infalible, audaz y que se podía escuchar de principio a fin.

NICK HARRIS: *Aurora* era romántico, melancólico, desgarrador y volátil, todo en uno. En la época del rock de estadios, Daisy Jones & The Six lograron crear algo que resultaba íntimo a pesar de que pudiera sonar en un estadio. Tenían una batería contundente y solos abrasadores. Las canciones resultaban implacables de la mejor forma posible. Pero el disco también resultaba íntimo y personal. Parecía que Billy y Daisy estuvieran a tu lado, cantándose el uno al otro.

Y presentaba numerosas capas. Eso era lo más significativo de *Aurora*. La primera vez que escuchas el disco, te lo pasas bien. Es un disco divertido, que puede sonar en una fiesta. Es un disco para colocarse. Es un disco que puedes poner cuando vas a toda pastilla por la autopista.

Pero entonces te fijas en la letra y te das cuenta de que es un disco con el que puedes llorar. Y que puedes echar un polvo escuchándolo.

En 1978, *Aurora* podía sonar de fondo para cualquier momento de tu vida. Y, desde el momento de su lanzamiento, se convirtió en una fuerza de la naturaleza.

DAISY: Es un disco sobre necesitar a alguien y que ese alguien ame a otra persona.

BILLY: Es un disco sobre el tira y afloja entre la estabilidad y la inestabilidad. Sobre la pugna que experimento casi todos los días para no hacer algo estúpido. ¿Habla del amor? Sí, por supuesto. Pero eso es porque es fácil disfrazar casi cualquier cosa de canción de amor.

JONAH BERG: Billy y Daisy fue nuestro número más vendido de los setenta.

ROD: *Rolling Stone* fue fundamental a la hora de que la gente comprara el disco. Pero el dinero de verdad vino de la cantidad de gente que compró una entrada para el concierto a raíz de ese artículo.

NICK HARRIS: Escuchabas el disco, leías sobre Billy y Daisy en la *Rolling Stone* y querías verlo con tus propios ojos.

Necesitabas verlo con tus propios ojos.

Gira mundial *Aurora*

1978-1979

Con «Turn It Off» llegando a lo más alto de las listas y pasando cuatro semanas en el número uno, y Aurora *vendiendo más de* 200.000 *ejemplares cada semana, Daisy Jones & The Six era el espectáculo que no te podías perder en el verano del* 78. *La gira* Aurora *llenaba estadios y se establecían fechas de reserva en la mayoría de las ciudades del país.*

ROD: Era hora de llevar el espectáculo a la carretera. Literalmente.

KAREN: En los autobuses flotaba una sensación extraña. Y cuando digo autobuses me estoy refiriendo al autobús azul y al autobús blanco. En ambos se podía leer «Daisy Jones & The Six», pero uno tenía la camisa vaquera de Billy en la parte de atrás y el otro tenía la camiseta sin mangas de Daisy. Éramos tanta gente que necesitábamos dos autobuses, pero también había dos porque Billy y Daisy no querían tener que volver a verse nunca más.

ROD: Extraoficialmente, el autobús azul era el de Billy. Por lo general, Billy, Graham, Karen, algunos del equipo y yo viajábamos en ese.
WARREN: Yo elegí el autobús blanco y viajaba con Daisy, Niccolo, Eddie y Pete. Jenny a veces acompañaba a Pete. El autobús blanco era mucho más divertido. Además, gracias pero prefiero ir en el autobús que tiene unas tetas pintadas en la ventana.

BILLY: Ya había soportado una gira completamente sobrio. Me sentí bien volviendo a la carretera.

CAMILA: Mandé a Billy de gira igual que hacía casi todo con él en aquel entonces..., con esperanza. Lo único que podía hacer era tener esperanza.

OPAL CUNNINGHAM (*contable de la gira*): Cada día que acudía a la oficina podía estar seguro de tres cosas. Uno, el grupo habría gastado más dinero del que había gastado el día anterior. Dos, nadie iba a escuchar mis consejos sobre cómo frenar el gasto. Tres, había que asegurarse de que tanto Billy como Daisy tenían exactamente lo mismo, y con esto me refiero a cualquier cosa, desde objetos grandes como pianos de cola a cosas tan pequeñas como rotuladores para firmar autógrafos. El *rider* era el doble del necesario porque se enfadaban si el otro tenía algo que ellos no tuvieran.

Me tocaba llamar a Rod y decirle:

—Es imposible que necesiten dos mesas de ping-pong.

ROD: Siempre le decía: «Tú solo apruébalo. Runner pagará». Debería haberme grabado diciendo aquello. Pero le entendía. El trabajo de Opal era asegurarse de que no estábamos despilfarrando el dinero. Y estábamos despilfarrando un montón de pasta. Pero en aquel momento teníamos en

nuestras manos el disco más importante del país. Podíamos pedir lo que nos diera la gana, Runner era el primer interesado en proporcionárnoslo.

EDDIE: El primer día que salimos a la carretera hicimos una parada en una gasolinera. Pete y yo nos bajamos del autobús y entramos a por un refresco o algo. «Turn It Off» estaba sonando en la radio. Nada raro, pasaba mucho últimamente. Pete hizo una broma. Le dice al tipo:

—¿Te importa cambiar de emisora? Odio esa canción.

El tipo cambia de emisora y resulta que «Turn It Off» también está sonando en la otra frecuencia.

—Tío, *apágalo* y ya está —le dije.

Le hizo mucha gracia.

GRAHAM: Era la primera vez que veía lo... No encuentro la palabra... Lo involucrada, supongo, que se mostraba la gente con el grupo. Billy y yo fuimos a tomar una hamburguesa en un área de descanso en algún punto del desierto, Arizona, Nuevo México o algo así, y se nos acerca una pareja.

—¿Eres Billy Dunne? —preguntan a Billy.

—Sí, soy yo.

—Nos encanta tu disco.

Billy lo gestiona de maravilla, se muestra muy amable. Siempre lo era. Era estupendo con los fans. Hacía que pareciera que cualquier persona que se le acercaba era la primera. De modo que Billy se pone a rajar con el tío y la mujer me lleva a un lado y me dice:

—Necesito saberlo. ¿Billy y Daisy están juntos?

—No —le contesto echando la cabeza para atrás.

Y ella asintió como si entendiera lo que intentaba decirle. Como si supiera que estaban liados pero aceptara que no pudiera contárselo.

WARREN: Muy al principio de la gira, en San Francisco, la noche anterior a un concierto llegamos a un hotel. Me bajo del autobús blanco. Pete y Eddie salen detrás de mí. Graham y Karen bajan del autobús azul. Avanzamos por la calle y entramos en el hotel. Ningún problema.

Entonces sale Billy del autobús y en menos de, no sé, treinta segundos, empiezan a oírse gritos de chicas. Y entonces Daisy baja del autobús blanco y este alboroto que no creías que pudiera ser más ruidoso, este maldito sonido chirriante que casi me revienta los tímpanos, se vuelve todavía más intenso, más estridente. Me doy la vuelta y veo a Rod y a Niccolo tratando de empujar a toda esa gente hacia atrás para que Billy y Daisy puedan entrar en el hotel.

EDDIE: Una vez vi que Billy se negaba a firmar autógrafos a un grupo de fans. Les dijo: «Solo hago música, tío. No soy más importante que otra gente». Ver a ese arrogante hijo de puta fingir ser humilde fue suficiente para que me entraran ganas de poner el grito en el cielo. Pete no hacía más que decirme: «Nada de esto es importante. No te confundas pensando que sí lo es». No pillé lo que quería decir con eso hasta que fue demasiado tarde, creo.

DAISY: Cuando la gente me pedía un autógrafo, les escribía: «Mantente firme, Daisy J.». Pero si se trataba de alguna chica joven, lo que no pasaba muy a menudo pero sí de vez en cuando, escribía: «Sueña a lo grande, pajarito. Con amor, Daisy».

ROD: La gente estaba entusiasmada con el grupo. Querían escuchar el disco en directo. Y Billy y Daisy realmente sabían dar lo que se esperaba de ellos. No solo eran pura dinamita sino que además eran... inescrutables. Enigmáticos. Cantaban maravillosamente juntos, pero raras veces compartían micrófono. A veces se miraban el uno al otro y, cuando lo hacían, no se podía descifrar lo que debían de estar pensando.

Un vez, en Tennessee, Daisy estaba cantando «Regret Me» y Billy estaba haciendo los coros y, al final, en el último instante de la canción, Daisy se giró hacia él y le cantó directamente a él. Tenía la mirada clavada en él y cantaba a pleno pulmón. Se puso un poco roja. Y él cantó con la mirada clavada en ella. La canción terminó y continuaron con el concierto. Ni siquiera yo hubiera podido decirte qué acababa de pasar exactamente.

KAREN: En líneas generales, si prestabas atención, veías que se lanzaban un montón de miraditas. Sobre todo cuando cantaban «Regret Me».

ROD: Si ibas a un concierto de Daisy Jones & The Six convencido de que se odiaban, salías de allí con alguna evidencia irrefutable que lo demostraba. Y, si ibas pensando que entre ellos había algo, que el odio tal vez enmascaraba otra cosa, también podías encontrar pruebas de aquello.

BILLY: No puedes escribir canciones con alguien, escribir canciones sobre alguien, saber que algunas de las canciones que cantas fueron escritas sobre ti... y no sentir algo..., no sentirte atraído hacia esa persona.

¿Hubo veces en las que miré al otro lado del escenario, a Daisy, y me descubrí incapaz de apartar la mirada? Pues... sí. Desde luego, si echas un vistazo a las fotos de aquella gira, a fotos de los conciertos, etcétera..., verás que en muchas ellas Daisy y yo salimos mirándonos a los ojos. Yo intentaba convencerme de que era puro teatro, pero yo qué sé. ¿Cuándo actuábamos y cuándo no? ¿Qué hacíamos para vender discos y qué era verdad? Sinceramente, quizás alguna vez lo supe, pero ya no.

DAISY: Nicky a menudo estaba celoso de lo que ocurría en el escenario. «Young Stars» iba sobre dos personas que se sentían atraídas la una por la otra pero estaban obligados a negarlo. «Turn It Off» iba sobre tratar de desenamorarte de alguien de quien no puedes evitar estar enamorado. «This Could Get Ugly» iba sobre saber que conoces a alguien incluso mejor de lo que lo conoce su pareja. Cantar estas canciones con alguien era bastante intenso. Eran canciones que te hacían sentir algo..., que me hacían sentir lo que había sentido al escribirlas. Nicky lo sabía. Esa era una parte muy importante de nuestra relación: asegurarme de que Nicky estuviera bien. De que estaba feliz. Asegurarme de que se lo estaba pasando bien.

WARREN: Noche tras noche, llenazo absoluto, la multitud gritando, gente que cantaba hasta la última letra. Y después Billy siempre se iba a su habitación mientras que los demás nos quedábamos de fiesta hasta que encontrábamos a alguien con quien follar.

Excepto Daisy y Niccolo. Ellos se quedaban hasta más tarde que cualquiera. Todos nos íbamos a la cama sabiendo que para Daisy y Niccolo la noche aún era joven.

DAISY: Las drogas dejan de ser tan atractivas cuando te levantas con sangre seca debajo de la nariz tan a menudo que limpiártela se convierte en parte de tu rutina mañanera, como lavarte los dientes. Y cada día descubres nuevos moretones que no sabes de dónde han salido. Y tienes un nudo en la parte de atrás del pelo porque te has olvidado de cepillártelo durante semanas.

EDDIE: Sus manos eran azules. En Tulsa, estábamos en el *backstage* preparándonos para salir al escenario cuando de repente la miré y le dije:

—Tienes las manos un poco azules.

Ella se las miró y dijo:

—Ah, sí.

Y ya está, eso fue todo. «Ah, sí.»

KAREN: Daisy poco a poco se fue convirtiendo en una persona con la que ninguno de nosotros tenía muchas ganas de lidiar. Y, por lo general, no teníamos que hacerlo. No era especialmente dependiente. Solo teníamos problemas cuando se le piraba hasta tal punto que nos afectaba al resto. Como cuando casi incendia el hotel Chelsea.

DAISY: Estábamos en el hotel Omni Parker House de Boston. Nicky se quedó dormido mientras fumaba y la almohada empezó a arder. Me desperté por el calor. El pelo se me chamuscó. Tuve que apagar las llamas con un extintor que encontré en el armario. Nicky ni siquiera llegó a inmutarse.

SIMONE: La llamé al enterarme de lo del incendio. La llamé a Boston, la llamé a Portland. Continué llamándola. Nunca me devolvía las llamadas.

BILLY: Le dije a Rod que le consiguiera ayuda.

ROD: Me ofrecí a llevarlos a ella y a Nicky a un centro de desintoxicación, pero me dijo que me fuera a la mierda.

GRAHAM: Arrastraba las palabras, una noche se cayó por las escaleras del escenario. Creo que fue en Oklahoma. Pero Daisy sabía cómo hacer para que todo parecieran juegos y diversión.

DAISY: Estábamos en Atlanta. Nicky y yo habíamos estado toda la noche de fiesta y alguien tenía mescalina. Nicky pensó que tomar mescalina era una gran idea. Todos los demás se habían ido a la cama así que solo quedábamos Nicky y yo, hasta el culo de mil cosas. La mescalina

acababa de empezar a hacernos efecto.

Rompimos la cerradura de la puerta que daba al tejado del hotel donde nos alojábamos. Los fans que habían insistido en quedarse en el vestíbulo ya se habían marchado a casa, para que te hagas una idea de lo tarde que era. Nos quedamos allí de pie, mirando el espacio vacío que hacía tan solo unas horas había estado lleno de gente. Parecía romántico, los dos allí arriba. Todo en silencio. Nicky me cogió de la mano y me llevó hasta el borde mismo del tejado.

—¿Qué quieres? ¿Que saltemos? —dije de broma.

—Podría ser divertido.

Yo... Lo resumiré en pocas palabras: cuando te descubres drogada en el tejado de un hotel con un marido que no te dice rotundamente que no deberíais saltar, empiezas a darte cuenta de que tienes muchos problemas. No fue ahí cuando toqué fondo, pero sí que fue la primera vez que miré a mi alrededor y pensé: «Vaya, guau, voy en picado».

OPAL CUNNINGHAM: Cada vez dedicábamos más pasta a cubrir daños que dejaban a su paso. La habitación de Daisy siempre era la más cara. Lámparas rotas, espejos rotos, ropa de cama quemada... Montones de cerraduras rotas. Los hoteles anticipan una cierta cantidad de uso y desgaste, sobre todo cuando acogen a un grupo. Pero, en el caso de esta gira, el desmadre era tal que no se limitaban a quedarse con el depósito de seguridad.

WARREN: Creo que debió de ser en el tramo sur de la gira cuando se hizo evidente que Daisy estaba..., no sé. Se le estaba pirando. Se le olvidaban las palabras en algunas canciones.

ROD: Antes del concierto en Memphis, todos se estaban preparando para salir al escenario, pero nadie sabía dónde estaba Daisy. La busqué por todas partes, preguntaba a todos si la habían visto. Por fin la encuentro en uno de los cuartos de baño del vestíbulo. Había perdido el conocimiento en uno de los urinarios. Tenía el culo apoyado en el suelo y uno de los brazos levantado por encima de la cabeza. Durante un segundo, una décima de segundo, pensé que estaba muerta. Le sacudí la cabeza y despertó.

—Se supone que tienes que salir al escenario.

—Vale.

—Necesitas dejar todo esto y ponerte bien.

—Ay, Rod.

Se levantó, fue hasta el espejo, revisó su maquillaje y se dirigió al *backstage* para reunirse con el resto del grupo como si estuviese fresca como una lechuga. Y yo pensé: «Quiero dejar de tener que encargarme de esta mujer».

EDDIE: Nueva Orleans. Otoño del setenta y siete. Pete se me acerca durante la prueba de sonido y me dice:

—Jenny quiere casarse.

—Muy bien, pues cásate con ella.

—Sí, creo que lo haré.

DAISY: Si estás todo el tiempo jodido, reconstruyes las situaciones más despacio de lo que deberías. Pero empecé a darme cuenta de que Nicky nunca pagaba nada, de que no tenía dinero propio y de que no dejaba de pillarnos coca. Yo le decía: «Estoy bien. Ya he tenido bastante». Pero él siempre quería más, y quería que yo tomara más.

Una mañana viajábamos en el autobús, tal vez en diciembre o así. Estábamos tumbados en la parte trasera y todos los demás estaban en la parte de delante. Creo que habíamos parado en Kansas, porque miré por la ventana y solo se veían llanuras. No había ni una sola colina, ni siquiera se veía mucha civilización. Me desperté y Nicky estaba allí con un tiro preparado. Tuve un pensamiento fugaz: «¿Y si no me lo meto?». Así que le dije:

—No, gracias.

Nicky se rio:

—Va, venga.

Me lo plantó en la cara, y lo esnifé.

Y al girar la cabeza para mirar por el pasillo, vi que Billy había subido al autobús para algo, para hablar con Warren o con alguien. Pero... lo vio todo. Me miró durante un instante, y me puse muy triste.

BILLY: Me había propuesto mantenerme alejado del autobús blanco. Allí dentro no podía haber nada bueno para mí.

GRAHAM: Todos volvimos a casa por Navidad y Año Nuevo.

BILLY: No te imaginas lo feliz que estaba de volver a casa con mis chicas.

CAMILA: Mi vida era mucho más que eso, mucho más que el hecho de que mi marido estuviera en un grupo. No estoy diciendo que los Six no fueran un factor importante, por supuesto que lo eran. Pero éramos una familia. Cuando Billy volvía a casa, esperábamos que aparcara su trabajo antes de entrar por la puerta. Y lo hacía.

Cuando pienso en los últimos años de los setenta, está claro que pienso mucho en el grupo y en las canciones y en... todo lo que tuvimos que atravesar. Pero pienso sobre todo en Julia aprendiendo a nadar. En la primera palabra de Susana, que sonó algo así como «mimia»; no fuimos capaces de saber si había querido decir «mamá», «Julia» o «Maria». O en que Maria siempre intentaba tirarle del pelo a Billy. Y en que él siempre jugaba con las niñas a un juego que se llamaba «¿Quién se queda con la última tortita?». Mientras preparaba tortitas, las niñas las iban comiendo y de repente gritaba: «¡¿Quién se queda con la última tortita?!». La niña que levantara antes la mano se la quedaba. Pero, fuera quien fuera, al final siempre la compartían.

Estas son las cosas que recuerdo más.

BILLY: Camila y yo acabábamos de cerrar la compra de nuestra nueva casa en las colinas de Malibú. Era más grande que cualquier otra casa en la que jamás hubiera vivido. Tenía un camino de entrada larguísimo y árboles que daban sombra por todas partes menos en la terraza, que estaba totalmente despejada. Se podía ver hasta el océano. Camila la llamaba «la casa que construyó “Honeycomb”».

Dedicamos las dos semanas de vacaciones que pasé en casa con ellas a mudarnos y ordenarlo todo. La primera noche que llevamos a las niñas, le dije a Julia:

—¿Qué habitación quieres?

Era la más mayor, así que era la primera en elegir. Abrió los ojos de par en par y echó a correr por el pasillo para inspeccionarlas todas. Después se sentó en el suelo en mitad del pasillo y deliberó. Al cabo de un rato dijo:

—Quiero la que está en el medio.

—¿Estás segura?

—Estoy segura.

Era igual que su madre. Una vez sabía lo que quería, no le daba más vueltas.

ROD: Esa Navidad fue la primera vez en mucho tiempo (en muchísimo tiempo) que no tenía que trabajar, que podía simplemente disfrutar, que no tenía que salvar a ninguna estrella del rock de una crisis ni asegurarme de que su *rider* estuviera completo o lo que fuera que tuviera que hacer.

Alquilé una cabaña con un tío que se llamaba Chris. Nos movíamos en los mismos círculos y siempre que estaba en la ciudad quedábamos. Pasamos las vacaciones juntos en Big Bear. Preparábamos la cena juntos, nos metíamos en el jacuzzi y jugábamos a las cartas. Por Navidad le regalé un suéter y él me regaló una agenda. Y pensé: «Quiero ser normal».

DAISY: Nicky y yo nos fuimos a pasar la Navidad a Roma.

EDDIE: Durante las vacaciones, Pete le pidió matrimonio a Jenny y ella le dijo que sí. Yo me alegré un montón por él, ¿sabes? Le di un fuerte abrazo.

—Tengo que ver cuándo se lo cuento a los demás. No sé cómo se lo van a tomar.

—¿De qué estás hablando? A nadie le va a importar que estés casado.

—No, que me voy.

—¿Que te vas?

—Voy a dejar el grupo cuando acabemos la gira.

Estábamos en la sala de estar en casa de nuestros padres.

—Pero ¿qué estás diciendo? ¿Cómo que vas a dejar el grupo?

—Te dije que no quería hacer esto para siempre.

—Nunca has dicho eso.

—Te lo he dicho miles de veces. Te he dicho que nada de esto importa.

—¿Me estás diciendo que vas a renunciar a todo esto por Jenny? ¿De verdad?

—En realidad no es por Jenny. Es por mí. Para poder seguir con mi vida.

—¿Y eso qué significa?

—Nunca he querido estar en un grupo de rock blando. Vamos, tú eso lo sabes. Me subí a este tren, he estado montado un tiempo pero mi parada se aproxima.

DAISY: Nicky y yo nos enzarzamos en una pelea en la habitación del hotel en Roma. Me acusó de haberme acostado con Billy en Kansas. Yo no tenía ni idea de qué me estaba hablando. Ni siquiera había hablado con Billy en Kansas. Pero dijo que lo sabía desde hacía semanas y que estaba harto de ver cómo intentaba ocultarlo. Las cosas se pusieron feas rapidísimo. Le lancé un par de botellas. Él rompió el cristal de la ventana de un puñetazo. Recuerdo que miré hacia abajo y vi lágrimas grises rodando por mi cara; estaban manchadas de rímel y lápiz de ojos. No recuerdo qué fue exactamente lo que pasó pero uno de mis pendientes de aro me rasgó la oreja. El corte empezó a sangrar, yo lloraba y la habitación estaba destrozada, pero lo siguiente que sé es que Nicky me está abrazando y prometemos que nunca dejaremos de estar juntos y que nunca volveremos a pelearnos de esa forma y recuerdo pensar: «Si el amor es esto, tal vez no lo quiera».

ROD: El vuelo que le habíamos reservado a Daisy llegaba veinticuatro horas antes del concierto de Seattle. La hice venir antes porque me preocupaba que perdiera el vuelo. Necesitaba asegurarme de que disponíamos de un margen de error.

DAISY: La mañana que supuestamente debíamos volar a Seattle, me desperté y Nicky estaba sentado encima de mí. Me di cuenta de que estaba empapada porque había dormido en el plato de ducha. Estaba grogui y confundida, pero a esas alturas siempre que me despertaba estaba grogui y confundida.

—¿Qué ha pasado?

—Pensé que habías tenido una sobredosis de Seconals o algo. No conseguía recordar qué más habíamos tomado.

¿Sabes lo que pasa cuando alguien tiene una sobredosis de Seconals? Que se muere.

—¿Así que me metiste en la ducha?

—Intenté despertarte. No sabía qué hacer. No te despertabas. Estaba muy asustado.

Le miré y se me cayó el alma a los pies porque, aunque no tenía ni idea de si había sufrido o no una sobredosis ni de qué fue lo que pasó exactamente aquella noche, me di cuenta de que Nicky estaba realmente aterrorizado.

Y lo único que había hecho era meterme en la ducha.

Mi marido había creído que podía morir. Y ni siquiera se le ocurrió llamar al conserje. Algo se encendió en mi interior, como uno de esos interruptores automáticos..., como en un circuito eléctrico. ¿Sabes lo que cuesta levantar un interruptor? Pero cuando lo haces, lo cambia todo. Y yo lo hice. En ese mismo instante supe que necesitaba alejarme de esa persona, que necesitaba cuidar de mí misma. Porque si no lo hacía...

Él no iba a matarme, pero me dejaría morir.

—Vale, gracias por cuidar de mí —le dije—. Debes de estar agotado. ¿Por qué no te echas un rato?

Y entonces, cuando se quedó dormido, recogí todas mis cosas. Cogí los dos billetes de avión y me fui al aeropuerto. Una vez allí, me dirigí a un teléfono público, llamé al hotel y dije:

—Necesito dejar un mensaje para Niccolo Argento, en la habitación 907.

La mujer me dijo que vale, aunque seguramente debió de decir: «Bene».

—Apunte: «Lola La Cava quiere el divorcio».

WARREN: Cuando regresamos después de aquel paréntesis, en aquella actuación en Seattle... Daisy parecía, no sé, lúcida.

—¿Dónde está Niccolo?

—Ese periodo de mi vida ha terminado —dijo por toda respuesta.

Y eso fue todo. Fin de la discusión. Me pareció brutal.

SIMONE: Me llamó para decirme que había dejado a Niccolo en Italia y me puse a aplaudir.

KAREN: Empezó a decir cosas con sentido cuando hablabas con ella. Empezó a aparecer lúcida a las pruebas de sonido.

DAISY: Por desgracia no usaría la palabra sobria. Pero ¿sabes qué? Empecé a llegar a tiempo a los sitios.

BILLY: Creo que no me había dado cuenta de cuánto de ella se había ido hasta que volvió.

DAISY: Aquellos primeros meses alejada de Nicky volví a ser consciente de mí misma en el escenario. Volví a ser consciente de mi relación con el público. Empecé a asegurarme de que me acostaba y me levantaba a ciertas horas. Me impuse una serie de reglas sobre cuándo tomar según qué drogas. Cocaína solo de noche, solo seis dexies a la vez, o la cantidad que fuera. Solo champán y coñac.

Cuando estaba en el escenario, cantaba con intención, algo que no había hecho en mucho tiempo. Me importaba el concierto. Me importaba hacerlo bien. Me importaba...

Me importaba la persona con la que cantaba.

ROD: Cuando estaba colocada, Daisy era divertida y despreocupada; te lo pasabas muy bien con ella. Si ella se divertía, tú te divertías. Pero si quieres desgarrar el corazón de la gente, trae a Daisy de vuelta a la Tierra y haz que cante sus propias canciones. No hay nada que se le parezca.

DAISY: En los Grammys estaba borracha. Pero dio lo mismo.

BILLY: Antes de que se anunciara el Grammy a la Mejor Grabación del Año, en algún momento de la noche Rod me dijo que Teddy no quería salir a hablar. Es una especie de premio al productor, pero Teddy prefería quedar en un segundo plano, así que Rod me preguntó si quería subir yo.

—Da igual. No vamos a ganar —le contesté.

—Entonces ¿te parece bien si le doy la oportunidad a Daisy?

—Lo único que le estás dando es un gran montón de nada, pero claro, adelante.

¿Qué quieres que te diga? No se puede tener la razón todo el tiempo.

KAREN: Cuando ganamos el Grammy a la Mejor Grabación del Año por «Turn It Off», estábamos todos allí de pie, nosotros siete y Teddy. Pete llevaba una de esas malditas corbatas de cordón. Era horrenda. ¡Qué vergüenza me dio! Estaba totalmente segura de que Billy saldría a aceptar el premio. Pero, en su lugar, la que se puso delante del micrófono fue Daisy. Pensé: «Espero que diga algo coherente». Y entonces fue y lo hizo.

BILLY: Dijo: «Gracias a todos los que han escuchado esta canción y la han comprendido y la han cantado con nosotros. La hicimos para vosotros. Para todos los que estáis ahí fuera colgados de alguien o de algo».

CAMILA: «Para todos los que estáis colgados de alguien o de algo».

DAISY: No quise decir nada con eso, salvo dar voz a quienes se sintieran desesperados. Yo me sentía desesperada por un montón de cosas. Me sentía desesperada y también, de alguna forma, sentía que era yo misma.

Tiene gracia. Al principio piensas que empiezas a drogarte para bajarle el volumen a tus emociones, para escapar de ellas. Pero pasado un tiempo te das cuenta de que las drogas son lo que hace que tu vida sea insostenible, de que drogarte es lo que en realidad sostiene todas tus emociones. Hace que tu corazón se rompa con más fuerza, que los buenos momentos sean más intensos. Por eso, abstenerse de tomarlas se parece a redescubrir la cordura.

Y cuando vuelves a descubrir tu propia cordura, es solo cuestión de tiempo que empieces a sospechar por qué quisiste escapar de ella.

BILLY: Cuando abandonamos el escenario después de haber recibido aquel galardón, capté su mirada y ella me sonrió. Y pensé: «Le está dando la vuelta a esto».

ELAINE CHANG: Cuando Daisy salió a aceptar el premio Grammy a la Grabación del Año, con el pelo revuelto, los brazaletes hasta los codos y el vestido de color crema, parecía totalmente al mando de ese grupo y segura de su talento... Puede que esa noche sea la razón por la que se la considera una de las vocalistas de rock más sexis de todos los tiempos.

Poco después grabaron el célebre videoclip en el que salen tocando «Impossible Woman» en el Madison Square Garden, donde ella canta desde muy adentro y sin miedo hasta las notas más altas, y parece que Billy Dunne no pueda apartar la vista de ella.

Todo esto fue durante los meses siguientes a que dejara a Niccolo Argento. Fue entonces cuando se sintió completamente autorrealizada, con el control. Todas las revistas hablaban de ella, todo el mundo sabía quién era. En el mundo del rock, todos querían ser ella.

La Daisy Jones de la que todos hablamos cuando hablamos de Daisy Jones es la de la primavera del setenta y nueve. Parecía que estuviera en la cima del mundo.

KAREN: Hay algo que no he mencionado.

GRAHAM: ¿Te ha hablado Karen sobre esto? No seré yo quien abra la boca si ella no te lo ha contado. Pero si te lo ha contado podemos hablar de ello.

KAREN: Estábamos en Seattle, creo, cuando me di cuenta de que pasaba algo.

EDDIE: Nunca saqué el tema con Graham y Karen, lo de que sabía que estaban liados. Pero sí que me parecía raro que se lo tuvieran tan callado. La gente se habría alegrado por ellos. Tal vez solo pasara aquella vez. A veces, mi memoria es tan borrosa que me pregunto si lo imaginé. Pero creo que no, dudo que me inventara algo así.

KAREN: Me estaba dando una ducha en el hotel. Graham estaba en la habitación de al lado, entró y se metió en la ducha conmigo. Lo empujé hacia mí y lo rodeé con mis brazos. Ese era uno de los motivos por los que Graham me gustaba tanto: lo grande que era, lo fuerte que era. Era peludo y corpulento, y eso me gustaba. Me gustaba también lo dulce que era. Pero en aquella ocasión, al apretar su pecho contra el mío, sentí que mis tetas estaban hinchadas. Me dolían. Y lo supe. Simplemente lo supe.

Había oído a otras mujeres decir que era posible presentir que estabas embarazada, pero lo había atribuido a alguna mierda *flower power*. Sin embargo, diré que es cierto, al menos en mi caso. Tenía veintinueve años. Conocía mi cuerpo. Y sabía que estaba embarazada. Me entró pánico. Era como si empezara en mi cabeza y llenara todo mi cuerpo. Recuerdo lo agradecida que me sentí cuando Graham oyó que Warren llamaba a su puerta, porque salió pitando de la ducha.

Al quedarme sola me sentí muy aliviada por no tener que fingir ser humana en aquel momento.

Porque me sentía... ida. Sentí como si mi alma hubiera escapado de mi cuerpo y yo solo fuese un caparazón. Ni siquiera sé cuánto tiempo me quedé en la ducha. Me quedé allí dentro, bajo el grifo, con la mirada perdida hasta que logré reunir la energía suficiente para salir.

GRAHAM: ¿Sabes cuando notas que a alguien le pasa algo pero no sabrías decir el qué? Y le preguntas qué le pasa y es como si no tuvieran ni idea de lo que le estás diciendo. Te sientes un poco loco, como si estuvieras enloqueciendo. Tienes la corazonada de que la persona que amas no está bien, aunque parezca que sí que lo está. Lo parece.

KAREN: Me hice una prueba de embarazo en Portland. No se lo conté a nadie, lo que quiere decir que estaba sola en mi habitación de hotel cuando vi que la línea se volvía rosa o del color que fuera. Me quedé mirándola fijamente durante mucho rato. Y entonces llamé a Camila.

—Estoy embarazada —le dije—. No sé qué hacer.

CAMILA: —¿Quieres tener una familia?

—No.

Cuando dijo «no...». Aquel «no» sonó como un graznido salido de su garganta.

KAREN: Las dos nos quedamos en silencio, hasta que Camila dijo: «Ay, cariño, lo siento mucho».

GRAHAM: Cuando llegamos a Las Vegas ya no podía más y le pedí: «Vamos, Karen, tienes que hablarme».

KAREN: Me salió solo. Se lo dije tal cual: «Estoy embarazada».

GRAHAM: No supe qué decir.

KAREN: Se quedó callado durante un buen rato. Se puso a dar vueltas por la habitación.

—No quiero hacerlo. No quiero pasar por esto.

GRAHAM: Imaginé que simplemente estaría sopesando las opciones.

—Vamos a darle un poco de tiempo. Todavía tenemos tiempo, ¿verdad?

KAREN: Le dije que no iba a cambiar de opinión.

GRAHAM: Dije lo que no tenía que haber dicho. Sabía que no tenía que haberlo dicho:

—Podemos coger a otro teclista si eso es lo que te preocupa.

KAREN: En verdad no lo culpo. Casi todo el mundo hubiese pensado como él.

—¿Te das cuenta de lo duro que he trabajado para llegar hasta aquí? No pienso renunciar a esto.

GRAHAM: No quería decirlo pero me parecía egoísta elegir nada que no fuera nuestro bebé.

KAREN: No hacía más que llamarlo «nuestro bebé». «Nuestro bebé, nuestro bebé, nuestro bebé».

GRAHAM: Le dije que debía tomarse algo más de tiempo para pensárselo. Eso es todo lo que dije.

KAREN: Era nuestro bebé pero era mi responsabilidad.

GRAHAM: La gente cambia de opinión sobre este tema todo el tiempo. Piensas que no quieres algo y de repente te das cuenta de que sí lo quieres.

KAREN: Me dijo que no sabía lo que estaba diciendo y que, si no seguía adelante con el embarazo, me arrepentiría durante el resto de mi vida. Simplemente no me entendía.

No me asustaba arrepentirme de no tener un hijo. Me asustaba arrepentirme de tener uno.

Me asustaba traer una vida no deseada a este mundo. Me asustaba vivir mi vida y sentir que me había amarrado al muelle equivocado. Me asustaba sentirme empujada a hacer algo que sabía que no quería. Graham no quería oír hablar de nada de esto.

GRAHAM: La cosa se calentó y me fui de allí hecho una fiera. Era una conversación que había que tener cuando estuviéramos tranquilos. Empezar a gritar no tenía sentido.

KAREN: No iba a cambiar de opinión. Siempre que lo he dicho me han juzgado, pero lo sigo manteniendo: nunca he querido ser madre. Nunca he querido tener hijos.

GRAHAM: No hacía más que pensar: «Cambiará de idea». Pensaba: «Nos casaremos y tendremos un bebé y todo se resolverá». Se daría cuenta de lo mucho que quería ser madre, de lo mucho que la familia significaba para ella.

DAISY: Después de los Grammys, Billy y yo empezamos a hablar de nuevo. Bueno, más o menos. Acabábamos de ganar con una canción que habíamos escrito juntos, una canción que cantábamos juntos, y eso resonaba dentro mí.

BILLY: Se estabilizó. Se relajó. Lejos de Niccolo era..., era más fácil tener una conversación con ella.

DAISY: Viajábamos a New York en un vuelo nocturno para participar en el *Saturday Night Live*. Rich nos había cedido el jet de Runner. Creo que casi todos se habían quedado dormidos. Billy iba al otro lado del avión, pero nuestros asientos estaban como enfrentados. Yo llevaba un vestido diminuto. Tenía frío, así que cogí una manta y me arropé con ella. Vi que Billy me había visto. Y se rio.

BILLY: Algunas personas nunca dejan de ser ellas mismas. Y, por mucho que eso te pueda volver loco, es precisamente lo que recordarás de ellas cuando ya no estén, cuando ya no formen parte de tu vida.

DAISY: Le miré y yo también me reí. Y, durante un instante, sentí como si pudiéramos volver a ser amigos.

ROD: Para cuando tocaron en el *Saturday Night Live*, «Young Stars» también se había convertido en un éxito. Ocupaba el número siete en las listas, creo. Estaba dentro del Top 10 seguro. Vendíamos tantos discos que no daba tiempo a imprimirlos lo suficientemente rápido. Runner tenía preparada «This Could Get Ugly» para que se convirtiera en el siguiente éxito.

DAISY: *SNL* había decidido que la primera canción que tocaríamos sería «Turn It Off» y después haríamos «This Could Get Ugly».

KAREN: Me aposté con Warren a que Daisy no llevaría sujetador, y gané doscientos dólares.

WARREN: Cada uno estaba decidiendo cómo iba a salir vestido y me aposté cincuenta dólares con Karen a que Billy llevaría una camisa vaquera y a que Daisy iría sin sujetador. Cincuenta pavos directamente a mi bolsillo.

KAREN: Durante el ensayo general, Daisy y Billy hablaban entre ellos. Algo había cambiado.

GRAHAM: Hicimos el ensayo general para «Turn It Off» y salió realmente bien. Lo mismo pasó con «This Could Get Ugly».

BILLY: Cuando empezó el programa, tenía pensado hacerlo tal como lo habíamos ensayado.

DAISY: Nos presentó Lisa Crowne, ya sabes: «Señoras y señores, Daisy Jones & The Six» y el público se volvió loco. Había estado en estadios con multitudes que nos aclamaban, pero eso era diferente. Un pequeño grupo de personas justo delante de nosotros que hacían un ruido impresionante. Fue una sacudida de energía.

NICK HARRIS: Cuando Daisy Jones & The Six tocaron «Turn It Off» en el *Saturday Night Live*, ya era una canción famosa en casi todo el país. Había sido la Grabación del Año.

Daisy llevaba unos vaqueros negros desgastados y una camiseta de tirantes rosa satén. No le faltan los brazaletes en los brazos. Está descalza. Su pelo es de un rojo brillante. Bailaba por el escenario cantando a pleno pulmón y tocando la pandereta. Parecía que se lo estaba pasando en grande. Y Billy Dunne iba todo de vaquero, un clásico. Está colocado muy cerca del micrófono, mirándola, y él también se lo está pasando en grande. Allí subidos parecía que estaban hechos el uno para el otro.

El grupo está clavando cada compás con una nitidez y una frescura que nadie esperaría de una canción que sabes que han tocado mil veces.

Y Warren Rhodes es un alucine, un ejemplo en mantener unida a toda una banda con la batería. Resultaba eléctrico detrás de aquel instrumento. Si conseguías apartar la mirada de Daisy y Billy en algún momento, se te iba directa a su modo de aporrear los bombos.

A medida que la canción progresa y la letra se va haciendo más incisiva, da la impresión de que tanto Billy como Daisy estén absortos el uno en el otro. Se dirigen al mismo micrófono y cantan uno frente a otro esta canción apasionante y emotiva sobre el deseo de olvidar a alguien... Parece como si cada uno estuviese cantándole al otro.

BILLY: Durante esa actuación pasaban muchas cosas. Yo tenía que ser consciente de mi ritmo, de la letra, de dónde mirar y de dónde estaba colocada la cámara. Y entonces..., no sé... De pronto Daisy estaba a mi lado y me olvidé de todo salvo de mirarla y de cantar esa canción que habíamos escrito juntos.

DAISY: Termina la canción y siento como si saliera de una especie de trance. Billy y yo miramos al público y entonces me coge la mano y hacemos una reverencia. Era la primera vez en muchísimo tiempo que mi cuerpo rozaba el suyo. Mi mano aún palpitaba después de que la soltara.

GRAHAM: Daisy y Billy tenían algo que nadie más tenía. Y cuando conectaban de esa manera... Era lo que nos hacía ser quienes éramos. Aquella actuación fue uno de esos momentos en los que crees que su talento compensa toda sus mierdas.

WARREN: Entre canción y canción, Billy me dijo que se le había ocurrido una idea para «A Hope Like You». La idea me gustó. Le dije que, si a los demás les parecía bien, por mí perfecto.

EDDIE: «This Could Get Ugly» había salido genial en el ensayo general y, en el último momento, Billy decide que quiere que tocar «A Hope Like You». Una balada lenta. Y que quiere tocar el teclado en lugar de Karen, de modo que los únicos que estén en el escenario sean Daisy y él.

BILLY: Realmente quería sorprender a todo el mundo. Quería hacer algo inesperado. Pensé que podría ser... algo para el recuerdo.

DAISY: Me pareció una idea muy guay.

GRAHAM: Todo pasó muy rápido. Se suponía que íbamos a salir todos a tocar «This Could Get Ugly» y, de repente, Billy y Daisy salen ellos dos solos para cantar otra canción.

KAREN: Yo soy la teclista. Si alguien tenía que estar ahí fuera con Daisy, creo que debería haber sido yo. Pero entiendo lo que Billy estaba vendiendo cuando salió ahí fuera. Lo pillo. Eso no quiere decir que me gustara.

ROD: Fue una jugada maestra. Los dos allí solos. Televisión de la buena.

WARREN: Estaban uno frente al otro. Billy al piano y Daisy de pie frente a él con el micro. Los demás los mirábamos desde un lateral.

DAISY: Billy empezó a tocar y, durante un instante, capté su mirada antes de empezar a cantar. Y... [hace una pausa] Parecía tan obvio, tan dolorosamente obvio. Sin Nicky cerca para distraerme, sin estar tan drogada que ni siquiera estaba mentalmente presente, me pareció más que obvio que le amaba.

Que estaba enamorada de él.

Y drogarme, irme a Tailandia o casarme con un príncipe no iba a pararlo. Y que él estuviera casado con otra persona... Eso tampoco iba a pararlo. Creo que fue en ese momento cuando finalmente me resigné a ello. A lo triste que era todo.

Y entonces empecé a cantar.

KAREN: ¿Conoces esa sensación como de notar que alguien tiene un nudo en la garganta? Así era como sonaba ella. Nos dejó destrozados a todos. Que ella lo mirara de esa forma. Que le cantara de esa forma. Que cantara: «It doesn’t matter how hard I try|can’t earn some things no matter why». A ver, venga ya.

BILLY: Amaba a mi mujer. Y le fui fiel desde el momento en que arreglé las cosas. Intenté desesperadamente no sentir nunca nada por ninguna otra mujer. Pero... [respira profundamente] Todo lo que hacía arder a Daisy, me hacía arder a mí. Todo lo que yo amaba del mundo, Daisy lo amaba. Daisy luchaba contra todo contra lo que yo también luchaba. Éramos dos mitades. Éramos lo mismo. Como solo lo eres con unas pocas personas. Cuando ni siquiera sientes que tengas que expresar tus propios pensamientos porque sabes que la otra persona está pensando lo mismo. ¿Cómo podía estar alrededor de Daisy Jones y no sentirme cautivado por ella? ¿Cómo podía no enamorarme de ella?

No podía. Simplemente no podía. Pero Camila significaba más. Esta es la verdad más profunda de todas. Mi familia significaba más para mí. Camila significaba más para mí. Tal vez, durante un breve instante, Camila dejó de ser la persona que más me atraía... O...

...

...

...

Puede que Camila no fuera de quien más enamorado estaba en aquel momento. No lo sé. No puedo... Puede que ella no fuese esa persona. Pero era a quien más amaba. Era a quien siempre elegiría.

Para mí esa persona era Camila. Siempre.

La pasión es... fuego. Y el fuego es fantástico, tío. Pero estamos hechos de agua. El agua es lo que nos permite vivir. Necesitamos agua para sobrevivir y mi familia era mi agua. Elegí el agua. Siempre elegiría el agua. Y quería que Daisy encontrara la suya. Porque yo no podía serlo.

GRAHAM: Cuando vi a Billy tocar el piano mirando a Daisy, pensé: «Espero que Camila no esté viendo esto».

BILLY: Prueba a tocar una canción como esa con una mujer como Daisy sabiendo que tu mujer va a verlo. Intenta hacer eso. Y luego dime si no estás a punto de perder la puta cabeza.

ROD: Aquella actuación fue eléctrica. Los dos juntos, actuando el uno para el otro. Parecía como si les estuvieran arrancando el corazón en directo. Momentos así no ocurren todos los días. Cualquiera que aquel sábado por la noche estuviera levantado viéndolos sintió que había sido testigo de algo grande.

KAREN: Cuando acabó la canción, el pequeño público allí congregado irrumpió en aplausos y Billy y Daisy les dedicaron una última reverencia. Los demás salimos y nos unimos a ellos. Y, ¿sabes? Tuve la sensación de que éramos grandes y de que íbamos a hacernos más grandes todavía. Fue la primera vez que pensé: «¿Vamos a ser el grupo más importante del mundo?»

WARREN: Fuimos a la fiesta de después del programa con todo el elenco. Lisa Crowne era la anfitriona y pensé, ya sabes: «Haz como si nada y tal vez le gustes». Así que eso es lo que hice. Y funcionó.

GRAHAM: En algún momento de la noche, eché un vistazo a mi alrededor y vi que Warren tenía el brazo pasado por encima de los hombros de Lisa Crowne y pensé: «Joder, debemos de ser muy famosos». Es decir, teníamos que serlo para que Warren hubiera ligado con Lisa Crowne.

EDDIE: Pete y yo salimos de fiesta con la orquesta del *SNL* y desfasamos hasta el punto de que yo dejé de sentir mi propia nariz y Pete potó en una tuba.

WARREN: Cuando me fui de allí con Lisa, no vi a Daisy por ninguna parte.

GRAHAM: Aquella noche todos perdimos la pista a Daisy.

BILLY: Fui al bar con todos los demás por educación, pero no pude quedarme mucho tiempo. Cuando estás sobrio, una fiesta del *SNL* no es el mejor ambiente.

De vuelta en el hotel recibí una llamada de Camila. Hablamos un rato, pero nos callamos muchas cosas. Había visto el programa y creo que estaba batallando sobre cómo sentirse al respecto. Pasamos mucho tiempo hablando con rodeos, y entonces me dijo que se iba a la cama.

—De acuerdo —le dije. Y luego añadí—: Te quiero. Tú eres mi Aurora.

Ella dijo que también me quería y colgó.

CAMILA: No importa a quién elijas para hacer tu camino: esa persona te va a hacer daño. Preocuparse por alguien pasa por eso. No importa a quién ames, te romperá el corazón en el camino. Billy Dunne me ha roto el corazón varias veces. Y sé que yo he roto el suyo. Y, sí, verlos esa noche en el *SNL*..., esa fue una de las veces.

Pero nunca dejé de tener confianza y esperanza. Creía que él lo merecía.

DAISY: Estoy sentada en un reservado al lado de Rod en la fiesta del *SNL* y veo que un grupo de chicas entra en el baño para meterse una raya. No te imaginas lo mucho que me aburría todo aquello.

Estaba increíblemente aburrida de la vida. Del *speed* y de la coca y de todo aquello. Era como ver la misma película por enésima vez. Ya sabes cuándo van a aparecer los malos, ya sabes qué va a hacer el héroe. El simple hecho de pensar en ello era tan aburrido que me quería morir. Quería una vida real, por una vez. Cualquier cosa que fuera real. Así que me levanté, me metí en un taxi, volví al hotel y fui a la habitación de Billy.

BILLY: Llamaron a mi puerta justo cuando me estaba quedando dormido. Al principio simplemente dejé que llamasen. Supuse que sería Graham y que podía esperar a la mañana.

DAISY: Seguí llamando. Sabía que estaba allí.

BILLY: Al final tuve que salir de la cama, en calzoncillos. Abro la puerta y digo: «¿Qué quieres?». Y entonces veo que es Daisy.

DAISY: Simplemente tenía que decir lo que necesitaba decir. Tenía que decirlo. Era una situación de o ahora o nunca, y no podía ser nunca.

BILLY: Me quedé de veras conmocionado. No me lo podía creer.

DAISY: «Quiero desintoxicarme». Billy inmediatamente me arrastró a su habitación. Me sentó y me preguntó:

—¿Estás segura?

—Sí.

—Vamos a meterte en un centro ahora mismo.

Cogió el teléfono y empezó a marcar, pero yo me levanté y colgué el teléfono.

—Solo..., ahora mismo solo siéntate conmigo y ayúdame... a entender lo que estoy haciendo.

BILLY: No sabía cómo ayudar a otra persona, pero quería hacerlo. Quería ayudar a alguien igual que Teddy me había ayudado a mí. Le debía mucho por haberme llevado a desintoxicarme cuando lo hizo. Y quería hacer eso por alguien. Quería hacerlo por ella. Quería que estuviese bien, sana. Quería eso para ella..., yo..., sí, lo quería muchísimo.

DAISY: Billy y yo hablamos de desintoxicarse y de lo que significaría, y me contó un poco en qué consistía. Parecía abrumador. Me planteé si lo había dicho en serio, si en realidad estaba preparada para pasar por ello. Pero seguía intentando creer en mí, en que sí que podía. En un momento determinado, Billy me preguntó si estaba sobria. «¿Estaba sobria en aquel momento?».

Me había tomado una o dos copas en la fiesta y antes, ese mismo día, me había tomado unos cuantos dexies. No habría podido decir qué significaba estar sobrio. ¿Se me habría pasado ya el efecto de todo lo que había tomado? ¿Acaso recordaba cómo era estar completamente limpia?

Billy abrió el minibar para coger un refresco y allí estaban todos esos tragos de tequila y de vodka. Los miré. Y Billy los miró. Y entonces los cogió, fue hasta la ventana y los lanzó fuera. Pudimos oír el ruido que hicieron algunos al romperse en el piso de abajo.

—¿Qué estás haciendo?

—Esto es rock —dijo Billy.

BILLY: En algún momento nos pusimos a hablar del disco.

DAISY: Le hice una pregunta que me atormentaba desde hacía un par de meses: «¿Te preocupa que no seamos capaces de escribir otro disco tan bueno como este?».

BILLY: «Es algo que me preocupa todos los putos días».

DAISY: Toda mi vida había querido que la gente reconociera mi talento como cantautora, y con *Aurora* había conseguido ese reconocimiento. Sin embargo, de inmediato me había empezado a sentir como una impostora.

BILLY: Cuanto más alto llegaba el disco, más nervioso me sentía al pensar en el siguiente. En el autobús me ponía a garabatear canciones en el cuaderno y terminaba tachándolo todo y tirándolo porque sabía que no era... Ya no sabía si eran buenas o no. No sabía si lo único que hacía era evidenciar que no era más que un fraude.

DAISY: Él era el único que podía entender tanta presión.

BILLY: Al amanecer, volví a sacar el tema de la desintoxicación.

DAISY: Solo podía pensar: «Ve un tiempo pero solo para descansar un poco. No tienes que parar para siempre». Ese era mi plan. Ir a un centro de desintoxicación sin dejarlo para siempre. Para mí tenía muchísimo sentido. Si un amigo me mintiera de la forma en que yo me mentía a mí misma, le diría: «Eres una mierda de amigo».

BILLY: Cogí el teléfono para llamar a información y conseguir el número del centro al que yo había ido. Sin embargo, al descolgar el auricular, no había línea. Y al otro lado alguien decía:

—¿Hola?

—¿Hola? —dije yo.

Era el conserje.

—Tengo a Artie Synder al teléfono para usted.

Le dije que me lo pasara pero pensaba: «¿Por qué me llama mi ingeniero de sonido a las tantas de la mañana?».

—Artie, ¿qué diablos...?

DAISY: Teddy había tenido un ataque al corazón.

WARREN: Mucha gente supera ataques al corazón. Por eso cuando me enteré pensé que... No me di cuenta de que lo que quería decir era que estaba muerto.

BILLY: Muerto.

GRAHAM: Teddy Price no es el tipo de tío que piensas que vaya a morir de un ataque al corazón. Bueno, a ver, comía fatal y bebía mucho y no se cuidaba un carajo pero... Es solo que parecía demasiado... poderoso, quizás. En el sentido de que no parecía tener tiempo para un puto ataque al corazón.

BILLY: La noticia me dejó sin aliento. Y lo primero que pensé nada más colgar el teléfono, el primer pensamiento que me vino a la mente fue: «¿Por qué he tirado la priva por la ventana?».

ROD: Envié a todos a Los Ángeles para el funeral.

WARREN: Todos nos habíamos quedado destrozados al perder a Teddy. Pero, joder, ver a Yasmine, su novia, rompiendo a llorar junto a su tumba... No dejaba de pensar en que había muy pocas cosas importantes, pero lo que Yasmine sentía por Teddy lo era.

GRAHAM: Teddy era un montón de cosas para un montón de gente. Nunca olvidaré estar en el funeral y ver a Billy sujetando la mano de Yasmine, tratando de consolarla.

Porque yo sabía que él no estaba bien.

Todo hombre necesita otro hombre al que admirar. Para bien o para mal, yo tenía a Billy. Billy tenía a Teddy. Y Teddy se había ido.

BILLY: En mi caso, la cosas se desmoronaron. No le encontraba sentido a nada. No era capaz de procesarlo. Que Teddy se hubiera ido, que estuviera... muerto. Creo que durante un tiempo estuve muerto por dentro. Sé que suena un poco extremo, pero así es como se sentía. Sentí como si mi corazón se hubiera vuelto de piedra. O... ¿sabes esa gente que se congela criogénicamente? ¿Que se congela con la esperanza de poder volver algún día? Eso es lo que le pasó a mi alma. Se congeló.

No podía soportar la realidad, no estando sobrio. No sin una copa o un... Salí de mi vida. El único modo de soportarlo era morir por dentro. Porque si intentaba mantenerme vivo, vivir durante aquel periodo de mi vida, podría haber acabado muerto de verdad.

DAISY: Cuando Teddy murió, todo acabó. Decidí que desintoxicarse no tenía ningún sentido. Mi razonamiento fue: «Si el universo quisiera que estuviera limpia, no habría matado a Teddy». Es posible justificar cualquier cosa. Si eres lo suficientemente narcisista para creer que el universo conspira por y contra ti (y, en el fondo, todos lo somos), puedes convencerte de que recibes señales sobre cualquier cosa.

WARREN: Me tiré unas tres semanas en mi barco fumando puros, emborrachándome, apenas cambiándome de ropa. Lisa y yo habíamos mantenido un poco el contacto desde nuestra actuación en el *SNL*.

Vino a verme y me preguntó:

—¿Vives en un barco?

—Sí.

—Eres un adulto. Consigue una casa de verdad.

Tenía razón.

EDDIE: Yo pensaba que lo mejor que podíamos hacer era volver a salir a la carretera. Diez u once años antes habíamos perdido a un primo mío en un accidente de coche y mi padre había dicho: «El dolor se supera trabajando». Y desde entonces siempre lo había hecho así. Pensé que quizás así Pete permaneciera en el grupo, pero, en lugar de eso, preparó aún más su marcha.

BILLY: Una día Camila me pidió que fregara el váter, así que fui al baño y me puse a fregar la taza, y seguí fregando y fregando. Entonces volvió y me preguntó:

—¿Qué estás haciendo?

—Estoy limpiando el váter.

—Llevas cuarenta y cinco minutos haciéndolo.

—Ah.

CAMILA: Le dije: «Necesitas volver a la carretera, Billy. Iremos todas contigo. Pero necesitas volver a estar ahí fuera. Quedarte sentado en casa, pensando, te está matando».

ROD: En algún momento tienes que volver a subir al autobús.

GRAHAM: Crees que una tragedia significa el fin del mundo, pero te das cuenta de que el mundo nunca termina. Nunca se acaba. Nada le pondrá fin.

Y mientras tanto yo me enfocaba en el hecho de que, con Karen y conmigo, ya sabes, la vida apenas estaba empezando.

KAREN: Estaba muy agradecida a Rod por ponernos de nuevo en marcha. Por no dejar que nos hundiéramos.

BILLY: Hice lo que Camila había dicho que hiciera. Volví a salir a la carretera. El primer concierto era en Indianápolis. Volé junto al resto de la banda. El plan era que Camila y las niñas se reunieran conmigo en la siguiente parada.

Indianápolis fue..., fue duro. Llegué al hotel, me registré. Vi a Graham, vi a Karen y, en la prueba de sonido, vi a Daisy. Llevaba puesto un mono. Se la veía muy nerviosa. Era evidente. Los ojos hundidos y los brazos escuálidos. Me costaba mirarla.

Le había fallado. Me había pedido ayuda para estar sobria pero, al morir Teddy, la había abandonado.

DAISY: Esa primera noche después de volver, creo que estábamos en Ohio, me daba vergüenza dejar incluso que Billy me viera. Porque había acudido a él y le había dicho que quería recuperar la sobriedad y luego no lo había hecho. Había caído aún más bajo que antes.

KAREN: Le dije a Graham que había decidido abortar. Me dijo que estaba loca. Yo le dije que no lo estaba. Me pidió que no lo hiciera.

—¿Vas a dejar tú al grupo para ponerte a criar a este bebé?

No respondió.

Eso fue todo.

GRAHAM: Pensaba que aún estábamos considerando todas las opciones.

KAREN: Él sabía lo que iba a hacer. Simplemente se siente más cómodo fingiendo que no lo sabía. Él puede permitirse ese lujo.

BILLY: Camila y las niñas se reunieron con nosotros en Dayton. Fui a recogerlas al aeropuerto y, mientras esperaba su llegada, vi a un hombre que pedía un tequila con hielo en el bar. Podía oír el hielo en el vaso. Podía ver cómo flotaba en el tequila. Anunciaron que su avión estaba atascado en la pista y ahí estaba yo, sentado, mirando la puerta por donde aparecerían.

Mientras me decía a mí mismo que no iba a pedir una copa, me acerqué al bar y me senté en un taburete. El tipo de detrás de la barra me preguntó:

—¿Qué le sirvo?

Lo miré fijamente. Repitió la pregunta. Y entonces oí:

—¡Papá!

Miré y ahí estaba mi familia.

—¿Qué haces? —dijo Camila.

Me levanté, le sonreí y, en ese momento, sentí que lo tenía todo bajo control.

—Nada. Estoy bien.

Por cómo me miró, insistí:

—Te lo prometo.

Levanté a mis hijas en un gran abrazo de oso y me sentí bien. Realmente bien.

CAMILA: A decir verdad, ahí es cuando me cuestioné mi propia fe. Al encontrármelo sentado en un bar. Se dispararon todas mis alarmas.

Empecé a preguntarme si Billy podría hacer algo que yo sería incapaz de perdonarle.

KAREN: A partir de ese momento, y hasta que terminó la gira, Camila estuvo siempre con nosotros. Volaba de un lado a otro, a veces acompañada de todas las niñas y otras no, pero Julia casi siempre estaba con ella. Por aquel entonces tenía unos cinco años.

DAISY: Tocar cada noche empezaba a ser una tortura. Una cosa había sido cantar con Billy cuando yo estaba con alguien, cuando no sabía cómo me sentía, cuando tenía mentiras detrás de las que esconderme. La negación es como una manta vieja. Me encantaba meterme debajo de ella, acurrucarme y quedarme dormida. En cambio, al haber dejado a Nicky, al haber cantado aquella canción con Billy en directo por televisión, al haberle dicho que quería desintoxicarme... me había arrancado la manta y no había forma de volver a echármela por encima. Todo aquello me estaba matando. La vulnerabilidad, la crudeza. Subirme a aquel escenario me estaba matando. Cantar con él.

Cuando cantábamos «Young Stars», rezaba para que Billy me mirara y reconociera lo que nos estábamos diciendo el uno al otro. Y cuando llegaba el turno de «Please», le suplicaba que me prestara atención. Me costaba cantar «Regret Me» con auténtica ira porque la mayor parte del tiempo no estaba enfadada. Ya no. Estaba triste. No te puedes hacer una idea de lo triste que estaba.

Y todos querían que hiciéramos «A Hope Like You» igual que lo habíamos hecho en *SNL*, así que eso era lo que hacíamos. Noche tras noche me partía en dos.

Sentarme a su lado y oler su *aftershave*. Ver sus grandes manos con los nudillos hinchados tocando el piano delante de mí y cantar, desde lo más profundo de mi corazón, que anhelaba que él me amara.

Las horas del día que no pasaba subida al escenario las dedicaba a tratar de reparar mis heridas, y cada noche las volvía a abrir.

SIMONE: Daisy me llamaba por teléfono a todas horas. Yo le decía: «Deja que vaya a buscarte». Pero ella se negaba. Quería obligarla a ir a un centro de desintoxicación, pero eso no se puede hacer. No se puede controlar a otra persona, por mucho que la quieras. No puedes hacer que alguien vuelva a estar sano por quererlo, u odiarlo, y da igual que tengas toda la razón, no harás que cambien de opinión.

Practicaba discursos y formas de intervenir y me planteaba volar adonde ella estuviese y sacarla a rastras del escenario, como si tan solo diciendo las palabras adecuadas pudiera convencerla de que se mantuviera sobria. Te vuelves loca intentando poner las palabras en algún orden mágico que sea capaz de desbloquear su cordura. Y, cuando no lo consigues, piensas: «No lo he intentado lo suficiente. No he sido lo suficientemente clara al hablar con ella».

Pero en algún momento has de reconocer que no tienes ningún control sobre nadie y tienes que dar un paso atrás y estar preparada para recogerla cuando caiga. Es todo lo que puedes hacer. Sientes como si te estuvieras arrojando al mar. O tal vez se parezca más a arrojar por la borda a alguien que quieres y rezar para que flote, sabiendo que podría ahogarse y que deberás presenciarlo.

DAISY: Esta era la vida que había perseguido con toda mi alma. Tenía muchísimas ganas de expresarme y de que me escucharan y de consolar a la gente con mis letras. Pero se había transformado en un infierno que yo misma había creado, una jaula que había construido y donde me había encerrado. Llegué a odiar el hecho de haber puesto mi corazón y mi dolor en mi propia música, porque eso quería decir que nunca los podría dejar atrás. Y tenía que seguir cantándole, noche tras noche, y no podía seguir escondiendo lo que sentía ni cómo me afectaba estar a su lado.

Lo convertí en un gran espectáculo. Pero era mi vida.

BILLY: Todas las noches, después de que terminara el concierto y de que las niñas estuvieran acostadas, Camila y yo nos sentábamos en el balcón del hotel donde estuviéramos y charlábamos. Ella hablaba del estrés que le causaban las niñas, de que realmente necesitaba que me mantuviera sobrio. Yo le decía lo mucho que lo estaba intentando. Le decía cuánto me asustaba todo lo que deparaba el futuro. Runner había empezado a preguntar por un nuevo disco. El peso recaía sobre mí.

En un momento dado, dijo:

—¿De verdad crees que no puedes escribir un buen disco sin Teddy?

—Nunca he escrito un disco sin Teddy. Nunca.

WARREN: Estábamos en el autobús de camino a Chicago y Eddie parecía preocupado por algo.

—Si tienes algo que decir, dilo.

No me gusta que la gente te obligue a preguntarles qué les pasa.

—Todavía no se lo he contado a nadie pero...

Pete iba a dejar el grupo.

EDDIE: Pete no atendía a razones. Warren me dijo que debía hablar con Billy para que él consiguiera hacerle entrar en razón. Como si Pete fuera a escuchar a Billy si no me escuchaba ni a mí. Yo era su hermano.

WARREN: Graham nos oyó hablar.

EDDIE: Graham se metió, y la verdad es que llevaba un tiempo poniéndonos a todos de los nervios porque estaba hecho mierda a saber por qué. El caso es que dice que deberíamos ir a hablar con Billy. Y les vuelvo a repetir que Pete no va a escuchar a Billy si ni siquiera quiere escucharme a mí, ¿me entiendes? Pero Graham no me hace caso y, cuando nos detenemos en una cafetería en las afueras de Chicago, Billy viene a hablar conmigo:

—¿Qué pasa? ¿De qué tenemos que hablar?

En ese momento yo estaba buscando el baño, a lo mío.

—No pasa nada, tío. No te preocupes.

—Es mi grupo. Merezco saber qué está pasando.

Ese comentario me puso de muy mala leche.

—El grupo es de todos.

—Ya sabes lo que quiero decir.

—Sí, todos sabemos lo que quieres decir.

KAREN: Estábamos en las afueras de Chicago. Íbamos a hacer noche en un hotel. Camila había pedido cita en una clínica. Me acompañó, se sentó a mi lado. No podía estarme quieta y Camila me puso la mano en la pierna para calmarme.

—¿Me estoy equivocando? —pregunté.

—¿Crees que te estás equivocado?

—No lo sé.

—Yo creo que sí lo sabes.

Me puse a pensar en lo que quería decir con aquello.

—Sé que no me estoy equivocando.

—¿Ves?

—Creo que finjo no tenerlo claro para que los demás os sintáis mejor.

—Yo no necesito sentirme mejor. No tienes que fingir nada por mí.

Así que dejé de hacerlo.

Cuando me llamaron, me apretó la mano y no la soltó. No le pedí que entrara conmigo en aquella sala y no pensé que fuera a hacerlo, pero siguió caminando conmigo... nunca se apartó de mi lado. Recuerdo pensar: «Ah, supongo que se va a quedar». Me subí a la mesa. El doctor

explicó lo que iba a pasar. Y luego salió un momento. Y allí, en un rincón, había una enfermera. Miré a Camila y parecía que iba a llorar.

—¿Estás triste? —le pregunté.

—Una parte de mí desea que quisieras tener hijos, porque mis hijas me hacen tan feliz... Pero creo que para que tú seas tan feliz como yo, necesitas cosas distintas. Y quiero que las tengas, sean las que sean.

Y entonces me puse a llorar. Porque alguien me entendía.

Más tarde me llevó de vuelta al hotel, les dijo a todos que no me encontraba bien y me tumbé en la cama yo sola. Y... fue un mal día. Fue un día espantoso. Saber que has hecho lo correcto no significa que estés contenta de haberlo hecho. Pero allí tumbada supe que no esperaba ningún hijo y que Camila estaba con sus hijas y... me parecía que era lo correcto. Un poquito de orden en mitad del caos.

CAMILA: No me corresponde a mí decir lo que ocurrió ese día. Solo diré que estás ahí cuando un amigo tiene un día duro. Y le das la mano y atravesáis juntos los peores momentos. La vida se basa en quién te sujeta la mano y, al menos yo lo creo así, en la mano de quién te comprometes a sujetar.

GRAHAM: No sabía lo que había pasado.

KAREN: Cuando dejábamos el hotel para poner rumbo a Chicago, vi que Graham entraba solo en el ascensor, y pensé en bajar por las escaleras. Pero no lo hice. Me metí en el ascensor con él. Solos él y yo. Y cuando el ascensor empezó a bajar, dijo:

—¿Estás bien? Camila ha dicho que no te encontrabas bien.

—Ya no estoy embarazada.

Se giró hacia mí y me miró como diciendo: «Nunca pensé que pudieras hacerme esto». Las puertas del ascensor se abrieron y los dos nos quedamos allí sin decir una palabra. Se cerraron y volvimos a subir hasta el último piso. Y luego bajamos otra vez. Justo antes de que volviéramos a llegar al vestíbulo, Graham apretó el botón del segundo piso. Y se bajó.

GRAHAM: Me puse a caminar arriba y abajo por el pasillo del hotel. Al final del pasillo había una ventana y apoyé la frente en ella. Miré hacia abajo y vi a toda esa gente. Yo solo estaba varios pisos por encima. Los veía caminar de un lugar a otro y tuve celos de todos y cada uno de ellos. De que ninguno de ellos fueran yo en ese momento. Deseaba poder intercambiarme con cualquiera de los hombres que estaban allí abajo. Cuando despegué la frente del cristal, dejé una mancha enorme y grasienta. Intenté limpiarla pero lo único que conseguía era emborronar el cristal. Recuerdo mirar a través de aquel cristal emborronado y empeñarme en frotar para limpiarlo pero no servía de nada. Seguí frotando y frotando y frotando. Hasta que al final Rod, no sé cómo, me encontró.

—Graham, ¿qué estás haciendo? Tenemos que estar en Chicago esta tarde. El autobús se va a ir sin ti, tío.

Y, no sé muy bien cómo, coloqué un pie delante del otro y fui caminando con él hasta el autobús.

Chicago Stadium

12 de julio de 1979

ROD: Comenzó como cualquier otro concierto. Lo habíamos convertido en una obra de arte. Se encendieron las luces, el grupo salió al escenario, Graham tocó las primeras notas de «This Could Get Ugly» y el público empezó a chillar.

BILLY: Camila estaba a un lado del escenario. Ese día había dejado que Julia se quedara levantada hasta tarde. Las gemelas se habían quedado en el hotel con la niñera. Recuerdo que miré a un lado, detrás de las cortinas y vi a Camila con Julia apoyada en la cadera. En aquel momento Camila llevaba el pelo prácticamente por la cintura. El verano le había aclarado el pelo un poco y parecía más dorado. Las dos, Camila y Julia, llevaban tapones en los oídos, tenían esas cositas de color naranja brillante que les asomaban a ambos lados de la cabeza. Les sonreí y Camila me devolvió la sonrisa. Tenía una sonrisa preciosa. Sus incisivos eran planos. ¿No te parece gracioso? Todo el mundo tiene los incisivos puntiagudos, pero los de ella eran así como planos. Y eso hacía que su sonrisa fuese perfecta. Era una línea recta que siempre conseguía serenarme.

Y esa noche, en Chicago, cuando me sonrió desde un lateral del escenario... Durante aquel breve instante pensé: «Todo va a salir bien».

DAISY: Me mataba ver cómo la miraba. No se me ocurren dos cosas que te hagan ser más egocéntrica que la drogadicción y el desamor. Tenía un corazón egoísta. No me importaba nada ni nadie, lo único que me importaba era mi propio dolor. Lo que yo necesitaba y lo que me dolía. Habría matado a alguien por dejar de sentirme así.

BILLY: Tocamos todas las canciones como las tocábamos siempre: «Young Stars», «Chasing the Night» y «Turn It Off». Pero sentía que pasaba algo. Sentía que..., sentía como si las ruedas de toda aquella maquinaria se estuvieran soltando.

WARREN: Karen y Graham parecían enfadados. Pete estaba como desconectado. Eddie había dedicado el día a despotricar de Billy... Nada nuevo.

DAISY: Alguien en las primeras filas sujetaba un letrero que decía «Honeycomb».

BILLY: En aquella gira el público pedía mucho «Honeycomb». Yo pasaba porque no quería cantarla. Pero sabía que a Daisy le gustaba esa canción, sabía que se sentía orgullosa de ella. Y... no sé qué me dio pero me acerqué al micrófono y dije: «¿Queréis escuchar “Honeycomb”?».

GRAHAM: Yo aquel día estaba sonámbulo. Estaba sin estar.

KAREN: Solo quería acabar el concierto y volver al hotel. Necesitaba un poco de tranquilidad. No quería..., no quería estar en el escenario viendo cómo me miraba Graham, sintiendo cómo me juzgaba.

WARREN: Cuando Billy anunció «Honeycomb», el estruendo fue apoteósico.

EDDIE: Estamos todos ahí solo para hacer lo que a Billy le venga en gana, ¿verdad? Para qué avisarnos de que tal vez toquemos una canción que no hemos tocado en un año.

DAISY: ¿Qué le dices a una multitud? ¿Que no? Venga ya.

BILLY: Daisy dijo: «De acuerdo, hagámoslo». Fui hasta su micro y, nada más hacerlo, me arrepentí. Me di cuenta de que no quería tenerme tan cerca. Pero ya no podía alejarme. Tenía que fingir que todo estaba bien.

DAISY: Olía a pino y a almizcle. Llevaba el pelo un par de centímetros más largo de lo normal, le colgaba detrás de las orejas. Sus ojos eran claros, más verdes que nunca.

Dicen que es duro estar lejos de la gente a la que amas, pero para mí era más difícil estar a su lado.

BILLY: Me es difícil recordar qué tenía claro y qué no. Es... En mi memoria todo está hecho un lío. Supongo que cuesta analizarlo. Qué pasó cuándo o por qué hice lo que hice. Sesgo retrospectivo. Pero recuerdo claramente que Daisy llevaba un vestido blanco y el pelo recogido en una coleta alta. Pendientes de aro inmensos. Los brazaletes. La miré justo antes de que empezáramos a cantar y creo (y lo creo de verdad) que pensé que era la mujer más hermosa que había visto en mi vida. Lo pensé de esa forma que te hace apreciar las cosas con más intensidad... Quiero decir..., aprecias más a la gente cuando es efímera, ¿no crees? Y creo que sabía que Daisy era efímera, que se iba a marchar. No sé cómo lo sabía, pero lo sabía. Es probable que no lo supiera de verdad, pero eso es lo que sentí.

Así que supongo que lo que estoy diciendo es que, cuando empezamos a cantar «Honeycomb», puede que supiera que la perdía o puede que no. Y puede que supiera que la quería o puede que no. Y puede que la apreciara por todo lo que era en ese momento... o tal vez no.

DAISY: Empecé a cantar y le miré. Y él me miró a mí. Y ¿sabes qué? Durante tres minutos creo que olvidé que estaba cantando para veinte mil personas. Olvidé que su familia estaba junto al escenario. Olvidé que éramos cantantes en un grupo. Simplemente existí. Durante tres minutos canté al hombre que amaba.

BILLY: La canción adecuada, en el momento adecuado, con la persona adecuada...

DAISY: Y entonces, justo antes del final de la canción, miro hacia uno de los laterales del escenario y veo a Camila allí de pie.

BILLY: Yo solo... [hace una pausa] Dios, estaba totalmente deshecho.

DAISY: Y entonces supe que él no era mío, que le pertenecía a ella.

Y yo... simplemente lo hice. Canté la canción tal y como Billy la había escrito originalmente. Sin preguntas.

«The life we want will wait for us |We will live to see the lights coming off the bay | And you will hold me, you will hold me, you will hold me | until that day».*

Es la frase más difícil que he tenido que pronunciar en mi vida.

BILLY: Cuando la escuché cantar las frases tal como las había escrito originalmente, sobre mi futuro con Camila... Mi corazón había albergado tantas dudas, había dudado tanto de mí mismo, de si podría seguir por el buen camino... [respira hondo] Esa letra, ese pequeño gesto. Durante un instante, Daisy no me recordó que podía fracasar. Cantó la canción como si supiera que iba a tener éxito, eso hizo. No fui consciente de cuánto lo necesitaba hasta que me lo dio. Y debería haberme hecho sentir mejor, pero también me dolió.

Porque para llegar a ser el hombre que yo quería ser, es decir, si quería ser capaz de darle a Camila la vida que le había prometido, eso también significaba que..., también implicaba una pérdida.

DAISY: Me enamoré del tipo equivocado, que era nada menos que el tipo adecuado. Una y otra vez había tomado decisiones que hacían que todo fuera a peor y nunca a mejor. Y al final me había conducido a mí misma al borde del precipicio.

BILLY: Al bajar del escenario, me giré hacia Daisy y no tenía palabras. Me sonrió una de esas sonrisas que no son para nada una sonrisa. Y entonces se alejó. Y mi corazón se desplomó.

Me quedó perfectamente claro que había estado aferrado a la posibilidad. La posibilidad de Daisy.

Y, de repente, la idea de dejarla marchar se me hizo muy cuesta arriba. Tener que decir: «Nunca».

DAISY: Vi a Billy Dunne cuando bajaba del escenario y no me atreví a decirle una sola palabra. No podía estar cerca de él, así que le dije adiós con la mano y me fui.

KAREN: Después de bajar del escenario, me topé con Graham y le dije:

—Lo siento.

—Tienes mil motivos para sentirlo.

GRAHAM: Estaba enfadado.

KAREN: Era como si pensara que su dolor era el único que importaba.

GRAHAM: Empecé a gritarle. Sé que le llamé cosas muy feas.

KAREN: Él no había tenido que pasar por lo que yo había pasado. Y sabía que sufría, pero ¿qué derecho tenía? ¿Qué derecho tenía a gritarme?

WARREN: Llego al *backstage* y Karen y Graham se están gritando el uno al otro.

EDDIE: Agarré a Karen de la mano antes de que pudiera pegar a Graham.

ROD: Metí a Karen en una de las habitaciones del *backstage*. Alguien agarró a Graham. Los mantuvimos separados.

GRAHAM: Intenté encontrar a Billy para hablar con él. Necesitaba hablar con alguien. Lo encontré en el vestíbulo del hotel después del concierto y le dije: «Tío, necesito tu ayuda». Pero me cortó. Me dijo que no tenía tiempo.

BILLY: Camila y Julia habían subido a la habitación y yo me había quedado abajo. Estaba en el vestíbulo del hotel, inmóvil. Pensando de todo. Y entonces, antes de ser consciente de lo que hacía... [suspira] me dirigí al bar del hotel. Puse un pie delante del otro y fui hasta el bar a por un tequila, eso mismo. Iba de camino al bar cuando Graham apareció buscándome.

GRAHAM: Pasó de mí. Le dije: «Es importante. Por una vez, por favor. Tengo que hablar contigo».

BILLY: Lo único que podía hacer era poner toda mi atención en lo que estaba haciendo. Una voz me llamaba y me decía que fuera a por un tequila. Y eso era lo que iba a hacer. No podía ayudar a nadie, no podía hacer nada por nadie.

GRAHAM: Estoy ahí parado en el vestíbulo y sé que mi cara es un poema. Estoy a punto de llorar. Yo no lloro nunca, no creo que haya llorado más de dos veces en mi vida. Una fue cuando murió mi madre en el noventa y cuatro y la otra... La cuestión es que necesitaba a mi hermano. Necesitaba a mi hermano.

BILLY: Me agarró de la camiseta y dijo:

—Con toda la mierda que he hecho por ti siempre ¿no tienes cinco putos minutos para hablar conmigo?

Le cogí la mano, me la saqué de encima y le dije que se marchara. Y lo hizo.

GRAHAM: No se debe pasar tanto tiempo con un hermano. No hay que acostarse con los compañeros de grupo y no hay que trabajar con un hermano. Estaba todo tan embarullado que, si pudiese viajar atrás en el tiempo, ni de coña haría todo lo que hice.

KAREN: Volví al hotel, cerré la puerta de mi habitación de un portazo, me senté en la cama y lloré.

WARREN: Eddie, Pete, Rod y yo nos fumamos un porro después del concierto. Los demás habían desaparecido.

KAREN: Luego fui hasta la habitación de Graham y llamé a la puerta.

GRAHAM: Entendía por qué no podíamos tener un bebé. Claro que lo entendía. Pero me sentía tan solo... por lo que había perdido. Yo era el único que sentía que había perdido algo. Yo era el único al que todo aquello le dolía. Y estaba furioso con ella por eso.

KAREN: Abrió la puerta y me vio allí, y pensé: «¿Por qué estoy aquí?». Nada de lo que yo pudiera decirle iba a arreglar las cosas.

GRAHAM: ¿Por qué ella no podía ver el futuro que yo veía?

KAREN: Le dije:

—No me entiendes. Quieres que sea alguien que no soy.

—Nunca me has querido como yo te he querido a ti.

Y ambas cosas eran ciertas.

GRAHAM: ¿Qué podíamos hacer? ¿Cómo te recuperas de algo así?

KAREN: Me apoyé en él y empujé mi cuerpo contra el suyo. Al principio no quería abrazarme, evitaba rodearme con sus brazos. Pero luego sí que lo hizo.

GRAHAM: Pude sentir su calor, pero por alguna razón recuerdo que sus manos estaban frías. No sé cuánto tiempo nos quedamos así.

KAREN: A veces me pregunto si, de haber sido Graham, yo también hubiera querido tener un bebé. Si hubiera sabido que otra persona va a criarlo, que otra persona va a abandonar sus sueños, que otra persona se va a sacrificar y a encargarse de todo mientras yo me puedo ir a hacer lo que quiera y volver los fines de semanas..., quizás en ese caso yo también hubiera querido tener un bebé.

Aunque no lo sé. Sigo sin estar segura.

Supongo que lo que intento decir es que no estaba enfadada con Graham por no comprenderme. Y, en última instancia, no creo que él estuviera enfadado conmigo por lo que yo quería.

GRAHAM: Nos hicimos mucho daño el uno al otro y eso es lo que más lamento. Porque la quería con toda mi puta alma. Hasta el día de hoy, una parte de mí aún la ama. Y una parte de mí nunca la podrá perdonar.

KAREN: Incluso ahora, hablar de él es como palparse un moratón.

GRAHAM: Esa noche, al acostarme, tuve muy claro que no podría seguir tocando con ella.

KAREN: De ninguna manera íbamos a poder trabajar juntos, día tras día. Tal vez otras personas más fuertes sí hubieran podido soportarlo, pero nosotros no.

BILLY: Me senté en la barra y pedí un tequila solo. Y me lo sirvieron. Y estaba allí sentado y lo cogí y lo agité y lo olí. En ese momento aparecieron dos mujeres y me pidieron que les firmara un autógrafo. Dijeron que nunca habían visto nada como Daisy y yo juntos. Les firmé dos servilletas de cóctel y no tardaron en marcharse.

DAISY: Volví al hotel de madrugada. No recuerdo qué estuve haciendo, solo me acuerdo de que estaba evitando a Billy. Creo que probablemente me puse a dar vueltas por la ciudad. Todavía estaba ciega cuando volví a cruzar el vestíbulo. Giré a la derecha para ir al bar. Recuerdo pensar que no quería estar consciente.

Pero no sabía adónde iba ni lo que hacía, porque terminé en el ascensor. Pensé: «De acuerdo, pues me tomaré un Seconal y me iré a la cama». Sin embargo, cuando llegué a mi habitación, no conseguí meter la llave en la cerradura. Lo intenté una y otra vez pero no conseguía meterla. Supongo que debí de hacer mucho ruido.

Y entonces me pareció escuchar la voz de una niña.

BILLY: Agarré el vaso con el tequila y me lo quedé mirando. Me puse a pensar en el sabor que tendría. Ahumado. Limpio. Estaba atrapado en mis ensoñaciones cuando, de pronto, el tipo que está a mi lado dice:

—Oye, tú eres Billy Dunne, ¿verdad?

Y dejé el vaso.

DAISY: Estaba atrapada en el pasillo. Era incapaz de entrar en mi habitación. Me tiré al suelo y me puse a llorar.

BILLY: —Sí, soy yo.

—Mi chica está loca por ti.

—Lo siento, tío.

—¿Qué estás haciendo aquí solo en un bar? Pareces el tipo de hombre que podría estar con cualquier mujer del mundo.

—A veces necesitas estar solo.

DAISY: Miré a un lado y me di cuenta de que era..., bueno... Camila sale al pasillo con Julia en brazos...

AUTORA: Espera un momento.

Nota de la autora: A pesar del esfuerzo coordinado por eliminarme de la narración, llegados a este punto he incluido una transcripción literal de la conversación que mantuve con Daisy Jones porque yo soy, de hecho, la única persona que puede corroborar esta parte esencial en la historia de Daisy.

DAISY: Sí.

AUTORA: Tú llevabas un vestido blanco.

DAISY: Sí.

AUTORA: Y estabas sentada en el pasillo. No podías abrir tu puerta.

DAISY: Sí.

AUTORA: Y mi madre...

DAISY: Sí, y tu madre me la abrió.

AUTORA: Me acuerdo de eso. Yo estaba con ella. Había tenido una pesadilla y me había desvelado.

DAISY: Debías de tener unos cinco años... Tienes muy buena memoria.

AUTORA: Lo había olvidado por completo, pero ahora que lo dices, me acuerdo de estar allí contigo. Pero mi madre nunca mencionó nada al respecto. Me pregunto por qué no me habló de esto.

DAISY: Bueno, quizá pensó que, si esta historia terminaba saliendo a la luz, debía contarla yo.

AUTORA: Ah, vale. Bueno, ¿y qué pasó entonces?

DAISY: Tu madre..., bueno, Camila... o... ¿Tengo que seguir diciendo el nombre de todos? Antes dijiste que siempre tenía que llamarla por su nombre.

AUTORA: Sí, adelante. Llámame Julia. Y a mi madre llámala Camila. Como hemos estado haciendo hasta ahora.

Esto marca el final de la transcripción.

DAISY: Camila salió al pasillo con Julia en brazos y me dijo:

—¿Necesitas ayuda?

No entendía por qué era amable conmigo.

Asentí, me quitó la llave de las manos y abrió mi puerta. Y entró conmigo. Dejó a Julia en la cama. Me pidió que me sentara y me trajo un vaso de agua.

—Puedes irte. Estaré bien —le dije.

—No, no lo estarás —replicó.

Recuerdo el alivio que sentí al darme cuenta de que podía ver a través de mí, al saber que no iba a marcharse. Se sentó a mi lado y no se anduvo con rodeos. Sabía exactamente lo que estaba pasando. Sabía exactamente lo que quería decir. Yo estaba... desconcertada. Me sentía totalmente fuera de control y, en cambio, Camila estaba totalmente serena.

—Daisy, él te quiere. Tú sabes que te quiere. Yo sé que te quiere. Pero no va a dejarme.

BILLY: Le dije al tipo:

—A veces necesitas aclararte un poco las ideas.

—¿Qué problemas puede tener un tío como tú?

Me preguntó que cuánto dinero tenía y se lo dije sin más. Le dije cuál era mi patrimonio neto allí mismo.

—Pues no me das ninguna pena, tío.

Asentí. Lo entendía. Volví a sujetar el vaso y me lo llevé a los labios.

DAISY: Camila dijo:

—Lo que necesito que sepas es que no voy a darme por vencida con él. No voy a dejar que me deje. Le ayudaré a superar esto. Igual que le he ayudado a superar todo lo demás. Somos más grandes que esto. Somos más grandes que tú.

Miré a Julia mientras se metía debajo de las sábanas a un lado de la cama.

—Desearía que Billy no amara a nadie más, pero ¿sabes qué decisión tomé hace mucho tiempo? Decidí que no necesito un amor perfecto, ni un marido perfecto, ni unas hijas perfectas y una vida perfecta. Quiero algo que sea mío. Quiero un amor que sea mío, mi marido, mis hijas, mi vida.

»No soy perfecta. Nunca seré perfecta. No espero que nada sea perfecto. Pero las cosas no tienen que ser perfectas para ser sólidas. Así que si estás esperando, si confías en que algo se acabe rompiendo, yo solo... tengo que decirte que no voy a ser yo. Y no puedo dejar que sea Billy. Lo que significa que vas a ser tú.

BILLY: Lo probé. Ni siquiera le di un sobro, tan solo lo probé. Me costó muchísimo no tragármelo, no dejar que me bajase por la garganta. Sabía a consuelo y a libertad. Así es como te atrapa, lo que sientes es lo contrario de lo que es. Pero todo mi cuerpo se relajó por el alivio de tenerlo en la punta de la lengua.

DAISY: Camila se levantó, me sirvió otro vaso de agua y me trajo un pañuelo de papel. Entonces fue cuando me di cuenta de que estaba sollozando.

—Daisy, no te conozco muy bien, pero sé que tienes un gran corazón y que eres una buena persona. Sé que mi hija de mayor quiere ser como tú. Por eso no quiero que te hagas daño. Deseo cosas buenas para ti. Quiero que seas feliz y te lo estoy diciendo en serio. Es probable que pienses que no es verdad, pero sí que lo es.

Me dijo que simplemente quería dejar algo muy claro.

—No puedo quedarme aquí sentada viendo cómo Billy y tú os torturáis el uno al otro. No quiero eso para el hombre que amo. No quiero eso para el padre de mis hijas. Y no lo quiero para ti.

—Yo tampoco lo quiero para mí —dije.

BILLY: El hombre que estaba a mi lado, el de la novia, me observaba. Bebía una cerveza a sorbos, con indiferencia.

Le lancé una mirada y entonces... lo hice. Le di un trago. Tal vez medio dedo o así. Y después me aferré al vaso, como si alguien fuera a intentar robármelo.

—Tal vez me haya equivocado. Tal vez sea posible que un tipo como tú esté jodido por algo.

Me dije a mí mismo que tenía que dejar el vaso. «Solo tienes que dejarlo».

DAISY: Camila dijo: «Daisy, tienes que dejar el grupo».

Julia estaba profundamente dormida.

—Si estoy equivocada, y ya has decidido seguir con tu vida, y estás dispuesta a dejar que él siga con la suya, entonces no me escuches. No me debes nada. Pero si tengo razón, nos harías un favor a todos si te marcharas y te desintoxicaras y encontraras una vida lejos de Billy. Lo estarías haciendo por ti. Y, sí, le estarías haciendo un favor a él. Pero, además, me estarías ayudando a cuidar de mis hijas.

BILLY: No podía soltarlo. Mi mano se aferraba al vaso. Y pensé: ojalá este hombre me lo quitara de las manos antes de que me lo termine. Ojalá me lo arrancara y lo lanzara al otro extremo de la sala.

DAISY: Me quedé un rato callada tratando de procesar las palabras de Camila. Y entonces dijo:

—Creo que es hora de que te vayas. Pero, decidas lo que decidas, Daisy, solo quiero que sepas que estoy contigo. Quiero que te desintoxiques, que te cuides. Eso es lo que quiero.

No supe qué contestar, hasta que al final dije:

—¿Por qué te preocupa lo que pueda pasarme?

—Creo que casi todo el mundo en este planeta se preocupa por ti.

Sacudí la cabeza y dije:

—Les gusto, pero no se preocupan por mí.

—Te equivocas. —Se quedó callada un momento, y luego añadió—: ¿Quieres saber algo que nunca le he contado a Billy? «A Hope Like You» es mi canción favorita. No es mi canción favorita de los Six, sino mi canción favorita. Punto. Me hace pensar en el primer chico al que amé. Se llamaba Greg y desde el instante en que lo conocí supe que nunca me iba a amar tanto como yo lo amaba a él, pero de todas formas lo quería. Y, como siempre había sabido que haría, me rompió el corazón en mil pedazos. La primera vez que escuché la letra de esa canción, me devolviste a aquel instante. Justo en mitad de mi primer amor. Con toda aquella angustia, aquella esperanza y aquella ternura. Me hiciste sentir nueva y auténtica otra vez. Fuiste tú quien lo hizo. Escribiste una canción preciosa sobre querer algo que sabes que nunca tendrás pero que de todas formas quieres tener. Me preocupo por ti porque, cuando te veo, veo a una compositora increíble... que sufre exactamente por lo mismo que sufre el hombre al que amo. Los dos creéis que sois almas perdidas, pero en realidad sois lo que todo el mundo busca.

Asimilé lo que me estaba diciendo. La escuche de verdad. Y luego dije:

—Esa canción no trata..., no trata de Billy. Si eso es lo que estabas pensando. Trata sobre querer tener una familia, hijos, y saber que lo harías espantosamente mal. Sentir que estás demasiado jodida para merecer algo como eso pero quererlo igual. Y te miro, veo todo lo que eres y sé que es todo lo que yo nunca podré ser.

Camila me miró un instante y entonces dijo algo que me cambió la vida:

—No te adelantes, Daisy. Eres un montón de cosas que aún desconoces.

Eso se me quedó grabado. Que no estaba totalmente definido quién era. Que seguía habiendo esperanza para mí. Que una mujer como Camila Dunne pensara que yo era...

Camila Dunne pensaba que valía la pena salvarme.

BILLY: El hombre me miró la mano y pareció fijarse en mi anillo de boda.

—¿Estás casado?

Asentí. Se rio y dijo que su novia se iba a quedar hecha polvo. Entonces me preguntó:

—¿Tienes hijos?

Eso llamó mi atención, me pilló con la guardia baja. Volví a asentir.

—¿Tienes alguna foto?

Pensé en las fotos de Julia, Susana y Maria que guardaba en la cartera.

Y dejé el vaso.

No fue fácil. A medida que mi mano se acercaba a la barra, era como si estuviera atravesando un muro de cemento húmedo. Pero lo hice: dejé el vaso.

DAISY: En algún momento, Camila levantó a Julia de mi cama y me agarró la mano. Y yo agarré la suya.

—Buenas noches, Daisy.

—Buenas noches.

Julia estaba desplomada sobre el pecho de Camila, profundamente dormida. Y se recolocó ligeramente empujando la cabeza contra el cuello de su madre, como si fuera el lugar más cómodo y seguro del mundo.

BILLY: Saqué la cartera y enseñé al tipo aquel las fotos de mis hijas. Y, mientras lo hacía, me quitó el vaso de delante y lo dejó donde yo no podía alcanzarlo.

—Son una niñas preciosas.

—Gracias.

—Te hace querer vivir para enfrentarte a un día más, ¿no es así?

—Sí, es verdad.

Me miró y vio que tenía la mirada clavada en el vaso... y me sentí lo bastante fuerte para alejarme de él. No sabía cuánto tiempo más iba a sentirme así de fuerte. Así que saqué un billete de veinte y dije:

—Gracias.

—No hay de qué.

Cogió mi billete, me lo devolvió y dijo:

—Yo invito, ¿de acuerdo? Así sabré que una vez hice algo por alguien.

Acepté y me dio la mano. Y me fui.

DAISY: Le abrí la puerta y salió al pasillo iluminado con Julia.

—Sin ánimo de ofender, espero no volver a verte.

Y, si te soy sincera, eso me dolió. Pero entendía lo que quería decir. Cuando alcanzó su puerta, Camila se giró para mirarme y entonces me di cuenta de que estaba nerviosa. Le temblaban las manos al meter la llave en la cerradura.

Luego entró en su habitación. Y desapareció.

BILLY: Volví a mi habitación, cerré la puerta y me desplomé. Camila y las niñas estaban dormidas y me quedé mirándolas. Y entonces rompí a llorar, allí mismo, en el suelo. Y pensé: «Ya está. He terminado. Todo se reduce al rock o a mi vida, y no pienso elegir el roncanrol».

DAISY: Tomé el primer vuelo que salía de allí.

ROD: A la mañana siguiente, veo que Daisy se ha marchado y que ha dejado una nota diciendo que abandona el grupo y que no tiene intención de volver.

WARREN: Me levanté por la mañana y Daisy se había marchado. Graham y Karen no querían estar juntos en la misma habitación. Y en esas Billy sube al autobús blanco y anuncia que se va a tomar un descanso. De modo que Rod no tiene más remedio que cancelar el resto de la gira.

ROD: No podía hacer una gira sin Billy o Daisy.

WARREN: Eddie se puso furioso..., se le fue la pinza.

EDDIE: No puedes vivir siguiendo las decisiones de otro, ¿me entiendes? Me da igual cuánta pasta estuviese ganando. No era el lacayo de nadie. No era ningún sirviente contratado. Soy una persona. Y merezco poder opinar sobre mi propia carrera.

WARREN: Pete dijo que dejaba el grupo independientemente de lo que pasara.

GRAHAM: Todo empezó a derrumbarse.

ROD: Daisy estaba desaparecida en combate. El propio Billy quería dar por terminado todo aquel asunto. Pete se marchaba. Eddie se negaba a trabajar con Billy. Graham y Karen no se hablaban. Busqué a Graham y le dije:

—Haz que Billy entre en razón.

Y Graham me dijo que no iba a hacer una mierda.

Y pensé: «Si nos quedamos con el culo al aire, ¿qué voy a hacer?». Pensé en fichar a otros grupos y volver a empezar. Tomar a otro grupo de gente jodida bajo mi ala para intentar desarrollar su carrera, pero... no lo sé.

WARREN: Parece ser que yo era el único que no estaba de los nervios por algo.

Pero había sido un buen viaje. Y, si había terminado... supongo que no podía hacer mucho al respecto, ¿no crees? Se acabó.

BILLY: Nunca supe exactamente por qué se marchó Daisy. Qué fue lo que ocurrió aquella noche, en aquel concierto, que hizo que se marchara. Pero tenía muy claro que no sabía cómo escribir un buen disco sin Teddy. Y no sabía cómo escribir un disco de éxito sin Daisy. No podía hacerlo sin ninguno de los dos. Y no estaba dispuesto a dejar que nada de eso me costara más de lo que ya me había costado.

Me coloqué delante de todos en el autobús y anuncié:

—Se acabó todo este tinglado. Se acabó.

Y nadie, ni una sola persona del grupo, ni Graham, ni Karen, ni Eddie o Pete, ni siquiera Warren o Rod, intentó convencerme de lo contrario.

KAREN: Al marcharse Daisy fue como si la noria hubiera dejado de dar vueltas, y todos nos bajamos.

DAISY: Dejé el grupo porque Camila Dunne me lo había pedido. Y ha sido lo mejor que he hecho nunca. Así es como me salvé. Porque tu madre me salvó de mí misma.

Puede que no la conociera muy bien. Pero te prometo que la quise mucho. Y sentí mucho oír que había fallecido.

Nota de la autora: Mi madre, Camila Dunne, murió antes de la finalización de este libro.

Hablé con ella en varias ocasiones en el transcurso de mis entrevistas, pero no pude escuchar su punto de vista sobre los acontecimientos que tuvieron lugar los días 12 y 13 de julio en Chicago puesto que solo después de su muerte tuve conocimiento del alcance real de los mismos.

Murió el 1 de diciembre de 2012 a los sesenta y tres años por insuficiencia cardiaca, una complicación del lupus. Me reconforta en gran medida poder decir que murió rodeada de su familia y con mi padre, Billy Dunne, a su lado.

Entonces y ahora

1979-Presente

NICK HARRIS: Daisy Jones & The Six nunca han tocado juntos, ni se los ha vuelto a ver juntos, desde su concierto en el Chicago Stadium.

DAISY: Cuando me fui de Chicago, acudí directamente a Simone, se lo conté todo y ella me metió en un centro de desintoxicación.

Llevo sobria desde el 17 de julio de 1979. Al salir de allí cambié mi vida.

Todo lo que he conseguido desde entonces ha sido gracias a aquella decisión. Cuando abandoné el negocio de la música, cuando publiqué mis libros, cuando empecé a meditar, cuando decidí viajar por el mundo, cuando adopté a mis hijos, cuando puse en marcha la Iniciativa Flor Salvaje y cambié mi vida para mejor de una forma que en 1979 ni siquiera hubiera podido comprender... Todo esto fue posible porque me desintoxiqué.

WARREN: Me casé con Lisa Crowne. Tenemos dos hijos, Brandon y Rachel. Lisa me hizo vender la casa flotante. Ahora vivo en Tarzana (California) en una casa inmensa rodeada de centros comerciales, mis hijos están en la universidad y ya nadie me pide que le firme las tetas. Bueno, a veces Lisa, pero solo lo hace porque me quiere. Y yo lo hago porque hay alrededor de un millón de tipos a los que les habría encantado firmar las tetas de Lisa en algún momento de sus vidas. Y yo intento tenerlo siempre presente.

PETE LOVING (*bajista, The Six*): No tengo mucho que decir. No le guardo rencor a nadie ni a nada. Conservo unos recuerdos estupendos de todo el mundo. Pero esa parte de mi vida hace mucho tiempo que se acabó. Ahora tengo mi propia compañía de instalación de césped artificial. Jenny y yo vivimos en Arizona. Mis hijos han crecido. Es una buena vida.

Eso es todo lo que puedo decir. Me queda poco para los setenta pero sigo mirando hacia delante. No miro hacia atrás. Puedes poner esto en tu libro, pero por mi parte esto será todo.

ROD: Me compré una casa en Denver. Chris vivió un tiempo conmigo. Pasamos unos buenos años juntos. Y entonces se marchó y conocí a Frank. Mi vida es sencilla y manejable. Vendo propiedades. Creo que tengo lo mejor de ambos mundos: una vida fácil pero con historias salvajes de los viejos tiempos.

GRAHAM: Cuando el grupo se separó, Karen y yo... habíamos terminado. Nuestra amistad se rompió. De tanto en tanto coincidimos en algún sitio, pero eso es todo.

Son las que nunca te quisieron lo suficiente las que te vienen a la cabeza cuando no puedes dormir. Siempre te preguntas qué te podría haber deparado el futuro, pero nunca lo sabrás. Quizás en verdad no quieras ni saberlo. No le cuentes a tu tía Jeanie que estoy diciendo todo esto. No quiero que se haga una idea equivocada. La quiero. Quiero a tus primos.

Y, maldita sea, estoy muy contento de que tu padre y yo ya no trabajemos juntos, pero nos lo pasamos bien haciendo el tonto de vez en cuando. Aún trata de decirme cómo tengo que tocar la guitarra. [Ríe] Pero así es Billy. Ha enseñado a mis dos hijos a tocar el piano, construyó la casa del árbol que tenemos en el patio trasero.

Supongo que lo que intento decir es que me siento afortunado de que fundáramos el grupo y de que sobreviviéramos al grupo. Ambos.

En fin, si vas a hacer uno de esos apartados en plan «qué fue de», acuérdate de contarle a todo el mundo que tengo mi propia salsa picante: Dunne Me Quemó la Lengua.

EDDIE: Ahora soy productor musical. Probablemente es lo que debería haber sido desde el principio. Tengo un estudio de grabación en Van Nuys. Me va bien. Terminé en la cima.

SIMONE: La música disco murió en 1979 y después de eso intenté seguir adelante pero no conseguía triunfar en la radio como lo había hecho en las discotecas. Así que invertí mi dinero, me casé, tuve a Trina, me divorcié.

Y ahora Trina es diez veces más famosa de lo que yo nunca fui, gana una barbaridad de dinero, hace unos videoclips tan groseros que ni a Daisy ni a mí se nos habría ocurrido hacer algo tan demente. En el último, «Ecstasy», ha sampleado «The Love Drug». Chica, ya no se insinúa nada. Simplemente salen y lo dicen. Pero es una jefa, lo reconozco. Le da mil vueltas a cualquiera.

¡Maldita sea, claro que sí! Mi niña le da mil vueltas a cualquiera.

KAREN: Después de dejar los Six, durante veinte años toqué con distintas bandas en sus giras. Me retiré a finales de los noventa. Hice lo que quise con mi vida y no me arrepiento lo más mínimo de nada.

Toda mi vida he sido una persona a la que le encanta dormir sola. Y Graham es un tío al que le gusta despertarse junto a alguien. Si las cosas hubieran salido como él quería, eso implicaría que yo me habría conformado con lo que hacía todo el mundo, con lo que los demás querían para sus vidas. Pero no era lo que yo quería.

Tal vez si perteneciese a otra generación, el matrimonio me hubiera resultado más atractivo. Veo cómo funcionan muchos matrimonios hoy en día, verdaderamente igualitarios, sin que nadie tenga que servir a nadie. Pero ese no era el molde que yo veía entonces. Lo que yo quería no encajaba con tener marido. Quise ser una estrella del rock. Y luego quise vivir sola en una casa en las montañas. Y eso es lo que he hecho.

Pero si llegas a mi edad y no puedes rememorar tu vida y cuestionarte algunas de tus elecciones... Entonces es que te falta imaginación.

BILLY: Recogí todas mis cosas, firmé un acuerdo editorial con Runner Records y llevo escribiendo canciones para cantantes pop desde el año ochenta y uno. Es una buena vida. Ha sido tranquila y estable, a pesar de que pasé los ochenta y los noventa en una casa llena de ruidos con tres chicas gritonas y una gran mujer.

El otro día alguien dijo que renuncié a mi carrera por mi familia. Y supongo que lo hice, aunque creo que dicho así suena mucho más noble de lo que lo fue en realidad: un tipo que no podía tensar más la cuerda. No estoy seguro de cuánta nobleza hay realmente en eso. Simplemente, sabía que para llegar al listón que Camila había establecido tenía que alejarme de ese grupo.

¿Comprendes por qué amaba a tu madre de esa forma?

Era una mujer increíble. Fue lo mejor que me ha pasado en la vida. Dame todos los discos de platino que quieras, todas las drogas, todo el Cuervo, todos los momentos divertidos, todo el éxito, toda la fama y todo lo que quieras, me sigo quedando con ella. Era una mujer increíble, absolutamente increíble. Y no la merecía.

No estoy seguro de que el mundo la mereciera. A ver, no me malinterpretes. Era muy avasalladora y a mediados de los noventa desarrolló un gusto musical malo a rabiar, y esto, para un músico, no es nada fácil de ignorar. Y preparaba el peor chili del mundo; pero ella pensaba que era fantástico y lo hacía sin parar. [Ríe] No estoy diciendo nada que no sepas. Pero también tenía defectos graves. Era cabezota hasta el punto de que durante un par de años no se habló con tu abuela. Pero muchas veces esa cabezonería tenía su recompensa. Conmigo siempre fue muy cabezota y por eso soy el hombre que soy.

Cuando le diagnosticaron lupus, creo que todos nos vinimos abajo. No le desearía esta enfermedad a nadie. Pero estaba decidido a aceptarla como una oportunidad de devolverle algo a tu madre. Yo me haría cargo de ella cuando estuviera demasiado cansada, cuando le doliera demasiado el cuerpo. Pude estar en casa para criaros a vosotras y que todo el peso no recayera en ella. Pude ser su pareja y estar siempre a su lado.

Compramos la casa en Carolina del Norte... Supongo que debe de hacer unos veinte años de eso. Después de que tus hermanas y tú os hubierais marchado a la universidad. Recorrimos toda la costa en busca de la casa de sus sueños. No la encontramos, así que la construimos. No tiene un panal de miel. No es exactamente la misma de la canción. Es un rancho de dos plantas con acres de terreno y una bahía donde le gustaba ir a pescar cangrejos. Pero era la casa que siempre había querido. Y yo me siento muy afortunado de haber sido el hombre que hizo eso por ella.

Sé que sabes lo duro que fue perderla. Todavía nos estamos recuperando.

Admito que últimamente me siento más solo que nunca, ahora que tus hermanas y tú estáis desperdigadas por todo el país y que tu madre se ha ido. Ya han pasado cinco años. Se suponía que no se tenía que ir tan pronto. Llevarse a una mujer así, a los sesenta y tres, parece cruel incluso para un Dios vengativo. Pero esas son las cartas que le repartieron..., la mano que nos repartieron a todos. Así que la estoy jugando.

No te hablé mucho sobre todo esto mientras crecías. Nunca quise abrumarte con mis propios problemas, con mis historias. Tu vida no va sobre mí, cariño, mi vida va sobre ti.

Pero te agradezco que me hayas hecho todas estas preguntas y me hayas dado algo que hacer.

Espero que esto arroje algo de luz sobre todo aquello, cariño. De verdad. Sobre tu madre, sobre mí y sobre el grupo. A veces me sorprendo de que a la gente aún le importe. Me sorprende que todavía sonemos por la radio. A veces la escucho. El otro día pusieron «Turn It Off» en la emisora de rock clásico. Me quedé sentado en el coche en el camino de entrada y la escuché.

[Ríe] Éramos bastante buenos.

DAISY: Éramos fantásticos. Éramos realmente fantásticos.

Una última cosa antes de irme

5 de noviembre de 2012

De: Camila Dunne

A: Julia Dunne Rodriguez, Susana Dunne, Maria Dunne Fecha: 5 de noviembre de 2012, 11:41

Asunto: Vuestro padre

Hola chicas:

Necesito vuestra ayuda.

Cuando me haya ido, dadle algo de tiempo a vuestro padre. Y después, por favor, decidle que llame a Daisy Jones. Su número está en mi agenda, en el segundo cajón de mi mesilla de noche.

Decidle a vuestro padre que, como mínimo, me deben una canción.

Os quiere, Mamá

Canciones

CHASING THE NIGHT

Trouble starts when I come around
Everything's painted red when I'm in town
Light me up and watch me burn it down
If you're anointing a devil, I'll take my crown

Foot on the gas, add fuel to the fire
I'm already high and going higher
Charging faster, ready to ignite
Headed for disaster, chasing the night

You turn wrong when you turn right
White light at first sight
Oh, you're chasing the night
But it's a nightmare chasing you

Life's coming to me in flashes
Wearing my bruises like badges
Don't know when I learned to play with matches
Must want it all to end in ashes

Foot on the gas, add fuel to the fire
I'm already high and going higher
Charging faster, ready to ignite
Headed for disaster, chasing the night

You turn wrong when you turn right
White light at first sight
Oh, you're chasing the night
But it's a nightmare chasing you

Foot on the gas, add fuel to the fire
I'm already high and going higher
Foot on the gas, add fuel to the fire
Look me in the eye and flick the lighter

Oh, you're chasing the night
But it's a nightmare, honey, chasing you

PERSIGUIENDO LA NOCHE

Los problemas empiezan cuando me dejo caer | Todo está pintado de rojo cuando estoy en la ciudad | Dame fuego y mira cómo la quemo | Si estás ungiendo a un diablo, aceptaré mi corona || Piso el acelerador, añado combustible al fuego | Ya estoy arriba y cada vez subo más alto | Me cargo más deprisa, listo para echar a arder | De cabeza al desastre, persiguiendo la noche || Te equivocas cuando giras a la derecha | Un flechazo de luz blanca | Oh, estás persiguiendo la noche | Pero perseguirte es una pesadilla || La vida me va llegando a través de destellos | Luzco mis moretones como insignias | No sé cuándo aprendí a jugar con cerillas | Debo querer que todo acabe en cenizas || Piso el acelerador, añado combustible al fuego | Ya estoy arriba y cada vez subo más alto | Me cargo más deprisa, listo para echar a arder | De cabeza al desastre, persiguiendo la noche || Te equivocas cuando giras a la derecha | Un flechazo de luz blanca | Oh, estás persiguiendo la noche | Pero perseguirte es una pesadilla || Piso el acelerador, añado combustible al fuego | Ya estoy arriba y cada vez subo más alto | Piso el acelerador, añado combustible al fuego | Mírame a los ojos y enciende el mechero || Oh, estás persiguiendo la noche | Pero perseguirte, cariño, es una pesadilla

THIS COULD GET UGLY

The ugly you got in you
Well, I got it, too
You act like you ain't got a clue
But you do
Oh, we could be lovely
If this could get ugly

Write a list of things you'll regret
I'd be on top smoking a cigarette
Oh, we could be lovely
If this could get ugly

The things you run from, baby, I run to
And I know it scares you through and through
No one knows you like I do
Try to tell me that ain't true
Oh, we could be lovely
If this could get ugly

C'mon now, honey
Let yourself think about it
Can you really live without it?

Oh, we could be lovely
If this could get ugly

ESTO PODRÍA PONERSE FEO

Lo feo que hay en ti | Yo también lo tengo | Actúas como si no lo supieras | Pero lo sabes | Oh, podríamos ser encantadores | Si esto pudiera ponerse feo || Haz una lista de las cosas de las que te arrepentirás | Y yo estaré en lo más alto fumándome un cigarrillo | Oh, podríamos ser encantadores | Si esto pudiera ponerse feo || Las cosas de las que tú huyes, cariño, yo corro hacia ellas | Y sé que estás asustado de la cabeza a los pies | Nadie te conoce como yo | Intenta decirme que esto no es verdad | Oh, podríamos ser encantadores | Si esto pudiera ponerse feo || Venga ya, cariño | Permítete pensar en ello | ¿De verdad puedes vivir sin esto? || Oh, podríamos ser encantadores | Si esto pudiera ponerse feo

IMPOSSIBLE WOMAN

Impossible woman
Let her hold you
Let her ease your soul

Sand through fingers
Wild horse, but she's just a colt

Dancing barefoot in the snow
Cold can't touch her, high or low
She's blues dressed up like rock 'n' roll
Untouchable, she'll never fold

She'll have you running
In the wrong direction
Have you coming
For the wrong obsessions
Oh, she's gunning
For your redemption
Have you headed
Back to confession

Sand through fingers
Wild horse, but she's just a colt

Dancing barefoot in the snow
Cold can't touch her, high or low
She's blues dressed up like rock 'n' roll
Untouchable, she'll never fold

Walk away from the impossible
You'll never touch her
Never ease your soul
You're one more impossible man
Running from her
Clutching what you stole

MUJER IMPOSIBLE

Mujer imposible | Deja que te sostenga | Deja que alivie tu alma || Arena entre los dedos | Caballo salvaje, pero no es más que un potrillo || Baila descalza en la nieve | El frío no puede tocarla, puesta o no | Ella es blues disfrazado de rocanrol | Nada la puede tocar, nunca se doblegará || Te hará correr | En la dirección equivocada | Te hará sufrir | Por las obsesiones equivocadas | Oh, está apuntando | A tu redención | Te lleva de cabeza | A la confesión || Arena entre los dedos | Caballo salvaje, pero no es más que un potrillo || Baila descalza en la nieve | El frío no puede tocarla, puesta o no | Ella es blues disfrazado de rocanrol | Nada la puede tocar, nunca se doblegará || Aléjate de lo imposible | Nunca la tocarás | Nunca aliviarás tu alma || Eres otro hombre imposible | Huyes de ella | Aferrado a lo que robaste

TURN IT OFF

Baby, I keep trying to turn away
I keep trying to see you a different way
Baby, I keep trying
Oh, I keep trying

I gotta give up and turn this around
There's no way up when you're this far down
And, baby, I keep trying
Oh, I keep trying

I keep trying to turn this off
But, baby, you keep turning me on

I keep trying to change how I feel
Keep trying to tell myself that this isn't real
Baby, I keep trying
Oh, I keep trying

Can't take off when there's no runway ahead
And I can't get caught up in this all over again
Baby, I keep trying
Oh, I keep trying

I keep trying to turn it off But,
baby, you keep turning me on

I'm on my knees, my arms wide
I'm finding ways to stay alive
Lord knows I'm pleading, pleading
To keep this heart still beating, beating

I keep trying to turn it off But,
baby, you keep turning me on

Baby, I'm dying
But, baby, I'm trying
I can't keep selling
What you're not buying

So I keep trying to turn it off
And, baby, you keep turning me on

I’m on my knees, my arms wide
I’m finding ways to stay alive
Lord knows I’m pleading, pleading
To keep this heart still beating, beating

I keep trying to turn it off
But, baby, you keep turning me on

APÁGALO

Cariño, intento darle la vuelta | Intento verte de una forma diferente | Cariño, lo intento | Oh, lo intento || Tengo que rendirme y darle la vuelta a esto | No hay forma de subir cuando estás tan abajo | Y, cariño, lo intento | Oh, lo intento || Intento apagarlo | Pero, cariño, no dejas de encenderme || Intento cambiar mis sentimientos | Intento convencerme de que esto no es real | Cariño, lo intento | Oh, lo intento || No puedo despegar sin una pista de aterrizaje delante | Y no puedo quedarme atrapado en todo esto otra vez | Cariño, lo intento | Oh, lo intento || Intento apagarlo | Pero, cariño, no dejas de encenderme || Estoy de rodillas, los brazos bien abiertos | Encuentro maneras de estar vivo | Sabe Dios que suplico, suplico | Para que este corazón siga latiendo, latiendo || Intento apagarlo | Pero, cariño, no dejas de encenderme || Cariño, me estoy muriendo | Pero, cariño, lo intento | No puedo seguir vendiendo | Lo que no estás comprando || Así que intento apagarlo | Pero, cariño, no dejas de encenderme || Estoy de rodillas, los brazos bien abiertos | Encuentro maneras de estar vivo | Sabe Dios que suplico, suplico | Para que este corazón siga latiendo, latiendo || Intento apagarlo | Pero, cariño, no dejas de encenderme

PLEASE

Please me
Please release me
Touch me and taste me
Trust me and take me

Say the things left unsaid
It's not all in my head
Tell me the truth, tell me you think about me
Or, baby, you can forget about me

Please me
Please release me
Relieve me and believe me
Maybe you can redeem me

Say the things left unsaid
It's not all in my head
Tell me the truth, tell me you think about me
Or, baby, you can forget about me

I know that you want me
Know that you wanna hold me
Know that you wanna show me
Know that you wanna know me

Well do something and do it quick
Not much more I can stand of this

Say the things left unsaid
Don't act like it's all in my head

Tell me the truth, tell me if you think about me
Or, baby, can you forget about me?

Please, please, don't forget about me
Please, please, don't forget about me

POR FAVOR

Compláceme | Por favor, libérame | Tócame y pruébame | Confía en mí y tómame || Di lo que no se ha dicho | No está todo en mi cabeza | Dime la verdad, dime que piensas en mí | O, cariño, puedes olvidarte de mí || Compláceme | Por favor, libérame | Alíviame y cree en mí | Tal vez puedas redimirme || Di lo que no se ha dicho | No está todo en mi cabeza | Dime la verdad, dime que piensas en mí | O, cariño, puedes olvidarte de mí || Sé que me deseas | Sé que quieres abrazarme | Sé que quieres mostrármelo | Sé que quieres conocerme || Haz algo y hazlo rápido | No puedo soportarlo mucho más || Di lo que no se ha dicho | No está todo en mi cabeza | Dime la verdad, dime que piensas en mí | O, cariño, puedes olvidarte de mí || Por favor, por favor, no te olvides de mí | Por favor, por favor, no te olvides de mí

YOUNG STARS

A curse, a cross
Costing me all costs
Knotting me up in all of your knots

An ache, a prayer
Worn from wear
Daring what you do not dare

I believe you can break me
But I'm saved for the one who saved me
We only look like young stars
Because you can't see old scars

Tender in the places you touch
I'd offer you everything but I don't have much

Tell you the truth just to watch you blush
You can't handle the hit so I hold the punch

I believe you can break me
But I'm saved for the one who saved me
We only look like young stars
Because you can't see old scars

You won't give me a reason to wait
And I'm starting to feel a little proud
I'm searching for somebody lost
When you've already been found

You're waiting for the right mistake
But I'm not coming around

You're waiting for a quiet day
But the world is just too loud

I believe you can break me
But I'm saved for the one who saved me
We only look like young stars
Because you can't see old scars

JÓVENES ESTRELLAS

Una maldición, una cruz | Que me cuesta todo | Que me anuda en todos tus nudos || Un dolor, una oración | Desgastados por el uso | Que se atreven a lo que no te atreves || Creo que puedes romperme | Pero estoy reservado para quien me salvó | Parecemos jóvenes estrellas | Solo porque no puedes ver las viejas cicatrices || Sensible allí donde me tocas | Te lo ofrecería todo, pero no tengo mucho || Te diría la verdad solo para ver cómo te sonrojas | No eres capaz de soportar el golpe, así que reprimiré el puñetazo || Creo que puedes romperme | Pero estoy reservado para quien me salvó | Parecemos jóvenes estrellas | Solo porque no puedes ver las viejas cicatrices || No me das ninguna razón para esperar | Y empiezo a sentirme algo orgullosa | Busco a alguien que está perdido | Cuando a ti ya te han encontrado || Esperas al error adecuado | Pero no voy a volver | Esperas un día tranquilo | Pero el mundo es demasiado ruidoso || Creo que puedes romperme | Pero estoy reservado para quien me salvó | Parecemos jóvenes estrellas | Solo porque no puedes ver las viejas cicatrices

REGRET ME

When you look in the mirror
Take stock of your soul
And when you hear my voice, remember
You ruined me whole

Don’t you dare sleep easy
And leave the sleepless nights to me
Let the world weigh you down

And, baby, when you think of me
I hope it ruins rock ’n’ roll
Regret me
Regretfully

When you look at her
Take stock of what you took from me
And when you see a ghost in the distance
Know I’m hanging over everything

Don’t you dare sleep easy
And leave the sleepless nights to me
Let the world weigh you down

And, baby, when you think of me
I hope it ruins rock ’n’ roll
Regret me
Regretfully
Regret me
Regretfully

Don’t you dare rest easy
And leave the rest of it to me
I want you to feel heavy

Regret me
Regret setting me free
Regret me
I won’t go easily
Regret it
Regret saying no
Regret it

Regret letting me go

One day, you'll regret it
I'll make sure of it before I go

LAMÉNTAME

Cuando te mires en el espejo | Haz balance de tu alma | Y cuando escuches mi voz, recuerda | Que me has arruinado por completo || No te atrevas a dormir tranquilo | Y dejarme a mí las noches de insomnio | Permite que el mundo te pese || Y, cariño, cuando piensas en mí | Espero que arruine el rock 'n' roll | Laméntame | Desgraciadamente || Cuando la mires | Haz balance de lo que me has quitado | Y cuando veas un fantasma a lo lejos | Quiero que sepas que lo envuelvo todo || No te atrevas a dormir tranquilo | Y dejarme a mí las noches de insomnio | Permite que el mundo te pese || Y, cariño, cuando piensas en mí | Espero que arruine el rock 'n' roll | Laméntame | Desgraciadamente | Laméntame | Desgraciadamente || No te atrevas a descansar tranquilo | Y dejarme a mí el resto | Quiero que te sientas mal || Laméntame | Laméntate de haberme liberado | Laméntame | No me voy a ir fácilmente | Laméntate | Laméntate de haber dicho que no | Laméntate | Laméntate de haberme dejado marchar || Un día, lo lamentarás | Me aseguraré de que así sea antes de irme

MIDNIGHTS

Don’t remember many midnights
Forgotten some of my best insights
Can’t recall some of the highest heights
But I’ve memorized you

Don’t remember many daybreaks
How many sunrises have come as I lay awake
Don’t dwell on my worst mistakes
But I always think of you

You’re the thing that’s crystal clear
The only thing that I hold dear
I live and die by if you’re near
All other memories disappear Without you
Without you

Don’t remember how I was then
Can’t keep straight where I was when

What is my name, where have I been
Where did I start, where does it end

You’re the thing that’s crystal clear
The only thing that I hold dear
I live and die by if you’re near
All other memories disappear
Without you
Without you

Don’t remember who I used to be
Can’t recall who has hurt me

Forget the pain so suddenly
Once I’m with you

You’re the thing that’s crystal clear
The only thing that I hold dear
I live and die by if you’re near
All other memories disappear
Without you
Without you

A MEDIANOCHE

No recuerdo muchas noches | He olvidado algunas de mis mejores percepciones | No puedo recordar algunos de mis mayores logros | Pero a ti te he memorizado || No recuerdo muchas madrugadas | ¿Cuántos amaneceres han llegado mientras estoy despierto? | No te empeñes en mis peores errores | Pero siempre pienso en ti || Tú eres lo que tengo claro | Mi único apego | Vivo y muero si estás cerca | El resto de los recuerdos desaparecen | Sin ti | Sin ti || No recuerdo cómo era entonces | No tengo claro cuándo estaba ni dónde || ¿Cuál es mi nombre? ¿Dónde he estado? | ¿Dónde empecé? ¿Dónde termina? || Tú eres lo que tengo claro | Mi único apego | Vivo y muero si estás cerca | El resto de los recuerdos desaparecen | Sin ti | Sin ti || No recuerdo quién solía ser | No puedo recordar quién me ha hecho daño | Olvido el dolor de repente | Cuando estoy contigo || Tú eres lo que tengo claro | Mi único apego | Vivo y muero si estás cerca | El resto de los recuerdos desaparecen | Sin ti | Sin ti

A HOPE LIKE YOU

I’m easy talk and cheap goodbyes
Second-rate in a first-class disguise
My heart sleeps soundly, don’t wake it
A hope like you could break it

I’m lost deep in crimes and vice
Can’t get to the table to grab the dice
My heart is weak, I can’t take it
A hope like you could break it

It doesn’t matter how hard I try
Can’t earn some things no matter why
My heart knows we’d never make it
A hope like you could break it

People say love changes you
As if change and love are easy to do
My heart is calling and I can’t shake it
But a hope like you could break it

Some things end before they start
The moment they form, they fall apart
My heart wants so badly just to say it
But a hope like you could break it

Told myself this story a thousand times
Can’t seem to break the wants free from my mind
So much of my world goes unnamed
Some people can’t be tamed

But maybe I should stake my claim
Maybe I should claim my stake
I’ve heard some hopes are worth the break

Yeah, maybe I should stake my claim
Maybe I should claim my stake
On the chance the hope is worth the break

UNA ESPERANZA COMO TÚ

Soy de charla fácil y despedidas baratas | Segunda clase disfrazada de primera clase | Mi corazón duerme profundamente, no lo despiertes | Una esperanza como tú podría romperlo || Estoy sepultada en crímenes y vicios | No llego a la mesa para coger el dado | Mi corazón es débil, no puedo soportarlo | Una esperanza como tú podría romperlo || No importa lo mucho que me esfuerce | Hay cosas que no puedo obtener, da igual por qué | Mi corazón sabe que nunca lo lograremos | Una esperanza como tú podría romperlo || Dicen que el amor te cambia | Como si los cambios o el amor fuesen fáciles | Mi corazón lo llama y no puedo sacudírmelo | Pero una esperanza como tú podría romperlo || Hay cosas que acaban antes de empezar | En cuanto se forman, se desmoronan | Mi corazón se muere solo por decirlo | Pero una esperanza como tú podría romperlo || Me he contado esta historia miles de veces | No logro liberarme de los deseos de mi mente | Gran parte de mi mundo no tiene nombre | Algunas personas son indomables || Pero tal vez debería reclamar mi derecho | Tal vez debería reclamar mi parte | He oído que merece la pena romperse por algunas esperanzas || Sí, tal vez debería reclamar mi derecho | Tal vez debería reclamar mi parte | En caso de que merezca la pena romperse por esta esperanza

AURORA

When the seas are breaking
And the sails are shaking
When the captain's praying
Here comes Aurora

Aurora, Aurora

When the lightning is cracking
And thunder is clapping
When the mothers are gasping
Here comes Aurora

Aurora, Aurora

When the wind is racing
And the storm is chasing
When even the preachers are pacing
Here comes Aurora

Aurora, Aurora

When I was drowning
Three sheets and counting
The skies cleared
And you appeared
And I said, "Here is my Aurora"

Aurora, Aurora

AURORA

Cuando los mares rompen | Y las velas se agitan | Cuando el capitán reza | Aquí viene Aurora || Aurora, Aurora || Cuando cae el rayo | Y golpea el trueno | Cuando las madres están sin aliento | Aquí viene Aurora || Aurora, Aurora || Cuando sopla el viento | Y la tormenta acecha | Cuando incluso los predicadores están nerviosos | Aquí viene Aurora || Aurora, Aurora || Cuando me estaba ahogando | Tres pliegos y más | Los cielos se despejaron | Y apareciste tú | Y yo dije: «Aquí está mi Aurora» || Aurora, Aurora

Agradecimientos

Este libro no existiría sin el entusiasmo de Theresa Park, mi agente. Theresa, gracias a la emoción que has depositado en este proyecto, el libro se convirtió en una realidad para mí. Es un honor que dirijas mi carrera, y los resultados me alucinan. Gracias por animarme a asumir riesgos y a disparar a la luna.

A Emily Sweet, Andrea Mai, Abigail Koons, Alexandra Greene, Blair Wilson, Peter Knapp, Vanessa Martinez y Emily Clagett: no solo realizáis vuestro trabajo con una integridad y una destreza sin igual, sino que sois como el reparto de la serie *Friends*; me refiero a que soy incapaz de decidir cuál es mi favorito. Todos lo sois. Os agradezco lo mucho que estáis ahí para mí.

Sylvie Rabineau, gracias por amar a Stevie Nicks tanto como yo y por la elegancia y la alegría con las que has gestionado todo el caos que ha supuesto Daisy.

Brad Mendelsohn, gracias por ser la persona con todas las respuestas. Me gustaría que supieras hasta qué punto es habitual oír en mi casa: «Habría que preguntar a Brad». Tú eres mi Jerry Maguire, y estoy hablando del verdadero Jerry Maguire del final de la película, con lágrimas en los ojos. Te señalo a ti de todo corazón.

A mis nuevos amigos en Ballantine, estoy muy orgullosa y emocionada de formar parte de este equipo. A mi editora, Jennifer Hershey: desde nuestra primera conversación supe que me empujarías a ser mejor escritora, y así ha sido. Espero que comprendas la profunda gratitud que siento por lo mucho que has ayudado a que este sea un libro sincero y lleno de matices. Has abordado cada nueva etapa con enormes dosis de consideración y franqueza, y los resultados son extraordinarios. Esto se hace evidente en el arte más que en cualquier otro lugar, por eso no puedo dejar de dar las gracias a Paolo Pepe por el fantástico planteamiento artístico del libro. Y a Erin Kate, gracias por hacer que todo esté recto. A Kara Welsh, la pasión que has volcado en esta historia ha significado un antes y un después; gracias a ti me sentí inmediatamente como en casa en Ballantine. A Kim Hovey, Susan Corcoran, Kristin Fassler, Jennifer Garza, Quinne Rogers, Allyson Lord y al resto de los equipos de marketing y publicidad. Estoy muy feliz de haber puesto este libro en manos de personas con tanto talento, empuje y entusiasmo.

He podido escribir este libro gracias a todos los que me han ayudado a lo largo de mi carrera. Sarah Cantin, Greer Hendricks y a la maravillosa gente de Atria Books, así como a los lectores y blogueros que han apoyado mis otros trabajos. Gracias.

Crystal Patriarche, no sé cómo lo haces pero sigues haciéndolo. Te doy las gracias, y a todo el equipo de BookSparks.

Más que en ningún otro libro que haya escrito antes, en *Todos quieren a Daisy Jones* me ha hecho falta un pequeño pueblo. En primer lugar, mi hermano, Jake, que me enseñó a tener buenos gustos musicales. Gracias, Hermano Oso, por hacerlo posible.

Y necesitaba que alguien cuidara de mi hija. Soy muy afortunada de poder dedicarme a lo que amo, pero preciso el trabajo de otros para tener tiempo para hacerlo. Estoy en deuda con los esfuerzos de nuestra niñera, Rina, por los maravillosos cuidados que ha brindado a nuestra pequeña mientras mi marido y yo trabajábamos. Y quiero hacer extensivo mi enorme e infinito agradecimiento a mis suegros por cuidar de Lilah a menudo y muchas veces sin previo aviso. Sé

que cuando está con vosotros se lo pasa bomba. Gracias, Maria. Warren, tenemos muchísima suerte de tenerte. Rose, lo haces todo posible, una y otra vez. Gracias desde lo más profundo de mi corazón.

A Alex: ha sido difícil saber dónde colocarte en los agradecimientos, porque has participado en todos los aspectos de esta historia. Tuviste la idea conmigo, me enseñaste teoría musical, escuchaste el álbum *Rumours* conmigo, discutiste sobre Lindsey Buckingham y Christine McVie conmigo, dejaste un trabajo para pasar más tiempo en casa, te convertiste en el progenitor principal y leíste el libro cerca de nueve millones de veces. Y, sobre todo, haces que resulte fácil escribir sobre la devoción. Cuando escribo sobre el amor, escribo sobre ti. Llevamos diez años en esto y sigo loca por ti.

Por último, la *pièce de résistance* de mi mundo, Lilah Reid. Me has cambiado, diminuta capitana, y te estoy verdaderamente agradecida por ello. Tanto este libro como el corazón y el alma que contiene son un testimonio de lo que siento al ser tu madre. Hay muchas maneras de estar en el mundo, y a veces pienso que escribo solo para poder mostrarte algunas de ellas. Pase lo que pase, pienso asegurarme de que mantengas el corazón luchador, obstinado, curioso y generoso que tienes en este momento, porque eres una en un millón.

[*] Ojos grandes, gran alma|gran corazón, sin control|pero tan solo puede dar un poco de amor. *(N. de la T.)*

[*] Deja que cargue contigo|en mi espalda|el camino parece largo|y la noche parece oscura|pero los dos somos exploradores audaces|mi dorada señora y yo. *(N. de la T.)*

[*] La vida que queremos nos esperará|Viviremos para ver las luces reflejadas en la bahía|Y tú me sostendrás, tú me sostendrás, tú me sostendrás|hasta ese día. *(N. de la T.)*

** ¿Nos esperará la vida que queremos?|¿Viviremos para ver las luces reflejadas en la bahía?|¿Me sostendrás, me sostendrás, me sostendrás|hasta ese día?. *(N. de la T.)*

[*] Cita de la célebre observación de Rudyard Kipling: «El este es el este y el oeste es el oeste, y los dos nunca se encontrarán». (*N. de la T.*)

[*] Quieren que seas humilde|quieren atrofiarte los músculos|quieren amainar el bullicio|para que llames al tío|para que te mantengas volando bajo. *(N. de la T.)*

[*] Un día las cosas se calmarán|recogeremos todo y nos mudaremos a otra ciudad|caminaremos por la hierba hasta las rocas|y vendrán las niñas. *(N. de la T.)*

** Oh, cariño, puedo esperar|a llamarlo hogar|puedo esperar a las flores y al panal. *(N. de la T.)*

[*] La traducción de las letras del disco *Aurora* puede encontrarse al final del libro. *(N. de la T.)*

[*] No hay nada que no haría|para volver al pasado y esperarte. *(N. de la T.)*

[*] La vida que queremos nos esperará|Viviremos para ver las luces reflejadas en la bahía|Y tú me sostendrás, tú me sostendrás, tú me sostendrás|hasta ese día. *(N. de la T.)*

